

GRAND PLACE

PENSAMIENTO Y CULTURA

PENTSAMENDUA ETA KULTURA



**LA SOCIEDAD
DEL SIGLO XXI
TRAS EL COVID**

**XXI. MENDEKO
GIZARTEA
COVID-A
ETA GERO**

GRAND PLACE

**PENSAMIENTO Y CULTURA
PENTSAMENDUA ETA KULTURA**

15 zk.

2021 uztaila



MARIO
ONAINDIA
FUNDAZIOA

Eusko Jaurlaritzako Hezkuntza eta Kultura Sailaren laguntza izan du aldizkari honek
VITAL KUTXAren laguntza du aldizkari honek.

Grand Place

Mario Onaindia Fundazioaren aldizkaria / Revista de la Fundación Mario Onaindia

Zuzendaria/Director:

Felipe Juaristi

Erredakzio Kontseilua / Consejo de Redacción:

Luisa Etxenike, Iván Igartua, Belen Altuna, Jon Sudupe, Alberto Agirrezabal,
Gaizka Fernández Soldevilla, Xabier Garmendia, Alberto López Basaguren, Antonio Rivera

Harremanetarako e-maila / e-mail de contacto
felipejuaristigaldos@gmail.com

Azala / Portada:

Naiel Ibarrola

Barneko irudiak / Ilustraciones:

Josean Legorburu, Naiel Ibarrola

Mario Onaindia Fundazioaren Helbidea / Dirección

Zuberoa kalea, 24 20800 Zarautz

© Artikulugileek, testuena / De los textos, los colaboradores

© Josean Legorburu, Naiel Ibarrola irudiena

ISSN: 2386 - 429X

Legezko Gordailua: SS - 992/2014

Harpidetza / Suscripción

info@marioonaindiafundazioa.org

Maketazio eta inprenta lanak / Maquetación e impresión

Itxaropena, S.A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

itxaropena@itxaropena.net

GRAND PLACE

**PENSAMIENTO Y CULTURA
PENSAMENDUA ETA KULTURA**

SUMARIO / AURKIBIDEA

EDITORIAL / EDITORIALA	7
NORTE / IPARRA	
La Salud: Una amenaza y una fuente de oportunidad global <i>JESÚS MARÍA FERNÁNDEZ DÍAZ</i>	11
Europa ante el mundo POSTCOVID <i>RAMÓN JAUREGUI</i>	21
Crear en la Ciencia <i>JOSÉ M. MATO</i>	33
Crear en crisis. La cultura en tiempos de pandemia <i>J.J. DÍAZ TRILLO</i>	39
La salud pública que quisimos tener y no tenemos: COVID, una oportunidad para reforzarla <i>JOSÉ MARTÍNEZ OLMOS</i>	51
La COVID: Una prueba de esfuerzo al sistema de Gobierno de los servicios públicos en España y para el sistema público de salud <i>JOSÉ RAMÓN REPULLO LABRADOR</i>	59
Pandemia, (re)industrialización y nueva política industrial <i>XABIER GARMENDIA</i>	69
El empleo después de la COVID <i>ALFONSO GURPEGUI</i>	87
Neutralidad climática y estilos de vida en un contexto de pandemia <i>RICARDO GARCÍA MIRA</i>	97
Privacidad y protección de datos en tiempos de la COVID <i>ARTEMI RALLO LOMBARTE</i>	109
Los efectos de la COVID en el imaginario social de las sociedades liberales <i>LUIS ROCA JUSMET</i>	117
El gran choque de trenes: Donald Trump, COVID y la crisis de la atención médica estadounidense The Great Train Wreck: Donald Trump, COVID, and the Crisis of American Health Care <i>ROANE CAREY</i>	125
Liderazgo en tiempo de crisis <i>ROBERTO RAMÍREZ BASTERRETXEA</i>	133

OESTE / MENDEBALDEA

ETA: Conexión Costa Rica. La Operación Pastora <i>DAVID MOTA ZURDO</i>	143
George Orwell: Nazionalismoari buruz <i>IÑAKI VÁZQUEZ LARREA</i>	147

ESTE / EKIALDEA

Círculo <i>PABLO MARTÍN-LABORDA</i>	151
Palabras de agradecimiento <i>JUAN LUIS IBARRA</i>	157

SUR / HEGOA

Año clave <i>LUIS ROCA JUSMET</i>	169
Biografías <i>GAIZKA FERNÁNDEZ SOLDEVILLA</i>	171
Una brújula moral para la izquierda <i>LUIS ROCA JUSMET</i>	175
Amor y sexualidad en el capitalismo escópico <i>LUIS ROCA JUSMET</i>	179
El hombre que no miró hacia otro lado <i>GAIZKA FERNÁNDEZ SOLDEVILLA</i>	181
Nosotros que vivimos peligrosamente <i>LUIS ROCA JUSMET</i>	183

IMPACTO DE LA PANDEMIA Y DE LAS RESPUESTAS A ELLA EN LOS CUIDADOS, LA VIDA COMUNITARIA Y LOS SERVICIOS SOCIALES

<i>FERNANDO FANTOVA Y SARA BUESA</i>	185
--	-----

COLABORADORES / PARTE HARTU DUTE.....	195
---------------------------------------	-----

EDITORIAL / EDITORIALA

“Pandemia” hitza, bere esanahi bete eta gordinarekin, ahaztuko ez dugun zerbait da. Era berean, nekez ahaztuko zaigu igaro den denboraldi hau, nor bere etxean sartuta eta, askotan, isolatuta. Bakardadearen zaporea dastatu dugu, irentsi nahi ez den jaki baten modura. Eta ahoan geratu zaigu nahita ere kentzen ez zaigun mikaztasuna.

Balantzea egiteko ordua baden arren, ez dago zenbait konturen neurria hartzerik, ezta atsekabe guztien tamaina neurtzerik ere. Onik atera gara batzuk, baina gizarteak berak garesti ordaindu du. Zerbitzu sozialak onik atera dira, baina ezin esan kalterik gabeak izan direnik. Gizarteak berrikusi beharra dauka bere egoera, aztertu beharra gertatutakoa, hurrengoan babestugako egon gaitezen, beste pandemia batek joz gero.

Hori besterik ez da zenbaki honen helburua, gogoeta egitea pandemiari buruz eta hurrengo baterako nola presta gaitezen jakin eta, gainera, zabaltzea.

La palabra “pandemia”, con su significado pleno y su crudeza, es algo que no olvidaremos. Asimismo, difícilmente se nos olvidará esta temporada pasada, cada cual metido en su casa y, muchas veces, aislado. Hemos saboreado el sabor de la soledad como un alimento que no se quiere tragar. Y se nos ha quedado en la boca la amargura que ni aun queriendo se borra.

Aunque sea hora de hacer balance, ahora mismo no se puede ver la dimensión de ciertas cuestiones, ni medir el tamaño de todos los disgustos. Algunos hemos salido ilesos, pero la propia sociedad lo ha pagado caro. Los servicios sociales han salido bien de la prueba, pero no se puede decir que hayan sufrido ningún daño. La sociedad tiene que revisar su situación, analizar lo ocurrido, para que la próxima vez podamos protegernos, en caso de que se produzca una nueva pandemia.

Ese es el objetivo de este número, reflexionar sobre la pandemia y, en una próxima ocasión, saber cómo prepararnos y, además, comunicarlo.



NORTE
IPARRA

LA SALUD: UNA AMENAZA Y UNA FUENTE DE OPORTUNIDAD GLOBAL

JESÚS MARÍA FERNÁNDEZ DÍAZ

La pandemia por COVID-19 continúa ocupando, un año después de haberse iniciado, la máxima preocupación de los ciudadanos, empresas, gobiernos e instituciones de todos los países. El mundo ha visto en riesgo su supervivencia, física y económica. Muchos son los empleos perdidos, las familias arruinadas, las vidas perdidas, los negocios cerrados. Y muchas las expectativas de que esta crisis puede constituir el revulsivo para hacer frente a los retos económicos, industriales, sociales y medioambientales del siglo XXI.

Una mirada histórica y global a las pandemias

No es la primera vez que el mundo es agredido por una pandemia. De hecho, guerras y pandemias han sido las grandes amenazas a la integridad de los países y de las personas a lo largo de la historia. Es a partir del siglo XIX, con el desarrollo del conocimiento científico en medicina, cuando la humanidad comienza a ser capaz de conocer y enfrentar las pandemias. Hasta entonces, sin conocimiento de las causas de por qué ocurrían estos fenómenos, el único mecanismo conocido de actuación, de base empírica, era el aislamiento de los enfermos. No fue hasta finales del siglo XIX cuando el científico Luis Pasteur descubre la naturaleza bacteriana de las enfermedades transmisibles. Esta teoría científica sobre el origen de las enfermedades, muy controvertida a lo largo de los siguientes años, se impuso no obstante, dando origen al nacimiento y desarrollo de la medicina y de la microbiología modernas. Con ello se abría paso el desarrollo de la higiene, la antisepsia y el descubrimiento de vacunas y antibióticos.

Pocas décadas después, en el final de la I Guerra Mundial, se produce la gran pandemia de gripe (virus de la influenza H1N1) que, con origen en Estados Unidos, las tropas americanas que desembarcan en Europa la propagan rápidamente por todo el mundo, causando la muerte en solo un año de entre 20 y 40 millones de personas, sin que los gobiernos ni los sistemas de salud pudieran llegar a hacer prácticamente nada. Como en el caso de la actual pandemia, España fue uno de los países más afectados de Europa, de ahí su nombre de gripe española. El siglo XX fue también testigo de graves epidemias de polio y de otras enfermedades como la viruela, el sarampión o la tos ferina que encontraron pronto su remedio en el descubrimiento

de vacunas altamente eficaces que han logrado la erradicación de muchas de ellas. La viruela se considera erradicada del mundo, la polio permanece acantonada solo en algunos pocos países. Otras enfermedades altamente contagiosas como el sarampión, se considera erradicado en varios países, aunque tiene la capacidad de resurgir rápidamente cuando las tasas de vacunación se reducen.

La gran pandemia de la segunda mitad del siglo XX es sin duda la infección por SIDA. En este caso las investigaciones apuntan a que, como la pandemia por COVID-19, se trata de una zoonosis, enfermedad que tuvo su origen en el virus de inmunodeficiencia de los simios, que en algún momento realizó el salto de especie para iniciar su propagación en la población humana. Una infección relacionada con las prácticas sexuales y el uso de drogas, que ha causado cerca de 35 millones de muertes desde su aparición hace cuatro décadas, y que ha diezmando la población y la capacidad económica de muchos países, africanos especialmente. Una pandemia que ha cambiado la estructura demográfica de muchos de estos países (al arrasar entre los adultos jóvenes), pero que el descubrimiento de los tratamientos antiretrovirales y un esfuerzo global colectivo de los gobiernos y de la sociedad civil en favor de la prevención, el diagnóstico temprano y la universalización de los tratamientos, han conseguido reducir su mortalidad a menos de la mitad.

A comienzos del siglo XX se producen las pandemias por coronavirus (virus tradicionalmente común en las vías respiratorias humanas durante los inviernos y poco virulento). En 2002 comienza la epidemia de SARS, una estirpe de coronavirus que produce una enfermedad más grave, iniciada, como la COVID-19, en China, y que se extiende rápidamente a otros continentes. Se extingue un par de años después tras causar un número limitado de contagios (8.000) y de muertes (800). Una década después, 2012, aparece en Oriente Medio otra variedad de coronavirus, el MERS-CoV, virus de una mayor gravedad pero menor contagiosidad que el SARS, por lo que el número de casos mortales se limita también a unos 800.

En 2009 se produce la primera gran pandemia por el virus de la gripe porcina (H1N1) que causa un número de muertes en torno al medio millón de personas en todo el planeta, pero produce una gran inquietud debido a su potencial contagiosidad.

Más tarde, 2014 y 2018, llegó la amenaza del virus de Ébola. Una infección viral altamente transmisible y letal, pero que afortunadamente tiende a autolimitarse; causante, en su primer brote de 2014, de unas 12.000 muertes, fundamentalmente en el continente africano.

Entre tanto nuestros ojos occidentales no deben hacernos perder de vista las graves epidemias que siguen azotando a los países más vulnerables. La malaria o paludismo, a pesar de que hayamos logrado reducir a la mitad el número de muertes en el mundo, sigue cobrándose medio millón de fallecimientos cada año. Los progresos evidentes que se han producido en los últimos veinte años (países como China han conseguido erradicarla) se han visto ralentizados, sin embargo, en los últimos años.

La tuberculosis es la enfermedad respiratoria más asesina y persistente en la especie humana. A pesar de ser una enfermedad conocida desde la prehistoria (algunos datan

los primeros casos de la enfermedad a hace 15.000 años), y de contar con tratamientos y vacunas específicos, sigue matando a 1,8 millones de personas cada año. Se trata de una enfermedad que tiene su origen también en un salto del microorganismo causante (*Micobacterium tuberculosis*) desde otras especies animales (*M. bovis*) al ser humano. Se estima que una tercera parte de la humanidad está infectada por el bacilo de la tuberculosis. Es una enfermedad asociada a los países y grupos de población de ingresos económicos bajos, concomitante con la desnutrición, el hacinamiento y un saneamiento deficiente, por lo que se la conoce como “enfermedad de la pobreza”. Es considerada por tanto la principal epidemia global vigente.

Y así llegamos a finales de 2019, cuando un nuevo coronavirus causante de un síndrome respiratorio agudo grave (SARS), el SARS-CoV2, vuelve a saltar la barrera de las especies en un mercado de alimentación con animales salvajes de China, y asola todo el globo en unos pocos meses, originando la mayor disrupción sanitaria, social y económica en un breve periodo de tiempo. Algo así solo era conocido desde los tiempos de la pandemia por gripe de 1912.

La respuesta a la COVID-19

El sistema sanitario español se ha visto sometido a una gran prueba de sobre esfuerzo durante la COVID. Con ser importante la carga de enfermedad que ha supuesto este nuevo coronavirus, lo determinante ha sido el corto plazo de tiempo en el que se han producido las sucesivas avalanchas de casos, vamos por la cuarta ola. Los hospitales, la atención primaria, todos los profesionales, de los sectores público y privado, han trabajado codo con codo para dar respuesta a una demanda de atención imprevista, y para la que no estaban suficientemente preparados y apertrechados. No podemos olvidar a las 80.000 personas, posiblemente algunas decenas de miles más si hacemos caso a las estadísticas de exceso de mortalidad, que han perdido la vida en España. Pero sabemos que son muchas más las que han recuperado la salud gracias al intenso trabajo realizado en hospitales, unidades de cuidados intensivos, residencias y centros de salud.

La industria farmacéutica y biotecnológica se ha volcado en la investigación y desarrollo de nuevos tratamientos y vacunas en un periodo record. En junio de 2021, contamos con ocho vacunas plenamente aprobadas y en uso, 7 más en uso temprano y 93 nuevas vacunas que están ya en fase de ensayo clínico¹. Y todo ello, solo unos meses después de haber descifrado el genoma completo del nuevo SARS-CoV2 en enero de 2020. Mientras la ciencia tardó 28 años en descubrir la estructura genómica del virus de la inmunodeficiencia humana (VIH), en esta ocasión se ha tardado menos de dos meses en descifrar el genoma del SARS-CoV-2 desde su primera identificación. Un esfuerzo que está dando sus réditos, como ya estamos viendo, al conseguir mediante la vacunación doblegar la expansión de la enfermedad y su coste en vidas, pérdidas de productividad y de empleos.

Estos buenos resultados no son casuales, sino resultado de sistemas sanitarios, como el español, sólidos y preparados, que se han ido modernizando y fortaleciendo durante décadas.

Un sistema sanitario que ha desplegado una amplia y bien ordenada red de hospitales, centros de salud y farmacias en todo el territorio español. Y que ha consolidado un tejido profesional, asistencial e investigador, altamente cualificado, capaz de responder con competencia a la COVID-19.

Como en cualquier prueba de esfuerzo, los puntos débiles del sistema de salud también se han puesto en evidencia: la falta de reserva y holgura de ciertos equipos y unidades de cuidados intensivos esenciales, la rotura de circuitos de abastecimiento estratégicos (falta de ciertos medicamentos esenciales) y la dependencia de economías lejanas y poco vinculadas a la nuestra, el limitado número de profesionales, la insuficiente y a veces precaria disponibilidad de plataformas para la atención virtual, la debilidad de los sistemas de información e intervención de salud pública, las limitaciones de un espacio jurídico y político adecuado para el co-gobierno de las crisis sanitarias; son todas ellas áreas que se han mostrado mejorables. Fortalecer esas áreas de especial fragilidad son cuestiones relevantes que deben formar parte de la reconstrucción del Sistema Nacional de Salud español.

Salud y economía, una relación de dependencia mutua y un objetivo global

La COVID-19 ha evidenciado la estrecha interrelación que existe entre la salud, la economía y el bienestar social. Proteger la salud de las personas constituye un fin en sí mismo, además de ser una condición necesaria para el desarrollo humano, el progreso de las sociedades y el normal funcionamiento de la economía.

La pandemia de la COVID-19 ha hecho realidad lo que algunos venían alertado, que la mayor amenaza para las economías globales vendría de la mano de una pandemia respiratoria. La última Estrategia de Seguridad Nacional española de 2017 ya identificaba las epidemias como una de las principales amenazas; junto con la inestabilidad económica, la vulnerabilidad energética, los movimientos migratorios, las emergencias y catástrofes y el cambio climático. Sin embargo, hemos demostrado no estar suficientemente bien preparados.

Un virus nuevo en la especie humana salta la frontera de las especies animales, primero, y las fronteras terrestres después, apoderándose de nuestras vidas, nuestros empleos, nuestros negocios y de nuestra capacidad para afrontar los importantes retos globales y demográficos (el envejecimiento, el cambio climático, los conflictos comerciales y geopolíticos). Hemos experimentado en nuestras familias y en nuestros barrios la capacidad de alteración de la vida y del futuro que una enfermedad puede provocar. En España se ha producido una reducción del PIB de un 11% en el 2020. Esta hecatombe significa una pérdida de 400 millones de euros cada día de pandemia, 150 mil millones de euros en un año. Esta cantidad equivale al doble del gasto sanitario público anual español. El coste total de la vacunación en España se puede estimar que alcanzará unos 800 millones de euros, un coste equivalente a la pérdida de producción de solo dos días.

Un estudio de Oxfam - Intermon en España estima que la pandemia de coronavirus puede incorporar a la pobreza a 1,1 millones de personas, haciendo que por primera vez en los últi-

mos veinte años aumente la pobreza extrema. A nivel global, el derrumbe de la economía de los países más pobres como consecuencia de la COVID puede hacer que más personas mueran por el hambre causado por la pandemia que por la propia enfermedad².

La COVID-19 ha causado ya 3,8 millones de muertes en todo el mundo en junio de 2021. Y está produciendo un severo impacto sobre la economía global, en especial en los países más pobres, que están viendo retrotraer una década sus avances en la lucha contra la pobreza y el subdesarrollo. Tenemos en nuestras manos vencer las consecuencias humanas, sociales y económicas de la COVID-19 gracias al desarrollo de la ciencia, y a unos sistemas sanitarios más fuertes y mejor preparados que hace cuarenta años. Queda ahora por delante el desafío de compartir este desarrollo científico con toda la población global, y hacer frente a la reconstrucción económica en todas las naciones.

Si la enfermedad ha demostrado suponer un grave riesgo para el desarrollo humano, la historia de la economía permite observar que la salud de las poblaciones ejerce un efecto altamente beneficioso para el desarrollo económico de los países. Los grandes despegues económicos de los últimos siglos han venido de la mano de cambios o mejoras sustanciales en la situación sanitaria de las sociedades³. Las grandes crisis sanitarias han constituido el desencadenante de cambios sociales y económicos disruptivos en la historia de la humanidad. La epidemia de peste negra o bubónica en el siglo XIV llegó a Europa desde China transportada por los comerciantes de la Ruta de la Seda. La mortalidad de esta plaga, 50% entre la población de riesgo, supuso una enorme pérdida de mano de obra, lo que puso fin al sistema feudal predominante en gran parte de la Europa Occidental, al poder exigir los obreros que sobrevivieron mejores condiciones de vida y de empleo, y mayores derechos ciudadanos⁴. El desarrollo industrial europeo del siglo XX vino de la mano de una mejora en las condiciones de salud y el despliegue de los sistemas de recuperación de la enfermedad de los trabajadores. Estudios económicos demuestran que la salud y nutrición de la infancia constituye el principal determinante de los ingresos económicos futuros de las personas en los países en desarrollo.

Las Naciones Unidas (NNUU) han destacado en varias ocasiones esta fuerte asociación entre crecimiento, desarrollo y salud. Gracias al esfuerzo concertado de los países suscitado alrededor de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), firmados por NNUU en el año 2000, el número de muertes de niños menores de 5 años en el mundo se redujo a la mitad quince años después, así como la mortalidad materna. Las muertes por sarampión se redujeron a la cuarta parte debido al incremento de las tasas de cobertura vacunal; la mortalidad por malaria se redujo a la mitad; los contagios por VIH disminuyeron un 38%, y el número de muertes por Sida descendió de 2,4 millones a 1,3 millones gracias a la extensión del tratamiento antiretroviral, entre otras metas de salud alcanzadas⁵.

En 2015 NNUU renovó su estrategia para lograr los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), en el marco de la Agenda 2030. Esta Agenda, y los 17 ODS que incluye, apelan por primera vez tanto a los países pobres como a los ricos, para que añadan a la lucha contra la

pobreza, la mejora de la salud y la educación, la lucha contra el cambio climático, el crecimiento de la economía y del empleo productivo y digno, así como la promoción de una industrialización inclusiva y sostenible, incluyendo el fomento de la innovación (objetivo número 9). La mejora de la salud y el bienestar de todos constituye el Objetivo número 3, pero las acciones en salud impregnan el logro de otros muchos ODS. Además, por primera vez se incluyen entre las metas de Salud y Bienestar el logro de una cobertura universal de los servicios de salud, el acceso a los medicamentos y vacunas esenciales que sean seguros y eficaces, así como el apoyo a la investigación para descubrir nuevos tratamientos y vacunas. NNUU muestra con ello el valor económico y humano del acceso y de la innovación en salud para un crecimiento inclusivo y sostenible⁶.

La evaluación de los ODS relacionados con la salud que realiza el *Institute for Health Metrics and Evaluation de la University of Washington* otorga a España una posición destacada en el mapa europeo. Con un índice global de 73,5 sobre 100, España se sitúa dentro de la media del grupo de naciones centroeuropeas, aunque por debajo de los países nórdicos, mostrando una tendencia a la mejora a partir de 2008 (Figura 1). Entre las variables evaluadas destaca positivamente el alto nivel de acceso de la población a los servicios sanitarios, la buena disponibilidad de recursos profesionales sanitarios y la baja mortalidad ajustada por edad debido a enfermedades crónicas. Por el contrario, los peores resultados tienen que ver con el consumo de sustancias dañinas (tabaco y alcohol), el alto grado de obesidad infantil o la tasa de nuevas infecciones por VIH.

El *World Economic Forum* (WEF), un *think tank* global de conocimiento y debate sobre el crecimiento económico y el desarrollo humano, coloca a la salud global en el centro del desarrollo mundial a través de seis vectores: los cambios demográficos y de estilos de vida, la salud ambiental y el cambio climático, la cobertura universal de la salud, la preparación para las pandemias, el gobierno de la salud global, y la generación y comunicación de datos de salud. La irrupción de la pandemia COVID-19 a principios de año, no ha hecho sino aumentar la preocupación de los gobiernos, las instituciones globales, las grandes corporaciones y organizaciones sociales de todo el mundo por el gobierno de la salud global y por la preparación y respuesta de las naciones frente a las pandemias. Se añaden así estas preocupaciones a los desafíos para la salud ya existentes antes de la COVID-19, relacionados con el cambio climático, el impacto de la globalización, la disrupción tecnológica, la falta de profesionales sanitarios o la sostenibilidad financiera de los sistemas sanitarios.

Aprender de la pandemia

España tiene la obligación y la oportunidad de aprovechar los cambios sociales, económicos y tecnológicos que se van a producir como consecuencia de la disrupción creada por la COVID-19, para apalancar el círculo virtuoso entre salud, innovación, crecimiento económico, sostenibilidad y desarrollo humano. Los vientos de frente los conocemos: caída de la producción y del consumo, crecimiento del desempleo y de la pobreza, aumento de la deuda,

pérdida de tejido empresarial. Los vientos de cola son los cambios tecnológicos y productivos impulsados por la limitación de la movilidad, la aceleración de la investigación biomédica, las reformas estructurales que los Gobiernos deben poner en marcha, y unas finanzas públicas expansivas que, junto con los planes y fondos de reconstrucción europeos, deben converger en un impulso hacia la modernización de la economía.

El coste económico y humano que ha padecido España durante estos quince meses de pandemia deben servir para el aprendizaje. Para ello me atrevo a realizar algunas recomendaciones:

1. Es conveniente revisar lo ocurrido con mentalidad crítica y científica. Por eso resulta más que oportuno realizar una evaluación imparcial y propositiva de la gestión sanitaria que se ha realizado de la pandemia. Científicos y asociaciones sanitarias la han demandado en dos ocasiones en revistas de máximo nivel internacional, sin que el Gobierno haya abordado esta cuestión⁷. Es imprescindible aportar luz sobre lo realizado, sin miedo a la crítica, sabiendo que existen demasiadas incertidumbres sobre la justificación científica de las medidas adoptadas y una obligación de aprender de lo ocurrido. Instituciones internacionales como la Organización Mundial de la Salud así lo han entendido y realizado mediante un panel independiente de personalidades liderado por expresidentes y exprimeros ministros de diversos países⁸.
2. Hay que reforzar la gobernanza del sistema sanitario, buscando una mayor institucionalización y apoyo técnico de las decisiones que se adoptan, junto a una mayor seguridad jurídica. No se entiende que las fuerzas políticas lleven su natural rivalidad también al terreno de la gestión de crisis sanitarias con tan elevado coste humano y económico. El marco legal y político para la gestión de la pandemia se ha demostrado débil y demasiado sensible a apropiaciones y comportamientos oportunistas.
3. El sistema científico e industrial español ha mostrado su debilidad. Se podría hablar también de la pérdida acumulada de competitividad global de Europa frente a otros bloques económicos, que han logrado desarrollar vacunas frente a la COVID mucho antes que Europa. España ha visto de cerca la vulnerabilidad de sus sistemas de producción y abastecimiento de productos sanitarios esenciales, y su dependencia de países terceros, tanto en la producción de productos de alto nivel tecnológico (vacunas, medicamentos y tecnologías), como de productos primarios (principios activos, equipos de protección).
4. Se ha minusvalorado el riesgo potencial de una epidemia para la seguridad nacional. Ello exige reforzar los planes de preparación y respuesta, y en especial los sistemas de inteligencia para anticiparse al riesgo, gestionar con datos fidedignos en tiempo real, y sin fisuras entre instituciones y territorios. Y desde luego se hace necesario un sistema de salud pública mucho más potente. Esta pandemia ha cogido a España sin el Centro Estatal de Salud Pública contemplado en la Ley General de Salud Pública de 2011, pero nunca implementado.

5. La pandemia, y en especial la primera ola, ha mostrado violentamente la tremenda precariedad de nuestro sistema de atención al envejecimiento. Las “residencias de mayores” se convirtieron en trampas mortales para muchas personas a las que incluso se les llegó a denegar la asistencia médica que necesitaban. Es necesario abordar de una vez en España un esfuerzo de pensamiento, coordinación y financiero para huir del actual modelo de institucionalización “low cost” de las personas mayores.
6. Sabemos el coste en vidas humanas y en pérdida de salud que ha supuesto para los pacientes que han adquirido la infección. Sin embargo, falta por evaluar la repercusión que la falta o la demora en la asistencia sanitaria debidas a la COVID puede significar sobre el resto de pacientes afectados por otras enfermedades. Se habla de la 2ª ola de la pandemia, que sería consecuencia de los retrasos en el diagnóstico y tratamiento en pacientes afectados por cáncer, enfermedades cardíacas o neurológicas, por ejemplo. Y de una 3ª ola de carga de enfermedad debido a las consecuencias a largo plazo sobre la salud del estrés emocional, la pobreza y el crecimiento del desempleo derivados de la COVID-19.
7. Europa ha mostrado durante la crisis la importancia de la coordinación, en el ejemplo de la compra centralizada de vacunas. A pesar de que permanecen altas dosis de opacidad sobre la negociación y condiciones de los acuerdos con los fabricantes. Al mismo tiempo ha mostrado su falta de liderazgo para acompañar e impulsar las iniciativas de investigación de nuevas vacunas y fármacos en sus centros científicos e industriales, y la débil coordinación de las decisiones de limitación a la movilidad. Quizás un gobierno de la gestión de la pandemia más compartido a nivel europeo hubiera aportado las oportunas pautas técnicas que tantas veces se han echado en falta en la gestión nacional de las medidas, mucho más expuesta a los comportamientos políticos oportunistas.
8. Los países orientales se han mostrado mucho mejor preparados y eficaces en el control de la pandemia que los países occidentales. El papel que ha jugado en aquellos países el uso inteligente de la información debe hacer pensar a Occidente si no se debe ceder algo en los derechos de privacidad cuando están en juego intereses públicos mayores. Y asimismo, debe hacer pensar si las Administraciones públicas occidentales no están perdiendo el paso de la digitalización global.

Muchas de estas recomendaciones son objeto de una reflexión más profunda por parte de los autores que siguen a este capítulo. La población ha comprobado la importancia que tiene la salud para la preservación y prosperidad de nuestra sociedad, ahora es necesario que los gobiernos y responsables políticos otorguen a la salud la prioridad política que hasta ahora no ha tenido.

NOTAS

¹ Jonathan Corum, Sui-Lee Wee and Carl Zimmer. The New York Times. 4-October 2020.

² Pauline Chetcuti , Marc Cohen, Emily Farr, Mathew Truscott. Después será demasiado tarde. Oxfam Internacional. Octubre de 2020.

³ Jeffrey Sachs. Macroeconomics and Health: Investing in Health for Economic Development. The World Health Organization 2001.

⁴ Acemoglu D. y Robinson J. Por qué fracasan los países. Crown Publishers. Nueva York 2012.

⁵ Organización Mundial de la Salud. Informe sobre los progresos realizados con respecto a los ODM relacionados con la salud. 2018.

⁶ United Nations General Assembly. Transforming our World: The 2030 Agenda for Sustainable Development. New York. 25 of September of 2015.

⁷ García-Basteiro, A. L., Legido-Quigley, H., Álvarez-Dardet, C., Arenas, A., Bengoa, R., Borrell, C., ... & Garcia-Basteiro, A. L. (2020). Evaluation of the COVID-19 response in Spain: principles and requirements. The Lancet Public Health, 5(11), e575.

⁸ <https://theindependentpanel.org>



NAIEL IBARROLA 2021

EUROPA ANTE EL MUNDO POSTCOVID

RAMÓN JAUREGUI

¿Qué mundo?

Muchas de nuestras miradas a Europa tienen como referencia el pasado. El nacimiento mismo de la Comunidad Europea era una respuesta antagónica al pasado salvaje y cruel de las dos grandes guerras. Fue una reacción civilizatoria y pacífica a las pulsiones hegemónicas que habían atravesado Europa durante siglos. Así, todos los grandes avances de la integración fueron consecuencia de retos que planteaban su evolución económica o política y de respuestas inaplazables a crisis sucesivas que surgían en la construcción de una compleja estructura supranacional. La necesidad de abordar el futuro mirando con prospectiva, es decir, calculando y previendo los cambios y las transformaciones que se estaban produciendo a nuestro alrededor, surge a finales del siglo pasado. La Unión Monetaria es quizás, la decisión más evidente en esta línea de análisis, al comprobar la acelerada globalización de las economías y, sobre todo, el enorme peso de las finanzas en el mundo económico, además, claro está de las necesidades propias de nuestro Mercado Interior Común. A lo largo de este siglo XXI, la Unión ha se-

guido creciendo a golpe de crisis, impelidos a actuar, unas veces mejor y otras no tanto, por circunstancias inesperadas o sobrevenidas, que asaltaban la maquinaria europea con impactos serios a su andadura. La crisis económico-financiera de 2008/2014, el Brexit, el fenómeno migratorio en el Mediterráneo, las tensiones populistas anti europeas... etc. Ahora, en el comienzo de una nueva Comisión (Von der Leyen) y de un nuevo marco financiero plurianual (2021-2027), la Unión se ha enfrentado a la Pandemia y afronta, de inmediato, los retos de un mundo en cambio acelerado. De un cambio de época, que ya venía produciéndose antes de la COVID, pero que se acelera y se complica en el contexto de otras transformaciones que se están incorporando a nuestras vidas como consecuencia de la pandemia. Por eso, antes de reflexionar sobre nuestros principales desafíos, es necesario examinar esos cambios que se dibujan en el mundo post-COVID.

El primero es la constatación de que las pandemias han venido para quedarse. Crecen en un ecosistema enfermo, en el que se han destruido ciclos naturales y, por tanto, otras zoonosis no sólo son posibles sino

probables. Lo fueron los diferentes SARS, el Ébola y el SIDA y lo ha sido la COVID-19. De manera que hemos de asumir que existe una conexión entre pandemias y naturaleza. La lucha contra el cambio climático, en defensa de una naturaleza sana y robusta es pues una de las primeras prioridades.

Dos. Sin embargo, es falso creer que estas u otras pandemias destruirán la tierra. De hecho, una de las consecuencias más notables de la COVID ha sido que la ciencia ha vencido al patógeno. Nunca, en la historia de las pandemias, mirando siglos atrás, la ciencia había sido tan superior al virus. De hecho, lo ha gestionado y derrotado en muy poco tiempo. A los dos meses de su aparición, su ADN y su genoma, estaba en los laboratorios del mundo y la investigación de las vacunas se ha realizado en un tiempo impensable, hace solo unos años, gracias –entre otros méritos– a la Inteligencia Artificial y a los super computadores. Dicho lo cual, una segunda enseñanza es la necesidad de crear un sistema global de monitoreo y prevención de pandemias.

Tres. He aquí otra de las novedades. La ciencia se ha globalizado y la cooperación entre científicos y laboratorios (salvando los intereses comerciales), ha sido planetaria. Las revistas científicas divulgaban los avances, la necesaria coordinación de estudios e investigaciones, han hecho imprescindible la comunicación y los resultados están a la vista. La ciencia y el conocimiento se globalizan y la humanidad se beneficia. La pregunta que surge de inmediato es evidente: ¿Y la Política? La política ha mostrado su fragmentación. Cada país ha aplicado políticas diferentes a pesar de tratarse del mismo virus. Nuestra capacidad de coordinar la fa-

bricación de vacunas se enfrenta a los intereses privados y es incapaz de extender las patentes para que la producción se universalice. Nuestros egoísmos nacionales están impidiendo un reparto más justo a los países pobres. Para qué seguir. Esto ha puesto de manifiesto el fracaso de la gobernanza global. Instituciones “altamente competentes” (OMS, Naciones Unidas, etc.) han mostrado su incapacidad para la gestión global y han estado sometidas a la dependencia de políticas nacionales contradictorias y divisivas.

Cuatro. Otra de las tendencias post-COVID es la que ha puesto en cuestión la tendencia hacia la globalización económica. La culpabilización de la pandemia a la globalización carece de argumentos sólidos. Es verdad que nuestra forma de vida anterior ha favorecido la más rápida expresión en términos históricos de una pandemia, pero no es menos cierto que las vacunas son fruto precisamente de una ciencia globalizada y nada asegura que menos globalización garantice menos riesgos. Hay, sin embargo, un debate pertinente sobre la necesidad de recuperar “autonomía estratégica”, en la provisión de materiales y productos sensibles para la seguridad y para el aprovisionamiento nacionales. De hecho, Europa y muchos Estados discuten sobre la necesidad de asegurar la producción propia en ámbitos esenciales: farmacia, agricultura, defensa, sectores estratégicos, etc. y ya están en estudio esas previsiones que enlazan con la tendencia a relocalizaciones en nuestros suelos de muchas actividades deslocalizadas en su día por razones de costes. Hoy esas razones ya no son tan evidentes y la proximidad productiva aconseja devolver muchas instalaciones a nuestros suelos. Unida a la

necesidad de dotar de autonomía en el suministro de productos esenciales, esta tendencia se hará más intensa en todo el mundo, los próximos años. Pero creer que la pandemia paralizará la globalización es un error. Es posible que viajemos menos, trabajemos más online, que se frenen las deslocalizaciones etc., pero todo indica que la revolución digital ampliará mercados y geografía y que las finanzas, los productos los servicios y las personas seguirán moviéndose por el planeta, en un proceso irreversible. Por otra parte, una paralización de la globalización tendría unos costes económicos y de empleo de tal dimensión, que nadie podría asumirlos.

Cinco. Sería también un error trasladar las numerosas incertidumbres y miedos que genera el futuro hacia la Nación, hacia el Estado, como si éste fuera el último y el único refugio. El reforzamiento de la tentación nacionalista como antídoto a la globalización desgobernada, nos conduce por el camino equivocado. Las seguridades nacionales son falsas ante la dimensión de los retos que amenazan a la humanidad. El futuro no es nacionalista, es global, es cosmopolita. El reto es gobernar lo desgobernado porque la mayoría de los problemas a los que nos enfrentamos reclaman soluciones supranacionales. El futuro no es de los patriotas –como decía Trump– sino de los globalistas exigentes con la gobernanza planetaria. Otra cosa es que la ciudadanía esté reclamando del Estado y de sus organizaciones democráticas, el fortalecimiento de las instituciones llamadas a proporcionar seguridad, salud, libertad, igualdad y todos aquellos bienes públicos que configuran su contrato social. Aquí tenemos un espacio nacional ineludible para afrontar la calidad de nuestros sistemas

democráticos. Renovar el contrato social, el que vincula a la ciudadanía con sus instituciones reclama de la izquierda política, especialmente de la socialdemocracia, de sus mejores ideas y oficios para restablecer la igualdad, para fortalecer los servicios públicos del Estado del Bienestar, principalmente la sanidad, y enriquecer la democracia y sus manifestaciones más genuinas. Esta es otra de las asignaturas que nos deja la COVID, aunque, los ataques populistas a las democracias y las tentaciones nacionalistas ya se venían produciendo años antes. Solo que las consecuencias de la pandemia han agudizado grave y peligrosamente muchas de ellas.

Seis. Otra de las grandes innovaciones vividas en la pandemia tiene que ver con la tecnología. La digitalización nos ha salvado. Las infraestructuras de la interconectividad han funcionado. Gran parte de nuestro éxito ante la pandemia es que la gente ha trasladado su mundo físico al mundo virtual en el que estábamos protegidos del virus. Nuestra actividad social y laboral se ha mantenido porque las infraestructuras digitales han resistido la enorme demanda de uso que han sufrido este año. Hemos pasado horas y horas trabajando, entreteniéndonos, manteniendo reuniones familiares, conversaciones amigables, etcétera, a través de una red extraordinaria que nos ha permitido conexiones con cualquier país del mundo. Lo que nos lleva a preguntarnos si no será eso, Internet, y las redes tecnológicas, lo que constituye nuestra principal preocupación. Dicho de otra forma, necesitamos asegurar nuestra infraestructura digital si no queremos que sus fallos sean nuestra más grave preocupación de futuro. Pero, este tiempo nos ha mostrado también los peligros de

esta dependencia tecnológica. En la esencia misma de la democracia, porque está creciendo la argumentación antidemocrática derivada de las virtudes tecnológicas para conocer hasta los más íntimos pensamientos de los ciudadanos a través de sus usos tecnológicos, lo que lleva a las autocracias tecnológicas (China, sin ir más lejos) a interpretar una especie de superioridad moral sobre las democracias, que sólo permiten expresarse cada cuatro años al conjunto de la ciudadanía. Este cinismo argumental no es despreciable. Mucho menos si va acompañado de una cierta eficiencia en la gestión de los riesgos pandémicos y en la solución de sus efectos. Tampoco podemos despreciar otros riesgos del dominio tecnológico digital, mucho más cercanos a nuestro hábitat democrático. Hasta que la regulación democrática nos garantice límites al uso de los datos y asegure nuestros derechos, hay dos riesgos que se están produciendo a diario en nuestras vidas. La concentración de información sobre nuestra vida y nuestro cuerpo no puede ni debe ser manipulado ni usado comercialmente. A su vez, son necesarios mecanismos de control sobre las grandes tecnológicas y los gobiernos, para equilibrar sus poderes y evitar las dictaduras digitales. Existen riesgos reales para la libertad y para las democracias, en el aumento del poder de grandes monopolios privados, detentadores de una cantidad tal de información que les convierte en dueños de nuestras vidas.

Siete. La política se ha hecho más compleja. La ciencia acompaña muchas deliberaciones. Las alternativas combinan disciplinas heterogéneas. Siempre es necesario tener en cuenta, y valorar, factores exógenos, que están fuera de nuestro ámbito de gobierno y

que influyen decisivamente en nuestras decisiones. No podemos gobernar sin la ciencia. Hay que consultar, evaluar, analizar y decidir junto a los técnicos y a los expertos. Pero ¡atención!, la ciencia y la técnica no pueden reemplazar a la política. Los políticos no sólo tienen la legitimidad de origen para decidir. Además, manejan y gestionan la evaluación completa de una decisión. Combinan y consideran factores médicos, económicos, sociales, presentes siempre en la toma de decisiones. La política maneja y gestiona intereses públicos en contextos sociales determinados y se mueve en lógicas democráticas sometidas al escrutinio y a la evaluación ciudadana. Nada ni nadie puede sustituirla. Pero la crisis pandémica también ha introducido enseñanzas que debemos incorporar a la gestión política. Además de necesitar a los expertos y a la ciencia de nuestro lado, se ha revaluado el pacto, el acuerdo en la gestión de situaciones tan graves. El acuerdo entre las instancias territoriales en la que se reparte el poder. El acuerdo y la visión transversal de las medidas para combatir la pandemia. El acuerdo con los sectores económicos y sociales para sostener empresas y tejido productivo y para reactivar la economía después de la pandemia. El acuerdo entre fuerzas políticas para todo eso y para soportar su coste económico teniendo en cuenta que afectará a mucho más de una legislatura y condicionará la macroeconomía del país para futuras generaciones.

Ocho. Hablando de macroeconomía, no olvidemos el volumen extraordinario de endeudamiento público en el que se situarán la mayoría de los países, después de la pandemia. El volumen de deuda pública en el mundo ha crecido exponencialmente estos

años y aunque cada país debe ser examinado individualmente, el análisis universal que estamos haciendo nos exige comentar una evidencia. No hay dinero público suficiente para mejorar nuestros servicios públicos de sanidad y salud en un contexto de sobreendeudamiento y crisis fiscal. De la pandemia estamos saliendo con un reconocimiento general al personal sanitario, a nuestros sistemas hospitalarios y de salud pública y con un consenso, también muy extendido en la necesidad de invertir más para tener sistemas sanitarios robustos, modernizados y suficientes. Hacer frente a esta realidad y a otros gastos públicos en la mejora de nuestra protección social, exigirá una revisión de nuestro sistema fiscal y de nuestras contribuciones al gasto público. Afortunadamente, las iniciativas de los EEUU, de Biden y de su secretaria del Tesoro Janet Yellen, en materia fiscal son alentadoras y van en buena dirección.

Nueve. Por último, pandemia y desigualdad. Pandemia y pobreza. Desgraciadamente, como pasa con todas las catástrofes, la pandemia ha afectado más a países pobres, a gente pobre, y ha aumentado las desigualdades porque la protección social se ha reducido. Es verdad que el virus no distingue clases sociales, pero en el metro y en los autobuses, en los pisos de 50 metros cuadrados, en los trabajos más peligrosos, en los barrios más sucios, el virus se extiende más fácilmente. Es verdad que el virus no conoce las fronteras, pero América Latina tiene el 8% de la población mundial y el 30% de los contagiados y de los fallecidos en el planeta. Los índices de pobreza han crecido hasta niveles de 1990, es decir, se han perdido treinta años de avances y de lucha contra la pobreza extrema en ese subcontinente.

En fin, nuestro mundo se mueve hacia unas transformaciones que todavía no podemos determinar en todas sus dimensiones. Es probable que nos hagamos un poco más individualistas, que nuestros hábitos sociales nos hagan más distantes, con menos contacto físico, quizás un poco más desconfiados en una textura social que es difícil de predecir. Es seguro que la vida virtual, en la red, en el ciberespacio, ganará mucho terreno: En el teletrabajo, en la educación online, en el entretenimiento, en muchos de nuestros contactos sociales. Aumentará la importancia de algunos sectores económicos: medicina y salud, plataformas digitales, telecomunicaciones, logística, software... pero disminuirán su peso económico, otros, como la aviación o el turismo. Hay países perdedores y países ganadores en la geopolítica de la pandemia, como las hay en la geopolítica de las vacunas. Un mundo, en parte nuevo, se presenta ante nosotros, los europeos.

Europa ante ese mundo en cambio

Por eso, al enfrentar ese futuro incierto que dibuja la pandemia es obligado recordar dónde estamos, cuál es el contexto geopolítico y geoeconómico en el que nos movemos los europeos. Empecemos por reconocer que desde hace ya mucho tiempo hemos dejado de ser el centro del mundo. El desplazamiento poblacional, productivo y comercial a Asia es imparable y el centro de gravedad geoeconómico del planeta está ya ubicado irreversiblemente en esa zona del mundo. El ascenso de China como potencia económica está siendo más rápido de lo esperado y superará a EEUU en pocos años. Su fuerza militar está creciendo en progresión geométrica, y su influencia en el mundo

entero la convertirán en el nuevo gran rival de una bipolarización con Estados Unidos que amenaza el multilateralismo. Más allá de los intereses económicos con China, Europa está ubicada en el bloque occidental-democrático de esa bipolaridad. Las batallas tecnológicas (5-G, IA, microprocesadores, etcétera), las defensivas, las comerciales y sobre todo las políticas que surjan de la cúspide de esa nueva guerra fría, nos comprometen junto a los Estados Unidos, Canadá, Japón, Australia etcétera. No hay elección posible frente al otro bloque chino-ruso, si tal eje se configura, lo que no es todavía seguro. Nuestros valores democráticos, nuestras libertades, nuestros sistemas políticos, no son negociables. No es una posición fácil para Europa, claramente partidaria de un multilateralismo del pacto, de una globalización gobernada, de unas organizaciones internacionales fuertes, arbitrales, cooperantes y pacificadoras en un mundo más sostenible y más equilibrado en su desarrollo. Ese es nuestro difícil equilibrio en un papel que nos obliga a fortalecer nuestra política internacional. Quizás, una de las debilidades más notables de la Europa de hoy es precisamente su política exterior y de defensa, algo que se pone de manifiesto día a día por la creciente importancia del escenario global en el destino de los pueblos. Todo lo que ocurre nos afecta, todo está concatenado, todo es veloz y sucede inmediata y simultáneamente. La velocidad es uno de los cambios que caracterizan a la globalización. La viruela tardó tres siglos en extenderse por todo el planeta. El SIDA tres décadas. La COVID-19 ha tardado tres meses, y un virus informático, quizás tres horas para infectar el mundo cibernético.

Todo nos afecta. Los piratas somalíes que asaltan barcos pesqueros en el cuerno de África, nos obligan a enviar a nuestra armada a aquellos confines a protegerlos o enviar guardias privados fuertemente armados junto a los pescadores de atún de nuestros barcos. Francia combate con tropas en el Sahel porque algunos de los actos terroristas que ha sufrido provienen de allí. La Primavera Árabe comenzó cuando un joven tunecino se quemó a lo bonzo en diciembre de 2010, y las protestas sociales consecuentes en el norte de África dieron lugar a unas revueltas democráticas que nos llenaron de esperanzas democráticas. Hoy, sin embargo, todo el Mediterráneo llora las desgracias producidas en una escalada de violencia desordenada y destructiva cabalgando sobre aquellas esperanzas. Esa misma velocidad dificulta la gestión de los acontecimientos. A pesar de los innumerables centros de investigación, análisis y prospectivas de las cancillerías y de los centros de documentación de todo el mundo, casi nadie previó la crisis económica financiera de 2008-2012 o la caída del muro de Berlín una noche de noviembre de 1989 y, sobre todo, el zapatazo consecuente de aquel derribo, en un tablero internacional que permanecía bastante estable desde cuarenta años antes. Todo nos afecta. La previsible Alemania había establecido una fiscalidad especial para la prolongación de la vida de sus centrales nucleares. La razón, al final de la primera década de este siglo, era clara. Técnicamente era posible y seguro mantener en funcionamiento las centrales más allá de los 30 años previstos inicialmente. Por eso, la señora Merkel consideró que la autorización de la prórroga debía

llevar aparejada una alta fiscalidad. Así se acordó en 2010. Pero, sólo unos meses después, en marzo de 2011 se produjo la catástrofe de Fukushima, y Alemania decidió a finales de ese año, vistos los efectos del tsunami en la central japonesa, cambiar radicalmente su política energética nuclear. Acordaron un plan de cierre escalonado de todas las centrales nucleares. Vivimos pues un mundo en el que la velocidad, la relación entre los acontecimientos, la falta de previsión y la dimensión supranacional de todo ello, generan objetivas dificultades de gestión, dado el iniciático estado de su gobernanza. Este es el mundo de nuestro siglo. Y Europa tiene que ser una potencia en él. Necesitamos ser un player del mundo, un socio fiable, influyente, para defender nuestros valores y nuestros intereses y eso requiere algunas reformas institucionales y algunas decisiones políticas importantes. Entre las primeras, la aprobación de nuestra política exterior sin el requisito de la unanimidad. Es un derecho de veto inadmisibles, una rémora burocrática que ralentiza la operatividad exterior de una potencia. Esperar quince días a que se reúnan los 27 ministros de exteriores y acuerden –por unanimidad– las posiciones europeas en temas que suceden y se resuelven –o no– en días o en horas es absolutamente frustrante para el Servicio de Acción Exterior europeo. En el terreno de las decisiones políticas, mencionaré solo dos, que constituyen elementos nucleares de nuestra integración. La primera es la creación de un sistema operativo de Defensa europea que sea embrión de un ejército europeo y favorezca la creación de una industria europea de la defensa. La tensión interna que produce esta

idea, se entiende bien, aunque no justifica la parálisis. En efecto, una defensa europea compromete nuestras relaciones con la OTAN, y muchos países europeos (especialmente los del Norte y los bálticos) no quieren reducir su dependencia de la OTAN, que, ellos consideran, constituye la única y verdadera garantía frente a Rusia. La tensión interna europea está servida, y encontrar ese equilibrio entre OTAN y Defensa europea no es fácil. Algo semejante ocurre con la ratificación de los Acuerdos Comerciales, de Asociación y Cooperación de la Unión Europea con otros países del mundo. Laboriosas y complejísticas negociaciones de Acuerdos de Europa con el resto del mundo (Mercosur, Canadá, etcétera) quedan pendientes de una ratificación parlamentaria, no ya en el Parlamento Europeo, ni siquiera en los 27 parlamentos nacionales, sino en determinados parlamentos regionales cuyos Estados tienen transferida esa facultad a sus regiones (Bélgica es el caso). Ocurre así, que un Acuerdo firmado con otro u otros países, necesitan dos o tres años para su entrada en vigor en el mejor de los casos, porque basta cualquier negativa de un parlamento nacional (o regional) para hacerlo inviable. Europa está perdiendo credibilidad negociadora, en uno de los planos de la actividad internacional en la que es más fuerte, dada su capacidad negociadora en nombre de 500 millones de consumidores de alta capacidad económica. Europa quiere liderar el cambio climático en el mundo, y por eso ha asumido compromisos de descarbonización más fuertes que nadie. (0 emisiones de CO₂ en 2050). Por eso está al frente de los países que hacen del Acuerdo de París la hoja de ruta

para el mundo, y por eso está elaborando los más ambiciosos programas económicos en esta materia, como es el caso del New Green Deal. Quiere mantener un alto nivel de digitalización en su industria y en las infraestructuras tecnológicas. Quizás hemos perdido ya algunas batallas en el campo de la innovación, como son las telecomunicaciones, 5-G, Big Data o la inteligencia artificial, o los microprocesadores, pero, estamos en la carrera de las grandes 10 transformaciones tecnológicas: nuevos materiales, baterías para vehículos, aeronáutica, nanotecnología, etcétera. No perder pie en estas materias y adaptarnos a las grandes revoluciones con la poderosa industria europea es vital en la esencial batalla de la competitividad internacional. A este doble objetivo: liderazgo mundial en la lucha contra el cambio climático y una ambiciosa Agenda Digital responde al Plan para la recuperación económica que han lanzado la Comisión, el Parlamento y el Consejo europeos (julio 2020). Ha sido una reacción esperanzada de una Unión que ha configurado el Plan de Reactivación postpandemia más ambicioso de su historia. Es verdad que no fue así al principio de la pandemia. La descoordinación en los cierres de las fronteras, decididas por los Estados Miembros unilateralmente, la ausencia de medidas de prevención y de material sanitario en los primeros días, y la perplejidad que mostraba Bruselas esos días, nos devolvió a los peores momentos de la crisis financiera 2009-2010. Los aviones chinos en los aeropuertos europeos, vendiendo al mejor postor mascarillas y equipos de protección para los sanitarios, eran la mejor muestra de nuestro desconcierto. Pero la foto más

humillante para Europa fueron los camiones rusos entrando en Bérgamo con ayuda sanitaria. El debate sobre la ausencia de Europa se hizo, una vez más, catastrofista y destructivo. Pero la reacción económica de Europa ha sido formidable. El Banco Central Europeo (BCE) desplegó todo su potencial comprando deuda pública de los Estados y facilitando así liquidez financiera a Bancos y Estados. La Comisión aprobó diferentes programas para ayudar a los gastos sanitarios de los Estados (37.000 millones de Euros) y al desempleo provocado por el parón económico (Support to Mitigate Unemployment Risks in an Emergency , SURE 100.000 millones de Euros); suspendió el Pacto de Estabilidad para que sus rígidas normas sobre déficit no impidieran la expansión presupuestaria y ordenó al Mecanismo Europeo de Estabilidad (MEDE), creado en la crisis de 2010, que pusiera 240.000 millones de euros al servicio de los Estados y ofreciera préstamos sin condicionalidad. El gran impulso a la recuperación socioeconómica de Europa lo dieron la Comisión, el Consejo Europeo y el Parlamento, aprobando un plan de 750.000 millones de euros para ayudar a las economías europeas y dar además un salto en dos ejes claves para el futuro: El Green Deal en materia de lucha contra el cambio climático y la digitalización. El plan, llamado acertadamente Next Generation UE, ha llenado de entusiasmo europeísta a la población y ha despertado notable admiración en todo el mundo. Al mismo tiempo, esa misma Unión Europea está comprando más de mil millones de vacunas y las reparte equitativamente entre la población europea. Estas respuestas han significado un avance extraor-

dinario en la integración europea, refuerza enormemente el europeísmo ciudadano, al ver, esta vez sí, una Europa unida, fuerte, solidaria, que ayuda a sus Estados y a sus ciudadanos y que aprovecha la crisis para lanzarse hacia el liderazgo mundial en la lucha contra el cambio climático y hacia la digitalización de su economía, manteniendo la cohesión social. Es la primera vez en la historia que la Unión Europea se endeuda en nombre de la Unión y mutualiza la deuda ante los mercados. Es la primera vez que crea figuras fiscales nuevas para amortizar esa deuda (Digitales, plásticos y compensación del CO2 en Frontera). Es la primera vez que se lanza un plan dotado con casi un billón de euros en una política anticíclica (no procíclica como en 2010) a repartir solidariamente. Es la primera vez que se da un paso tan federalizante en una Unión supranacional como es hoy la Unión Europea. Se ha dicho que este gran logro constituye un momento hamiltoniano de la Unión, aludiendo a la mutualización de la deuda de los Estados Confederados de América. Sin duda lo ha sido, aunque estamos muy lejos de forjar los Estados Unidos de Europa. Y aunque es cierto que ha habido otros momentos semejantes en la historia reciente de la Unión, éste no es menos importante que aquellos históricos acuerdos sobre la Unión Monetaria, la Unión bancaria o los fondos de cohesión. Entre otras razones, porque será la base del Pilar Fiscal y de un posible Tesoro Europeo, condiciones fundamentales ambas de la Unión Monetaria y de su gobernanza. Hay finalmente dos grandes retos pendientes en esta Europa que sigue haciéndose día a día, a golpe de crisis. El primero es el tema migratorio.

La crisis de 2016 con las columnas de refugiados sirios queriendo llegar a Europa, dividió nuestra Unión entre países del Este y del Oeste. Una nueva línea divisoria, como lo fue en los años de la crisis económica 2008-2014, la división Norte/Sur, se introdujo en la maquinaria política de la Unión Europea hasta el punto de los cierres unilaterales de fronteras y la puesta en cuestión del Mercado Único con Schengen. Desgraciadamente, el problema político sigue latente al negarse varios países (Visegrado) a acoger cuotas de reparto de las migraciones que presionan nuestras fronteras exteriores, especialmente la del Mediterráneo. La solución es tan sencilla de exponer como difícil de implementar. Se trata de acordar una política migratoria común con los países de origen de las migraciones, desviando así la emigración irregular hacia los consulados europeos que organizan la llegada ordenada de migrantes y su reparto en los 12 países europeos en función de sus circunstancias económicas y necesidades. Debería realizar después la formación profesional, y su integración laboral y social en los países de acogida. Obviamente, el tema es más complejo, pero se articula sobre estas bases. Mientras no seamos capaces de organizar una ingeniería social semejante, el tema migratorio será un conflicto permanente entre nosotros, con graves riesgos para la integración europea. La otra gran materia en la que Europa tiene que avanzar inexorablemente es la culminación de la gobernanza económica de la Unión Monetaria y progresiva armonización del Mercado Interior. El euro ya es una moneda fuerte, sólida, representante de un espacio económico competitivo, universal. Pero su

gobernanza adolece todavía de importantes carencias. La primera es finalizar su recorrido natural como moneda de la totalidad de la Unión, a excepción de Dinamarca que excluyó desde el principio su inclusión en ella. El resto de países tienen comprometida su adhesión y es bueno que eso se haga cuanto antes. Hay demasiadas distorsiones en la gestión de los intereses económicos de la Unión Europea con dos espacios monetarios diferentes. El EUROGRUPO está limitando el poder de la Comisión en política económica y debería ser sustituido por el ECOFIN (una vez se incorporen al Euro el resto de los países). Ello permitiría, además, que el Comisario de Economía y Finanzas, ejerciera el liderazgo en la política económica y financiera de toda la Unión. El Mecanismo Europeo de Estabilidad (MEDE) debería convertirse en el Fondo Monetario Europeo (FME), mucho más después del acuerdo para la recuperación económica post COVID (Next Generation UE). A su vez, hay que culminar la Unión Bancaria con la creación del Fondo de Garantía de Depósitos y completar una Unión de los Mercados de Capitales. Respecto al Mercado Interior, es preciso reconocer que se trata de un proceso inacabado, que reclama sucesivas armonizaciones en las regulaciones nacionales y que entraña dificultades añadidas en la medida en que esas armonizaciones muchas veces implican cesiones de soberanía regulatoria de la Unión Europea y generan intereses encontrados entre los Estados Miembros. Conforme más avanzamos en la integración europea, más materias nos reclaman esa profundización en el funcionamiento armónico de nuestro mercado interior. Así ocu-

rre, por ejemplo, con la fiscalidad en la que los sucesivos escándalos han puesto de manifiesto la competencia desleal existente entre los Estados Miembros, absolutamente incompatible con la equidad en la competencia. Fue, en su momento, el caso Luxleaks (atracción de sedes centrales y fiscales a Luxemburgo a cambio de ventajas fiscales en el 13 impuesto de sociedades y en otras figuras fiscales) y lo siguen siendo sucesivas normativas en varios impuestos en Irlanda, Holanda, Malta, etc. Una Unión Fiscal es cada vez más necesaria para evitar daños enormes e injustos a las recaudaciones nacionales y para evitar competencias desleales en el seno de la Unión. Cabe extender esa reflexión a otros campos del Mercado Interior Europeo. El desarrollo de la Agenda Digital está demandando una progresiva armonización en el desarrollo y regulación de los mercados de telecomunicaciones, en las exigencias de protección de Derechos en Internet, en la explotación de los Datos etc. La Unión Energética, en plena descarbonización y desarrollo de las energías renovables, exige conectar nuestras redes, hacer transportable la energía por encima de fronteras físicas, y de regulaciones nacionales cada vez más antieconómicas. La Unión Social, que reclama condiciones sociolaborales semejantes, reclama igualmente un largo proceso de armonización al alza, de las condiciones laborales mínimas en los sectores económicos. Salario Mínimo (ajustado a cada país a la media salarial), principios de igualdad en los Mercados Laborales, Protección Social semejante, configuran todo un mundo por conquistar en este importante plano de la vida ciudadana europea. Son solo algunos

ejemplos de esta compleja tarea que da buena muestra de las verdaderas dificultades que entraña la integración europea. Podríamos citar muchos más, en áreas de ayudas de Estado, apertura de mercados internos a la libre competencia europea, etc. Por eso, no conviene olvidar que el MERCADO ÚNICO es una de las grandes fortalezas económicas y geopolíticas de Europa. En definitiva, Europa ha sido clave ante la pandemia, tanto en el combate al

virus, como en la recuperación de sus efectos socioeconómicos. No hay que dejarse llevar por ese pesimismo europeísta tan conocido y repetido. Pero, para que la crisis sea una oportunidad, Europa tiene que enfrentar nuevos desafíos, liderar temas del futuro y reordenar su maquinaria institucional para ser e influir en el mundo y para gobernar la globalización con nuestros valores y desde el multilateralismo y la cooperación.



CREER EN LA CIENCIA

JOSÉ M. MATO

En el último año, cuando parecía que lo peor de la crisis económica que estalló en 2008 estaba quedando atrás, una nueva crisis, la pandemia de la enfermedad del coronavirus-19, o COVID-19, causada por el coronavirus tipo 2 del síndrome respiratorio agudo grave, o SARS-CoV-2, ha puesto de manifiesto cuánto nuestra sociedad ha subestimado la importancia de la investigación en biomedicina y sobrestimado la de las finanzas, y lo vulnerables que ha hecho esta actitud a nuestras economías ante las pandemias. Si el centro de la crisis de 2008, se situó en los distritos financieros de los países, el epicentro de la crisis de la COVID-19 han sido los hospitales: en pocos meses un terremoto sanitario destrozó los sistemas nacionales de salud de todos los países, arrastrando lo que una vez nos pareció permanente. Tanto la Unión Europea (UE) como sus Estados Miembros, se enfrentan ahora a una ola de cambios económicos y sociales provocados por la pandemia de la COVID-19 para los que no están preparados.

Sin embargo, no hay nada misterioso o nuevo sobre el efecto de las pandemias en la economía. Ni siquiera es algo sin precedentes: el impacto en la economía mundial de la pandemia del virus de la gripe “española”, que empezó en 1918 y se alargó hasta 1920, fue al menos tan drástico como el de la COVID-19. Ni inesperado: el informe publicado en mayo de 2016 por la *Commission on a Global Health Risk Framework for the Future* (Comisión GHFR, DOI: 10.17226/21891), auspiciado por la Academia Nacional de Medicina de los Estados Unidos, titulado “La Dimensión Olvidada de Seguridad Global: Un Marco para Contrarrestar Crisis de Enfermedades Infecciosas” advertía de que, aunque fuese imposible hacer una estimación precisa del riesgo de que ocurriese una nueva pandemia, existían muy pocos riesgos que tuviesen un mayor potencial de impacto económico catastrófico, potencialmente en la escala de una crisis financiera global, y, sin embargo, los recursos que se destinaban a la prevención y respuesta a una pandemia eran una fracción de los recursos que se dedicaban a la seguridad. Concluía la Comisión GHFR que el compromiso de invertir 4,5 mil millones de US dólares anuales –equivalente a 65 céntimos de dólar por persona y año– en fortalecer los sistemas nacionales de salud pública, la coordinación global y financiar la I+D, haría que el mundo fuese mucho más seguro.

Es innegable que, en su conjunto, los países de la UE desoyeron estas recomendaciones. A las pocas semanas del inicio de la crisis del coronavirus, la mayoría de los hospitales en la UE estaban saturados e informaban sobre la falta de equipos de protección individual, como mascarillas y gel desinfectante, y de equipos médicos, como respiradores y pantallas protectoras. Tras la deslocalización de empresas europeas, después de la implementación en 1987 del Acta Única Europea, buscando mano de obra barata y reducción de costes de fabricación, los principales fabricantes de estos productos se encontraban en China y otros países asiáticos. Esta situación se vio agravada por el hecho de que varios Estados miembros adoptaron durante la fase inicial de la pandemia medidas individuales, como la prohibición de exportar, perturbando gravemente la ya tensa cadena de suministro. En un mismo acto, la crisis del coronavirus había dado al traste con la sanidad pública y la solidaridad europea.

En 2009, el brote de gripe pandémica H1N1 había dejado al descubierto las deficiencias de acceso de los países de la UE a la hora de obtener vacunas y medicamentos contra las pandemias; y, ante esta situación, en 2010 el Consejo Europeo solicitó a la Comisión Europea que iniciase la preparación de la documentación necesaria para la adquisición conjunta de vacunas y medicamentos con vistas a futuras crisis médicas. La mayoría de los Estados miembros firmaron el Acuerdo de Adquisición Conjunta entre 2014 y 2016. Bulgaria lo hizo en 2019, y Suecia, Polonia y Finlandia en los meses de febrero y marzo de 2020, ya en plena pandemia del coronavirus. Habían transcurrido 10 años desde que la Comisión tomó la decisión de coordinar la adquisición de productos médicos. Con estos precedentes no debería extrañarnos el embrollo que se ha producido en la UE en torno a los planes para la vacunación de la población general y la compra centralizada de vacunas.

Era inevitable que el suministro inicial de vacunas, una vez aprobadas por la Agencia Europea del Medicamento (EMA, por sus siglas en inglés), fuese limitado. Por consiguiente, los responsables políticos de la UE deberían haber acordado con anticipación un plan único que garantizase la asignación equitativa de las dosis limitadas hasta que hubiese un suministro suficiente, así como haber diseñado estrategias para mitigar las dudas sobre la efectividad de las vacunas entre la ciudadanía europea.

El principal problema al inicio de la pandemia era cómo conseguir desarrollar inmunidad frente a la infección del virus SARS-CoV-2; y la pregunta que se hicieron científicos en todo el mundo fue si la nueva tecnología de ARN de cadena sencilla y otras más conocidas, como la de añadir el gen (DNA de cadena doble) de la proteína seleccionada del coronavirus a otro virus llamado adenovirus, serían suficientemente buenas para inducir inmunidad de grupo y conseguir tener el virus bajo control. Si la pregunta hubiese sido ¿cuándo deben finalizar los ensayos clínicos de las vacunas de la COVID-19 antes de autorizar su uso? no habría tenido respuesta y aún no se habría iniciado la campaña de vacunación. No se puede contestar, porque el problema, las preguntas y las soluciones no son estáticas, como ha puesto de manifiesto el enredo que se formó en el Espacio Económico Europeo a cuenta de 86 casos de trombosis, 18 de ellos mortales, observados en 25 millones de personas inmunizadas con la vacuna de Oxford-AstraZeneca (Vaxzevria es su nombre comercial) a fecha 22 de marzo de 2021 –equivalente

a un riesgo de 0,7 fallecidos por cada millón de personas vacunadas-. La prioridad de las vacunas de la COVID-19 en el momento actual es que sean suficientemente seguras y eficaces para generar inmunidad de grupo (o de rebaño) y conseguir tener al coronavirus bajo control. Pero el significado de ambos términos –seguridad y eficacia– varía, dependiendo del nivel de infección en la población, del número de fallecidos, de la disponibilidad de otras vacunas, de las dosis disponibles y de que haya o no tratamientos alternativos. En ocasiones nos debemos contentar con “soluciones provisionales”. Es importante tener en cuenta que todo medicamento, fármaco o vacuna puede tener efectos secundarios no deseados. Para la mayoría, en casi todas las ocasiones, este riesgo será mínimo. Entonces, al igual que con cualquier otro medicamento, existen riesgos y beneficios que debemos aceptar y sopesar a la hora de vacunarnos frente a la COVID. Lo hacemos todos los días, cuando tomamos un medicamento, vamos en coche, hacemos deporte...

La UE no ha sabido enviar un único mensaje sobre los beneficios y riesgos de las vacunas, alineado con la EMA. Cómo se comunican los riesgos a la sociedad es crucial para mantener la confianza en la vacunación. Una vez que se ha dañado la confianza de la sociedad en una vacuna, puede ser difícil recuperarla. Las informaciones negativas se escuchan con más atención y provocan una mayor adherencia que las noticias positivas. Cualquier nueva restricción sobre el uso de la vacuna de AstraZeneca contra la COVID-19 o la de Janssen, ya sea debido a decisiones reglamentarias o vacilación de los gobiernos, podría tener un impacto global negativo adicional. Ambas vacunas son relativamente baratas de fabricar y de almacenar en comparación con las vacunas de ARN, y ambos fabricantes habían acordado distribuir vacunas a precios bajos en los países con rentas más bajas a través del programa COVAX. La economía de mercado no ha conducido a la vacunación masiva, pero sí a una guerra de precios e intereses comerciales.

Cuando las autoridades del Reino Unido optaron por vacunar con el suero de AstraZeneca, empezando por los mayores, a pesar del hecho de que sólo el 13% de los participantes en el estudio clínico tenían 65 años o más de edad –algunos medios erróneamente informaron de que la vacuna no se había probado en mayores–, esta política se basaba en que la experiencia de la primera ola demostraba que la tasa de mortalidad por COVID-19 era muy superior en las personas mayores. El riesgo de muerte por COVID durante un rápido incremento del número de casos es de 1 en 1.850, para personas sanas de 70 años; y de 1 en 250.000, para una persona sana de 30 años, una diferencia de 135 veces. En retrospectiva, esta decisión resultó ser correcta y se estima que la medida de priorizar a los mayores ha salvado a alrededor de 10.000 personas en el Reino Unido. Después de una de las campañas de vacunación más exitosas del mundo (más de la mitad de los británicos, 45 millones de personas, el 69 por ciento de la población, han recibido al menos una dosis, la mayoría de Oxford-AstraZeneca), y después de 175 días de un estricto cierre que contuvo la rápida propagación de la variante B.1.1.7. (conocida como variante británica del coronavirus), la actividad económica en el Reino Unido se está reabriendo progresivamente y el Gobierno británico confía levantar todas las restricciones el 21 de junio. El programa de vacunación en Israel ha sido también notablemente

rápido y exitoso, el 56% de la población ya está completamente vacunada. En este caso, la vacuna utilizada ha sido la de Pfizer-BioNTech. El número de casos se ha reducido drásticamente, de un máximo de 10.000 al día en enero a unos cientos a finales de marzo, y la economía se ha reabierto casi por completo. Y en los Estados Unidos se administran en la actualidad una media de 3 millones de dosis diarias (Pfizer-BioNTech y Moderna) y el 23 de abril el 41% de la población ya había recibido al menos una dosis.

El 14 de abril la presidenta von der Leyen anunciaba “que hoy hemos alcanzado los 100 millones de vacunaciones en la UE. Este es un hito del que podemos estar orgullosos”. En esa misma fecha el Reino Unido había alcanzado 61 millones de vacunaciones y los Estados Unidos 195 millones. La vacunación en la UE se ha visto afectada por los retrasos en la adquisición y distribución de las vacunas, así como por la preocupación sobre la seguridad de la vacuna de Oxford-AstraZeneca y de Janssen. Para muchos ciudadanos de la UE haber conseguido 100 millones de vacunaciones en aproximadamente 120 días no ha sido un hito para celebrar, sino una decepción.

Con independencia de estas diferencias, los datos sobre la eficacia de la vacunación son muy alentadores y permiten ser optimistas sobre la posibilidad de mantener el coronavirus bajo control mediante la vacunación masiva. Existe, sin embargo, una gran brecha entre los programas de vacunación en diferentes países, y muchos aún no han iniciado una campaña de vacunación masiva. Latinoamérica, que representa sólo el 8 por ciento de la población mundial, representó el 35 por ciento de todas las muertes por la COVID-19 la semana del 18 de abril. La presidenta von der Leyen firmó recientemente un contrato para la adquisición de 1.800 millones de dosis de Pfizer que permitirá a la UE revender o donar vacunas, empoderando así al bloque europeo a llevar a cabo una “diplomacia de vacunas” y apoyar los esfuerzos en la lucha por inmunizar a las personas en los países más pobres; un objetivo moral que la UE no puede permitirse descuidar.

También hay que tener presente que, para millones de familias repartidas por todo el mundo, el momento de alegría y alivio que supondrá el control de la pandemia de la COVID-19 se verá mermado por el dolor causado por las personas queridas que han perdido.

La gripe española de 1918 duró 2 años, tuvo cuatro olas, infectó a 500 millones de personas, aproximadamente un tercio de la población mundial de ese momento, y mató a entre 50 y 100 millones de personas. Los epidemiólogos y virólogos actuales piensan que se originó en los Estados Unidos o en Francia. La COVID-19 se originó en China a finales de 2019, ha tenido hasta la fecha cuatro olas, según recuentos oficiales ha infectado a más de 145,7 millones de personas (la población mundial actual es de 7,8 mil millones) y al día de hoy (24 de abril de 2021) al menos 3,1 millones de personas han fallecido por el coronavirus. Dado que en 1918 no se disponía de la tecnología para desarrollar vacunas efectivas para el virus de la gripe ni de antibióticos para tratar las infecciones secundarias asociadas (la neumonía bacteriana secundaria fue la principal causa de muerte por la gripe española), ni de respiradores, los esfuerzos de contención se basaron principalmente en medidas similares a las actuales contra la

COVID-19: cuarentena, distanciamiento social y mascarillas. El menor número de muertes en la pandemia del coronavirus probablemente es el resultado de los avances en la investigación biomédica a lo largo de los últimos 100 años en virus, ingeniería genética, dispositivos de diagnóstico, tratamientos, diseño de vacunas, respiradores, etc...

La ciencia es indisputablemente clave para conseguir el equilibrio entre salud y finanzas en las crisis sanitarias como las pandemias. No es suficiente financiar la ciencia, sino que es preciso *creer en la ciencia*. La ciencia tiene un apetito por la verdad poco propio de la sociedad actual, donde, en la toma de decisiones, tienen más influencia la intuición, las emociones y las creencias personales que los hechos objetivos y los detalles. Creer en la ciencia es invertir en educación, en investigación fundamental y en la protección de la propiedad intelectual que se genere en una sociedad.

El programa Horizonte Europa de la UE para investigación e innovación que ha comenzado este año y continuará hasta 2027 supondrá una inversión de 95.500 millones de euros. Horizonte Europa es una oportunidad y una responsabilidad para que, a través de la inversión en I+D, los Estados miembros hagan menos vulnerables sus economías ante las crisis, incluidas las sanitarias. Las propias complejidades de la UE, con estructuras que se solapan y competencias no bien definidas, hace que con frecuencia se opte por planes de I+D que son un simple salón de muestras de los planes de los Estados Unidos. El principal reto de la UE es conseguir que los Estados miembros se comprometan a invertir en I+D el 3% de su PIB (la inversión realizada en I+D ascendió en España a 15.572 millones de euros en 2019, lo cual supuso el 1,25% del PIB).

CREAR EN CRISIS

La cultura en tiempos de pandemia

J.J. DÍAZ TRILLO

Arden las vísperas

Ocurre con el confinamiento como con la soledad: cuando es forzoso, se atraganta, paraliza. Pocas vocaciones y profesiones requieren tanto del recogimiento, la tranquilidad y el silencio como la de los artistas. Difícil imaginar a un escritor, a una pintora, a un músico, componer sin el sosiego necesario de una soledad imprescindible. Larga y ardua muchas veces, para acabar encontrando su último sentido en los demás, en la multitud incluso. Acaso en esa “inmensa minoría” a la que se dirigía –o *dirigía*– Juan Ramón Jiménez. Como en una suerte de paradoja, este año larguísimo de encierros intermitentes quizás nos vaya dejando más desnudos y desarmados frente a un virus que no distingue a nadie, en ningún sitio. También más solos a lectores y espectadores que sólo ven a medias levantarse el telón.

Sobre el cansancio y la fatiga donde una y otra vez arden las vísperas de un concierto, una exposición, un recital, una representación, una película, un libro, sigue vive la llama, provocado el entusiasmo, de la creación. Catorce meses los que llevamos casi aislados, y de los que es muy posible

que para la cultura surjan nuevas propuestas creativas o manifestaciones artísticas que, como ocurriera en otros tiempos, acaben dejando para la posteridad el más vivo y certero reflejo de una realidad embargada por la amenaza de la enfermedad y el dolor de las pérdidas.

Para entender este momento, raro para las últimas generaciones y sobre el que tantas cábalas se vienen haciendo, he querido acompañar los datos y mis propias reflexiones de la conversación con cuatro autores que siguen creando en crisis y que sobre ella se preguntan. Maribel Quiñones, *Martirio*, Pablo Sycet y Juan Cobos Wilkins pertenecen a la primera generación que iniciaba sus carreras ya en democracia desde Madrid. Aun siendo del Sur y no haber perdido sus raíces, los tres han conseguido una obra personal, transgresora en muchas ocasiones y muy reconocida en sus respectivos ámbitos. Manuel Guedán pertenece a la generación que emerge con el siglo y mantiene un compromiso múltiple con la literatura, como profesor, autor y editor. Busqué con ellos, para el lector, la senda de la cordura (de *corde*, corazón) a la que nos invita Adela Cortina en su reciente *Ética Cosmopolita*: “Frente a

lo desorbitado y pretencioso propongo optar por la virtud de la cordura, que es un injerto de la prudencia en el corazón de la justicia”.¹

Sobre la hoguera de proyectos, que se han ido consumiendo en las vísperas de unos datos mejores para la salud, o una vacuna que nos devuelva la normalidad, estoy seguro que se estarán apaciguando en sus rescoldos incandescentes nuevas obras. Como el ave Fénix resurgiendo de las cenizas de un año enfermo. O, mejor, como un nuevo Ícaro que evitara quemarse al sol de esta soledad insistente o ahogarse en el mar de dudas, y de deudas, que les impida crear en crisis. Salvar a la Cultura de la pandemia de otra crisis social y económica como la que ya nos castigó hace tan poco tiempo.

La Historia

No es un escenario nuevo para la humanidad, fustigada a lo largo de siglos por los embates de la enfermedad y de sucesivas pandemias. Pero algo muy distinto parece ocurrir con ésta del coronavirus denominada COVID-19. Llevábamos cien años acostumbrados, sobre todo en Europa, a los remedios y garantías de disponer de numerosas vacunas contra enfermedades letales antaño. Cierto que la pasada centuria fue la de millones de muertes en dos guerras mundiales, pero también la de los mayores avances en una medicina cada vez más universal y accesible. No sé si esta última epidemia, expandida a la velocidad de los tiempos más veloces de nuestra Historia, llegará a tener las repercusiones de la que describiera Tucídides en su *Historia de la Guerra del Peloponeso* y que daría al traste con “el siglo de Pericles”. O las de esa otra “plaga de Justiniano”, en el siglo V



Foto de Jesús Ugalde

de nuestra Era, que vendría a desmembrar definitivamente los vastos imperios bizantino y romano, al morir casi la mitad de sus poblaciones en apenas una década. O las sucesivas de la peste en la Edad Media, con efectos igualmente devastadores. También la desaparición de los imperios azteca o inca, en la América recién descubierta por los europeos, estaría provocada en gran parte por la exportación de virus letales para aquellos pueblos de los que Bartholomew Gosnold², quien vivió entre los indios de la costa atlántica en el siglo XVII, dijo que eran “de constitución corporal perfecta, fuertes, activos e ingeniosos”. La llamada “gripe española” –por haber sido el primer país en advertirla y no por ninguna otra espuria razón– sería de las más recientes en el tiempo y con efectos terribles en numerosos lugares del planeta.

De esta última nos daría pruebas en el arte la pintura de Edvard Munch, cuya célebre obra *El grito* ha llegado a convertirse en un icono, con extraordinaria propagación digital, de este tiempo de confusión y temores. Hay un autorretrato suyo tras haber superado aquella pandemia que se pro-

longó durante dos años y acabó con la vida de millones de personas en todo el planeta. Su obra testimonia también el horror del autor por la muerte de su madre y su hermana debido a la tuberculosis. Sobre esta misma enfermedad –de toques románticos casi perversos– y cercanas fechas trata *La Montaña Mágica* (1912) de Thomas Mann, quien además utilizará como telón de fondo otra epidemia –de cólera en este caso– en su *Muerte en Venecia*. A partir de ella, aunque situada en el caribe, escribirá en 1985 García Márquez la deliciosa historia de Fermína Daza y Florentino Ariza, *El amor en los tiempos del cólera*.

A pesar de la abundancia de iniciativas de todo tipo que se vienen multiplicando –en las redes sociales sobre todo–, sospecho que habrá que esperar algún tiempo para que se produzcan manifestaciones artísticas, relatos certeros, de esta hora que nos sigue dando la terrible enfermedad. Los personajes del *Decameron* huyen a las afueras de Florencia a confinarse y evitar así la peste que asolaba Europa en el ecuador del siglo XIV. Todavía hoy ese aislamiento es el más eficaz de los remedios, y vemos cómo países enteros se ven abocados a la parálisis de buena parte de su actividad económica y social.

Refiriéndose a las plagas bíblicas, en su poema *Los nueve monstruos* –del 3 de noviembre de 1937 e incluido en sus *Poemas Póstumos*– César Vallejo escribe: “Y, desgraciadamente, / el dolor crece en el mundo a cada rato, / crece a treinta minutos por segundo, paso a paso, / y la naturaleza del dolor, es el dolor dos veces / y la condición del martirio, carnívora, voraz. / Es el dolor dos veces / y la función de la yerba purísima, el dolor / dos veces / y el bien de

ser, dolernos doblemente”. Poema que termina con ese tono y manera inconfundibles del poeta peruano: “Señor Ministro de Salud: ¿qué hacer? / ¡Ah! Desgraciadamente, hombres humanos, / hay, hermanos, muchísimo que hacer”.³

En ese maravilloso compendio de Ciencia y Arte de toda una época que es *De rerum natura*, Lucrecio al referirse a la peste de Atenas comienza: “Unas enfermedades de esta especie. / causadas por mortíferos vapores, / en los pasados tiempos devastaron / los campos de los términos Cecropios, / e hicieron los caminos soledades, / dejaron la ciudad sin pobladores”.⁴ Fue ésta la primera plaga bien documentada. Se inició en el 430 a. C. y se expandió en tres oleadas durante cinco años; sólo en Atenas se produjeron cien mil víctimas, la cuarta parte de su población.

Ya en 1928 y dentro de su labor de propagandista, el poeta ruso Vladimir Mayakovski realizó una serie de carteles sanitarios con el pintor A. Levin. Uno de ellos pareciera elaborado para hoy. Se titulaba *¡Lávate las manos!*: “Las manos sucias / A graves problemas inducen. / Mantén la enfermedad alejada / Actuando de modo civilizado: / Antes de tomarte un bocado / ¡Lávate / las manos / con el agua enjabonada!”.⁵

La soledad sonora

La enfermedad, aunque afecte a multitudes, se vive y sufre en soledad. Podrá compartirse con familiares o allegados, pero el paciente es siempre uno solo frente al destino, a la estricta fatalidad en este caso. Así oímos cifras o vemos gráficos de muertes a diario con cada vez mayor indiferencia

y menor asombro. Terrible costumbre la de contar víctimas –también muchas curaciones– como sospecho harían en tiempos a los que jamás pensaríamos volver. Ni llegar de este modo tan inadvertido y abrupto. No menos cierto es que desde esa otra soledad –compartida en la Ciencia mejor– de los laboratorios apenas en unos pocos meses hay ya varias vacunas de comprobada eficacia que empiezan a administrarse. Tampoco nunca antes habíamos podido conectarnos tan fácil y rápidamente, incluso vernos durante horas en una pantalla o contemplar a través de ella lo que pasa y nos pasa. Quizás sea ésta una “soledad sonora”, y digital. Y como el largo rastro de aquellas enfermedades de la Antigüedad, tras esta otra epidemia de ahora nuevas pautas de comportamiento se abrirán camino, nuevos estilos de vida más saludable, por prudentes, se quedarán entre nosotros. O quizás no. Y he aquí el debate que en amplios sectores de la Cultura se inició justo el primer día del primer confinamiento, hace ya más de un año.

Para Maribel Quiñones, *Martirio*, Premio Nacional de Músicas Actuales: “La salud preocupa como nunca, aun estando sano, con lo cual la cabeza está presionada por el miedo y el cuidado, la falta de horizonte, los abrazos prohibidos, sin las charlas y los encuentros enriquecedores, los cariños, la complicidad, la familia, los amigos. Huérfanos de abrazos energéticos. El trabajo de muchos, sin poder hacer ni en casa ni fuera. Inconclusos los periodos, los proyectos aparcados, el cuerpo sacando todas sus goteras”.

Rara ha sido la publicación o la emisión –radiofónica, televisiva, a través de internet– que no ha dedicado amplios espacios de in-

formación, reflexión y debate a la crisis del coronavirus. Tampoco han sido ajenos los medios, pero sobre todo las redes sociales, a la intoxicación, el bulo o el infundio. También en la Antigüedad se propagaron todo tipo de explicaciones y hasta las más disparatadas tuvieron eco ante la incertidumbre y el desconcierto. El citado Lucrecio da cuenta incluso del descrédito en que cayeron los dioses: “importaba poco / la religión ya entonces y los dioses, / porque el dolor presente era excesivo. / Y se olvidó este pueblo en sus entierros / de aquellas ceremonias tan antiguas / que en sacros funerales se observaban: / andaba todo él sobresaltado, / y en este general abatimiento / cada cual enterraba a quien podía”.

Los aplausos que espontáneamente se produjeron en los primeros días de la enfermedad sirvieron de homenaje a esas tareas esenciales que nos protegen, cuidan o alimentan, y que nos parecieran invisibles en tiempos de salud y prisas. Del mismo modo, las manifestaciones culturales se multiplicaron. Aun estando encerrados –con los solos juguetes de una tecnología cada vez más versátil–, se hizo más visible la capacidad de las artes de consolarnos, y hasta de curarnos algunas heridas interiores.



Foto de Clara Carrido

Las cifras

La falta de garantías para la salud, individual y colectiva, ha vuelto a poner en jaque a las industrias culturales, que para algunas de sus principales organizaciones se ahoga o agoniza. Y es que veníamos de otra crisis —ésta sólo económica, de la pura, o mejor, impura, especulación financiera— que desbarató parte del tejido productivo que se había venido consolidando en la década anterior. El informe que sobre el periodo 2008-2013 presentó la Fundación Alternativas señalaba una caída del 27'7% en el consumo de bienes culturales, la desaparición de 4.000 empresas y un descenso de ingresos entre el 56'2% (en la fonográfica) y el 20% (en el cine).

Hasta el fatídico marzo de 2020 el sector había alcanzado un 3'6% del PIB y significaba un 3'7% (122.673 en 2018) del total de empresas. Según el anuario de la SGAE, y aunque no se hubieran alcanzado los niveles anteriores a 2008, se advertía un "inicio de normalización". La misma Fundación Alternativas, en el informe presentado en 2019 hablaba de "una década perdida" por falta de avances en todos los indicadores económicos y sociales. Con cuatro décimas menos del PIB —4.000 millones de caída en la facturación— y 16.000 empleos menos, se trataba de un desplome de difícil recuperación, aunque se advirtieran signos de leve mejoría.

Los datos de la Encuesta de Población Activa (INE) del cuarto trimestre de 2020 arrojan una cifra de 652.000 empleos en el sector cultural, un 8'6% menos sobre los 710.200 del año anterior. A tiempo completo el 88'2% y parcial el 11'8%. La situación de ERTE favorecida desde el Gobierno ha pa-

liado en algo la precariedad en la que quedaban miles de empleados por la falta de su actividad habitual debido a los cierres, o al reducidísimo aforo, de los espacios dedicados al teatro, la música, la danza o el cine. En este último caso, y cuando seguramente se han podido ver más películas a través de las plataformas digitales, el cierre de salas en todo el país se ha vuelto un hecho inexorable. La Agrupación Europea de Sociedades de Autores calcula que se ha perdido una tercera parte del volumen de negocios, lo que para las industrias culturales del continente significaría casi 200.000 millones de euros. La situación incluso será peor en los próximos meses. El observatorio de la cultura de la Fundación Contemporánea habla de "un panorama desolador", con una caída del 29% en 2020 y otra previsible del 35% para el 2021.⁶

El futuro es funambulista

"El futuro —nos sigue comentando *Martirio*— es funambulista. En la primera ola has hecho de todo en lo que tenías a retortero, el cerro de plancha de las planas, te has puesto al día. Te ha venido bien para algunas cosas el paroncito. Luego vino la segunda ola, una desconcertante apatía en que tienes que entrar en tu montaña como un minero a excavar las ganas. Un letargo emocional al que se suman las pérdidas propias y ajenas sin plañir". Desde esa soledad necesaria del creador de la que hablábamos, se pudo atisbar en un primer momento una parada oportuna, un respiro que ayudara a pensar y planificar.

El pintor, agitador cultural y letrista de Luz Casal y Fangoria, Pablo Sycet confiesa que este periodo le invitó "a reflexionar, más allá

del propio encierro, sobre algunos asuntos en los que uno no suele pararse a pensar cuando las circunstancias son otras". En agosto pasado tenía prevista exposición en La Habana y los conciertos a los que acudiría se suspendieron todos. Como inspirador de la Fundación Olontia (www.fundacionolontia.com) y promotor de una Feria Transfronteriza de Arte, entre España y Portugal, cuya primera edición a principios de 2020 tuvo un amplio eco, ha tenido que adaptarse a las circunstancias. "No hay bien que por mal venga", nos llega a decir cambiando el refranero. Como ha cambiado el formato de la Feria hacia un encuentro digital que ha triplicado la presencia de seguidores y le ha permitido una mayor internacionalización. De hecho, esta mayoritaria implicación ha animado a sus organizadores a crear una tertulia mensual llamada "Café, copa y puro... arte".

La cantante onubense se manifiesta contra las "perezas tristes" que asaltan cualquier tarea, y ha optado por encontrar "la puerta abierta para que entres en ti". Si algo caracteriza su obra es el inconformismo, la exigencia y la audacia. Desde un profundo conocimiento de las músicas populares, ha creado un estilo propio, siempre en construcción. Aunque esté "huérfana de abrazos energéticos" y se sienta preocupada por la salud, de ella y de todos, no tengo la menor duda que *Martirio* nos sorprenderá con su visión y canción de este tiempo aciago. Entretanto avanzan las vacunaciones y amainan algo los datos de contagios e ingresos hospitalarios, ha podido retomar algunos compromisos con formatos mínimos y auditorios muy tasados de público, acompañada en varias ocasiones de su hijo y extraordinario guitarrista Raúl Rodríguez.

Según el anuario publicado hace unos días por la Asociación de Promotores Musicales, los conciertos en directo se han reducido en un 87%. De 91.106 actuaciones se ha pasado a 11.851, la mayoría de ellas en formatos reducidos, cuando no minúsculos, provocando la pérdida de miles de empleos en los trabajos técnicos imprescindibles para el desarrollo de una buena actuación musical, teatral o cinematográfica.

Sycet, que fue un activo protagonista de la *movida* madrileña –de la que la Fundación Olontia tiene seguramente su mejor colección de arte– ha tenido que aplazar los homenajes previstos en Nueva York, Roma y Alejandría a su admirado Jaime Gil de Biedma; pero tampoco se resigna y aprovecha para diseñar nuevos proyectos y confía en que "lo mejor de nuestras vidas está aún por llegar". Como en la imagen del funambulista, cruzando a gran altura mucha distancia, así parece que puede equilibrarse el arte más genuino en estos días, a riesgo de caerse pero siempre más cerca del cielo, gracias a la pértiga de la inspiración y el esfuerzo.

Nuevos Episodios Nacionales

Con motivo del brote de cólera en Madrid durante 1865, Benito Pérez Galdós publicaba en *La Nación*, en dos entregas correspondientes al 2 y 6 de diciembre⁷, un "episodio musical del cólera" en el que se hablaba de una "industria que vive de la muerte". Se refería al soniquete que por las noches producía con avaricia el fabricante de ataúdes. "Todo el barrio se mueve; pero calla a la vez. Mil emociones se chocan; mil dolores son ahogados; mil lazos de amor y familia se quiebran; mil almas vuelan; pero

todo esto se verifica en silencio, en medio de una calma horrorosa, en medio de un movimiento automático y vertiginoso. Todo el barrio se mueve, pero calla a la vez". Después de destacar los ronquidos de la partera ("en tales noches no nace nadie"), describirá "la mano diabólica" que busca la riqueza en la epidemia: "¡Industria fatal que florece al abrigo de la muerte!" A la de 1885 se referirá también el canario en otros artículos, y muchos otros momentos de calamidad general aparecen en su amplia obra.

Apenas iniciada la primera ola o sacudida de la COVID-19 en nuestro país, contemplábamos con estupor morgues improvisadas para acoger a millares de personas, especialmente mayores acogidas en residencias, que no podían ser acompañadas en el duelo. No tengo la menor duda de que en esta crisis humanitaria –de proporciones todavía incalculables– se estarán generando creaciones que podrán el día de mañana recordarnos, y hasta consolarnos, este luto que seguimos soportando en soledad. Manuel Guedán, autor de la novela *Los favores*⁸, sostiene que "los escritores obsesivos aspiramos, por lo general con más candor que éxito, a controlar las condiciones que acompañan a la escritura: el silencio, los horarios rígidos, la ausencia de interrupciones...". Y que "tuvo que ocurrir una pandemia para que todas estas condiciones pudieran al fin cumplirse". Nos comenta que aquellos meses llegó incluso a confinarse en un pueblo pequeño para intentar terminar la novela que tenía entre manos. Era una comedia picaresca que, al releerla tras aquellos días en los que "lo urgente dejó por una vez paso a lo importante", sin haberse dado cuenta, el relato "se había teñido de un tinte más oscuro



Foto de Rocío Pérez Lorca

que amenazaba con arruinar el conjunto". En su caso, pudo recuperarse e "insuflarle el humor que la pandemia le había robado". Habrá que esperar el tiempo necesario para advertir esa dimensión artística que, junto a la histórica, nos darán la imagen más cabal de lo que nos viene ocurriendo.

El propio Manuel Guedán, ya como editor de Lengua de Trapo, ha vivido esta experiencia desde un ángulo distinto. "Para 2020 habíamos previsto el lanzamiento de la colección Nuevos Episodios Nacionales. El plan era proponer a distintos autores y autoras que eligieran un episodio significativo de nuestra historia y lo tomaran como punto de partida para una narración, ya fueran memorias, crónicas o novela". Algunos de los invitados no tenían clara la relevancia de hablar de otros hechos pasados en este contexto: o si ya habían comenzado, quizás debieran cambiar el enfoque. Finalmente, y tras el freno e incertidumbre de varios meses, el proyecto se ha puesto en marcha e irán viendo la luz en próximas fechas otros tres títulos, además del ya presentado a mediados

de marzo. Se trata de *Soñó con la chica que robaba el caballo*, de Sabina Urraca, ya en librerías, y cuyo trasfondo histórico es el 11 de marzo de 2004, aunque como ocurre en Galdós, el “episodio” sólo sirve de estímulo a una trama autobiográfica y generacional. Para otra de las autoras, Rocío L. Bardají, que en *Hotel Madrid, historia triste* utiliza de fondo las movilizaciones del 15 M en 2011, “un proyecto como éste, con semejante multiplicidad de voces y que se acerca a la historia desde la ficción, pone en juego otras subjetividades no hegemónicas y actualiza la idea de una España que ya no es una, pero tampoco dos, ni diecisiete”.⁹

De parecido propósito, aunque de muy distinta índole, vienen siendo los *Episodios de una guerra interminable* de Almudena Grandes, centrados en la posguerra y la Dictadura, periodo inmediatamente anterior al que recrearán (de la mano de autores como Natalia Carrero, Javier Padilla, Isaac Rosa o Juan Bonilla) estos Nuevos Episodios en los que será difícil no encontrar en el futuro el rastro de este tiempo donde la lectura ha desempeñado además un relevante lugar de consuelo y compañía.

El mundo se derrumba y tú escribes poemas

Es el título de un libro de poemas de Juan Cobos Wilkins que, junto a *Biografía impura* y *Matar poetas*¹⁰, compone una excelente trilogía de la mejor y más reciente poesía en español. Como tantos otros creadores, Cobos Wilkins vio desbaratada una amplia agenda de presentaciones y actos en los que se había comprometido a participar. Para la mayoría de quienes se dedican a las Letras, constituyen esas actividades, además de los

derechos de autor, una parte importante de sus ingresos habituales. Así, al extendido y necesario ¿cómo estás?, responde: “regular, bien, mal. Pero no necesariamente por ese orden, tampoco al inverso, era –es– todo mezclado, paralelo, superpuesto, a la par. Como ese lubricante multiusos que ofrece tres en uno, o como el mismísimo misterio de la Trinidad”. Advirtió al principio en su propia creación lo mismo que en la vida y sus rutinas: “un entumecimiento que temía desembocara en parálisis”. Pero finalmente, “tal una presa que mantiene y soporta un caudal mucho tiempo hasta que se desborda y revienta, me vi, y sobre todo, me supe, escribiendo, volcado plenamente en la palabra, igual que si algo poderoso y acumulado largo tiempo aflorara con una necesidad luminosa”.

Como en su caso, otros creadores a lo largo de la historia se inspiraron en el fracaso, la enfermedad o la decadencia, por advertir en ellos la luz reparadora de la belleza, junto a la verdad –por terrible que fuera– que la revelaba como antídoto para el alivio o la curación, si no física, sí al menos espiritual. Pronto se hicieron célebres las pinturas dedicadas a las caídas de imperios, la erupción de volcanes, las guerras o el efecto de las plagas en poblaciones desoladas. El Romanticismo, y sus consecuentes vanguardias, *subjetivaron* aún más el padecimiento físico y *expresaron* con mayor contundencia sus sentimientos. En dos casos literarios, tan lejanos como conocidos, y sobre un escenario de crisis de época (para Grecia en uno, para España en el otro) se nos ofrece esa interiorización y personalización de un estado colectivo. Cavafis espera, y no espera, la invasión de los bárbaros. Quevedo mira

los muros de una patria que, vencida de la edad como su espada, no le sugiere más que el recuerdo de la muerte.

El propio Cobos Wilkins escribe: “Como torre gemela / se desploma, se deshace / igual que una pirámide de mirra, / el mundo que fue espejo / ya no gira en su der- viche rotación contigo”. Con estos versos abría aquel libro que –como el que seguramente esté pensando o escribiendo ahora– nos sirve de reposo y reconcilia con lo mejor que podríamos ser, pues “Mas aun sabedor de la derrota, a pesar / de esta quimera que todo lo devora / y de tanta expiación insaciable, / escribes. Te escribes / el poema mientras el mundo se derrumba”. Perfecta síntesis de esa *expiación insaciable* a la que nos lleva seguro una larga enfermedad, o una epidemia como la de ahora. El Arte, capaz siempre de redimirnos e imaginarnos capaces de conseguirlo.

Están siendo días en los que la cultura acude en nuestro auxilio más íntimo: música que se regala desde los balcones; teatro a medida de los pocos que no pueden prescindir de él, y que serán mayoría cuando se restablezca la salud y vuelvan a llenarse las salas; cine en casa pero con el anhelo de su autenticidad panorámica en las pantallas donde apreciaremos la justa dimensión de ese arte llamado séptimo, pero que es ya primero desde el siglo pasado en la preferencia de los espectadores. Los mismos que han aprendido incluso a manejar las pequeñas cámaras de los móviles o de los dispositivos personales para comunicarse, celebrarse o consolarse mutuamente. En una conversación que sobre la situación del teatro mantenían hace poco los directores Joan Mataboch y Miguel del Arco¹¹, el pri-



Foto de M^o José López Olmedo

mero decía que “en estos meses está habiendo mucho apoyo mutuo en el mundo del teatro para encontrar y compartir fórmulas que permitan estar abiertos”; y el segundo corrobora que “no hemos parado de hablar entre nosotros”. Esa unidad, insiste, “es lo que siempre he perseguido y espero que perdure después de esto. El sentido colectivo y solidario se ha reforzado mucho dentro de las compañías. Saber que los unos dependíamos de los otros más que nunca nos ha unido mucho”.

Movilizaciones como la que bajo el lema de Alerta Roja se produjo el pasado otoño en nuestro país nos orientan sobre ese espíritu colectivo con el que suele expresarse “el mundo de la cultura” en circunstancias extraordinarias: recuérdense las manifestaciones contra la guerra, a favor de la igualdad o contra el racismo. Sin embargo, ninguno de estos movimientos parece mitigar los devastadores efectos de cualquier crisis sobre un sector tan extremadamente frágil, con un gran desequilibrio territorial y empresarial y enorme precariedad en sus empleos. Desigual, y en general tibia, ha sido la reacción de los gobiernos. En España se promulgó un temprano Real Decreto Ley el

5 de mayo de 2020, que venía a unirse al Estatuto del Artista ya aprobado en 2019 y a otras medidas que debieran ir apuntalando a la cultura como un gran pilar de un Estado del Bienestar que se nos antoja el único capaz de lograr una justa redistribución de la riqueza y una mayor participación de la ciudadanía en un bien mayor como son las distintas manifestaciones culturales.

¿Se apaga el planeta pero se enciende otro mundo?

Durante el primer periodo de confinamiento severo observamos como la Naturaleza en apenas un par de meses parecía deshacerse del hostigamiento de nuestra presencia. Y de nuestro habitual maltrato. No sólo los índices de contaminación atmosférica bajaron llamativamente; los parques parecían recuperar un viejo, y ya desconocido, esplendor; se escuchaban de nuevo los pájaros en las ciudades, y hasta nuestro comportamiento, más cauto y silencioso, parecía acompañar a una recuperación sorprendente de vida y paisajes. Sería prolijo entrar aquí en las posibles concomitancias de la actual pandemia con el deterioro progresivo, y ya alarmante, de nuestro Planeta. Sólo señalar que en octubre pasado la Plataforma Intergubernamental Científica Normativa sobre Diversidad Biológica y Servicios de los Ecosistemas (IPBES) determinó que “la extinción de especies, la pérdida de hábitats y el cambio climático provocarán más epidemias en el futuro”. “Conservar la biodiversidad se traduce en preservar las vidas hermanas”.

Hace algunos años que la organización WWF nos propone a finales de cada marzo que hagamos el gesto de apagar la luz una sola hora. “La hora del Planeta”, como

esta otra “hora del Covid-19” de la que no nos acabamos de librar, debiera fijar un horizonte cierto de mitigación de los efectos y adaptación a los cambios que nuestro modo de vida desde la revolución industrial –no llega a tres siglos– ha provocado en la Tierra. Como cantara José Martí en sus *Versos sencillos* y como si nos dirigiéramos al planeta: “¡Verso, nos hablan de un Dios / Adonde van los difuntos: / Verso, o nos condenan juntos / O nos salvamos los dos”. Cobos Wilkins está “comprendiendo y asumiendo (más o menos) que esto, tan íntimo, se proyecta igualmente en lo social. Un proceso de abandono e impotencia, desazón, desamparo, rabia, rebelión. Confianza y desconfianza, desilusión y esperanza. Un caballo de Troya interior. El puñal de Bruto. Un dios Jano impuesto por asalto, con alevosía”. Para el pintor Pablo Sycet también está siendo una experiencia llena de contrastes: “si se asume este trastorno colectivo y fatal como una experiencia más, a pesar de tanta adversidad también hay experiencias positivas derivadas de la pandemia que invitan a sumar”.

De la misma forma que en todos los momentos difíciles para la humanidad, el arte se manifestó con coraje y esperanza. Dice *Martirio* que “es primavera, empieza de nuevo la vida, época como nunca de saber que somos pequeñas hormiguitas que van labrando el camino que van pudiendo trazar, con obstáculos pero llenos de fe, que no se puede tirar la toalla, que el cambio es la vida y que las fuerzas hay que sacarlas como sea”. Y el poeta de Riotinto mantiene “la duda de si el ángel que surge a nuestra espalda cuando nos asomamos al filo del abismo, cuando nos inclinamos al imán de

su vértigo para oler –incluso ser– la extraña flor (venenosa o curativa, venenosa y curativa) que crece al filo mismo del precipicio, será ángel de la guarda o –todo ángel es terrible– va, con un suave golpe de su mano, a empujarnos al vacío”.

Dos desafíos, pues, nos ha planteado el azar, o la necesidad de un planeta que se asfixia y apaga. El más inmediato, el de la pandemia, ha conseguido aunarnos más en el dolor global, pero también en la rapidísima capacidad de la Ciencia para lograr

un remedio. El de más largo alcance lleva décadas siendo urgente y no admite mayores retrasos. En ambos casos, la Cultura se manifiesta como el ámbito del ser humano donde mejor se enciende de nuevo el mundo. Para alumbrarnos más y mejor. “Lo que es para tatuarse y recordar –nos dice finalmente *Martirio*– es la verdadera y necesaria lección que nos da este vendaval. Para cambiar el rumbo del timón de nuestras almas y nuestras obras en el planeta que nos advierte, nos enseña y nos aloja”.

NOTAS

¹ Revista EL CULTURAL, elcultural.com (26 de marzo-1 de abril, 2021).

² E.J. Rodríguez, “Historia de las pandemias (III): La hecatombe americana”, JOT DOWN, serie publicada entre septiembre y octubre de 2020.

³ César Vallejo, *Obra poética*, Ed. Américo Ferrari, Colección Archivos, 4. UNESCO, 1988, pág 411.

⁴ Lucrecio, *De la naturaleza de las cosas*, Ed. Agustín García Calvo, Letras Universales, Cátedra, 1983. Traducción Abate Marchena, págs. 405 y 410.

⁵ Recogido en *Pandemia y Cultura*, Coordinador: Daniel-Henri Pageaux, Instituto Juan Andrés de Comparatística y Globalización, Madrid, 2021.

⁶ Para las cifras, he cruzado varias de las muchas fuentes que nos vienen proporcionando datos al respecto, y a las que se puede acceder a través de las organizaciones citadas en el artículo.

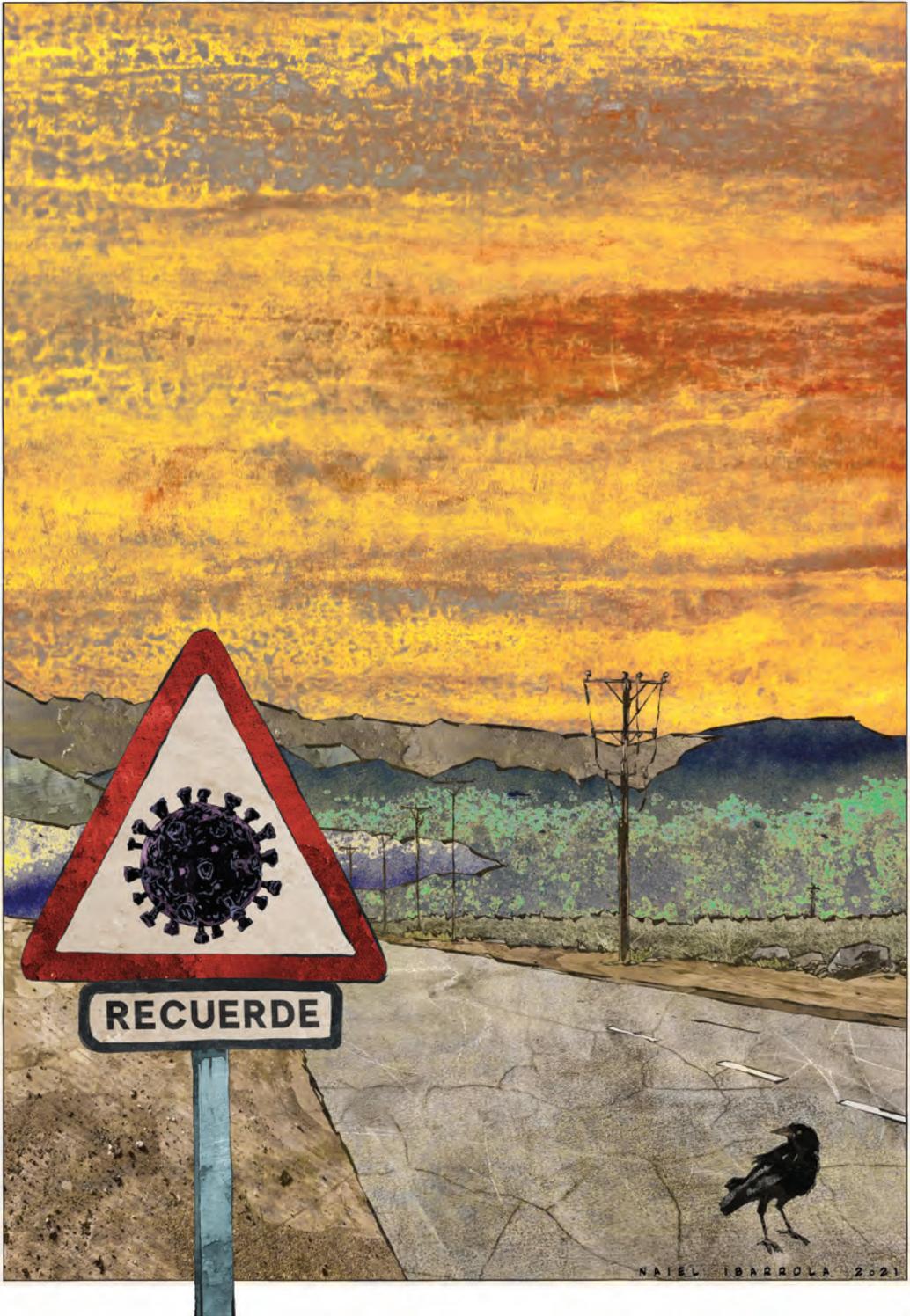
⁷ Citado por Davide Mombelli en “Galdós: La epidemia de Cólera. Ficción y Testimonio”, en *Pandemia y Cultura*.

⁸ Manuel Guedán: *Los favores*, Ediciones La Palma, 2016.

⁹ En “Los Episodios Nacionales de la Democracia”, EL PAÍS, 15 de marzo de 2021.

¹⁰ Juan Cobos Wilkins publicó los tres títulos entre 2009 y 2019 en la Colección de poesía *Vandalia* de la Fundación José Manuel Lara.

¹¹ En “Año I de pandemia: del luto al ‘optimismo’”, Revista EL CULTURAL (12-18 de marzo).



LA SALUD PÚBLICA QUE QUISIMOS TENER Y NO TENEMOS: COVID, UNA OPORTUNIDAD PARA REFORZARLA

JOSÉ MARTÍNEZ OLMOS

La pandemia causada por el SARS-COV-2 ha puesto de manifiesto la importancia de la salud pública ante el conjunto de la ciudadanía y, también, ante los responsables sanitarios y autoridades gubernamentales de todo el Estado. Algo que también ha sucedido en la mayor parte de los países del mundo, aun cuando se corre el riesgo de que llegado el momento en el que la pandemia acabe y se vuelva a la normalidad, se disipe la sensación de que es prioritario disponer de estructuras adecuadas de salud pública y que ello es una prioridad estratégica.

El periodo transcurrido desde que en las primeras semanas de 2020 se declaró por parte de la Organización Mundial de la Salud (OMS) la alerta sanitaria internacional y posteriormente, la situación de pandemia, ha generado en España una importante reflexión colectiva favorable a trabajar para hacer viable una salud pública fuerte, eficiente y moderna en el conjunto del Sistema Nacional de Salud (SNS), para afrontar con solvencia los desafíos de futuro.

Creo que es conveniente ser conscientes de que es lógico que la pandemia haya puesto de manifiesto que ningún sistema sanitario está preparado para un impacto como el que supone una nueva enfermedad que se contagia por vía respiratoria y que tiene la capacidad de afectar a un alto porcentaje de personas en el mundo. Esta zoonosis comienza a afectar a la población mundial con una gran capacidad de generar un enorme número de nuevos casos al circular con rapidez; se trata de un nuevo virus que encuentra en la especie humana una enorme susceptibilidad para infectarse ante la falta de inmunidad, lo que explica la incapacidad de cualquier sistema sanitario para absorber toda la demanda asistencial que se genera en un corto espacio de tiempo.

En las primeras semanas y debido a que resultó ser una nueva patología con la característica de ser invisible en un alto porcentaje de casos, los sistemas sanitarios afrontaron una situación en la que la medición de la incidencia real estaba condicionada (además de por la incapacidad de aplicar pruebas diagnósticas en los términos en los que se aplican ahora), por el hecho de que muchas personas infectadas o presentaban un cuadro asintomático o con

síntomas leves, lo que condicionó que al no acudir a los servicios de salud, no pudieran ser registrados en las estadísticas oficiales. Esto condicionó una dificultad real para ver venir la enorme oleada de casos a la que los sistemas se iban a tener que enfrentar y fue un elemento clave para entender que las decisiones adoptadas relativas a imponer un confinamiento domiciliario estricto, no se decretaran con anterioridad.

Para muchos sistemas sanitarios, independientemente de que pudiera haber ámbitos de mejora en los sistemas y procedimientos de vigilancia epidemiológica, las primeras semanas de expansión de la enfermedad mostraron (además de insuficiencias en los dispositivos de salud pública) la dificultad real de poder registrar de manera adecuada la magnitud del impacto epidemiológico real que el SARS-COV-2 estaba produciendo en el conjunto de la sociedad dada su enorme capacidad de aparecer como una enfermedad invisible a la clínica en un buen porcentaje de casos.

Como se ha señalado, hay que ser conscientes de que este impacto tenía y tiene un potencial tremendo para afectar la salud global en la medida que se trata de una nueva enfermedad infecciosa frente a la que la falta de inmunidad en el conjunto de la humanidad hacía que prácticamente todo el mundo fuera susceptible de infectarse y, en la medida que se produjera un deterioro de la salud, tuviera como consecuencia la necesidad de ofrecer atención sanitaria con el potencial colapso de los servicios sanitarios, independientemente de la fortaleza y calidad de cualquier sistema sanitario.

Es evidente que los sistemas sanitarios no se planifican para tener un dispositivo asistencial capaz de atender la extraordinaria y explosiva incidencia de una enfermedad como la causada por el SARS-COV-2. Es desde este punto de vista desde el que probablemente se pueda acertar más a la hora de valorar si estábamos preparados para afrontar esta pandemia; dado que el crecimiento explosivo de casos ha demostrado que tiene capacidad para bloquear el funcionamiento normal de cualquier sistema sanitario, se ha comprobado que las medidas de confinamiento estricto adoptadas en su momento y aquellas otras que limitan la movilidad y la interacción social se han mostrado eficaces para luchar frente al colapso del sistema sanitario.

En cualquier caso, y especialmente, a raíz de la pandemia causada por el virus de la Gripe A en 2009, somos muchos los que consideramos que debiera haberse trabajado en dos vías que probablemente habrían contribuido a un menor impacto de las primeras oleadas de la pandemia COVID-19. Una de ellas se refiere a la conveniencia de haber tenido prevista una reserva estratégica de materiales de protección para profesionales sanitarios y sociosanitarios (guantes, batas, gafas, mascarillas, etc.) así como medicamentos, aparatos e instrumental de cuidados intensivos para incrementar en una situación de emergencia la capacidad asistencial.

La necesidad de una reserva estratégica se propuso en su momento en 2009 a raíz de la experiencia vivida en el abordaje de aquella pandemia. Hoy nadie cuestiona que haber dispuesto de una previsión de recursos de este tipo, habría permitido mitigar parte del impacto

inicial de la pandemia COVID-19 tanto en la prevención de casos como en la asistencia a los pacientes afectados que sufrieron las limitaciones de recursos asistenciales. También, es claro que se habría podido mitigar el impacto que el SARS-COV-2 ha tenido entre los profesionales sanitarios y sociosanitarios que han sufrido contagios, muchas veces condicionados por la escasez de recursos de protección y prevención frente al coronavirus.

Tras los primeros meses de pandemia, finalmente se abordó la necesidad de generar esta reserva estratégica y, fruto de ello, el Instituto de Gestión Sanitaria (INGESA) se encargó de elaborar los procedimientos necesarios para articular un enorme concurso público que ha supuesto una compra centralizada mediante un Acuerdo Marco para el suministro del material necesario para hacer frente al COVID-19, suscrito con las Comunidades Autónomas y organismos de la Administración General del Estado, por un importe de 2.130 millones de euros.

La segunda vía de acción, se refiere al despliegue de los aspectos contenidos en la Ley General de Salud Pública aprobada en 2011 que habrían permitido una mejor dotación y capacitación de nuestras estructuras de Salud Pública. En especial, habría sido de enorme utilidad la puesta en funcionamiento del Centro Estatal de Salud Pública previsto en la Ley y sobre el que, desgraciadamente, no se había dado ningún paso.

Incluso, se podría haber mejorado los planteamientos previstos en 2011 en dicha Ley planteando la creación de una Agencia de Salud Pública en lugar del Centro Estatal contemplado en ella; una Agencia, por su mayor autonomía de gestión y otras características asociadas a esta fórmula jurídica, podría haber sido un organismo eficaz para construir la salud pública necesaria para un sistema sanitario moderno y con una amplia descentralización de competencias que requiere un modelo federal de organización en coherencia con nuestro modelo sanitario.

Pero la realidad es así y el hecho cierto es que la pandemia causada por el SARS-COV-2 apareció en un momento difícil para la sanidad pública española debido a los recortes presupuestarios y a los problemas generados por la deficiente gestión de los recursos humanos que caracteriza al sistema sanitario desde hace años, así como por a la ausencia de una planificación y gestión coordinada y armónica en el conjunto del Sistema Nacional de Salud.

Los servicios de atención primaria fueron, además, especialmente afectados por las políticas de austeridad, control del gasto y por la falta de inversión y modernización, lo que generó la aprobación de una propuesta estratégica para su fortalecimiento que no pudo ponerse en marcha al declararse la pandemia pocos meses después de su aprobación: se trata del Marco Estratégico para la Atención Primaria y Comunitaria, que fue aprobado por el Consejo Interterritorial del SNS en abril de 2019 y que contiene aspectos a desarrollar para reforzar las capacidades de este nivel de atención en el ámbito de la salud pública, junto a otros. Aspectos y medidas para el fortalecimiento de las capacidades de la atención primaria que, aún, están inéditos.

Se puede decir que en los años previos a la pandemia la sanidad pública sufrió un periodo con numerosos recortes e insuficiencias que afectaron tanto a los aspectos relacionados con la modernización de las infraestructuras y equipamientos, como en los relativos a la gestión de profesionales, con enormes limitaciones e insuficiencias en materia de estabilidad, sustituciones y salarios que, entre otros muchos aspectos, afectaron al clima laboral y generaron un alto nivel de insatisfacción y desmotivación entre los profesionales del sistema sanitario.

A pesar de ello, los profesionales sanitarios han demostrado ante el conjunto de la sociedad un enorme compromiso y una altísima capacidad técnica y de implicación en la defensa de la salud de la población, que ha sido reconocido por la ciudadanía en numerosas ocasiones, siendo simbólico el hecho de que en el periodo del confinamiento obligatorio todos los días a las 20 horas, millones de ciudadanos salían a los balcones a aplaudir a los profesionales del sistema sanitario.

También, a pesar de las limitaciones y dificultades del sistema sanitario, hay que señalar que se ha podido afrontar la difícil situación creada por la pandemia gracias a la estructura sanitaria creada desde los años 80 del siglo pasado cuya base jurídica es la creación del SNS con la Ley General de Sanidad de 1986; aunque como se ha señalado, en especial, ha sido clave el compromiso de miles y miles de profesionales que han prestado un enorme servicio a la sociedad española al afrontar los efectos sanitarios de la pandemia, superando con dignidad y entrega las carencias detectadas.

La pandemia COVID-19 ha golpeado con enorme dureza a la sociedad española ya que en el momento de escribir esta tribuna casi 3,6 millones de personas han sido afectados por el coronavirus y ha producido más de 79.000 muertes oficialmente atribuidas a esta causa, siendo también decenas de miles los pacientes que han tenido que ser ingresados en camas de hospitalización general y en unidades de cuidados intensivos.

De igual forma, cabe reseñar el impacto de la COVID-19 en el ámbito de las profesiones sanitarias con más de 130.000 casos confirmados en el personal sanitario y sociosanitario, lo que da buena muestra de la intensa exposición al virus que, sobre todo en las primeras semanas que fue una exposición de gran intensidad ante la ausencia de materiales y sistemas de protección adecuados, por no disponer de una reserva estratégica en previsión de una pandemia de esta naturaleza.

En definitiva, la sanidad pública ha tenido que enfrentar la pandemia y en especial las primeras semanas tras la declaración de la alerta sanitaria, con insuficiencias de diversa naturaleza que han coincidido además con las insuficiencias de la respuesta ofrecida tanto desde la Organización Mundial de la Salud, la Unión Europea (UE) y el propio Gobierno chino que, con el paso del tiempo, se van haciendo cada vez más evidentes.

En el caso de la OMS, el análisis de la gestión ha sido realizado mediante una evaluación independiente de la gestión de la pandemia realizada por el "Comité Independiente sobre los

Preparativos y la Respuesta ante Pandemias” presidido por la ex primera ministra de Nueva Zelandia, Helen Clark y por la ex presidenta de Liberia, Ellen Sirleaf Johnson, habiendo publicado un informe oficial que ha puesto sus hallazgos y recomendaciones a la consideración de la Asamblea Mundial de la Salud el próximo pasado 25 de mayo de 2021.

Este Comité, constituido por 13 personas de reconocido prestigio internacional procedentes de múltiples sectores y rincones de la geografía mundial, trabajó a lo largo de ocho meses, auxiliado por un Secretariado también independiente constituido para tal efecto, y se centró en aprender de las lecciones del pasado y del presente de la pandemia en consulta con múltiples actores.

De forma deliberada el Informe no ha buscado señalar culpables. Su objetivo ha sido fundamentalmente propositivo y buena parte del Informe elaborado está dirigido a plantear recomendaciones que incluyen propuestas tanto inmediatas para atajar la transmisión de la COVID 19, como de más largo plazo para transformar el sistema internacional de preparativos y respuesta pandémica que, a todas luces, ha resultado insuficiente y no ha actuado con la oportunidad debida. Propuestas orientadas a una transformación imprescindible para hacer posible prevenir que futuros brotes de enfermedades infecciosas se conviertan en pandemias.

El Informe ha concluido que el actual sistema de preparación y respuesta pandémica, tanto a nivel de los países como en su dimensión internacional, no era adecuado ni suficiente para proteger a las personas frente al COVID-19. Ese sistema no cumple con el objetivo de garantizar una seguridad sanitaria mundial ni para asegurar la seguridad humana esencial.

En esta pandemia se tardó demasiado tiempo entre la notificación de los primeros casos por parte del país donde aparecieron y también en la declaración de Emergencia de Salud Pública de Importancia Internacional, según lo establecido por el Reglamento Sanitario Internacional (RSI).

En el caso de España, se está pendiente de la puesta en marcha de un proceso de auditoría acordado hace unos meses en el seno del Consejo Interterritorial y que se va a desarrollar de manera inminente según anunció la Ministra de Sanidad el pasado 14 de mayo. En tanto se produce este trabajo y se publican sus conclusiones, se puede señalar que un análisis de situación bastante completo y acertado en relación a España está disponible a raíz de las comparencias celebradas en el seno de la Comisión de Reconstrucción del Congreso de los Diputados creada en los meses de junio y julio de 2020 y en el dictamen aprobado con amplio consenso de los grupos parlamentarios, que incorpora líneas y recomendaciones de acción acertadas y de enorme interés para fortalecer nuestro sistema público de salud y, en especial, la salud pública.

La Comisión de Reconstrucción plantea la necesidad de proceder a dar prioridad al fortalecimiento del sistema sanitario componiendo una serie de propuestas que contemplan todos

los aspectos en los que hay desafíos importantes que superar para conseguir situar a nuestra sanidad pública con las mejores capacidades para cumplir sus objetivos de protección y recuperación de la salud.

Pero merece la pena señalar las apuestas que se formulan que en materia de salud pública para poder afrontar de manera específica los objetivos de protección de la salud y, en especial, en los aspectos que de manera más directa afectan a la vigilancia epidemiológica y a la prevención de efectos ligados a pandemias, así como para asegurar la mejor gestión de las mismas.

Se apuesta por el desarrollo completo de la Ley General de Salud Pública de 2011 con aspectos como la creación de un Centro Estatal de Salud Pública, tal como se contemplaba en dicha, siendo esta cuestión algo que ya se ha incorporado en los Presupuestos Generales del Estado para 2021 y, por tanto, una tarea asignada ya al Ministerio de Sanidad.

A pesar de ello, sería conveniente replantear el proyecto y valorar la viabilidad de que dicho centro tuviera la forma jurídica de Agencia estatal con un enfoque federal de gestión de la salud pública y con la mayor autonomía que ofrece esta fórmula administrativa, para ofrecer el mejor servicio a la sociedad española, dotándolo de medios y recursos humanos de alto nivel.

También, entre el conjunto de acciones propuestas para reforzar la salud pública, merece destacarse la recomendación para desarrollar un Plan de emergencias de salud pública frente a epidemias y otras crisis sanitarias en base a la experiencia adquirida en la gestión de la pandemia COVID-19.

En último lugar, conviene reflexionar sobre la manera de asegurar el mejor ejercicio posible de las competencias propias del Gobierno de España en materia de salud pública; este asunto es de enorme importancia ya que los nuevos retos hacen necesario plantearse un refuerzo de las capacidades tecnológicas y de recursos humanos del Ministerio de Sanidad. Por diferentes motivos, el Ministerio ha perdido buena parte de su capacidad y potencial técnico en paralelo a una pérdida de peso político que, en su conjunto, ha condicionado una imagen social y un papel institucional, que ha devaluado su importancia y su capacidad de acción.

En mi opinión la devaluación del papel y del ejercicio institucional de las funciones del Ministerio de Sanidad ha sido uno de los condicionantes que, en el caso de la gestión de la pandemia COVID-19, ha lastrado la calidad de la respuesta ofrecida en España a los retos epidemiológicos. Algunos elementos, reflexiones y propuestas para fortalecer institucionalmente al Ministerio de Sanidad han sido abordados en el proceso de trabajo de la Comisión de Reconstrucción del Congreso de los Diputados. Probablemente, en la evaluación independiente del desempeño en la gestión de la pandemia a la que se ha hecho referencia con anterioridad podrán encontrarse nuevas aportaciones en este sentido.

Pero una cosa es clara: la importancia de las competencias del Gobierno de España en materia de protección de la salud y de coordinación del sistema sanitario en su conjunto

requieren considerar que el Ministerio de Sanidad es un ministerio de Estado. La experiencia vivida, los aciertos en las decisiones ministeriales (y los errores), así lo han puesto de manifiesto.

En definitiva, la salud pública que debemos tener en el futuro inmediato tendrá mucho que ver con las enseñanzas que se obtengan del análisis de nuestras fortalezas y debilidades en la gestión de la pandemia COVID-19. Esta tarea, la de hacer una lectura crítica y propositiva de nuestras áreas de mejora, es de vital importancia. Y en ella, sin ingenuidades, pero con realismo, hemos de poner nuestras energías y nuestras esperanzas. El reto es apasionante.



LA COVID: UNA PRUEBA DE ESFUERZO AL SISTEMA DE GOBIERNO DE LOS SERVICIOS PÚBLICOS EN ESPAÑA Y PARA EL SISTEMA PÚBLICO DE SALUD

JOSÉ RAMÓN REPULLO LABRADOR

Una imagen puede ilustrar claramente la compleja e insidiosa evolución de la pandemia COVID-19 en España, como se muestra en los datos de casos diarios desde marzo del 2020 (Figura 1): lo que parecía que iba a ser un problema agudo y dramático, se ha ido extendiendo en el tiempo.

Las cuatro olas han producido daño, aunque con un perfil decreciente de letalidad. Pero, sobre todo, han ido erosionando las capacidades del Sistema Nacional de Salud, así como la resistencia física y moral de sus profesionales y empleados. Las otras patologías han quedado *des-priorizadas* y postergadas: todo lo demorable se ha demorado; el control de crónicos se ha espaciado; además, las secuelas de los pacientes que han pasado la COVID pueden ser relevantes y requerir atención por un largo período; y las medidas de aislamiento y reducción de la movilidad pasarán factura en salud mental y física de muchos ciudadanos. Una gran carga de trabajo embalsada espera cada vez con menos paciencia la recuperación de algo parecido a la normalidad.

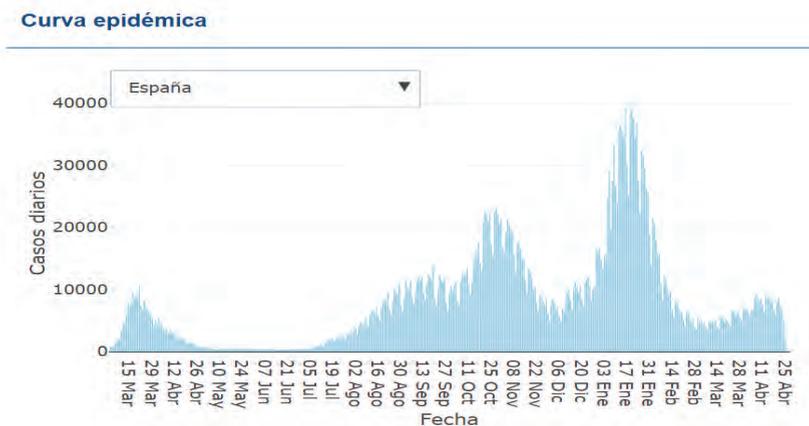


Figura 1: Curva epidémica de casos de la Red Nacional de Vigilancia Epidemiológica, publicados en la web del Instituto de Salud Carlos III. Consultado 28/04/2021: <https://cncovid.isciii.es/covid19/#ccaa>

Aunque el cuadro descrito es “la media” de lo acontecido en España, la COVID-19 ha tenido un comportamiento heterogéneo en cada ola. Muchas historias exitosas de baja morbi-mortalidad en una ola han sido impugnadas en la siguientes ante rebrotes muy virulentos. Esta variabilidad ha complicado la identificación o la demostración de la efectividad de las medidas de Salud Pública, aunque ya van quedando pocas dudas de que, cuando la incidencia acumulada asciende por encima de unos límites, además de insistir en las medidas higiénicas, toca reducir la movilidad y la posibilidad de contactos entre personas, bien sea en locales (particularmente en el interior de bares y restaurantes), o en domicilios entre no convivientes.

Y en este panorama, aparecen las vacunas; ¡por fin!; todos se preguntan si es la luz al final del túnel... COVID, ¿prueba superada?

En este artículo revisaremos los conceptos de resiliencia y sostenibilidad aplicados a la sanidad pública española; su estructura multinivel hace necesario hablar de cogobernanza, reflexionar sobre los problemas de cohesión y eficacia, y ensanchar el enfoque regulatorio hacia otros mecanismos que puedan facilitar la cogobernanza en entornos de alta rivalidad política e institucional; finalmente concluiremos hablando de responsabilidad compartida y dimensiones de buen gobierno.

La resiliencia del SNS ante la COVID; se dobla, pero ¿no se rompe?

Resiliencia, un término que proviene de la física y se usa en psicología desde la década de 1970, nos dice hasta qué punto podemos recuperarnos de las presiones externas. Una buena resiliencia consistiría en soportar presiones puntuales e intensas que se ejercen sobre nuestras instituciones y organizaciones, con una mínima alteración de su estructura y funcionamiento.

Lo que debemos juzgar desde el punto de vista de la resiliencia es en qué medida el SNS que existía en febrero de 2020 ha podido recibir y amortiguar el choque COVID-19 sin fracturas graves; si ha tenido suficiente elasticidad y adaptabilidad; si la caña se ha doblado, pero no se ha roto.

Teniendo en cuenta las condiciones existentes, la resistencia del SNS a la primera ola (marzo a mayo de 2020) puede clasificarse como excelente y muy meritoria:

- Lo más visible fue la respuesta de los hospitales de la red pública, que en pocos días reconfiguraron áreas, servicios y especialidades para dar cabida a un flujo inimaginable de pacientes, suspender la actividad programada y casi duplicar el número de camas para atender a los pacientes que necesitaban cuidados críticos.
- Menos visibles pero igualmente valiosos, fueron los profesionales de atención primaria, que cambiaron su forma de trabajar en pocas semanas, incorporando teleconsultas, tratando la COVID en domicilios y residencias, y organizando circuitos de pacientes para no dejar de atender a ningún tipo de enfermo.

- Y, finalmente, los subdesarrollados departamentos de Salud Pública de Ministerio, Consejerías y redes sanitarias hicieron un enorme esfuerzo para dar respuesta a las necesidades de vigilancia y control epidemiológico.

Gran parte de este movimiento se hizo de abajo hacia arriba. El mérito de esta respuesta se debe conceder a muchos, pero particularmente a quienes al frente del problema asumieron el compromiso y los riesgos de cuidar a los pacientes y gestionar la respuesta de salud pública.

El comportamiento político contribuyó poco a crear un entorno propicio para una respuesta conjunta al enorme desafío de la pandemia. Un gobierno de izquierdas recién elegido tuvo, desde el principio, la fuerte hostilidad de los partidos de derecha, y también de sus medios de comunicación de apoyo y de los gobiernos autónomos que controlaba. La falta de equipos de protección y la lentitud de la respuesta inicial fueron los principales argumentos para desgastar al gobierno central. Esta dura respuesta inicial de confrontación ha marcado el tono de la descohesión política e institucional que ha dominado a lo largo de la pandemia.

La segunda ola ocurrió entre julio y diciembre, con un pico de incidencia el 27 de octubre. Hay una gran decepción en la población, porque la idea de una nueva normalidad se había asentado en la sociedad, asumiendo que lo peor de la pandemia había dejado atrás, incluyendo los confinamientos y restricciones en la vida social, escolar, comercial y productiva.

Y en el sector salud, arruinó las expectativas de descanso tras el enorme esfuerzo realizado, agravando el cansancio físico y el agotamiento moral: las respuestas heroicas puntuales no son fáciles de mantener en el tiempo. En relación con la primera ola, hay más recursos: hay mayor conocimiento, mejor manejo clínico de los pacientes, hay suficiente equipo de protección y ya se han asignado recursos adicionales para atender a los pacientes críticos.

Sin embargo, la resiliencia se debilita a medida que el SNS comienza a acumular una demanda insatisfecha y pospuesta. Además, el gran apoyo que la población brindó a sus profesionales de la salud se está disipando. El mundo empresarial también comienza a movilizarse contra las restricciones a su actividad, manifestando con mayor claridad una oposición entre salud y economía, que emerge en el debate político e institucional.

La tercera ola ocurre entre diciembre de 2020 y febrero de 2021, con un pico de incidencia el 15 de enero. Si la segunda ola fue precipitada por una desescalada generalizada del encierro para “salvar el verano” y activar la economía, en esta tercera ola se suma el impulso cultural de unir a las familias para las fiestas navideñas. La desesperación de los profesionales de la salud es mayor, debido al amplio descuido de las reglas del distanciamiento interpersonal y sus contravenciones conspicuas y visibles.

Una diferencia es la aparición de las vacunas, que comenzaron a administrarse a partir del 18 de enero: el programa de vacunación abre una ventana de esperanza y refuerza la resiliencia debilitada. Los políticos relanzaron mensajes llenos de optimismo, ya que necesitaban desesperadamente dar buenas noticias, pero este optimismo también crea falsas expectativas.

Sin embargo, como estamos viendo, el escenario deseado va postergándose: de “salvar la Semana Santa” a “salvar el verano...”, o quizás incluso más. Una vez más, nos enfrentamos a la perspectiva de un esfuerzo sostenido. La rivalidad política e institucional acaba por agitarse por las dificultades y retrasos en el suministro de vacunas.

Y, al cumplirse un año de la pandemia, aparece otro mecanismo, éste sórdido y silente, de adaptación: el acostumbramiento a cifras altas de casos, ingresos hospitalarios y en UCIs, e incluso a fallecimientos. Esta normalización de la morbi-mortalidad de la COVID-19 está siendo la coartada tácita de sectores empresariales en crisis, que, desatendidos en las ayudas financieras públicas, apelan al relajamiento de las medidas de cierres, limitación de aforos y horarios. Además, consiguen influir en los agentes políticos e institucionales para bloquear las medidas y relajar los controles, extendiéndose entre la población una peligrosa conciencia de que la transgresión es aceptable y carece de consecuencias graves. Para completar el cuadro, el enorme retraso en la atención sanitaria a pacientes no-COVID marca una diferencia cuando la renta permite acceder a servicios de la sanidad privada: una merma de la equidad como corolario de la entronización del individuo sobre la comunidad, facilitada por una sanidad pública exhausta y desmoralizada.

Los temas de sostenibilidad que han quedado en evidencia

El término “sostenibilidad” nos conecta con el mundo de los sistemas adaptativos complejos y la ecología. Estos sistemas, si son sostenibles, tienen una mayor capacidad para gestionar internamente sus tensiones adaptativas, sin evacuar la entropía al exterior. La gestión interna evita que otros sistemas vecinos o de orden superior tengan que pagar las consecuencias de sus disfuncionalidades.

Decíamos antes que la prueba de estrés COVID-19 ha revelado las contradicciones y disfuncionalidades de los sistemas sanitarios en general, y del SNS español en particular. Y ha conectado los problemas de la pandemia, con las políticas de recortes que sufrió la sanidad en la crisis económica, particularmente entre 2010 y 2014, así como con la lenta e incompleta recuperación que experimentó entre 2015 y 2019.

Procede mencionar dos iniciativas que han surgido de la pandemia y que pueden contribuir positivamente al avance de una agenda de reformas, que lleva mucho tiempo postergada.

La primera iniciativa, al final de la primera ola, fue la creación de una Comisión Parlamentaria para la Reconstrucción Social y Económica; creado el 7 de mayo, y en poco más de dos meses llegó a un documento de conclusiones, con un consenso muy amplio sobre las 71 recomendaciones del capítulo de salud y salud pública. Si se incluye en la agenda política, este documento bien podría establecer una hoja de ruta reformista para orientar los cambios necesarios.

Lo curioso es que la segunda ola borró de la agenda pública y de la agenda política esta iniciativa parlamentaria tan prometedora e inusualmente consensuada. Puede ser que estuviera muy vinculada a la ilusión, luego frustrada, de que tras el verano había que gestionar el final

de la pandemia y el inicio de la reconstrucción de la sanidad pública. En todo caso, sería importante que, en este segundo año de la pandemia, donde de forma verosímil se abrirán los espacios de reconstrucción económica, social y sanitaria, no caiga en el olvido esta valiosa hoja de ruta para afrontar las transformaciones necesarias.

La segunda iniciativa surge del Real Decreto Ley 36/2020, por el que se aprueban medidas urgentes para la modernización de la Administración Pública y para la ejecución del Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia. El enorme y previsible flujo de fondos que llegará desde la Unión Europea ha obligado a la administración pública española a pasar de los rígidos esquemas de gestión administrativa convencional, a crear estructuras, procedimientos y sistemas de gestión de proyectos y fondos más ágiles y orientados a resultados. Una de las pesadillas de la gestión de los centros y servicios sanitarios han sido las barreras burocráticas innecesarias y crecientes. Este prometedor cambio en la forma de operar podría ser un anticipo de la reforma de la gestión pública, aunque también podría acotarse como una respuesta limitada a la gestión de los fondos incrementales de estos planes.

Cogobernanza: ¿un buen concepto para volver a articular políticas sanitarias cooperativas?

La cogobernanza es un término que está haciendo fortuna a nivel internacional. Hace referencia a un modelo de gestión colaborativa, donde las partes, además de compartir conocimiento e información, se involucran activamente en los procesos de decisión y en la gestión de conflictos. Se trata de una propuesta vinculada a los planteamientos de Buen Gobierno, que resulta atractiva desde la perspectiva de sistemas complejos basados en múltiples niveles institucionales, y con muchos agentes y entidades implicadas. Pese al éxito del término, su uso es ambivalente e impreciso; además no parece haber modelos ideales, ya que en su aplicación influye decisivamente el contexto (historia, cultura, rivalidad, liderazgo, experiencias anteriores, calendario electoral, etc. (Aranguren y Larrea, 2020)).¹

En su aplicación a la sanidad, la gobernanza compartida también presenta dos dimensiones:

Una proviene del concepto de coproducción de la salud; al proponer que la creación de valor en salud ha de contar con las comunidades y los usuarios locales, es lógico ensayar algún tipo de fórmulas para que las decisiones cuenten con la participación de la ciudadanía, creando así un "cogobierno" (Ackerman, 2012)².

La otra trayectoria aborda las peculiaridades del gobierno multinivel, que se produce cuando diferentes instituciones (internacional, nacional, regional, local...) tienen competencias, recursos o servicios que son complejos y presentan amplias interdependencias. Las competencias sanitarias en España son esencialmente regionales y ejercidas por las Comunidades Autónomas; los municipios casi no tienen ningún papel, y el Gobierno de España tiene un tenue papel coordinador (salvo para la farmacia y otras pocas funciones), que ha ido desatendiendo desde 2002 en que se completaron las transferencias sanitarias; esta levedad de liderazgo se

agravó con la crisis económica, donde actuó de coejecutor de las políticas de austeridad de las autoridades económicas, sin ofrecer un liderazgo para gestionar con las demás autoridades sanitarias el paso del desierto de la crisis.

La pandemia ha obligado a activar la función sanitaria del Gobierno de España; enfrentado a la dificultad de acción del alambicado “Estado de las Autonomías”; no es extraño que se haya tirado del término de moda para intentar paliar la fragmentación y abrir paso a cursos de acción razonables.

A lo largo de este año 2020, se ha buscado una forma de gestionar este desafío de la pandemia en el concepto de cogobernanza, a través de arreglos políticos e institucionales “multinivel”.

En primer lugar, se aplicó en la desescalada de los confinamientos de la primera ola, para intentar adecuar los ritmos por territorios, según la incidencia y prevalencia asimétrica de la pandemia, y la saturación de sus recursos sanitarios. En la segunda ola, la cogobernanza se introduce de manera más formal en el segundo estado de alarma: los presidentes de las comunidades autónomas fueron designados como autoridades delegadas, pero con un papel reforzado de Consejo Interterritorial del SNS (y del Ministerio de Salud). Además, en diciembre se publica la “Estrategia de detección temprana, vigilancia y control”, que busca crear un sistema de indicadores más detallado, que brinde anclas técnicas más robustas (y menos vulnerables a controversias políticas) para este proceso de cogobernanza.

Cohesión y eficacia: reeducando al genio de la fragmentación

La eficacia o efectividad de las políticas no tiene por qué ser mejor o peor con la descentralización. Hay funciones que se benefician de la proximidad, y otras que tienen economías de escala que aconsejan su centralización.

En nuestra cultura política e institucional, desde la transición democrática ha dominado el principio de descentralización, quizás como reacción al centralismo autoritario de la dictadura de Franco. El dominio de la descentralización en la Unión Europea proviene de la legitimidad esencial de los Estados más que de los ciudadanos, y se expresa en el principio de subsidiariedad (la Unión sólo actuaría cuando puedan alcanzarse mejor los objetivos a dicha escala, debido a la dimensión o a los efectos de la acción pretendida).

La Ley General de Sanidad (Ley 14/1986) en su Artículo 41 aplica de forma bastante contundente este mismo principio: *“Las decisiones y actuaciones públicas previstas en esta Ley que no se hayan reservado expresamente al Estado se entenderán atribuidas a las Comunidades Autónomas”*. En términos prácticos, la carga de la prueba de asumir cualquier acción de coordinación asistencial o de salud pública, ha de correr por cuenta de la Administración General del Estado.

No es de extrañar el recurso al término de la cogobernanza, o el intento de estimular la capacidad de decisión del Consejo Interterritorial del SNS, como órgano coordinador que fue concebido para “decidir” por consenso (unanimidad). La falta de carácter vinculante de sus

decisiones intentó ser superada en la pandemia aprovechando un cambio normativo, propiciado por la Ley 40/2015 de Régimen Jurídico del Sector Público, referido a las Conferencias Sectoriales (que en los diferentes Ministerios sientan a la Administración General con las Autonómicas). De hecho, en octubre 2020 se produce la primera aplicación de este método de actuaciones coordinadas dictadas por el Ministerio de Sanidad, con criterios para confinamientos por COVID-19.

Es posible que este cambio normativo ayude a resolver algunos problemas de decisión, aunque estarán acotadas a situaciones de particular gravedad o urgencia, o donde las reservas competenciales de coordinación sean suficientemente claras. Para las “zonas grises” de decisión vendría bien modular la excesiva rivalidad política e institucional y ensayar mecanismos de cogobernanza de un perfil menos regulatorio y más cooperativos.

La Coordinación basada en nuevos instrumentos que superan a lo regulatorio o normativo

Conviene ser práctico en esto de la descentralización, sobre todo cuando algunos reivindican que algunas funciones y competencias se reviertan a la administración central. En el “estado de las autonomías” el genio de la descentralización salió de la botella y no quiere volver a entrar. Y la opción más práctica consiste en reeducar al genio, usando otros instrumentos que palién la insuficiencia de los regulatorios o normativos. En este sentido, la cogobernanza del Sistema Nacional de Salud podría utilizar algunas palancas para avanzar..., y de hecho las ha venido utilizando. Pongamos tres ejemplos de estas palancas relativos a recursos económicos, de conocimiento y de organización.

En primer lugar, hay que considerar que la asignación económica incremental, puede ser un buen catalizador para acciones conjuntas del SNS. En 2005 el Plan de Calidad del Sistema de Salud³ mostró la posibilidad de activar nuevas líneas de actuación, como por ejemplo todo el programa de Seguridad del Paciente. La aportación financiera de la Administración Central en el caso de los fármacos para la Hepatitis C, o de las vacunas para la COVID-19, son vías de acción extraordinarias, para situaciones que alteran el equilibrio financiero de las CCAA. En todo caso, la activación del Fondo de Cohesión o de Fondos de Co-inversión, serían palancas valiosas para facilitar la acción coordinada y conjunta.

En segundo lugar podemos usar el conocimiento como impulsor de cambios. La fuerza creciente de la evidencia científica en la legitimación de las decisiones colectivas sitúa al conocimiento científico-técnico como un instrumento central de la cogobernanza, ya que aporta un lenguaje y criterio sobre el cual debatir las ventajas e inconvenientes de las diferentes opciones. La existencia de estructuras fortalecidas y legitimadas para asesorar decisiones, aunque no evite las controversias, permite nuevas oportunidades de cogobierno racional. Al calor del interesante modelo británico de la agencia NICE (Instituto Nacional de Salud y Excelencia Clínica) que evalúa tecnologías, cartera de prestaciones, guías de práctica clínica, y procedimientos, un amplio grupo de 300 expertos y entidades han reivindicado una estructura similar para

España, el HISPA-NICE”, enfatizando un componente de autonomía e independencia en línea con la de la AIREF (Autoridad Independiente de Responsabilidad Fiscal).⁴

Y, en tercer lugar, la organización y la logística pueden servir de ayuda, pues aporta vías facilitadoras para que la colaboración sea la opción más económica en tiempo y esfuerzos. La Organización Nacional de Trasplantes o los procesos centralizados de compras que INGESA desarrolla para aquellas CCAA que se adhieran a los concursos serían ejemplos de estructuras aceptadas, pero no impuestas. En todo caso, el coste de crear estas infraestructuras debería estar cubierto en mayor medida por la Administración Central para facilitar su desarrollo y que vayan actuando como catalizadores de la colaboración.

La responsabilidad compartida: ¿cómo mancomunar beneficios y costes de procesos complejos, con incertidumbres y riesgos?

Los cambios y reformas son muy vulnerables, especialmente cuando exigen un esfuerzo sostenido a lo largo de años (y varias legislaturas), y cuando el clima de rivalidad política o institucional es elevado. Obviamente este es el desafío para acometer retos importantes; y algunos de estos retos son inescapables y urgentes.

La responsabilidad compartida que fundamenta la cogobernanza, debe ser construida de forma consciente y deliberada, y no sólo improvisada o sobrevenida cuando empiezan los problemas de implementación, ya que entonces es tarde para activarla. Y se construye cuando las partes son capaces de visualizar que todos ganan con la cooperación, o que todos pierden mucho si no la practican; esto requiere un diálogo político-técnico fluido y discreto, que entra dentro de las competencias distintivas de los altos funcionarios de las instituciones.

Pero, el otro ingrediente es la confianza; porque una vez embarcados en un proyecto, todas las partes son vulnerables al oportunismo de los otros. Atribuyen a Confucio que *tres cosas son necesarias para poder gobernar: armas, comida y confianza; si no se pueden tener las tres, se debe abandonar primero las armas y, en segundo lugar, la comida. ¿Cómo generar y acumular un capital de confianza entre agentes políticos e institucionales? Bien, aquí está la clave Política con mayúsculas de la gobernanza, y de esto depende el éxito o el fracaso de los proyectos de país.*

Este es el reto fundamental; en palabras de Kofi Annan, Secretario General de la ONU, “el Buen Gobierno es indispensable para construir sociedades pacíficas, prósperas y democráticas”.⁵

NOTAS

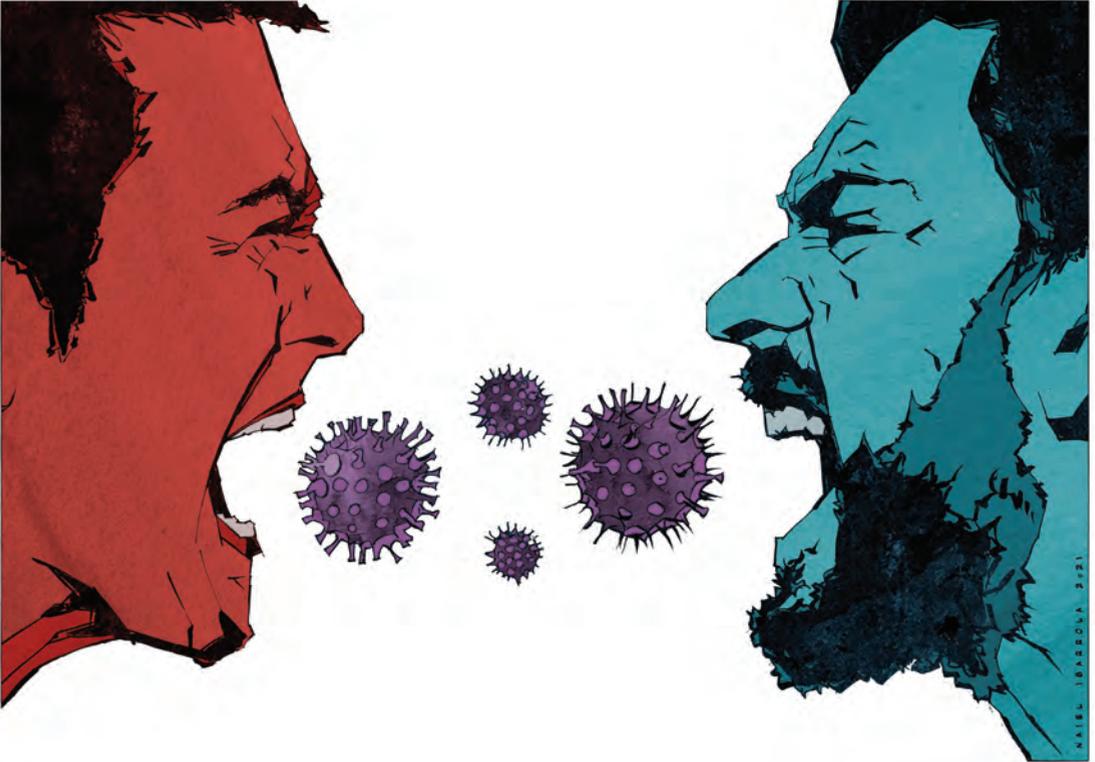
¹ Aranguren, M. J., Larrea, M. (2020). *La cogobernanza o el reto de decidir con y no por los demás*. Orkestra. Instituto Vasco de Competitividad. Revista-Blog. Disponible online en: <https://www.orkestra.deusto.es/es/actualidad/noticias-eventos/beyondcompetitiveness/1969-la-cogobernanza-o-el-reto-de-decidir-con-y-no-por-los-demas>.

² Ackerman, J. (2012). *New Public Governance, the Third Sector, and Co-Production*. outledge.

³ MSCBS. (2005). Plan de Calidad para el Sistema Nacional de Salud. Disponible online: <https://www.msbs.gob.es/organizacion/sns/planCalidadSNS/pdf/pncalidad/PlanCalidad2010.pdf>

⁴ Documento: *Por un Hispa-NICE, ahora o nunca*". Diciembre 2002. Disponible en: https://drive.google.com/file/d/1Wopclsm5AJ8_WpJo80tpHnbf4BK94YCy/view

⁵ United Nations. (1997). *Nota de Prensa de la ONU, de 28 de julio de 1997*: Disponible en: <https://www.un.org/press/en/1997/19970728.SGSM6291.html>



PANDEMIA, (RE)INDUSTRIALIZACIÓN Y NUEVA POLÍTICA INDUSTRIAL

XABIER GARMENDIA

“La economía española arrastra importantes desequilibrios de carácter estructural que han lastrado la capacidad de crecer de forma sostenible en el tiempo”

(Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia, 27 de abril de 2021, p.119. Gobierno de España)

Introducción

Durante los últimos meses y, como consecuencia de la crisis de la COVID-19, los desequilibrios en la economía española –desempleo, déficit público, deuda pública...– se han vuelto a agudizar lo que ha propiciado el retorno del debate sobre la necesidad de cambiar la estructura económica de nuestro país. Y de nuevo se vuelve a hablar de la necesidad de un nuevo modelo económico (NME), de un nuevo modelo productivo (NMP) o de una nueva política industrial (NPI), las más de las veces sin diferenciar ni llenar de contenido estos conceptos, porque como veremos a continuación ni toda la estructura económica es industria, ni toda la actividad productiva es industria y ni tan siquiera toda la industria es industria manufacturera.

Es cierto que estos tres conceptos están íntimamente relacionados, pero no lo es menos que cada uno se refiere a aspectos de la realidad económica del país bien diferenciados en una estructura de *matrioska* en la que cada uno incluye y aloja al otro. Así, mientras que el NME haría referencia a la necesidad de propiciar una estructura económica equilibrada para el conjunto de sectores y

actividades económicas, incluyendo el sector público y corrigiendo las hipertrofias de algún sector de actividad como la construcción en 2008 o el escaso desarrollo de otros sectores emergentes, el NMP se ocuparía de la modernización de las estructuras productivas en su conjunto incluyendo la agricultura, la construcción o el turismo, y la NPI se centraría en el desarrollo y modernización de la industria en general y de la industria manufacturera en particular.

El Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia (PRTR), que el Gobierno acaba de presentar en Bruselas, es un documento ambicioso que se ocupa de los tres: del modelo económico, del modelo productivo y de la política industrial, propiciando medidas que intentan que se superen los desequilibrios históricos de nuestra economía y que procuren la modernización de todos los sectores y actividades económicas incluyendo el sector público.

La preocupación por el declive industrial y la (re)industrialización

De estas reflexiones ha vuelto con fuerza la preocupación por el paulatino pro-

ceso de declive industrial de nuestro país y la desindustrialización creciente de nuestra economía y la consideración de la necesidad de revertir esta situación, por varios motivos. En primer lugar, la constatación de que los países con un mayor peso del sector industrial han aguantado mejor los impactos de las dos crisis, la Gran Recesión de 2008 y la derivada de la COVID-19; en segundo lugar, porque la realidad pone de manifiesto que donde hay industria hay, entre otras cosas, mejor empleo y de mayor calidad; y, en tercer lugar, porque hoy por hoy y sorprendentemente la industria goza de muy buena reputación y aparentemente de una aceptación social muy positiva.

En efecto, nadie hubiese aventurado hace sólo veinte años que cualquier actividad económica sintiese la necesidad de anteponer la palabra industria antes del término que realmente la califica. Así hoy no se hace raro oír hablar a todo tipo de personas de industria financiera, industria turística, industria del entretenimiento, industria cultural, industria del cine, industria de la digitalización y del internet de las cosas o del 5G, industria de la ciberseguridad, industria del videojuego, industria del juego, industria del fútbol, industria de la política y hasta de industria de la maledicencia o de industria de la prostitución según manifestación, esta última, de nuestra ministra de Igualdad en declaraciones a la primera cadena de radio del país el pasado 8 de marzo.

Pero cuando se habla de (re)industrializar, esta cuestión siempre surge para lamentar la crisis de distintas empresas o sectores como el sector del automóvil, el sector naval, el sector del acero, el sector aeronáutico o

el sector de la máquina herramienta por citar sólo algunos ejemplos, es decir que nos referimos a la industria manufacturera. De hecho, a nadie se le ocurre apelar a la necesidad de reindustrializar tras referirse a la quiebra de un banco, al cierre de un operador turístico o al cese de la actividad de una productora teatral.

Por lo tanto, cuando hablamos de (re)industrializar estamos hablando en la práctica de no perder e incluso incrementar el peso de la industria manufacturera en el PIB, pero tanto de manera relativa como absoluta. Es decir, tanto porque crece el trozo que la industria representa en la tarta (PIB) como porque crece el tamaño de la tarta (la riqueza y el empleo generados en general).

Por eso es incomprensible que se demonicen globalmente sectores económicos enteros, como se hizo con la construcción en la crisis de 2008, o como se está haciendo con el turismo en la actual crisis generada por la pandemia. Pero, así como efectivamente había una burbuja especulativa en la construcción cuando estalla la Gran Depresión, no existe una burbuja del turismo en la actual crisis.

Al producirse la crisis de 2008, en España se estaba construyendo para unas necesidades de vivienda que en nada se correspondían con las necesidades de vivienda sostenibles para satisfacer una demanda social real de vivienda. Sí, había una burbuja del sector y era necesario corregir ese desequilibrio que afectaba no sólo a la construcción, sino también al sector financiero, al medio ambiente y al resto de sectores productivos sanos de la economía. Nada de eso sucede en la actualidad con el turismo.

España es una potencia turística, y la existencia de un sector turístico potente para nada afecta negativamente a la economía. Se puede señalar que hay que diversificar y modernizar la oferta turística, que hay que complementar el turismo de sol y playa con otras ofertas más culturales o de turismo de naturaleza, etc., y tantas otras cosas más. Pero si con poco que se complete, diversifique y modernice la oferta turística nuestro país es capaz de incrementar sus ingresos por turismo, eso es algo que hay que impulsar y hacer caso omiso de comentarios descalificadores del sector realizados hasta por el actual ministro de Consumo o de algunos otros realizados desde el mundo político y académico en el sentido de que hay que reducir el peso del turismo en el PIB o que hay que ser menos turismodependientes.

Pues no, lo que hay que hacer es aumentar el peso de la industria manufacturera en el PIB sin disminuir el volumen en términos absolutos de otros sectores y desde luego no del turismo.

Y eso se consigue con crecimiento económico, que, por supuesto, deberá ser ambientalmente sostenible, es decir deberá de consumir menos recursos y afectar menos a la biodiversidad y a la salud de los ecosistemas aumentando al mismo tiempo la riqueza generada. Porque de eso se debería de tratar cuando hablamos de desarrollo sostenible. ¿Es esto posible? Sí, lo es, y además porque ser sostenibles sobre la base de ser todos más pobres, en la práctica no es una alternativa. Habrá por lo tanto que innovar para desmaterializar la economía, habrá que reducir el consumo de algunos produc-

tos y dejar de consumir otros y sustituirlos por nuevos productos con menor impacto ambiental. Pero debemos hacerlo posible y podemos hacerlo posible. Entre otras cosas porque además el crecimiento del PIB es la única manera de reducir el endeudamiento con respecto al PIB (que está actualmente en torno al 120%) y de garantizar que somos fiscalmente capaces de atender a nuestras obligaciones. Ese es el reto de las próximas décadas.

Todo esto es fácil de decir y un poco más difícil de hacer. Para ello, en primer lugar, habría que tener política industrial. ¿La tiene nuestro país?

La política industrial se ha concebido en el País Vasco como una política sectorial –aislada de otras políticas como las laborales o sociales o de coste de los insumos y de la fiscalidad– consistente en la disposición de una multiplicidad de programas de apoyo a las empresas en facetas variadas y a la inversión en investigación, desarrollo e innovación (I+D+i) fundamentalmente orientada a la industria. Y eso ha estado bien, sobre todo teniendo en cuenta que en otras autonomías y a nivel del gobierno central muchas veces sólo se ha llegado a eso de manera muy parcial y a veces ni eso. De ahí que hayamos destacado en esa competición comparativa de “en el país de los ciegos...”. La política industrial sin embargo es mucho más que eso. Veamos.

Las enseñanzas de la crisis de 2008

La crisis financiera de 2008, transformada en la Gran Recesión posterior al trasladarse al resto de la economía, afectó con gran dureza al tejido industrial vasco, en

la misma medida que en otros lugares. Lo mismo está sucediendo, aunque por causas distintas, en la actual crisis derivada de la pandemia COVID-19. No es objeto del presente trabajo analizar las causas que las han provocado, pero si nos va a ser de mucha utilidad extraer algunas enseñanzas de aplicación a lo que debe significar una política industrial.

La primera es que, si un país tiene vocación industrial, en una crisis sistémica como la de 2008 o la actual de 2020 causada por la pandemia, lo primero que tiene que procurar es mantener vivo el máximo del tejido productivo, salvar lo sano y salvable y conservar al máximo la industria existente. Y para ello, ni la panoplia de programas de apoyo a la industria ni la cuantía de los mismos reflejada en los presupuestos ordinarios del Departamento de Industria fueron o son herramientas útiles o suficientes para abordar las necesidades derivadas de crisis de gran magnitud. Esta realidad obligó entonces y obliga ahora a reorientar los programas existentes y a aprobar nuevos programas que faciliten el acceso de las empresas en dificultades, pero viables, no zombies, a la financiación suficiente para superar problemas de liquidez o de solvencia derivados del cierre de la financiación bancaria en 2008 o del cierre forzoso de la actividad decretado por los gobiernos por motivos sanitarios en 2020.

La segunda enseñanza es que la regulación laboral debe contar con herramientas de flexibilidad interna suficientes como para no tener que resolver los excesos coyunturales de capacidad productiva por la vía exclusiva de la destrucción de empleo

vía EREs de extinción, recurso habitual en los años de la Gran Recesión. Es cierto que desde el Departamento de Industria impulsamos al máximo la aplicación de los ERE de suspensión, pero la estructuración jurídica de tal figura carecía de la agilidad suficiente como para dar respuesta al terremoto que estaba suponiendo aquella crisis. En 2010, tratando de entender por qué en Alemania prácticamente no se estaba destruyendo empleo a pesar de que su PIB estaba experimentando una caída mayor que el PIB en el País Vasco o en el conjunto de España, conocimos en profundidad la institución del *kurzarbeit*, similar a los actuales ERTEs españoles, aunque con carácter permanente y de aplicación muy ágil y automática.

La tercera enseñanza es que en una crisis sistémica el consenso básico entre las principales fuerzas políticas es fundamental para abordar con un mínimo de sosiego las respuestas a los problemas sociales que se derivan de cualquier crisis económica con gran impacto social. No fue así en la de 2009. El PNV se comportó como el partido nacionalista que es y no como un partido "nacional", vasco se sobrentiende. Es decir, puso sus intereses por delante de los intereses del país y no al revés, como cabía esperar de un partido con supuesta visión de "Estado", vasco por supuesto. Lo hizo en un tema nuclear, como fue la actitud decepcionante y descalificadora ante el endeudamiento de 2.750 millones de euros que hubo de acometer el nuevo gobierno entre 2009 y 2010, para compensar el desfase en las cuentas públicas con que se encontró, resultado tanto de una previsión errónea de ingresos en 2009 realizada por

el PNV como de una caída de la recaudación. Y ese obligado endeudamiento no fue por desgracia para hacer políticas anticíclicas sino exclusivamente para mantener el funcionamiento de los servicios básicos en educación, sanidad y gasto social. Y se comportó además como un partido nacionalista en dos temas sectoriales, pero no de menor alcance, como fueron la deslealtad con la que dinamitó la exploración del gas natural en Álava y el oportunismo con el que paralizó el desarrollo de la política eólica, temas ambos cuyas ondas han llegado hasta nuestros días en forma de parálisis e inacción.

La cuarta enseñanza fue la necesidad de contar con la colaboración sindical para abordar los inevitables procesos de reestructuración industrial derivados de aquella crisis. Y si bien los sindicatos de ámbito nacional, CC.OO. y UGT, se comportaron con gran responsabilidad y espíritu de colaboración, el comportamiento del primer sindicato en términos de representación en la Comunidad Autónoma del País Vasco (CAPV) fue inaceptable. Recibió al nuevo gobierno socialista, que había tomado posesión el 9 de mayo de 2009, con una huelga general convocada para el 21 de mayo de 2009 para rechazar “las políticas públicas practicadas” por un gobierno que llevaba doce días en el ejercicio de sus funciones. El sindicato nacionalista convocó cuatro huelgas generales más durante la legislatura y su cúpula no tuvo ningún contacto con los responsables del Departamento de Industria en todo el mandato, haciendo gala de un modelo de actuación sindical que bien cabría calificar como de “brutalismo sindical”.

La quinta enseñanza tiene que ver con el mantenimiento y si es posible el reforzamiento de las políticas de investigación, desarrollo e innovación (I+D+i). Durante la crisis del 2008, desde el Departamento de Industria incorporamos una nueva “i” a la fórmula clásica, la internacionalización, convirtiendo la fórmula tradicional en una nueva que denominamos 3I+D. Aumentamos los presupuestos de internacionalización con intervenciones masivas en becas de internacionalización y refuerzo de los programas de internacionalización como señal de que el futuro estaba en la competitividad y en la exportación, y trasvasamos fondos de los programas tradicionales de apoyo a la industria de la Viceconsejería de Industria al refuerzo de los programas de apoyo a la I+D+i de la Viceconsejería de Tecnología e Innovación, porque los programas tradicionales de apoyo a la industria no servían para actuar en esos momentos que requerían de nuevos programas de apoyo financiero a la industria que implementamos con el Departamento de Hacienda y apalancando los fondos disponibles en conjunción con las entidades financieras y las SGR. Y porque en momentos de incertidumbre es importante trasladar señales positivas de futuro y eso fue lo que conseguimos aumentando los fondos destinados a I+D+i hasta alcanzar, en esta área, una inversión anual equivalente al 2% del PIB vasco, en la senda del objetivo europeo del 3%.

Por último, la sexta enseñanza se refiere al papel fundamental de los Estados realizando políticas anticíclicas con un mayor gasto e inversión públicos a costes próximos a cero propiciados tanto por una

política monetaria expansiva como por la compra de activos de deuda por parte del Banco Central Europeo (BCE) como la que se está llevando a cabo durante la actual pandemia; y no obligados a realizar políticas procíclicas de austeridad y rigor fiscal, en un marco de crecientes primas de riesgo en las nuevas emisiones de deuda pública, políticas que entonces tanto dolor social provocaron y tanta destrucción de empleo y tejido empresarial en general e industrial en particular.

Los planos desde los que definir la política industrial

La (re)industrialización se debe de llevar a cabo así en el marco de una nueva política industrial que partiendo de la realidad industrial existente se aborde desde una comprensión de varios planos que deben de ser considerados integralmente: el modelo de capitalismo industrial por el que se opta, la comprensión de la política industrial como un continuo que se manifiesta en los niveles regional (autonómico), nacional (estatal) y europeo y la globalización en la que estamos inmersos.

Los modelos de capitalismo industrial

Con relación al primer plano, sería deseable la definición en España de un modelo de capitalismo industrial en el que insertemos la nueva política industrial y del que carecemos en la actualidad. Podemos tomar, como referencia, alguno de los modelos ideales que se nos presentan o no optar por ninguno, como en la actualidad, pero en todo caso la opción elegida debería ser consciente y fruto de una decisión delibera-

da y no simplemente resultado de la inercia, la inacción y la falta de decisión.

En nuestro entorno europeo existen básicamente tres modelos de capitalismo industrial que han perfilado los desarrollos industriales de los respectivos países, aunque la realidad siempre sea más rica y compleja que el modelo ideal que los describe: el modelo anglosajón, el modelo estatista francés y el modelo renano¹.

El modelo anglosajón de capitalismo industrial se basa en la consideración del libre mercado como motor básico de la economía con unos bajos niveles de regulación e impuestos y con un sector público que proporciona pocos servicios en un marco de mínima intervención del Estado y de débil representación sindical.

En el modelo estatista francés, el desarrollo industrial pasaría por un papel muy activo del Estado en la promoción e implantación de proyectos industriales, con participación incluso en el capital de las empresas. Los sindicatos articularían su papel, no sólo a través de la negociación colectiva sino también a través de la participación pública en las empresas industriales. Este modelo está siendo puesto en cuestión en los últimos tiempos por el deficiente desempeño de la Francia industrial en el escenario mundial, con pérdida constante de competitividad y de posiciones relativas en todos los indicadores económicos.

Finalmente, el modelo renano o alemán de capitalismo industrial apuesta por la economía social de mercado en la que el funcionamiento del mercado debe ser equilibrado por la exigencia social cuyo garante es el Estado a través de la regula-

ción, el apoyo a la colaboración público-privada y el impulso a la presencia fuerte de los sindicatos en la economía, a través no sólo de la afiliación y la negociación colectiva sino incluso de la cogestión en las empresas.

Sin duda el modelo renano de capitalismo industrial es el que mejores resultados ha obtenido históricamente en términos de mantenimiento del peso de la industria en la riqueza nacional y en términos de productividad, competitividad exportadora, innovación, empleo industrial y protección social de los trabajadores industriales, en aquellos países que lo tienen como referente. España debería abandonar su actual indefinición y optar claramente por él. El modelo industrial del País Vasco tiene muchas de sus características, debería reforzarlas y superar las carencias, como el modelo de relaciones laborales por ejemplo, que le alejan de él. Al mismo tiempo debería trabajar para que este modelo renano se convierta en la referencia del modelo industrial que adopta definitivamente España.

La política industrial como un continuo regional-nacional-europeo

En lo relativo al segundo plano, algunos conciben la política industrial regional como una isla en la que todas las herramientas disponibles para apoyar a las empresas se agotan en sus límites territoriales. Pero la política industrial en la Unión Europea es un continuo de actuaciones interrelacionadas en los espacios regional, nacional y europeo y no una yuxtaposición de marcos de actuación aislados. Y la labor de los responsables de la política industrial

es fortalecer cada nivel de actuación e imbricarlo en los otros desde el ejercicio de las respectivas competencias y la aplicación del principio de subsidiariedad, consagrado en el Tratado de la Unión Europea, que define las circunstancias en las que es preferible la actuación de la Unión en lugar de los Estados miembro y por analogía de los Estados en lugar de las regiones.

La Unión Europea ha venido definiendo desde hace años los principios y actuaciones en los que se debe desarrollar la política industrial sobre la base de la consolidación de un mercado único en los que a las cuatro libertades fundacionales de 1958 –libre circulación de mercancías, de personas, de servicios y capitales– se quiere unir la quinta libertad de la libre circulación de la energía; de la política de competencia, piedra angular del mercado único; de la prohibición con carácter general de las subvenciones y las ayudas de Estado a la industria; del rechazo a la imposición de aranceles proteccionistas para la defensa de industrias o subsectores industriales europeos no competitivos; de la defensa del libre comercio internacional basado en normas; de la apuesta por una globalización respetuosa con el medio ambiente y los derechos sociales; de la lucha contra el calentamiento global a nivel mundial; de la apuesta en Europa por una transición ecológica y una transición digital, de la implantación de una política europea de I+D+i; y tantas y tantas cosas más que iluminan el camino de una industria europea competitiva, con alta productividad y calidad, globalizada y respetuosa con el medio ambiente y los derechos sociales de los trabajadores.

Pero la actual pandemia ha puesto de manifiesto la vulnerabilidad de la población europea ante la emergencia de amenazas a su seguridad para las que la Unión no estaba preparada. Concretamente se dio el caso de que la deslocalización de la fabricación total o parcial de determinados productos sanitarios –mascarillas, EPI’s, respiradores, principios activos, etc.– produjo un desabastecimiento que no se pudo paliar durante las primeras semanas de la alarma sanitaria, lo que produjo situaciones de pánico y comportamientos poco decorosos de algunas administraciones.

El espacio industrial europeo y las cinco seguridades

Ello nos obliga a hacer una reflexión en torno a la necesidad de dar un paso más en la política industrial europea con la construcción de un espacio industrial europeo en el que manteniendo plenamente vigente el espíritu de la política de competencia se complete este con la defensa de las cinco seguridades siguientes: seguridad alimentaria, seguridad sanitaria, seguridad de defensa, seguridad digital y seguridad de suministros estratégicos básicos y de sus cadenas de valor.

En algunas se lleva años interviniendo, pero en otras se trataría de superar las vulnerabilidades detectadas que pongan en riesgo la seguridad estratégica de los ciudadanos europeos, identificando aquellos productos esenciales para la protección de la vida y la libertad de los europeos y europeas y obligando a aquellas empresas que comercialicen esos productos en

el mercado único a asegurar porcentajes mínimos de fabricación integral de los mismos en instalaciones ubicadas en suelo europeo con presencia de todas las cadenas de valor –relocalizando las que haga falta en su caso– y el *know how* suficiente para su fabricación y comercialización en el mercado único y con capacidad para, en un breve lapso de tiempo, escalar la producción hasta satisfacer la totalidad de la demanda del mercado europeo. Para ello, las autoridades europeas deberán desarrollar la normativa necesaria que haga posible la compatibilización de este esquema de producción regulada con la política de competencia y con el resto de principios que informan la política industrial europea.

Hay otro aspecto de la política industrial a nivel europeo que debe de cobrar un nuevo impulso para afianzar un espacio industrial europeo. Sería necesario reforzar las inversiones y gastos en investigación y desarrollo asociados no al logro de resultados inmediatos de transferencia de este conocimiento al mercado sino orientados al cambio estratégico de paradigmas utilizando dos fuerzas motoras que afectan a nuestra supervivencia, nuestra seguridad o nuestra libertad: por un lado, la I+D en defensa, el espacio, la ciberseguridad y la digitalización, y por otro, la I+D dirigida a combatir el calentamiento global y propiciar la transición energética.

Por su parte, los Estados miembros, también los descentralizados o federales, juegan un papel esencial en la política industrial, derivado de sus competencias y de la

aplicación del principio de subsidiariedad. En nuestro caso concreto, la Administración General del Estado es quien regula, por ejemplo, las condiciones de contratación y despido y la flexibilidad interna y externa en las relaciones laborales, las contribuciones sociales al sistema de pensiones, y otros aspectos que afectan a la competitividad de las empresas como el sistema de formación de precios de la electricidad y los costes de la factura eléctrica o los niveles impositivos sobre los combustibles. Aspectos todos ellos de gran impacto en la estructura de costes de las empresas industriales.

Precisamente, el pasado 4 de marzo, la Consejera del Gobierno Vasco a cargo de la industria denunciaba en el diario *El Correo* que "...el coste eléctrico lastra a la industria", que "es más rentable hacer algunas inversiones en Francia o en Alemania donde sí hay política industrial" y que "...la diferencia es que esos países realizan una política industrial de la que carece el Gobierno español". Afirmación básicamente cierta, hecha desde la satisfacción de quien cree poseer una política industrial completa y autosuficiente, y ante la que caben dos actitudes. La primera adoptar una postura, mezcla de superioridad y de avestruz, parapetándose tras el sabiniano "no somos España", como si la ausencia de política industrial del Gobierno central no nos concerniese; o una segunda más realista y constructiva, que partiendo de la aceptación de la realidad de que la ausencia de política industrial del Gobierno central nos afecta de manera directa, se opta por el unamuniano "hay que vasconizar España", si considero que nosotros sí sabemos lo que

hay que hacer para apoyar a la industria española de la que somos parte y que nos vamos a empeñar en mostrárselo.

(Por cierto, paradojas de la vida, las acerías vascas de Arcelor Mittal han vivido este primer trimestre de 2021 su mejor trimestre en diez años gracias a que fabrican su acero con electricidad a precio de mercado español, lo que las hace más competitivas que sus alternativas por sus bajas emisiones, en una Europa en la que se han disparado los precios de los derechos de emisión de CO₂ en el mercado ETS).

Otros aspectos de la necesaria imbricación de la política industrial en ese continuo regional-nacional son las decisiones en torno a la fiscalidad de las empresas en lo relativo al impuesto de sociedades o las actuaciones favorecedoras del arraigo y el mantenimiento cercano de los centros de decisión a través de la cooperación regional-nacional en la disposición del músculo financiero necesario para orientar operaciones de compra-venta de empresas industriales en el mundo abierto y con plena movilidad de capitales en el que vivimos.

En este sentido deberíamos ser conscientes de los límites de la soberanía económica soñada por algunos e ir abandonando ideas trasnochadas de soberanismo económico regionalista, que ni son acordes con el signo de los tiempos ni tenemos capacidad a nivel regional para hacerla efectiva. Debemos aceptar de cara a nuestro futuro como región industrial, que dependemos básicamente de la capacidad innovadora de nuestra industria, de un esfuerzo continuado por aumentar la productividad y la calidad y en

definitiva por la apuesta continua por mantener y aumentar la competitividad de nuestros productos y servicios.

Finalmente, el reconocimiento de la realidad de que la política industrial se completa en ese continuo espacial regional-nacional-europeo supone el abandono de cualquier tentación de puentear a la Administración General del Estado e intentar presentarse en Bruselas al margen de la REPER (REpresentación PERmanente de España ante la Unión Europea) demostrando más las carencias y debilidades de nuestra posición que unas supuestas fortalezas de las que carecemos en solitario.

La globalización como marco insoslayable de la política industrial

El tercer plano de una política industrial es la plena asunción de que estamos inmersos en un proceso de globalización que, con sus flujos y reflujos, es irreversible. A no ser que alguien esté pensando en escenarios mundiales altamente indeseables. En este escenario, Europa debe ser un agente activo propiciando un libre comercio global cimentado en normas que poco a poco vayan homogeneizando los estándares sociales y medioambientales del comercio internacional, no sólo por motivos de competitividad de la industria europea sino también por una apuesta por la extensión de unos derechos sociales suficientes que garanticen unos mínimos de dignidad al máximo de población y por la presión para hacer efectiva la protección del medio ambiente y la biodiversidad a nivel local y la lucha contra el calentamiento del planeta a nivel global.

Durante los últimos años se ha asociado la globalización a procesos de deslocalización de producciones industriales en los países desarrollados y su traslado a países emergentes para beneficiarse de costes de la mano obra más baratos, condiciones laborales desprotegidas y ausencia de criterios de protección medioambiental. Para combatir este proceso hay personas que proponen una relocalización generalizada de todas las cadenas de valor por decreto o el establecimiento de aranceles permanentes de protección de nuestras industrias. Sería una mala vía. Porque con estos procesos se favorece una rápida modernización y elevación del nivel de vida de esos países atrasados y porque la deslocalización es la otra cara de la internacionalización de nuestras empresas, proceso muy positivo para ellas porque les asegura una más fácil penetración en mercados emergentes y les provee de la necesaria tensión en la mejora permanente de la productividad y la competitividad en todos sus establecimientos. Y es que hay algo insoslayable en el proceso de globalización que es la inexorable tiranía del precio global más barato a igualdad de prestaciones y calidades de productos y servicios. Y esta realidad no se puede obviar a la hora de implantar políticas que propicien la (re)industrialización de regiones industrialmente maduras como el País Vasco.

La (re)industrialización deseable. Aumentar el número y el tamaño de las industrias manufactureras

Hemos convenido que la (re)industrialización, deseable y nunca abordada, consiste en aumentar el peso de la industria manu-

facturera en el PIB, tanto de manera relativa como absoluta, ¿Y cómo se hace esto? Pues en principio aumentando el número de las industrias manufactureras y el tamaño de las mismas. Pero no sólo. Hoy ya no podemos atenernos a ese criterio exclusivamente cuantitativo. Ese aumento en número y tamaño de las empresas industriales sólo puede ser viable si se hace atendiendo además a la nueva revolución industrial en marcha dirigida por la transiciones ecológica, climática, energética y digital (robotización e inteligencia artificial).

Históricamente se ha venido señalando como un hándicap de nuestro modelo económico el insuficiente número de empresas industriales y su pequeño tamaño medio. (Re)industrializar significaría en definitiva revertir esta situación favoreciendo la creación de nuevas empresas y propiciando el aumento de su tamaño. Sin embargo, estas proclamas suenan a menudo a manifestaciones retóricas en la medida en que ni se analizan las causas de esta realidad ni se aportan soluciones para superarla.

Las empresas industriales de un país tienen mucho que ver con el devenir histórico del mercado en el que se han creado. Y si las pymes españolas tienen un tamaño medio entre un tercio y la mitad de sus homólogas alemanas quizás se deba a que el mercado alemán ha alcanzado históricamente un tamaño entre dos y tres veces superior al español, consecuencia de una población que casi dobla a la española y de una renta per cápita que ha sido también entre un 30 y un 50% superior a la española.

Constatada esta realidad, la única posibilidad de revertir la desventaja estructu-

ral del tamaño y número de nuestras empresas industriales sería plantearse, más seriamente todavía de lo que ya venimos haciendo, la consideración del mercado europeo como nuestro mercado natural, con más de 400 millones de consumidores a los que podemos acceder sin más trabas que las diferencias lingüísticas. Por lo tanto, el incremento de ventas en este mercado amplio, la multilocalización de nuevas plantas en países de la Unión y la adquisición de pymes europeas de tamaño similar, serían estrategias a favorecer desde una nueva política industrial (NPI).

En esta línea irían iniciativas como las de impulsar la transformación de nuestras pymes mejor posicionadas en “campeones ocultos” o “multinacionales de nicho” que son aquellas que tendrían un porcentaje elevado del mercado mundial (superior al 10-15%, por ejemplo) de alguno de los productos que fabrican. En el País Vasco en 2012 detectamos no menos de 40. Todas ellas tenían un tamaño aceptable, eran innovadoras y en su nicho competían con éxito con empresas de mucho más tamaño a nivel internacional.

Pero además de proclamar a modo de jaculatoria que “hay que” aumentar el peso de las industrias manufactureras en el PIB, quizás debiéramos plantearnos el impulsar medidas innovadoras de apoyo a estas empresas. Por ejemplo, no estaría mal un debate sobre si es deseable y posible, por ejemplo, rebajar la fiscalidad, el impuesto de sociedades, a este tipo de empresas; o rebajar las cotizaciones sociales² de los trabajadores industriales sin merma por supuesto de sus derechos pasivos o sociales; o liberar la

factura eléctrica de estas empresas de todos los costes no directamente asociados al coste de generación, transporte y distribución de la electricidad que consumen. Son algunas ideas. Posiblemente de difícil materialización, pero sería deseable que, éstas o algunas otras también novedosas, fuesen por lo menos debatibles si de verdad consideramos conveniente (re)industrializar nuestra economía.

Una simple mención al imparable proceso de digitalización y de automatización en curso. La robotización es un hecho que responde a una lógica, a la que podemos descalificar con todos los apelativos morales que queramos, pero que es inexorable y que dice así: “si lo puede hacer un robot, es perder tiempo y dinero que tu lo hagas”. Y la nueva política industrial (NPI) debe hacerse eco de esta realidad, atendiendo a los destrozos sociales que puede ocasionar y favoreciendo con flexiseguridad y formación la adaptación de los trabajadores a las nuevas cualificaciones que este proceso va a demandar.

Otro aspecto a atender por parte de la NPI, es la creciente servitización, es decir la venta de servicios además de productos, por parte de la industria manufacturera. Normalmente son servicios de asistencia o reparación posventa de los productos manufacturados por ellas. Pero el proceso se extiende y amplía hasta el punto de que hoy muchas empresas ya no venden directamente el producto sino más bien el uso o disfrute del producto por ellas fabricado atendiendo así a una demanda social creciente que apuesta más por el “pago por uso” que por el “pago por la propiedad”.

Se difumina así el perímetro de la industria manufacturera y al mismo tiempo se extiende hasta adentrarse en territorios totalmente novedosos para su saber hacer y se amplía su actividad a nuevos mercados de crecimiento y alcance insospechados hace sólo unos pocos años. La NPI debe impulsar este proceso que forma parte de la consolidación de la industria manufacturera y de innovación del modelo de negocio en una nueva dimensión del concepto de (re)industrialización.

Los fondos NextGeneration EU y las reformas asociadas

Los fondos europeos NextGeneration van a suponer una gran ayuda en las inversiones modernizadoras necesarias en nuestra industria y en nuestra economía. Sin duda van a ser una condición necesaria para lo que nos ocupa que es la (re)industrialización, pero no son condición suficiente. Quien piense que una política industrial con futuro –es decir que asegure una (re) industrialización sostenible y competitiva, como para asentarse en el mercado globalizado– se puede realizar a base exclusivamente de inversiones públicas directas y subvenciones se equivoca. Es bastante más importante crear un entorno legal, administrativo y fiscal, que construya desde la seguridad jurídica las condiciones para que surjan iniciativas empresariales rentables y duraderas que generen riqueza y empleo con futuro.

Los 140.000 millones de euros disponibles para España a partes iguales, entre subvenciones y préstamos blandos a largo plazo, son una cantidad importante de dine-

ro destinado a la modernización de nuestra economía, orientada al crecimiento económico y la generación de empleo. Pero no es suficiente si no lo acompañamos de las reformas necesarias que hagan sostenible a largo plazo nuestro tejido productivo. Además, hay que poner en verdadera magnitud estas cantidades no vaya a ser que perdamos la perspectiva de lo que realmente significan. Hay que tener presente que, sólo Iberdrola por ejemplo se plantea invertir 150.000 millones de euros en los próximos diez años, a razón de 15.000 millones al año, en transición energética de aquellos mercados en los que se encuentra presente.

Por lo tanto, los fondos europeos Next-Generation son mucho dinero, siempre que no vengán a sustituir la inversión ordinaria pública o privada prevista para los próximos años. Es decir que su primera característica es que fundamentalmente deberían tener un efecto multiplicador de las inversiones ordinarias tanto públicas como sobre todo privadas. No deberían, por lo tanto, convertirse en un desincentivo a la inversión privada ya prevista o en trance de aprobación. Por eso el diseño de su adjudicación debe de tener bien presente esto so pena de terminar limitando el efecto beneficioso que estos fondos pueden tener sobre el conjunto de la economía.

Este efecto multiplicador debería lograrse a través de un diseño que permitiese a estos fondos tener un efecto acelerador para aquellos proyectos que estaban a punto de iniciarse y que las incertidumbres ligadas a la pandemia han ralentizado; un efecto catalizador para aquellos proyectos que estaban en fase de estudio avanzado y que

rozaban el umbral de rentabilidad para su aprobación definitiva; y en tercer lugar un efecto de adicionalidad para aquellos proyectos cuya rentabilidad estaba lejos de los umbrales exigibles pero cuyo adelanto por el uso de estos fondos favorecerá el adelanto en la consecución de objetivos de descarbonización, transición energética o digitalización, modernizadores del aparato productivo y generadores de empleo.

Hay que tener en cuenta que la generación de empleo de calidad se debe convertir en un objetivo prioritario del plan PRTR, entre otras cosas porque se estima que la supresión de la “brecha de tasa de desempleo”, que en España ronda los 10 puntos porcentuales en comparación con la media europea, supondría un incremento del PIB español del 12%. En cualquier caso, lo que está claro al margen de la bondad de estas estimaciones es que una tasa de desempleo estructural tan elevada como la que existe en nuestro país supone un despilfarro económico y una situación social inaceptable que es preciso corregir.

La asignación de estos fondos a los proyectos debe gozar de la máxima eficacia y transparencia y los controles en la adjudicación y seguimiento de su implementación debieran ser exhaustivos e independientes. Todo ello en el marco de un consenso nacional de la mayoría de fuerzas políticas y sociales en torno a los objetivos, criterios de adjudicación y control de su ejecución. Así lo exige Bruselas y así lo demanda una de las enseñanzas que destacamos como condición necesaria para la superación de los efectos sociales de las dos crisis de 2008 y 2020.

Si bien la disposición de estos fondos no va a exigir ninguna condicionalidad al estilo de los fondos ordinarios de la UE, Bruselas sí exige para su liberación la realización de reformas en cuatro apartados principales: reforma laboral, reforma de pensiones, reforma fiscal y reforma de las administraciones públicas, con el objetivo de lograr su modernización, adaptación a las nuevas realidades de este siglo y su sostenibilidad económica futura, y que de paso, tras la pandemia, a una disciplina fiscal que permita ir corrigiendo los desequilibrios de déficit y deuda en los que estamos inmersos en el presente.

Al margen del contenido de esas reformas que quedan fuera del alcance de este artículo, unos comentarios en torno a la reforma laboral. Es urgente e indispensable para la pervivencia, en este caso, de las empresas industriales, la aprobación con carácter permanente de un esquema de flexibilidad interna similar al "kurzarbeit" alemán, que permita afrontar las variaciones de la demanda a la que sin duda se van a enfrentar las empresas en el futuro como consecuencia de la alta volatilidad que va a existir en todos los mercados y la alta variabilidad de las preferencias de los consumidores, en un mundo en el que la innovación acelerada con acceso inmediato al mercado va a ser una constante. Es preciso que esos cambios de demanda no se traduzcan inmediatamente en destrucción de empleo, sino que se permita que las empresas acceden de manera ágil y casi automática a esquemas de protección del empleo tipo los actuales ERTE, pero modificados para convertirse en permanentes y de fácil aplicación. Eso exige

un consenso entre sindicatos y empresarios que es uno de los elementos fundamentales de un modelo de capitalismo industrial como el renano que hace de la concertación social una de las claves de su éxito.

Y respecto al necesario consenso social en torno al modelo de relaciones laborales, después de cuarenta años es hora de plantearse la aprobación de un nuevo Estatuto de los Trabajadores. La estructura y calidad del empleo ha variado profundamente desde que se aprobó en 1980 el vigente Estatuto reformado en 2015. El tipo de empresa y el tipo de trabajador tienen poco que ver con el de los 70 o los 80. Y sobre todo es preciso superar la actual percepción caricaturesca que unos y otros, sindicatos y empresarios, trasladan en muchos momentos de la relación laboral en España. A veces da la impresión de para muchos empresarios la relación laboral es una especie de condena a cadena perpetua, mientras que para los sindicatos se asemejaría a una condena a trabajos forzados. Es necesario superar esa visión, que para nada se corresponde con la realidad cotidiana de la inmensa mayoría de nuestras empresas, de que la empresa es un espacio de confrontación donde se sustancia la lucha de clases, en la que el trabajador sería el enemigo a batir y el empresario un explotador que se comportaría en contra de sus intereses de acuerdo con la más elemental lógica marxista ya que, según esta visión, su máximo objetivo en la vida sería despedir, en todo momento y lugar, al mayor número de trabajadores de su empresa, lo que de acuerdo con la teoría marxista de la plusvalía es lo que le hace rico.

A modo de conclusión

La política industrial es algo más que la caja de herramientas de apoyo a las empresas que tradicionalmente se ha venido residenciando en los Departamentos de Industria de las autonomías y del Ministerio de Industria del Gobierno central.

No todo es industria, pero la industria manufacturera no agota muchas de las actividades que empiezan a considerarse otras industrias.

Las sucesivas crisis de 2008 y 2020 nos han dejado algunas enseñanzas relevantes que conviene resaltar:

- En las crisis, lo primero es intentar mantener el máximo de empresas industriales, sanas y viables, posible
 - Es necesario disponer de mecanismos de flexibilidad interna, tipo ERTE, para que las caídas de demanda en las empresas no terminen ajustándose por la vía de la destrucción de empleo
 - El consenso entre las principales fuerzas políticas es una condición inexcusable de una sana salida de las crisis. Intentar obtener ventajas políticas de la crisis lo único que hace es aumentar el sufrimiento social y retardar la recuperación de la normalidad económica y empresarial
 - Se necesita de la concertación social entre empresarios y sindicatos y el diálogo social tripartito –sindicatos, empresarios y gobiernos– huyendo de esquemas de confrontación que en nada favorecen la viabilidad de las empresas y los intereses de los trabajadores
- En las crisis precisamente hay que hacer un redoblado esfuerzo de futuro reforzando los fondos públicos destinados a la I+D+i
 - Es fundamental que las distintas administraciones, nacional y autonómicas, en conjunción con la UE, acuerden políticas de ayuda a las empresas y políticas anticíclicas de apoyo a la reactivación económica huyendo de recetas de austeridad presupuestaria que lo único que hacen es redoblar la profundidad y duración de la crisis respectiva

La definición de una nueva política industrial requiere definir el campo de juego y aceptar las condiciones de contorno siguientes:

- Elegir uno de los modelos capitalistas de desarrollo industrial disponibles: modelo anglosajón, modelo estatista francés o modelo renano alemán
- En el contexto de la UE, cualquier política industrial que se precie es un continuo regional-nacional-europeo cuya existencia conviene no obviar, porque por ejemplo en el caso de España una parte importante de los recursos, regulaciones y programas necesarios para la política industrial están residenciados a nivel nacional (estatal)
- La globalización es un proceso irreversible cuyas exigencias y oportunidades ninguna política industrial puede soslayar

Si la (re)industrialización es deseable, entonces:

- La nueva política industrial debe apostar por aumentar el peso de la industria manufacturera en el PIB, propiciando el aumento del número y tamaño de las empresas industriales
- Ese aumento no debería ir en detrimento del peso de otros sectores sino en un crecimiento económico que sólo puede basarse en la sostenibilidad ambiental, dentro de un proceso insoslayable de desarrollo sostenible. Por ello sólo es posible una (re)industrialización si está inserta en la transición climática, ambiental y energética
- La digitalización y la automatización son imperativos de futuro que ya es presente para la industria manufacturera. La robotización creciente es inexorable y la nueva política industrial debe impulsar el cambio y

paliar los efectos adversos que estos procesos puedan ocasionar ofreciendo alternativas de flexiseguridad, formación y recolocación a los trabajadores afectados

- La industria manufacturera ya no se limita a fabricar y vender productos, sino que está inmersa en un proceso de servitización en el que cada vez más, además de vender servicios de mantenimiento post venta de sus productos, lo que va a vender son servicios por el uso y disfrute de los productos que fabrica. Esto también es industria manufacturera

Los fondos NextGeneration EU, organizados en España a través del Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia, deberían ser una poderosa herramienta para la modernización de nuestra economía y para el apoyo a la instauración de una nueva política industrial en nuestro país

NOTAS

¹ Peter A. Hall y David Soskice en su libro de 2001 “Varieties of Capitalism: The Institutional Foundations of the Comparative Advantage”, distinguen dos tipos distintos de economías de mercado dentro del capitalismo: las economías de mercado liberales (LME) (p.e. US, UK, Canada, Australia, New Zealand, Ireland) y las economías de mercado coordinadas (CME) (p.e.. Germany, Japan, Sweden, Austria). Por su parte, Michel Albert había introducido el término capitalismo renano en su libro de 1991 “Capitalisme contre capitalisme” distinguiendo así mismo entre dos tipos de capitalismo a los que denominó capitalismo anglosajón y capitalismo renano. Por mi parte, prefiero hablar de los tres tipos citados que junto a los dos anteriores añade un tercero, el modelo estatista francés, que tiene rasgos propios suficientes como para conformarse como una variante distinta que representa mejor lo ocurrido en Francia y en Japón.

² En junio de 1993, el “Libro Blanco de Jacques Delors” ya planteó que dado que los elevados índices de desempleo en Europa indicaban una deficiente utilización del factor de producción trabajo, se sustituyese la fiscalidad directa sobre el empleo en las empresas por una fiscalidad sobre las materias primas o el uso del medio ambiente, liberando de cargas a uno de los factores de producción que estaban siendo infrautilizados (trabajo) y penalizando la superutilización de factores escasos o vitales (recursos naturales).



NAEL ISADOLA 2021

EL EMPLEO DESPUÉS DE LA COVID

ALFONSO GURPEGUI

El escenario provocado por la COVID-19

Durante las últimas décadas estamos asistiendo a una profunda transformación del mercado laboral, que tiene que ver con factores muy diversos: procesos de automatización que ocasionan reemplazo en los puestos de trabajo, procesos de digitalización que suponen una transformación competencial y organizativa de los entornos productivos, un progresivo debilitamiento de la relación de los procesos productivos en la creación de empleo neto, un mercado de trabajo que ya no genera empleo en cantidad y calidad suficientes, un debilitamiento de la protección laboral en el empleo, una creciente dualización en el mercado de trabajo, donde los puestos que más crecen son los de mayor y menor cualificación, la aparición de nuevas formas de trabajo y de organización del trabajo, como el trabajo en plataformas, donde se difumina la condición de trabajador por cuenta ajena y por cuenta propia, el incremento del teletrabajo... Y, con todos estos procesos abiertos, hace doce meses apareció la COVID-19 provocando una crisis de dimensiones mun-

diales y apretando el acelerador de muchos de ellos. Podemos afirmar que la COVID está actuando de acelerador de muchos de los cambios que ya se habían iniciado, al menos, durante la última década. Sin embargo, aún no sabemos cuál será el escenario definitivo que resulte después de la pandemia. La incertidumbre sobre cuál será el momento de finalización de la crisis nos impide tener certeza sobre su desenlace y parece que de su duración dependerá en gran medida el tiempo que necesitaremos para la recuperación.

Desde la perspectiva económica, estamos en una crisis aún peor que la sufrida durante los años 2008-2014 dentro de la Zona Euro, y España es el país en el que la caída del PIB está siendo más profunda. Según las predicciones de Consensus Forecasts, la economía mundial sufrirá una contracción del PIB del -4,2% en 2020, que llegará al -7,1% a nivel europeo y al -11,1 % a nivel español.

De acuerdo con el último informe de marzo de 2021, de la Dirección de Economía y Planificación del Departamento de Economía y Hacienda del Gobierno Vasco, referido al último cuatrimestre de 2020:

“Las perspectivas económicas mundiales han mejorado acusadamente gracias a la implementación de campañas de vacunación contra la COVID-19, a la aplicación de ayudas fiscales en algunos países y a señales sobre una mejor adaptación de las economías a las medidas de contención del virus. Consensus Forecasts, en su informe de marzo, establece un crecimiento del 5,3% en 2021 y del 4,1% en 2022. No obstante, a pesar del crecimiento medio mundial, el avance en muchos países permanecerá por debajo de los niveles previos a la pandemia y se comenzarán a alcanzar dichos valores a diferentes velocidades”.

De acuerdo con el Informe de Competitividad del País Vasco 2020 de Orkestra, la incidencia económica de la pandemia resultará bastante desigual en función de las diferentes actividades económicas. En Euskadi, los sectores más afectados (y, por tanto, los que más tiempo necesitarán para su recuperación), son la hostelería y el comercio, en el ámbito de los servicios (sectores especialmente vinculados a las restricciones de movilidad) y la producción de material de transporte y la metalurgia, a nivel industrial.

En cuanto al entorno laboral, el desempleo registrado ha sufrido también un importante incremento, aun sin llegar a las previsiones que se dieron en el inicio de la pandemia. De acuerdo con los datos referidos al mes de febrero de 2021 elaborados por Eurostat, la oficina de estadística de la UE, en la Zona Euro el incremento de la tasa de desempleo es de 1,2 puntos porcentuales respecto a febrero de 2020 y en España del 2,5. En Euskadi el paro registrado en el Servicio Público de Empleo se ha incrementado 1,4% respecto a hace un año. Todo ello

sin saber cuál va a ser el comportamiento de empleo cuando finalicen los ERTES, que han supuesto un extraordinario colchón durante esta crisis. Un entorno laboral que, antes de la crisis provocada por la pandemia, ya presentaba síntomas preocupantes referidos a su estructura, con una reducción de los tiempos de contratación, con un incremento del empleo a tiempo parcial, de pocas horas e involuntario, tanto en mujeres como en hombres, con una alta temporalidad, muy acusada entre la población joven y con una creciente dualización del mercado de trabajo, con sectores menos protegidos laboralmente y con pocas perspectivas de movilidad ascendente para la mejora de las condiciones laborales.

Respecto a los efectos de la pandemia cara al futuro, todas las previsiones referidas al comportamiento de la economía y del mercado laboral son permanentemente revisadas, porque el ritmo de esta recuperación dependerá en gran medida de la evolución de la pandemia, de su duración e incidencia en la salud pública, algo aún incierto y desconocido, a pesar de la esperanza que supone el inicio de las campañas de vacunación a nivel mundial. Es éste un escenario con una incertidumbre excepcional y sujeto a numerosos riesgos económicos, sociales y epidemiológicos.

En este escenario de incertidumbre debemos trabajar en las oportunidades que también nos ofrece la pandemia. La responsabilidad pública debe tener un protagonismo fundamental en el proceso de recuperación y transformación. Y así se ha decidido. La apuesta política que supone el presupuesto de 1,8 billones de euros a largo plazo de la UE, junto con el instrumento temporal deno-

minado NextGenerationEU, en la economía europea, dibuja un escenario absolutamente diferente del que se impuso en la crisis de 2008-2014, donde la austeridad y el recorte de la presencia pública fue la receta impuesta desde las instituciones europeas, y asumida con gran devoción por muchos gobiernos y opciones políticas. Una apuesta, la inyección de dinero público, que también ha adoptado el gobierno de los Estados Unidos, con un plan cercano a los 1,9 billones de dólares.

Sin duda, la crisis económica provocada por la COVID-19 es muy diferente a otras, tanto por sus causas, como por la incertidumbre con la que podemos abordar su evolución, pero también por las decisiones políticas adoptadas para salir de ella.

A las importantes cantidades de dinero público que las administraciones han decidido poner en circulación, se unen oportunidades que tienen que ver con las transiciones pendientes y de las que se hablaba también antes de la pandemia, pero que a raíz de ella pueden experimentar un importante impulso. La transición digital, la ecológica y la que supone el reto demográfico, pueden suponer importantes oportunidades para el empleo, siempre y cuando vayan unidas a la articulación de un mercado laboral de calidad e inclusivo, resiliente y con capacidad de adaptación a los cambios, a los que cada vez con mayor frecuencia nos vamos a enfrentar.

Todo parece indicar que la crisis provocada por la pandemia ha acelerado algunas tendencias que ya se vislumbraban con anterioridad, como las transiciones citadas, pero también puede acelerar tendencias como la pobreza y la desigualdad, o procesos de desregulación del mercado laboral,

que igualmente se venían detectando desde antes de la COVID-19. De las decisiones políticas de los gobiernos y del empuje de los agentes sociales y la sociedad civil dependerá en gran medida el escenario final que nos encontremos al final de pandemia.

El empleo, ¿qué empleo?

Carlos Marx, conceptuaba al trabajo “como la parte esencial de todo valor, donde este se convertía en una propiedad objetiva de todas y cada una de las mercancías” (Ekelund & Hébert, 2008). Hoy, gracias a la aportación de las Ciencias Sociales, consideramos el trabajo remunerado, además de la principal opción para la obtención de recursos económicos, como la vía más importante (aunque no la única) de inclusión social. El empleo sigue siendo una herramienta básica de protección frente a la pobreza y de superación de la exclusión social, es todavía un elemento fundamental de socialización y de inclusión. A pesar de la aparición de los y las trabajadoras pobres, a pesar de que haya perdido parte de su capacidad de inclusión, el empleo continúa siendo un bien que, además de generar riqueza, genera comunidad, relación, inclusión. Ello supone que “el empleo no se puede mercantilizar, es demasiado valiosos como para dejarlo exclusivamente en manos del mercado”, en palabras de Toni Doménech.

Por ello, las políticas públicas de empleo adoptan cada vez una perspectiva más sistémica y ponen el énfasis en la calidad en el empleo y en el empleo inclusivo. Las orientaciones de los Organismos internacionales apuntan en esta dirección: Programa de Trabajo Decente de la OIT (2012), Estrategia de Innovación Inclusiva del Banco Mundial

(2013), los Objetivos de Desarrollo Sostenible 2030 de la ONU o la Estrategia de Empleo de calidad en inclusivo de la OCDE en 2018. En este marco es reseñable la aprobación del Pilar Europeo de Derechos Sociales en la Cumbre celebrada en Gotemburgo (Suecia) en 2017, que establece 20 principios y derechos clave para apoyar un mejor funcionamiento estructural de los mercados de trabajo sobre la base de tres elementos que se incorporan decididamente al marco estratégico y político de la Unión Europea:

- La igualdad de oportunidades y de acceso al mercado de trabajo
- Las condiciones justas
- La protección e inclusión social

En España, la “Estrategia española para el impulso de las políticas activas de empleo” y en Euskadi, la “Estrategia Vasca de Empleo 2030”, incorporan en el centro de sus diagnósticos, orientaciones y líneas de actuación, los conceptos de empleo inclusivo y de calidad.

La forma en que los poderes públicos intervienen en el empleo es a través de la política laboral y la política activa de empleo. Euskadi no tiene competencias para legislar sobre la política laboral, el empleo o la formación profesional para el empleo, pero sí tenemos margen para la ejecución y diseño de las políticas activas de empleo, de acuerdo con lo dispuesto en el Real Decreto 1441/2010, de 5 de noviembre. Alinear estas políticas de activación para el empleo (formación, orientación, promoción y apoyo al empleo y experiencia laboral) con las transiciones digital, ecológica y demográfica, es una obligación de los poderes públicos que, si bien no garantiza una salida exitosa de la

crisis, es condición necesaria para ello.

Los análisis, las estrategias y las recomendaciones internacionales coinciden en la necesidad de fortalecer las políticas activas de empleo para dar respuesta a los retos que los mercados de trabajo plantean, acelerados por la actual pandemia. Un fortalecimiento que no tiene que ver únicamente con el incremento de su dotación presupuestaria, sino con la necesidad de adaptar el diseño, la planificación, la gestión y la evaluación de las políticas activas de empleo, “concebidas como servicios que aseguran a la ciudadanía el acceso a nuevos derechos laborales con carácter permanente”. (Impulso de las PAE. Ministerio de Trabajo y Economía Social. Octubre 2020). En definitiva, avanzar hacia el reconocimiento del acceso a las políticas activas de empleo como un derecho subjetivo de la ciudadanía.

Y no hay ningún ejemplo de buena política activa en el ámbito de las economías más avanzadas que no descansen en la existencia de buenos servicios públicos de empleo. La modernización y transformación del Servicio Público de Empleo Vasco –Lanbide– es una tarea urgente que el Departamento de Trabajo y Empleo del Gobierno Vasco ha asumido entre sus prioridades. La mejora de Lanbide como instrumento público nuclear del Sistema Vasco de Empleo es igualmente una condición, si no suficiente, necesaria para afrontar con éxito la salida de la crisis en Euskadi.

Articular ese Sistema Vasco de Empleo en el que participa una gran multiplicidad de agentes –institucionales, privados y del tercer sector– es obligado para evitar duplicidades y disfunciones en las políticas activas de empleo que se despliegan en nuestra

Comunidad y que consumen una importante cantidad de recursos públicos. Y, por último, evaluar la eficacia de las políticas públicas de activación del empleo, es igualmente necesario si queremos tener éxito en la salida de la crisis.

En definitiva, un empleo de calidad e inclusivo, concebido como bien a proteger desde lo público a través de la política laboral y la política activa de empleo. Que en Euskadi tiene a Lanbide como herramienta nuclear de un Sistema Vasco de Empleo complejo y multiagente, que exige una nueva gobernanza y una evaluación permanente. Esta será una de las condiciones necesarias para salir de la crisis provocada por la COVID-19.

El Sistema Vasco de Empleo

Euskadi tiene un entramado institucional complejo y diverso, con tres instituciones forales, en ocasiones con más poder –y recursos– que el propio Gobierno Vasco, y 250 ayuntamientos con competencias en “Desarrollo local económico y social y políticas o planes locales de empleo”, de acuerdo con la Ley 2/2016, de 7 de abril, de Instituciones Locales de Euskadi. Casi todas ellas, de manera individual o agrupadas, desarrollan programas relacionados con las políticas activas de empleo y se han dotado de departamentos o han promovido estructuras, como las agencias de desarrollo local, con ese cometido. Además, los agentes sociales y las organizaciones del tercer sector tienen también un importante papel en el desarrollo de políticas activas de empleo, en muchas ocasiones vinculada a aquellas personas que tienen mayores dificultades de acceso al mercado laboral. Y en el Gobierno Vasco, que cuenta con Lanbide como Servicio Públi-

co de Empleo, muchos de sus departamentos desarrollan políticas activas de empleo, fundamentalmente vinculadas con el ámbito sectorial de competencia.

Por otro lado, en Euskadi, durante la XI Legislatura (2016/2020), se produjo un importante impulso de la Mesa de Diálogo Social, a través de su institucionalización, como instrumento para abordar políticas esenciales del ámbito laboral, social o económico, desde el concierto tripartito entre el Gobierno y los interlocutores sociales. La voluntad política del Departamento de Trabajo y Empleo es mantener este impulso, durante la presente legislatura, atribuyendo un papel central al Diálogo Social en el desarrollo de las políticas de empleo.

Desarrollar la gobernanza de este complejo entramado es uno de los objetivos del Departamento de Trabajo y Empleo del Gobierno Vasco para esta legislatura, premiados además por las consecuencias de la pandemia de la COVID-19. Para ello es necesaria la articulación del diálogo social, el diálogo institucional y el diálogo civil, desde el reconocimiento de la tarea de cada cual y con generosidad por parte de todas las partes implicadas, y basado en relaciones de confianza y profesionalidad.

Desde que se produjo la transferencia a Euskadi de la ejecución de las políticas activas de empleo a Euskadi en 2010, se ha recorrido un largo camino que arranca incluso con anterioridad a esa fecha. Durante la década de los años 90, muchos ayuntamientos iniciaban su trabajo en el desarrollo local y otros agentes de la sociedad civil ponían en marcha iniciativas, por ejemplo, de empleo adaptado. Partir de lo que ya se ha hecho, reconocer los esfuerzos de cada agente,

evaluar con objetividad los resultados obtenidos, es el punto de partida necesario para la construcción del Sistema Vasco de Empleo.

A partir de ese reconocimiento es necesario mirar el futuro e introducir cambios importantes en la planificación, el diseño y la ejecución de las políticas activas de empleo. Debemos incorporar como ejes fundamentales el conocimiento y la información, hay que promover la creación de una comunidad de conocimiento que desarrolle una visión compartida del Sistema de Empleo.

Para la construcción de este Sistema Vasco de Empleo, será necesario que el Gobierno Vasco desarrolle un texto normativo que plasme en una Ley los elementos básicos del sistema, sus componentes, sus cometidos, las relaciones y órganos de gobernanza, los sistemas de información y de promoción del conocimiento. Una Ley que reconozca el derecho subjetivo a las políticas activas de empleo a lo largo de toda la vida. Pero esa Ley sólo será útil a las personas si es capaz de promover una gobernanza colaborativa entre sus miembros, una agenda de trabajo común y una visión compartida. El entramado institucional vasco es demasiado complejo como para pretender que la visión de uno solo de sus componentes se imponga sobre los demás. Los riesgos de la globalización y la deslocalización de las actividades productivas, el impacto de la digitalización y la automatización sobre los procesos productivos, el desafío del cambio climático y el reto demográfico, nos exige hacer un esfuerzo colectivo que convierta a las políticas activas de empleo en una herramienta potente para que todas las personas puedan acceder a un empleo de calidad. Y eso requiere un Sistema Vasco de Empleo fuerte y eficaz.

Las personas, en el centro del Sistema de Empleo

Pero además de fuerte y eficaz, necesitaremos un Sistema de Empleo que mire más a las personas a quienes ofrece servicios.

Como en todas las épocas de crisis, el impacto que la crisis económica y social derivada de la pandemia va a tener sobre las personas será probablemente desigual. Es previsible que afecte de manera prioritaria a aquellos colectivos tradicionalmente más vulnerables y a aquellos con menos formación o aptitudes profesionales para la incorporación o reincorporación al mercado laboral.

Esta crisis y los cambios que van a suponer los procesos de digitalización y automatización, la transición hacia la economía verde o las necesidades derivadas del cambio demográfico, van a requerir la puesta en marcha de políticas activas de empleo que acompañen estos procesos, a través de la mejora de la empleabilidad y el fomento del empleo, especialmente de las personas con mayores dificultades de acceso al mercado laboral o que mayor situación de vulnerabilidad presentan. En este ámbito la formación para la cualificación y la recualificación, así como la formación a lo largo de la vida, tiene que tener un papel central en las políticas activas de empleo, junto al reforzamiento de la orientación personalizada.

El diseño de las acciones de formación o las intervenciones de orientación tienen que partir del análisis de las distintas circunstancias de cada una de las personas con las que se interviene: edad, tiempo en desempleo, exclusión y vulnerabilidad, experiencias profesionales previas, con el objetivo de

poder ofrecer una atención integrada que permita elaborar itinerarios personalizados que puedan combinar servicios y programas de activación para la incorporación o reincorporación al mundo laboral, y, en su caso, poder dialogar con otros sistemas que puedan procurar un apoyo efectivo a las personas que se encuentran buscando empleo: servicios sociales, educación, vivienda o garantía de ingresos.

Esta orientación supone una concepción holística de las intervenciones del Sistema de Empleo y de los Servicios Públicos de Empleo, alejada de la burocratización y centrada en las necesidades de las personas, con sistemas flexibles y adaptados a las personas y a los entornos. Un sistema que reconozca y garantice el derecho subjetivo a la formación a lo largo de toda la vida. En esta dirección apunta la reforma del Servicio Vasco de Empleo-Lanbide y la futura Ley del Sistema Vasco de Empleo.

Poner a las personas en el centro del Sistema de Empleo requiere además adaptar los ciclos presupuestarios a los servicios, facilitando la continuidad de los servicios en el tiempo, y promover la colaboración de todos los agentes en un territorio concreto, con el objetivo de sumar esfuerzos y capacidades.

Desde la aparición de las políticas activas de empleo, el trabajo personalizado, ha sido un objetivo perseguido por todas las administraciones, aunque los logros han sido ciertamente escasos. La crisis provocada por la pandemia puede ser una oportunidad para lograr este objetivo que vuelve a ser, aunque no suficiente, necesario para afrontar los retos planteados.

Todo ello sin olvidar la necesaria intensificación de las relaciones entre el Sistema de Empleo y las necesidades del mercado laboral.

La transición digital, la transición verde y el cambio demográfico

Actualmente nos encontramos en un contexto global marcado por tres grandes tendencias mundiales que van a tener un impacto importante, también en Euskadi: la transición tecnológico-digital, la transición energético-climática y la transición motivada por el cambio demográfico. Transiciones que, como hemos señalado, no nacen con la pandemia, pero sí son aceleradas por ella.

Estos tres procesos van a suponer cambios en el mercado laboral, en los requerimientos competenciales de las personas trabajadoras, en las organizaciones, en las empresas y en las Instituciones Públicas. Convertir estas transiciones en palancas-clave para la recuperación económica y de empleo, será fundamental, y de nuevo condición necesaria, aunque no suficiente para salir justamente de la crisis provocada por la COVID-19.

Por otro lado, según datos de Eurofound elaborados antes de la pandemia, se prevé hasta 2030, en toda Europa, un crecimiento de los puestos de mayor y menor cualificación, acentuando la tendencia a la dualización en el mercado de trabajo, donde los de tipo medio prácticamente disminuyen o apenas crecen.

Los cambios derivados de la transición tecnológico digital van a suponer transformaciones competenciales y organizativas en las organizaciones y van a requerir que los sectores productivos inviertan en mejorar las

capacidades digitales, como la inteligencia artificial, la ciberseguridad o las redes 5G y 6G. La rápida extensión del teletrabajo durante la pandemia hace prever cambios organizativos importantes: hay un potencial de unos 43 millones de trabajos en Europa que pueden ser realizados mediante teletrabajo, al menos en una gran parte. Los requerimientos competenciales vinculados a la digitalización se darán de manera transversal en todos los niveles profesionales, además de las competencias especializadas que aún hoy no somos capaces de vislumbrar. Y vinculada a la digitalización habrá que hacer frente a un proceso de automatización creciente, que tendrá efectos positivos en la reducción de actividades de mayor gravosidad para las personas, pero que suponen un riesgo importante en cuanto a pérdida de empleo en todos los sectores productivos.

En cuanto a la transición energético-climática, si hacemos una aplicación exacta de los acuerdos de París, en cuanto a la restricción de emisiones, el impacto en el PIB en 2030 supondría un punto adicional de crecimiento para la media europea y en España un 1,2, lo que podría tener un efecto positivo en la creación de empleo, alrededor de actividades como la eficiencia energética, la economía circular, la creación de nuevos materiales, el ecodiseño o la movilidad sostenible e inteligente. Está claro que en este ámbito se van a requerir igualmente nuevas competencias profesionales y será necesaria la reconversión de algunos sectores para adaptarse a las exigencias de una sociedad con mayor conciencia medioambiental

Los retos que nos plantea el nuevo escenario demográfico van a tener una relación fundamental con el envejecimiento de la so-

iedad, con el cambio cultural en torno a los cuidados, con el reforzamiento de los sistemas social y sanitario y con los movimientos migratorios. La crisis sanitaria provocada por el COVID-19, ha hecho que la centralidad que “los cuidados” tenían en nuestras vidas se haya hecho patente en esta crisis, tanto como se ha demostrado la fragilidad del sector. Nos encontramos en un momento clave, en el que el ámbito de los cuidados se enfrenta a un proceso de transformación para atender las necesidades actuales, y sobre todo futuras, que puede convertirse en una valiosa oportunidad de generación de empleo de calidad. Para ello es necesario combatir la fragilidad del sector, a través de diferentes intervenciones, entre las que tiene un importante papel las políticas activas de empleo, implementado acciones de profesionalización, de promoción y consolidación del tejido económico. Igualmente, la necesidad de reforzar los sistemas social y sanitario, en su vertiente comunitaria, ha sido otro de los aprendizajes de la actual pandemia. En su desarrollo y transformación, pueden abrirse oportunidades de empleo que debieran de ser tenidas en cuenta en el diseño de las políticas activas de empleo. Y por último las perspectivas de un mercado de trabajo con una inmigración creciente es un escenario sobre el que cada vez hay menos dudas, considerando el menor peso demográfico de Europa en el mundo. Garantizar una adecuada acogida y una plena integración de las personas que lleguen en busca de un futuro mejor, va a ser un reto de primer orden para mantener un aceptable nivel de cohesión social y evitar un mercado de trabajo dualizado.

Que las transiciones anunciadas sean oportunidad para la configuración de un mercado de más calidad y más inclusivo, o por

el contrario provoque mayor desigualdad, es una responsabilidad colectiva, pública y de los agentes sociales.

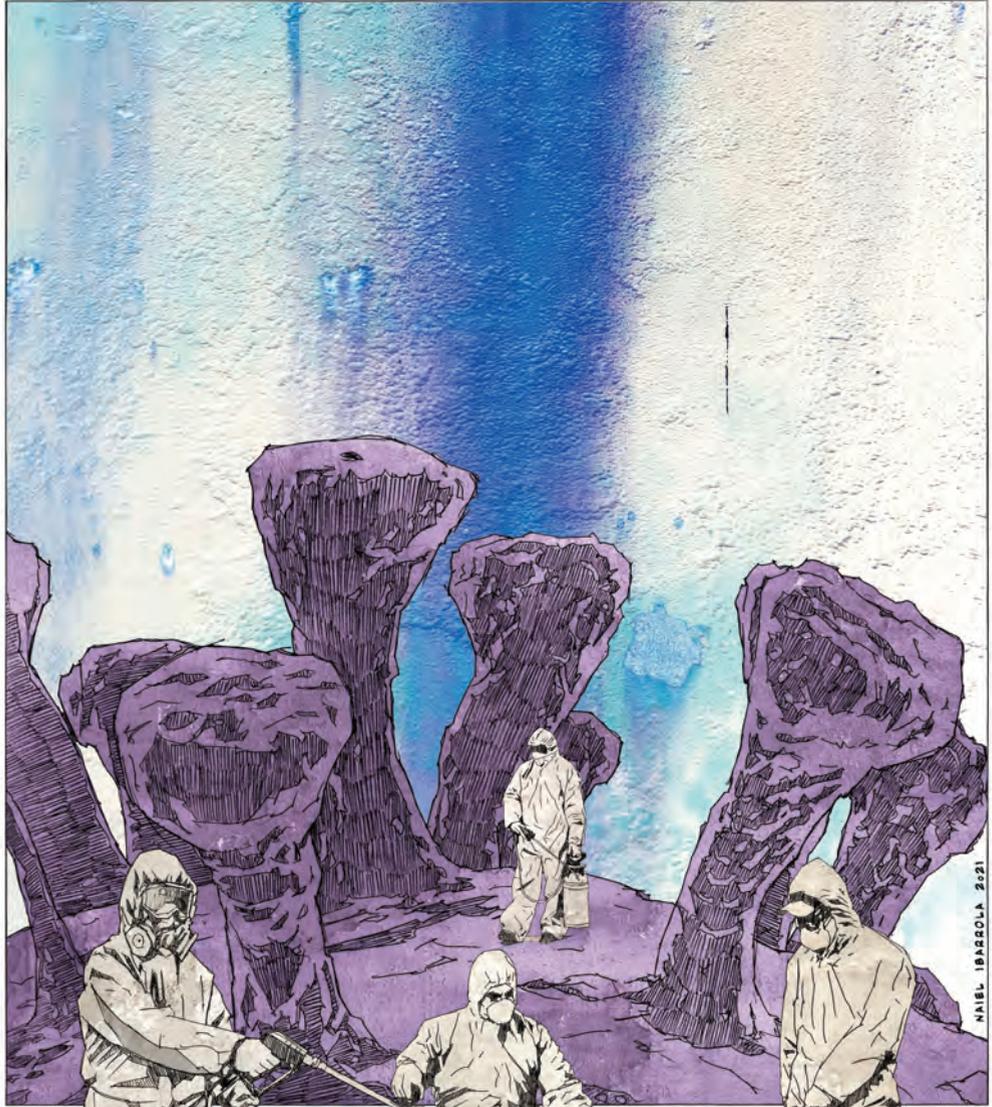
A modo de conclusión

En 1995, el libro Blanco de la Unión Europea *Crecimiento, competitividad, empleo. Retos y pistas para entrar en el siglo XXI* de Jaques Delors señalaba nuevas actividades laborales destinadas a satisfacer nuevas necesidades sociales y las denominaba Nuevos Yacimientos de Empleo: servicios de la vida diaria, servicios culturales y de ocio y los servicios relacionados con el medio ambiente. Los Nuevos Yacimientos de Empleo presentaban cuatro características claras: cubrían necesidades sociales, se configuraban en mercados incompletos, tenían un ámbito de prestación o de producción local y eran potencialmente generadores de puestos de trabajo.

Veinticinco años después nos encontramos ante un nuevo contexto marcado por tres grandes transiciones globales que dan respuesta también a necesidades sociales, aceleradas por una crisis sanitaria, económica y social de grandes magnitudes y final incierto.

Utilizar las palancas que suponen estas tres transiciones, para convertirlas en oportunidades de empleo de calidad e inclusivo, como repuesta a nuevas necesidades sociales y utilizando su potencial para la consolidación de mercados locales y para la generación de puestos de trabajo, es el gran reto ante el que nos enfrentamos y en el que nos jugamos la cohesión de nuestras sociedades.

Si somos capaces de ello, tal vez nuestro mercado laboral pueda salir menos dañado de la crisis provocada por la COVID-19 que como entró. El futuro está por escribir.



NAIEL IBARROLA 2021

NEUTRALIDAD CLIMÁTICA Y ESTILOS DE VIDA EN UN CONTEXTO DE PANDEMIA

RICARDO GARCÍA MIRA

A lo largo de 2020 y primer trimestre de este año 2021, de acuerdo a los datos publicados por el Ministerio de Transición Ecológica, el número de incendios forestales en España ha caído por debajo de la media, considerando el período comprendido entre 2010 y 2020. A ello hay que añadir que el consumo de agua y energía industrial y de servicios ha descendido considerablemente como consecuencia de la pandemia y el confinamiento. A pesar de ambas cosas, el cambio climático sigue siendo un hecho indiscutible. Consecuentemente, los cambios en el estado de alarma que se prevén durante este año deberían tomar en consideración la importancia y urgencia de mantener determinadas políticas relacionadas con la gestión forestal y las restricciones en el uso y consumo de agua en el período de vuelta a la normalidad. Los seres humanos seguimos teniendo la obligación de reconstruir nuestra relación con la naturaleza, y escapar de las prácticas destructivas contra la biodiversidad en el mar y en el campo, a las que estamos contribuyendo con nuestro consumo excesivo y con la agricultura intensiva. La pandemia de la COVID-19 ha puesto de manifiesto la relevancia que nuestra relación con la naturaleza tiene en el marco de la lucha contra este y futuros virus.

La COP25 celebrada en Madrid en 2019 subrayó la urgencia de una mayor ambición para asegurar los mayores esfuerzos de mitigación y adaptación posibles de todas las partes. Con la aprobación por parte de la Unión Europea del *Green New Deal* (Nuevo Acuerdo Verde) y el nuevo compromiso de cero emisiones netas en 2050, es decir, la plena neutralidad climática, y el reconocimiento de que toda política climática debe ser actualizada de acuerdo a los avances científicos, constituyen los principales logros. El conocimiento basado en la evidencia científica llega a convertirse así en el eje principal alrededor del que deben girar todas las decisiones climáticas que se adopten en los distintos países. Finalmente, más de 70 países (de 197) se comprometieron a mejorar sus planes climáticos a partir de 2020. La pandemia, sin embargo, ha significado el mayor punto de inflexión a nivel global en lo que a impacto climático se refiere, y ha puesto de manifiesto el valor de la ciencia y su papel en garantizar la salud y la seguridad, así como la salida de la crisis sanitaria, que es también una crisis de sostenibilidad.

En definitiva, el mundo reacciona al cambio climático con toda su contundencia, y estamos siendo testigos de la creación de instrumentos institucionales de todo tipo para adaptarse a las transformaciones que vienen. Además, a los países que ratificaron el Acuerdo de París, con el cambio de gobierno en Estados Unidos, y la asunción de la Presidencia por parte de John Biden, vuelve a unirse el compromiso de este país con sus objetivos en el marco de la Convención de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC).

Por su parte, durante las últimas décadas, la evidencia científica acumulada nos muestra que los patrones de utilización intensiva de los recursos, así como las emisiones de efecto invernadero, nos llevan irremediablemente hacia una escasez de recursos que va en aumento, hacia la pérdida de biodiversidad y al cambio climático, con sus numerosos y desastrosos efectos. A nivel de la Unión Europea, los actuales e insostenibles modelos de producción y consumo son responsables de estos problemas complejos y relacionados, y, por eso, encontrar vías para un cambio sostenible se ha convertido en algo prioritario para los ciudadanos y políticos europeos. El Acuerdo Verde se ha planteado como objetivo reducir en 2030 más del 50% de emisiones de gases de efecto invernadero, y enfoca su estrategia hacia las ciudades, que consumen el 65% de la energía del mundo y son responsables de más del 70% de las emisiones globales atribuibles a la acción humana.

La crisis sanitaria debida a la COVID-19 añade un factor devastador, al meter a Europa en una profunda recesión económica que plantea necesidades de cambios institucionales y transformaciones económicas, que garanticen la protección de la salud de las personas como una parte integrada del medio ambiente, con soluciones inteligentes, sostenibles, inclusivas y generalizadas.

La investigación social del cambio climático ¿por donde empezar?

Cada vez con más frecuencia, oímos voces pidiendo la urgencia de tomar cartas en el asunto. El cuándo está claro: ahora. Pero, ¿cómo hacerlo a un ritmo lo suficientemente rápido? ¿Qué medidas y estrategias son más efectivas para esto? ¿Quién debería ser responsable de las acciones de adaptación al cambio climático? ¿la sociedad civil? ¿nuestros gobiernos? ¿qué pasará después de la pandemia, una vez que la vacunación se extienda globalmente y la ciudadanía esté inmunizada?

La investigación promovida en el marco del Consorcio Europeo de Investigación sobre "Estilos de vida verde, modelos alternativos y escalamientos desde la sostenibilidad local" (García Mira, 2017, Vita *et al.*, 2020), bajo el patrocinio del 7º Programa Marco de Investigación e Innovación de la UE se planteó responder, entre otras cosas, a algunas de estas preguntas y propuso medidas para ayudar a Europa a avanzar en la transición hacia la sostenibilidad. Así, el principal objetivo fue comprender tanto teórica como empíricamente los principales obstáculos y oportunidades de cambio hacia la sostenibilidad en Europa, analizando dinámicas y condiciones de cambio de estilo de vida. Tales condiciones, bajo las que los sistemas económicos cambian, están expuestas a la interacción compleja de factores muy diversos: económicos,

sociales, culturales, políticos o tecnológicos, e influyen en la elección que hagamos de un estilo de vida más o menos sostenible o en el modo en que las personas emprenden cambios.

El consenso sobre el hecho de que hay una respuesta institucional fragmentada e insuficiente al desafío del cambio climático es amplio. A nivel gubernamental, se precisa una mayor coordinación y una toma de decisiones efectivas para asegurar una hoja de ruta mucho más exigente que la actual. Pero, por otro lado, ¿qué sucede a nivel individual? ¿Está la población respondiendo como debería a uno de los mayores desafíos de nuestro tiempo? ¿En qué grado estamos contribuyendo al cambio climático?

La investigación sobre cómo activar cambios en nuestras elecciones de estilos de vida abarcó diferentes cuestiones y dominios de estilo de vida, dentro de un enfoque multimétodo centrado en dominios diferentes de estilo de vida, elegidos por su contribución a la producción de huellas ambientales: estado y uso de las casas, utilización de la energía, movilidad, consumo de alimentos, consumo de productos manufacturados y equilibrio trabajo-ocio. Se estudiaron a fondo iniciativas sostenibles en siete regiones europeas: Aberdeen (Escocia), Banat-Timis (Rumanía), Alemania Central; la zona del bosque de Bohemia en Austria; Galicia (España); Lazio (Italia) y Rotterdam- La Haya (Holanda). Se exploraron tanto estas regiones europeas como un número de iniciativas de estilo de vida sostenible en cada una de ellas (véase Figura 1).



Figura 1. Visión del conjunto de las regiones objeto de estudio y sus iniciativas en los seis dominios (García-Mira, 2017).

Consumo, bienestar y materialismo

La mayor riqueza en los países del Norte ha dado lugar a modelos de alto consumo de recursos, que aún son considerados con alto valor de estatus para definir el bienestar humano, a pesar de la evidencia que muestra el alto precio al bienestar que impone el materialismo (Kasser, 2002). La evidencia de la investigación más actual sobre indicadores de salud física y mental, estudios de felicidad o de satisfacción con la vida, cuestiona claramente los supuestos que subyacen a las medidas sociales y económicas actuales. Los estilos de vida caracterizados por el consumo intensivo de recursos son perjudiciales no sólo para el medio ambiente, sino que además han fracasado a la hora de alcanzar felicidad y una vida más libre basada en tener o en consumir más. Cada vez con mayor frecuencia, la experiencia de los ciudadanos aparece caracterizada por la constatación de que trabajar más, para consumir más, y alcanzar así un mayor grado de satisfacción y bienestar, solo genera mayor sensación de presión sobre nuestras vidas, menos bienestar y, consecuentemente, mayor frustración. La riqueza material, por tanto, va acompañada, además, de un preocupante aumento de huella ecológica.

Todo esto ha conducido a algún avance en la disociación entre crecimiento económico e impacto ambiental por medio de estrategias de ecoeficiencia durante el proceso de producción de los productos de consumo, introduciendo mejoras con tecnologías y procesos limpios de producción. Sin embargo, algunos de estos procesos han generado efectos rebote y aumento del consumo, relativizando los efectos positivos (Hertwich, 2005) y haciendo necesaria la implementación de estrategias de cambio de modelo de consumo y de reducción de consumo material (Princen, Maniates y Conca, 2002), por otros modelos con menos impacto ambiental combinados con planteamientos de modelos alternativos de negocio (Tukker *et al.*, 2010). Aunque alcanzar un equilibrio necesario en la relación trabajo-tiempo es un objetivo deseable que tiende a reducir la relación crecimiento-bienestar, existe todavía preocupación por los efectos negativos que los modelos de consumo reducido puedan tener en términos de empleo en Europa.

El análisis de la huella de carbono en el marco europeo confirmó que el consumo de los hogares está siendo responsable de aproximadamente el 60% de las emisiones globales de gases de efecto invernadero y entre el 50 y el 80% del uso total del suelo, materiales y agua (Ivanova *et al.*, 2017; García-Mira, 2017; García-Mira, Dumitru y Martínez, 2017). La figura 2 muestra que nuestros estilos de vida actuales se caracterizan por niveles de consumo muy intensivos. El resultado evidencia también que Galicia contaminaría más del doble de lo que lo hace una persona media en todo el mundo, por poner un ejemplo.

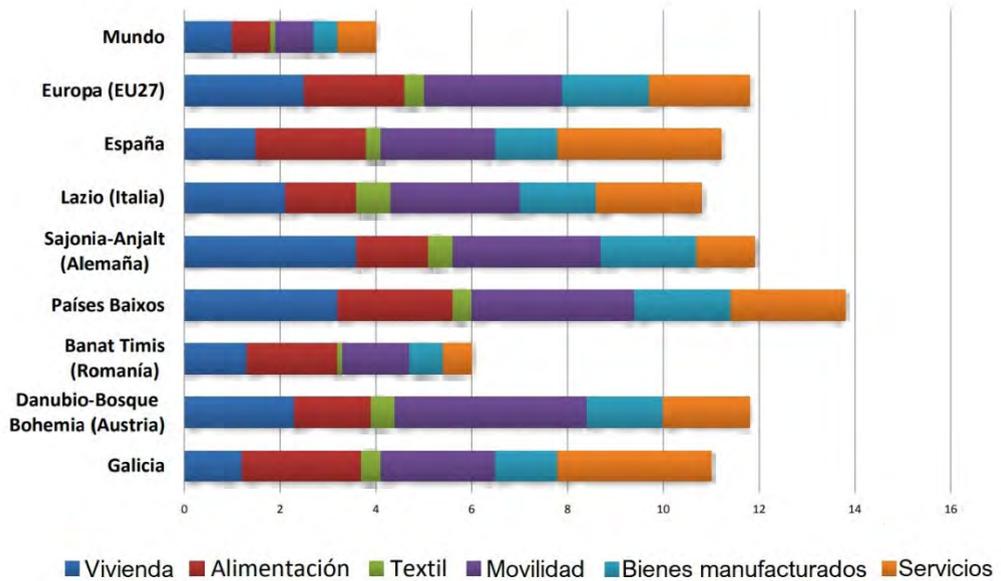


Figura 2. Distribución de huella de carbono en hogares por categoría de consumo (Tco2eq/p). Vita *et al.*, 2016; García-Mira, 2017).

El análisis de las huellas regionales por categorías de consumo nos permite identificar áreas prioritarias de intervención, además de relacionar los niveles de emisión con lo que pueden ser las características socioeconómicas, sociopolíticas o culturales de cada región. Para ser verdaderamente efectivos, los cambios hacia la sostenibilidad deben centrarse en aquellas categorías de consumo con mayor impacto ambiental (Tukker y Jansen, 2006; Stern, 2000). La vivienda y el tipo de construcción, la movilidad, la alimentación y el consumo de productos manufacturados son hoy en día los mayores culpables del impacto ambiental en los países de la OCDE (Hertwich *et al.*, 2010). La Figura 2 muestra gran variabilidad con respecto a los impactos ambientales entre áreas de Europa. En el caso de Galicia, si bien se observa una de las huellas más bajas para la categoría de vivienda, en comparación con el resto de regiones estudiadas, en cuanto a alimentación, sin embargo, los resultados se encuentran entre los más altos. Los buenos resultados en el caso de la vivienda gallega se deben principalmente a cuestiones climáticas, relacionadas con la suavidad de las temperaturas medias a lo largo del año, que evitarían emisiones relacionadas con el uso de sistemas de calefacción y ventilación. Por el contrario, los malos resultados en alimentación estarían vinculados a los altos niveles de consumo por habitante en Galicia y a razones culturales.

Otro resultado a destacar evidenció que aproximadamente el 60% de la huella de carbono total, tanto en Galicia como en el exterior, se debe al consumo de productos innecesarios, por lo que la reducción de los niveles de consumo generalizado es fundamental. En este contexto

y a grandes rasgos, ¿cómo definir la respuesta de la población a los desafíos ambientales? Trataremos de hacer algunas aproximaciones.

Sostenibilidad y cambio de estilo de vida

Un estilo de vida es, en definitiva, un patrón de uso del tiempo en un dominio o contexto de la vida cotidiana, que ocurre en un lugar concreto y adopta un modelo de consumo, más que una simple suma de conductas independientes. Lo que hace este patrón sostenible es su caracterización como de bajas emisiones de carbono, y su dimensión social y económica, que garantiza un nivel razonable de bienestar individual y social y persigue una distribución relativamente equitativa de oportunidades y recursos.

La gente organiza sus actividades de diferente manera en función del número de experiencias que desea desarrollar y del tiempo de que dispone para ello. Estas experiencias pueden generar estrés e infelicidad, provocando ajustes de conducta determinados, como comer fuera porque no hay tiempo para comer en casa, o coger el coche para pequeños trayectos porque no hay tiempo de hacerlo caminando, con implicaciones en cuanto a la sostenibilidad. Es decir, la forma en que la gente estructura su vida cotidiana, toma decisiones en relación al trabajo, al hogar, o al tiempo de ocio, y el que todo ello contribuya a su bienestar tiene un impacto sobre el estilo de vida sostenible. Por otra parte, nuestra investigación demuestra que ciertas actividades son más intensivas en términos de energía o recursos invertidos que otras, y que los diferentes patrones de uso del tiempo están relacionados con las diferencias en los patrones de consumo. Por ello, más importante que identificar el tipo de consumo de una persona o colectivo, es centrarse en cómo la forma en que un individuo organiza su vida cotidiana puede constituir un obstáculo o puede posibilitar que se active un cambio en una dirección sostenible.

El análisis comparativo de los resultados de una encuesta realizada en las siete regiones de estudio mostró que factores psicológicos como la identidad ambiental, el sentimiento de hacer las cosas por uno mismo (autoeficacia), el sentir que el estado del ambiente es importante para uno mismo y sentirte parte del grupo de personas que lo protegen, las aspiraciones personales o las percepciones positivas sobre el área residencial en la que vives, aumentan la probabilidad de tener estilos de vida más sostenibles. Los resultados comparativos mostraron también que crear oportunidades para que la población se involucre en actividades con baja huella de carbono asociada favorece la difusión de hábitos y estilos de vida sostenibles y fomenta la cohesión social, ayudando a reducir los comportamientos ambientales más dañinos.

Si tratamos de explorar cuáles son las razones por las que la gente defiende tener que optar por estilos de vida más sostenibles, en general, la gente dice que ser más sostenible los lleva a estar más satisfechos con su estilo de vida. La búsqueda de un mayor bienestar es la principal motivación entre las personas que deciden andar en bicicleta, ser voluntarios ambientales o cocinar su propia comida.

La mayor parte de la gente relaciona la sostenibilidad con el tipo de actividades relacionadas con el transporte o la alimentación, áreas en las que las personas están más acostum-

bradas o tienen una mayor capacidad de elección individual. Las personas que participan activamente en una iniciativa de sostenibilidad, no lo entienden como un impacto significativo en la sostenibilidad del estilo de vida, sino como un refuerzo positivo a un estilo de vida que ya habían asumido antes de su participación en la iniciativa. Motivos sociales, como el deseo de conocer gente con gustos y orientaciones similares, son también algunos de los principales motivos. Entre las consecuencias de llevar un estilo de vida más sostenible, también se enfatiza la necesidad, si no de tener más tiempo, de organizarse de otra manera. La reducción de la jornada laboral es el principal factor cuando se pregunta por posibles fórmulas que facilitarían la difusión de estos patrones de gestión del tiempo menos intensivos en carbono.

Escalando los cambios: la contribución de las ciencias sociales

La gente quiere sostenibilidad. Sin lugar a dudas, las personas muestran un deseo de realizar mejoras en cuanto a sostenibilidad en su estilo de vida, tener mayor contacto con la naturaleza, mayor autonomía en la gestión de su tiempo y pasar más tiempo con sus seres queridos. Sin embargo, si bien las preferencias y determinantes a nivel individual son importantes la contribución de la Microeconomía, la Macroeconomía y la Inteligencia Artificial permiten el desarrollo de diferentes modelos experimentales que identifican barreras que podrían frenar los procesos de transición. Si bien la participación en iniciativas de sostenibilidad (por ej. iniciativas de consumo responsable) fortalece a los miembros de la sociedad más comprometidos con ella y puede entenderse como laboratorios de ciudadanía activa, la evidencia parece apuntar que la promoción de estos movimientos de base no sería suficiente para provocar un gran cambio hacia la sostenibilidad. También se necesitan cambios en las regulaciones del mercado, cambios tecnológicos y de políticas a gran escala.

Entre otros, la investigación ha desarrollado modelos de decisión del consumidor para la identificación de umbrales, puntos de inflexión que, de lograrse, asegurarían el inicio de la transición hacia la sostenibilidad, en los que los aportes de la psicología social y ambiental fueron determinantes. Entre otros resultados, el modelo mostró que las normas sociales (lo que la sociedad considera "normal") son indiferentes a la sostenibilidad. Estos simplemente refuerzan esa tendencia a nivel agregado que es mayoritaria en una sociedad determinada, pudiendo favorecer la inmovilidad de la población con respecto a sus decisiones de consumo insostenible, e incluso premiando la insostenibilidad en determinados casos, como la introducción de un impuesto sobre consumo.

Una vez que una mínima parte de la población adopte un estilo de vida sostenible, alcanzando ese umbral antes referido, el efecto de las normas sociales beneficiaría la sostenibilidad, ayudando a difundirla. Además, el modelo identificó cómo las personas logran un mayor bienestar cuando perciben que se están comportando mejor que la mayoría en momentos en que los estilos de vida sostenibles son una minoría en una sociedad. Este beneficio es un incentivo para los pioneros, que desaparece a medida que el movimiento se generaliza. El modelo

también muestra la necesidad de inclusión en la transición hacia la sostenibilidad, la necesidad de hacer campaña para aquellos sectores de la población que no tienen un estilo de vida sostenible. Una diferencia social significativa en el grado de conciencia ambiental, una brecha ambiental, estaría favoreciendo estilos de vida insostenibles.

Oportunidades de cambio hacia la sostenibilidad en un contexto de pandemia

La experiencia a lo largo de 2020 y 2021 de una crisis sanitaria provocada por la pandemia interrumpe nuestra vida habitual. Es el momento, sin embargo, de visualizar las oportunidades para el cambio, la acción o la introspección, oportunidades que no tendríamos en otro contexto. La pandemia marca un antes y un después en nuestros estilos de vida, que debemos aprovechar visualizando las posibilidades que hasta hace muy poco se mostraban como imposibilidades. Se trata de volver sobre nuestras rutinas y modificarlas, donde el éxito consiste en prepararse para adaptarnos mediante nuevos aprendizajes individuales y colectivos, que nos permitan asimilar hábitos de salud y protección ambiental.

Movilidad.- La movilidad constituye una de las dimensiones sobre las que las campañas de adaptación al cambio climático han acumulado más adeptos, con la puesta en marcha de políticas que promueven el uso compartido de vehículos, o el uso de transporte público. La aparición de la pandemia, sin embargo, ha significado un paso atrás, fomentando todo lo contrario para evitar el contagio. Debemos recuperar la oportunidad que la reducción de la movilidad ha traído para emprender las transformaciones urbanas necesarias que permitan disfrutar de un mundo menos congestionado. Es el momento de modificar el modo de desplazamiento y aprender con modos de transporte más eficientes y resilientes en un marco de movilidad sostenible. El desarrollo de la inteligencia artificial y el *bigdata* traerá consigo una ciudad más racional más conectada y con nuevas oportunidades.

Energía.- El confinamiento y el mayor tiempo que la gente pasa en el hogar debido a las distintas restricciones impuestas por el estado de alarma, o debido al trabajo on-line, ha generado un mayor consumo energético en el ámbito doméstico, que opera contra el criterio de sostenibilidad en lo que al objetivo de reducción del consumo se refiere. La potenciación de la producción de energía renovable en el hogar, y de energía renovable en general, tanto eólica como solar, introducirán factores correctores en la medida en que vaya acompañada de precios más asequibles o incluso gratuidad.

Alimentación.- El obstáculo principal se refiere al alto precio de la comida orgánica y a las dificultades para adquirir conocimientos profundos para la práctica de la permacultura (que es un pilar en muchas iniciativas de sostenibilidad, por ej. en ecoaldeas y en otras comunidades internacionales similares). La seguridad alimentaria, por otro lado, ocupa un papel clave en la industria alimentaria durante la crisis de la COVID-19. La producción de alimentos saludables y sostenibles debe ser un pilar fundamental tanto desde el punto de vista de futuras pandemias como desde la perspectiva de la sostenibilidad y la salud. El acceso global al agua potable,

el efecto de combustibles fósiles sobre la salud, la falta de control sobre la comercialización y consumo de fauna salvaje, el sistema de producción de alimentos, son algunos ejemplos de factores con riesgos emergentes.

Vivienda.- La vivienda ocupa un lugar fundamental en el diseño de transiciones hacia la sostenibilidad, con la necesidad de diseñar estrategias de adaptación basadas en la generación de medidas ecoeficientes en el acceso o la gestión eficiente de recursos o suministros en relación con la energía, al agua, o a las dificultades que puede plantear la distancia como impedimento para alcanzar otros lugares como el trabajo, la escuela, el mercado, que tiene concomitancias con otras dimensiones relacionadas con el consumo energético o la movilidad. La pandemia ha puesto al descubierto la vulnerabilidad de los hogares, en términos de relaciones sociales, digitalización, violencia, o trabajo, por mencionar algunos.

En general, se han identificado algunas necesidades que parten directamente de las iniciativas de sostenibilidad, y que pretenden continuar desarrollando actividades y fortaleciendo su papel para seguir promoviendo estilos de vida sostenibles deseados: a) Más diálogo, intercambio y fomento de la confianza entre investigación y práctica, entre científicos y profesionales de la sostenibilidad; b) Más oportunidades y espacios para la comunicación en Europa; c) Mejores redes de actores de la sostenibilidad; y d) Mejor documentación e infraestructura de comunicación para compartir casos de éxito y de buenas prácticas.

Las iniciativas de sostenibilidad han expresado a través de sus miembros una gran confianza en la ciencia, un deseo de que los científicos puedan ayudar a resolver algunos de los grandes desafíos relativos a sostenibilidad a los que la humanidad se enfrenta actualmente, y más en este contexto de pandemia por el que atravesamos, así como una firme voluntad de cooperar y coproducir conocimiento con los científicos. Por el contrario, la confianza relativa a la capacidad de los responsables institucionales para apoyar las transiciones a estilos de vida sostenibles es cuestionada en nuestros estudios de caso, combinada con una actitud crítica hacia los enfoques de adopción de decisiones de arriba abajo a niveles locales.

La confianza debe evolucionar a través de proyectos transdisciplinarios, con enfoques de cocreación de conocimiento entre políticos, científicos y organizaciones de la sociedad civil, mediante la promoción de escenarios adecuados de interacción, con un ambiente propicio que ayude a los individuos y a las instituciones a juntarse y entenderse sobre la base de la mayor evidencia científica en ciencias sociales y en un marco de esfuerzos compartidos.

La investigación existente sobre los factores relacionados con los estilos de vida sostenibles en Europa proporciona argumentos para el optimismo: los ciudadanos quieren vivir de manera más sostenible y lo hacen cuando las estructuras sociales, económicas, físicas y políticas que los rodean lo permiten. Hay, por tanto, barreras individuales y estructurales para la adopción de estilos de vida sostenibles, pero también vías para superarlas. La planificación urbana aparece como una barrera para el cambio hacia la sostenibilidad (por ejemplo, reduciendo las distancias a los centros de servicios o facilitando la infraestructura para el ciclismo). El análisis del impacto ambiental a nivel individual ha permitido contrastar la influencia de factores como el

socioeconómico, el uso del tiempo o la dieta. También existe un efecto de contagio entre ciertos tipos de comportamientos que pueden ser aprovechados, facilitando así el tránsito hacia la sostenibilidad.

Hay también concomitancias y conexiones entre ámbitos de desarrollo de sostenibilidad que hay que tomar en consideración. Con respecto a la alimentación, si una persona cambia sus hábitos de consumo, es mucho más fácil que lo haga también con respecto a la movilidad. Del mismo modo, la gente tiene más disposición hacia el cambio en función de la zona en la que vive, ya que de ello dependen otras opciones a elegir (por ejemplo, en el caso de la alimentación, optar por un supermercado o una tienda próxima o de conveniencia), aunque en otros casos el cambio hacia la sostenibilidad requiere intervenciones políticas, en especial sobre aquellas cuestiones que están más allá del alcance de las personas (por ejemplo, decidir el tipo de suministro de energía para nuestros hogares). El diseño de políticas para el cambio climático es un desafío, dada la enorme complejidad y multiplicidad de factores que intervienen en los procesos de cambio hacia la sostenibilidad y la necesidad de incluir sistemas complejos de incentivos que atiendan las necesidades del cambio climático de diferentes grupos sociales.

Finalmente, algo que ha renacido con la pandemia, y el trabajo transdisciplinar está produciendo múltiples soluciones, está constituido por el desarrollo de competencias digitales telemáticas (TIC) para afrontar tanto la seguridad como el desafío de la neutralidad climática a 2050. Sin duda, supondrá consolidar esa relación positiva entre digitalización y progreso socioeconómico. Optimizará esfuerzo y resultados. Obtendremos más por menos, reduciendo esperas o tareas repetitivas y facilitando el acceso a la información y a mayor número de servicios. A su vez, las ciudades mejorarán su funcionamiento y su seguridad sanitaria, y permitirá una administración más responsable de sus necesidades energéticas, y de gestión de residuos, agua y transporte, de una forma mucho más eficiente.

La solución pasa por el establecimiento de una *Ventanilla Única de Neutralidad Climática*, que contribuya a la reducción de emisiones con un enfoque de participación ciudadana y de innovación social, inclusivo y colaborativo, y que integre a universidades, inversores financieros, ciudadanos, ONGs e innovadores sociales, para colaborar y trabajar con el conjunto de ciudades europeas hoy comprometidas con la cuestión climática. Sin duda, creará valor para los participantes, pero también para las generaciones futuras.

REFERENCIAS

García Mira, R. (Coordinator) (2017). *Green Lifestyles, Alternative Models, and Upscaling Regional Sustainability*. Informe Final Proyecto GLAMURS. En http://www.people-environment-udc.org/wp-content/uploads/2017/09/revista_glamurs_bj.pdf

García Mira, R.; Dumitru, A.; y Martínez, H. (2017), Na busca de contextos favorecedores da sustentabilidade: o proxecto Glamurs. *Cerna*, 78, 29-33.

Hertwich, E. G. (2005). Consumption and the rebound effect: An industrial ecology perspective. *Journal of industrial ecology*, 9(1-2), 85-9.

Hertwich, E.G., Van der Voet, E., Huijbregts, M., Suh, S., Tukker, A., Kazmierczyk, P., Lenzen, M., McNeely, J., & Moriguchi, Y. (2010). *Environmental impacts of consumption and production: priority products and materials*. Paris: UNEP.

Ivanova, D., Vita, G., Steen-Olsen, K., Stadler, K., Melo, P.C., Wood, R. e Hertwich, E.G. (2017). Mapping the carbon footprint of EU regions. *Environmental Research Letters*, 12 (5). DOI: <https://doi.org/10.1088/1748-9326/aa6da9>

Kasser, T. (2002). *The high price of materialism*. Cambridge, Mass.: MIT Press.

Princen, T., Maniates, M., & Conca, K. (2002). *Confronting consumption*. Cambridge, Mass: MIT Press.

Stern, P. (2000). Toward a coherent theory of environmentally significant behavior. *Journal of Social Issues*, 56 (3), 407-424.

Tukker, A. & Jansen, B. (2006). Environment impacts of products - A detailed review of studies. *Journal of Industrial Ecology*, 10(3), 159-182.

Tukker, A., Chohen, M. J., Hubacek, K., & Mont, O. (2010). The impacts of household consumption and options for change. *Journal of Industrial Ecology*, 14(1), 13-30.

Vita, G., Ivanova, D., Stadler, K., Kammerlander, M. e Alge, S. (2016). Green Lifestyles, Alternative Models, and Upscaling Regional Sustainability - GLAMURS, *Deliverable 7.2: Analysis of current impact of lifestyle choices and scenarios for lifestyle choices and green economy developments*. GLAMURS: EUSSH. 2013. 2.1-1 Grant agreement no. 613420.

Vita, G.; Ivanova, D.; Dumitru, A.; García-Mira, R.; Carrus, G.; Stadler, K.; Krause, K.; Wood, R. & Hertwich, E. (2020). Members of environmental grassroots initiatives reconcile lower carbon emissions with higher well-being. *Energy Research & Social Science*, 60. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.erss.2019.101329>



PRIVACIDAD Y PROTECCIÓN DE DATOS EN TIEMPOS DE LA COVID

ARTEMI RALLO LOMBARTE

1

¿Habrá un antes y un después? Este es el interrogante fatídico que suele cernirse sobre encrucijadas históricas en las que se pronostica un cambio de era que afecta a elementos esenciales en la convivencia social. El dilema en torno a la subsistencia en los tiempos que corren de un elemento tradicional consustancial a la dignidad humana como la intimidad personal (¿ha muerto la privacidad?) no parece que constituya una disyuntiva menor para el ser humano, a pesar de que en no pocas ocasiones se ha trivializado o banalizado este debate.

La pandemia que sufre la humanidad entera y que ha puesto en jaque buena parte de los elementos basales sobre los que ha sustentado su modo de vida y sus elementos axiales más significativos a lo largo de, al menos, los dos últimos siglos nos aboca a debates nucleares sobre temas básicos de nuestra existencia: la subsistencia de la privacidad individual –o, al menos, su devenir futuro– constituye uno de ellos en la medida en que se entiende que ha sido puesta en grave riesgo su existencia o se ha visto notablemente devaluada su caracterización dogmática.

La pandemia tiene irremediablemente una vocación temporal y, en su forma presente, desaparecerá o reducirá su impacto a términos irrelevantes, pero queda en el aire el gran interrogante en torno a la reversibilidad o irreversibilidad de la erosión que ha sufrido la privacidad en estos tiempos como efecto directo de la necesidad de proteger la salud frente a la pandemia o de adaptarse a la nueva realidad social que ha emergido con la pandemia y que se ignora si la sobrevivirá o perdurará en el tiempo.

Curiosamente, éste no es un debate nuevo generado *ex novo* por la pandemia, sino que la COVID ha intensificado la visualización de los riesgos y nos ha colocado frente al espejo de unos interrogantes que ya venían siendo recurrentes durante las últimas décadas y, en particular, en los últimos años de efervescencia tecnológica protagonizada por la eclosión de la inteligencia artificial.

2

En la sociedad de la información y de la comunicación, la privacidad ya no puede significar lo mismo que antaño cuando se categorizó originariamente. No deja de ser cierto que el origen dogmático del correcto entendimiento del sentido de la privacidad no resulta ni claro ni pacífico. Se trata de un derecho que no aparece inserto en los primeros catálogos de los derechos liberales revolucionarios y hubo que esperar al impulso que la humanidad propugnó al reconocimiento de derechos y libertades, individuales y colectivos, tras la postguerra de la segunda mitad del siglo XX, para verlo explícitamente consagrado bajo denominaciones variadas (privacidad, intimidad, vida privada, etc.). El “derecho a estar solo” (*right to be alone*), así calificado por Warren y Brandeis en su famoso artículo en la *Harvard Law Review* en 1890, resulta, aparentemente, una quimera en los tiempos que corren. El “derecho a no sufrir injerencias en el ámbito personal” resulta *prima facie*, difícil de identificar en términos positivos. ¿Qué podríamos calificar como “injerencias” o “ámbito personal”? Lo cierto es que su aproximación negativa resulta más efectiva: el derecho a la privacidad proscribe toda afectación a la esfera íntima del individuo que los usos sociales consideran que debe quedar exenta de observación ajena. Como ocurre con todas las categorías jurídicas, el paso del tiempo va modificando el sentido de las mismas y, también en este supuesto, resultará temporalmente relativizable qué merece ser excluido del alcance externo para preservar esta concreta manifestación de la dignidad humana. En los tiempos de Warren y Brandeis, una fotografía tomada en un espacio o propiedad privada bastaba para constituir una injerencia en la intimidad, como sigue siendo en la actualidad. El paso del tiempo no ha alterado esta percepción. Pero todo cambió cuando la tecnología posibilitó el tratamiento masivo de información personal a partir de su computerización informática inicial y, desde luego, en los tiempos actuales de la digitalización.

En apenas dos décadas todo ha cambiado. El ya olvidado o remoto *efecto 2000* (los imprevisibles problemas informáticos que acompañarían la sustitución de dígitos del milenio) constituyó un claro mal augurio del cambio que, acompañado de zozobra e incertidumbre, alumbrarían las relaciones humanas y sociales con la informática en el sobrevenido siglo XXI. La humanidad entera contuvo el aliento durante segundos en el momento del cambio de milenio ante el extraordinario y potencial impacto en la sociedad (en todos los órdenes imaginables) de la alteración en la sincronización de las computadoras informáticas automatizadas. Pero los tiempos de las computadoras omnipresentes sólo en el ámbito laboral, económico o institucional dejaron paso a los smartphones y las inimaginables posibilidades de interacción de la humanidad entera a través de Internet.

Durante las últimas dos décadas Internet ha cambiado la existencia humana tanto en su dimensión individual como colectiva. Las relaciones profesionales, laborales, económicas, sociales, culturales, de ocio, etc., se han visto sustancialmente modificadas para, en esencia, generar progreso, riqueza, cultura, libertad y democracia. Pero todos estos beneficios colectivos se han visto empañados, según la mirada que se adopte, por un impacto individual en la privacidad de impredecibles consecuencias. La privacidad no ha muerto, pero hoy es imposible visibilizar-

la, identificarla o categorizarla con las imágenes de antaño. La privacidad no ha muerto, pero se ha difuminado: redes sociales que albergan a miles de millones de usuarios que almacenan y comparten masivamente información personal de toda índole; dispositivos móviles que nos localizan individualmente en el tiempo y en el espacio registrándose dicha información de forma permanente; ... Resulta difícil exagerar el impacto presente de la tecnología sin resaltar la inconsciencia o banalización que preside su uso individual. La privacidad se ha visto arrumbada por este tsunami tecnológico aunque podrían intuirse tibios intentos dirigidos a cuestionar esta tendencia para revertirla y procurar un equilibrio esencial entre el respeto a la privacidad (y, por ende, de la dignidad humana) y la omnipresencia de la tecnología.

Además, en la era de la sociedad de la información estructurada en torno a Internet, el propio sentido y alcance de la privacidad han mutado. El significado de la privacidad ha evolucionado y, perdurando el contenido esencial que tradicionalmente tenía asignado (informaciones sensibles de naturaleza sexual, imágenes captadas en espacios privados, etc.), ha visto ensancharse su alcance enormemente por la emergencia de un nuevo derecho de extraordinario impacto en la era de Internet: el derecho de protección de datos personales.

En esta encrucijada de incertidumbres de la humanidad eclosionó, de forma repentina, la COVID.

3

La homologación tuitiva entre privacidad y protección de datos ha obrado un ejercicio de maximización exponencial del alcance del primero y prevalencia del segundo. Toda información personal es digna de protección y, en ocasiones, mucho más de lo que datos supuestamente sensibles en otro tiempo pudieron merecer. Por ejemplo, la filiación política, las creencias religiosas, el activismo sindical o, incluso, el padecimiento de una enfermedad, incluso contagiosa, puede considerarse que han dejado de constituir una gravosa injerencia en la intimidad individual, mientras que la imagen o la localización físico-geográfica han devenido ejemplos de informaciones personales sensibles y merecedores de especial protección.

La gestión de la pandemia ha ofrecido, durante muy escasos meses, ejemplos inequívocos de afectación de la privacidad de los ciudadanos. Tanto las medidas específicas dirigidas a proteger la salud de los ciudadanos como los instrumentos genéricos utilizados para evitar la transmisión y contagio de la enfermedad han evidenciado, sin paños calientes, un conflicto de primera magnitud entre las exigencias derivadas de la protección de la salud pública con la privacidad. Una colisión en la que hay que reconocer que han prevalecido sin apenas discusión las medidas vinculadas a la prevalencia de la salud.

La utilización de técnicas automatizadas dirigidas a rastrear y localizar los movimientos humanos (Radar COVID) constituye el ejemplo más relevante de prácticas intrusivas en la intimidad individual que jamás la humanidad hubiera imaginado protagonizar. La tecnología ha posibilitado desarrollar estrategias de lucha contra la transmisión de la pandemia que ya formaban parte de nuestra realidad anterior. Cuando se suscitó el debate sobre la posibilidad

de desarrollar y utilizar aplicaciones en Internet que, mediante dispositivos bluetooth, permitían localizar y potencialmente identificar contactos próximos a personas contagiadas en un determinado periodo de tiempo y en un lugar concreto, nadie elevó la voz exponiendo que tal conducta ya era una realidad en otros ámbitos. Durante las últimas dos décadas la tecnología de los teléfonos móviles permite la localización geográfica de los usuarios de dichas terminales telefónicas y, en este tiempo, se ha aventurado un uso provechoso de tal posibilidad: recuperar dispositivos perdidos o sustraídos, garantizar la seguridad de usuarios menores de edad, etc. En particular, esta tecnología ha tenido notable impacto en el ámbito de las investigaciones criminales y, de hecho, numerosos ordenamientos legales europeos, tras la ola terrorista sufrida a principios del siglo, regularon la obligación de las operadoras de telecomunicaciones de conservar los datos de tráfico y de localización vinculados a sus terminales telefónicas durante periodos de tiempo nada desdeñables (por ejemplo, un año) a fin de poner a disposición de las autoridades judiciales dicha información en caso de necesidad para futuras investigaciones penales relevantes. La Unión Europea y algunos países, como Alemania, juzgaron esta posibilidad como una intromisión en la privacidad individual desproporcionada respecto a los fines perseguidos. Otros países mantienen esta obligación legal y, con ello, el conjunto de la población ve registrado en los servidores de sus operadoras de móviles su historial de localización geográfica durante, por ejemplo, un año entero para su potencial disponibilidad de las autoridades policiales y judiciales. En fin, existe ya una historia de conservación de los datos de localización individual, proporcionados por los teléfonos, muy anterior a la propia implantación de las aplicaciones Radar COVID sin que hay implicado un debate social significativo.

Aunque el debate en torno a la viabilidad y respeto de la privacidad por las aplicaciones Radar COVID acabó saldándose de forma bien satisfactoria, en un primer momento las dudas resultaron notables por implicar un impacto relevante en el derecho a la protección de datos personales. Inicialmente se contempló el desarrollo de soluciones tecnológicas y aplicaciones móviles para recopilar datos que mejoraran la eficiencia operativa de los servicios sanitarios y la atención y accesibilidad de los ciudadanos (lo que posibilitaría al usuario realizar la autoevaluación del contagio en base a síntomas médicos con la información y consejos prácticos necesarios) pero también que permitieran la geolocalización del usuario. Una decisión pública de extraordinario impacto invasivo en la privacidad que se enmarcaría en la lucha contra la pandemia, pero que permitiría, de implantarse, imponer un sistema generalizado de geolocalización de la ciudadanía.

Finalmente, se admitió pacíficamente trasladar al individuo la capacidad de controlar su funcionamiento y alcance evitándose un modelo centralizado de la información que hubiera multiplicado los riesgos de intrusividad de las vigentes técnicas de localización existentes en la telefonía móvil. Resulta irreprochable, y perfectamente conciliable con la vigencia del derecho fundamental a la privacidad, la activación voluntaria de una aplicación que detecte contactos con una distancia y temporalidad mínima y los registre individualmente, pero sin identificar al titular/usuario de la terminal telefónica. Una técnica equilibrada con los derechos individuales, pero sobre la que siempre sobrevolará su limitada eficacia sin capacidad para atribuirle a sus limitaciones de

identificación o a otras casusas sociales más volubles (falta de pedagogía sobre su necesidad y utilidad, vértigo evolutivo de las sucesivas etapas de la pandemia, generalización de elevadas tasas de contagios que relativizan la utilización de la información proveniente de los rastreos, etc.).

La identificación directa de los ciudadanos en el uso de servicios públicos (ferrocarriles, etc.) o en el acceso a espacios públicos (restaurantes, etc.) constituye otro ejemplo (más cuestionable que el anterior por razón de su limitada eficacia) del arrumbamiento de la normativa garante de la protección de datos e información personales en los tiempos de la pandemia. Ciertamente, las exigencias derivadas de la protección de la salud pública puesta en jaque en una pandemia excepcionan la vigencia de la normativa llamada a garantizar los datos personales, pero siempre que se respete la arquitectura legal básica. No cabe duda de que la normativa vigente permite legítimamente los tratamientos de datos personales en situaciones de emergencia sanitaria de alcance general. El Reglamento General de Protección de Datos reconoce que, en situaciones excepcionales, como una epidemia, la base jurídica de los tratamientos puede ser múltiple, basada tanto en el interés público, como en el interés vital del interesado u otra persona física. La base jurídica del RGPD para el tratamiento lícito de datos personales se fundamentaría tanto en la existencia de una misión realizada en interés público como en los intereses vitales del interesado u otras personas físicas.

Prácticas generalizadas como las de recabar numerosos datos personales (dirección postal, DNI, número de teléfono móvil, etc.) del cliente que accede a un comercio, restaurante o local de ocio con la finalidad de posibilitar una localización futura en caso de ser comunicada la existencia de un contagio que coexistiera en el tiempo y el espacio con dicho cliente resultan harto cuestionables por su carácter desestructurado y por resultar ajenas a un elenco básico de garantías llamadas a proteger el uso y destino de los datos personales recopilados. Menos severo –y no necesariamente cuestionable por su supuesta desproporción o escasa utilidad– podría resultar la práctica de servicios públicos como el ferrocarril o el transporte aéreo consistente en la obligatoriedad de facilitar datos personales de identificación de los usuarios con la finalidad de posibilitar su localización futura caso de declararse el contagio de algún usuario próximo. La implantación de estas medidas debería ir acompañada de normas que corrigieran su impacto como la cancelación de toda información personal recaba por motivos epidemiológicos una vez transcurrido el lapso de tiempo imprescindible para constatar que ya no puede satisfacer dichos fines.

4

La pandemia ha obligado a las autoridades a adoptar medidas de restricción de movimientos de impacto universal en los usos y costumbres sociales e individuales provocando la omnipresencia de la tecnología en toda nuestra existencia. La pandemia de la COVID ha provocado un estado de emergencia mundial inédito en la historia de la humanidad. No de otra forma cabe evaluar el impacto de una crisis sanitaria –no más severa que otras epidemias globales conocidas en el pasado reciente o remoto– que ha arrastrado a la humanidad en su conjunto a tomar decisiones inauditas, sin parangón y anteriormente inimaginables. Los confinamientos domiciliarios

o perimetrales han modificado actividades tradicionalmente presenciales imponiéndose el teletrabajo en el ámbito laboral y la educación online en el sistema educativo. La sociedad ya había protagonizado transformaciones extraordinarias a lo largo de las últimas décadas. Los cambios sociales, económicos, institucionales o culturales han resultado sobresalientes. modificándose sustancialmente las pautas de comportamiento y las relaciones humanas. La tecnología ha cambiado nuestra sociedad y el Derecho, como ciencia social llamada a regular y ordenar los comportamientos humanos, no ha sido ajeno a las transformaciones sociales causadas por la revolución tecnológica. El mundo ha venido conociendo una revolución tecnológica, imposible de predecir apenas medio siglo atrás. El tradicional prejuicio negativo hacia el impacto de la tecnología en el disfrute de los derechos fundamentales se sustenta sobre sólidos argumentos y no meros indicios frívolos. Pero nada que ver con el abismo abierto por la pandemia. El impacto de la pandemia en todos los ámbitos y actividades (laborales, educativas, sociales, culturales, económicas, mercantiles, de ocio, etc.), intensificándose exponencialmente el uso de la tecnología y, particularmente, de Internet, ha hecho que la tradicional preocupación existente sobre sus riesgos y amenazas haya adquirido un grado de alarma superior. La omnipresencia de la tecnología durante el confinamiento domiciliario de la mitad de la humanidad y la traslación de buena parte de la actividad humana al mundo online han evidenciado la necesidad de acelerar los ritmos para garantizar los derechos individuales en ámbitos como el teletrabajo, la educación y la formación online o las relaciones administrativas exclusivamente digitales a los efectos de salvaguardar un uso seguro de Internet, la protección de los menores, la privacidad de los adultos, la conciliación de la vida familiar o la igualdad de oportunidades en el acceso de sectores vulnerables por razones económicas, sociales, humanas o geográficas. La vida online ya es tan real como la vida offline por lo que se impone garantizar esencialmente el mismo volumen de privacidad, en cantidad y calidad, en la vida offline como en la vida online. Un senador constituyente aragonés (Zarazaga) ya advertía durante los debates constituyentes en 1978 lo que sigue: “El mundo y las personas están cambiando a ritmo inimaginables. Hemos de prepararnos para entender este mundo y proteger los derechos de los ciudadanos en los ambientes individuales, familiar y social ... Hay que evitar la traición de la tecnología; hay que arbitrar nuevos sistemas de valores”.

Evitar la traición de la tecnología, de eso se trata en un momento histórico en el que la tecnología envuelve nuestra existencia de forma ya no sólo voluntaria sin, también, impuesta, preceptiva, obligada. La eclosión de las aplicaciones facilitadoras de videollamadas y la detección de numerosos riesgos para la privacidad de sus usuarios constituyen motivo no desdeñable de alarma. Irremediablemente a mayor volumen y tiempo de uso de la tecnología menor precaución, más banalización del riesgo y mayor amenaza para la privacidad de los ciudadanos.

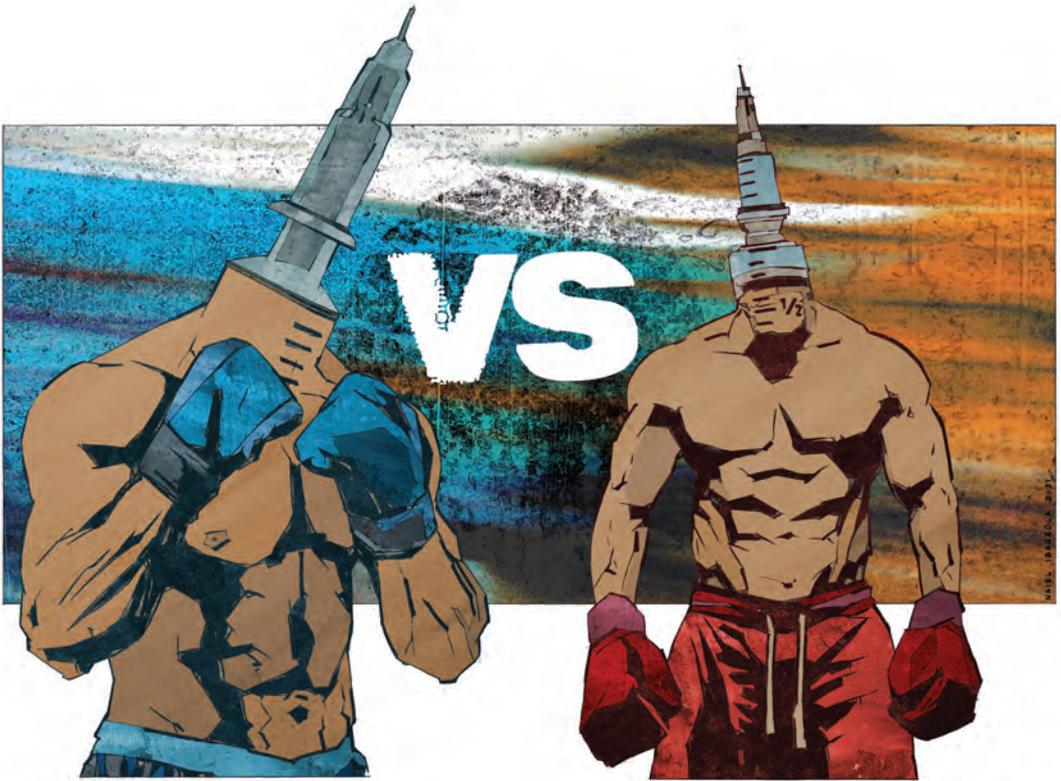
5

Vivimos aparentemente estancados en el tiempo y en el espacio, pero en realidad son tiempos de vértigo en los que se está definiendo un cambio histórico de paradigma. En lo económico, sin duda. En valores, seguramente. En la definición de la relación entre individuo y tecnología, no cabe duda. Nada volverá a ser como antes. Esta afirmación puede resultar pretenciosa y, sin

duda, anhelamos regresar a disfrutar de hábitos, usos y conductas previos a la pandemia. Pero esta pandemia universal ha abocado a la humanidad a una irremediable dependencia de la tecnología que va a condicionar su uso y disfrute futuros y sus relaciones con el ser humano en la delimitación, por ejemplo, del alcance de los derechos que disfrutamos como la privacidad.

La pandemia nos deja, además, en el presente y el futuro más inmediato, interrogantes relevantes sobre la necesaria conciliación de la protección de la salud, el disfrute de derechos como la libre circulación y la protección de datos personales o la privacidad. El debate en torno al “carnet de vacunación COVID” constituye un ejemplo palmario de un conflicto entre derechos presidido por una tensión en la que parece prevalecer la voluntad inequívoca y urgente de recuperar la normalidad aún a riesgo de debilitar los rasgos definitorios e identificativos de un entorno axiológico en el que la titularidad y disfrute de derechos fundamentales como la privacidad o la protección de datos han constituido un elemento tradicionalmente irrenunciable. Un “carnet COVID” –revelador de la vacunación o pruebas diagnósticas o médicas negativas de contagio de su titular– imaginado para facilitar la libre circulación de los individuos puede incurrir en un sinfín de riesgos potenciales para la privacidad e, incluso, la dignidad del individuo. Sólo un uso restringido, acotado, limitado funcional y temporalmente, de este carnet pueden acreditarlo como una herramienta útil y respetuosa con los derechos. Permitir la existencia de un “carnet COVID” con carácter oficial para la libre circulación puede abrir la puerta a un número infinito de casos de discriminación inmediatos (en tanto no se ha garantizado por igual el acceso a vacunación de toda la ciudadanía) o futuros. La vacunación constituye *a priori* una opción voluntaria, no impuesta legalmente, resultando incluso esta última posibilidad cuestionable o conflictiva en términos constitucionales. Permitir la circulación de un carnet COVID de uso generalizado (¿por qué limitarlo a los desplazamientos territoriales y no exigirlo en el acceso a todo tipo de espacios cerrados o, incluso, abiertos?) no cabe dudar que generará una infinidad de situaciones discriminatorias. Lo que la cultura europea de los derechos humanos no puede permitirse. Las decisiones públicas que transitoriamente se adopten para luchar contra la pandemia y gestionar su conciliación con aspectos de la actividad laboral, etc., pero que impliquen una restricción de los derechos y libertades fundamentales (en particular, de la privacidad y la protección de datos), no han venido para quedarse y deben ser depuradas a la mayor velocidad posible y simultáneamente a su progresiva pérdida de interés o utilidad.

Esta pandemia ha puesto a prueba a la humanidad en lo que respecta tanto a la protección de la salud como a la pervivencia del modelo socio-económico. También el sistema de derechos y libertades individuales ha sido puesto en jaque y deberá vigilarse concienzudamente la retroacción de su pleno disfrute al momento previo a la implosión de la pandemia. No serán pocas las enseñanzas que estos tiempos convulsos nos van a proporcionar y la historia ha demostrado que la evolución de la humanidad es una historia de progreso y de aprovechamiento de oportunidades. Sin duda, resolver la necesaria conciliación entre privacidad y tecnología en el mundo post COVID constituirá uno de los retos principales a los que enfrentarse.



LOS EFECTOS DE LA COVID EN EL IMAGINARIO SOCIAL DE LAS SOCIEDADES LIBERALES

LUIS ROCA JUSMET

La expansión de la epidemia del coronavirus también ha provocado una amplia proliferación de virus ideológicos que ya estaban latentes en nuestras sociedades: noticias falsas, teorías conspirativas, estallidos de racismo. La necesidad de cuarentenas, bien establecida desde un punto de vista médico, ha encontrado un eco en la presión ideológica para delimitar unas fronteras claras y poner en cuarentena a los enemigos que amenazan nuestra identidad.

Slavoj Žizek

Lo que voy a hacer, para empezar, es explicar el sentido del título y la problematización que implica. Empezaré en sentido inverso, abordando lo que entiendo por "sociedad liberal". Me parece que quién mejor lo ha planteado ha sido Michel Foucault¹. El Estado moderno, dice, empieza a constituirse como un poder disciplinario que actuaba sobre los cuerpos para domesticarlos y hacerlos productivos, todo en el marco de la Economía-mundo capitalista (término que no es de Foucault sino de Immanuel Wallerstein)². El poder disciplinario, muy prescriptivo, va transformándose en un poder liberal basado en el control, pero que necesita que los ciudadanos tengan un margen de libertad. Lo que establece entonces el Estado liberal son los límites de la libertad para garantizar la seguridad de la población, que es lo que justifica su existencia. Aparece ya desde el inicio de la modernidad una cierta tensión entre estos poderes nacionales (la nación es su invento del Estado moderno que actúa paradójicamente en una economía que funciona a nivel mundial, que es la dimensión del sistema capitalista). Aunque haya instituciones internacionales (FMI a la ONU), las deci-

siones políticas se toman a nivel nacional, al margen de las posibles y reales alianzas que sus gobernantes puedan tener con estos poderes multinacionales. El Estado garantiza la seguridad estableciendo la normalidad estadística desde unos límites que el gobierno marca de manera arbitraria. Las prisiones existirán, supuestamente, para prevenir y supuestamente rehabilitar a los que no se sometan a la racionalidad política. Hablamos, por tanto, de sociedades liberales.

España es una sociedad liberal que ocupa un lugar semiperiférico en esta economía-mundo capitalista. Nos encontramos así en una sociedad que comparte los problemas que, antes de la aparición de la pandemia de la COVID-19, afectan a esta economía-mundo, en general, y a cada uno de sus países en particular. Un capitalismo agresivo, el neoliberal, que está desmontando, desde hace ya cincuenta años, todo lo que puede el Estado del Bienestar haber creado a través de pactos sociales de la postguerra. Un capitalismo cada vez más parasitario y menos productivo, que crea ciudadanos y países cada vez más endeudados. Que crea desigualdades, cada vez más profundas, entre

países y dentro de los países. Un capitalismo, y ésta es la parte que nos interesa más, devastador del planeta (cambio climático, agotamiento recursos naturales, deforestación), que genera una sociedad consumista y nihilista, cada vez más dependiente de los dispositivos electrónicos. Que está produciendo, como reacción, movimientos populistas de todo tipo que, en lugar de centrar los problemas, los derivan hacia el peor escenario posible. Este es el siniestro panorama que había a principios del año 2020, antes de que apareciera la pandemia. Tomemos nota de que, a pesar de la urgencia del cambio climático y sus consecuencias, ningún Estado consideraba que se hubieran de tomar medidas excepcionales para paliarlo. Los intereses económicos estaban por encima de cualquier medida política.

El imaginario social es una noción que inventó Cornelius Castoriadis para referirse a este fondo no racional, formado por un flujo de representaciones ligadas a afectos, que son el sustrato que nos condiciona más que los discursos ideológicos³. Pero, entendiendo, como nos enseñó Louis Althusser ideología en un sentido amplio, que incluye no solo los discursos sino también las prácticas las prácticas, incluye también este imaginario social⁴. Claro que el imaginario existe a nivel mental y, por tanto, individual y no colectivo. Pero también es cierto que nuestras mentes están colonizadas, y no sólo por lo que Althusser llamaba aparatos ideológicos del Estado y medios de comunicación, sino cada vez más por las redes sociales. Redes sociales que potencian mucho, no lo olvidemos, este elemento imaginario.

Como sabemos, desde hace décadas se va tejiendo una fuerte influencia de lo que

se ha llamado neoliberalismo, seguramente hegemónico en las sociedades liberales y más. El neoliberalismo potencia determinadas imágenes: la empresa como modelo para todo (incluso la vida); el ser humano autosuficiente, emprendedor, individualista y competitivo); lo privado como funcionamiento eficiente. Degrada también otras: lo público, que se ve como burocrático, ineficiente y corrupto; la vulnerabilidad y la precariedad como resultado de la falta de recursos personal.

En este estado de cosas, pasa algo imprevisible y disruptivo, lo que podemos llamar un acontecimiento. Se inicia con un mal encuentro entre un hombre y un animal, que le transmite un virus y, a partir de aquí, se multiplican de una manera descontrolada a nivel mundial. ¿Un hecho fortuito de mala suerte? Aunque excluyamos de entrada las teorías conspirativas, por irracionales y paranoicas, esto no quiere decir que no analicemos la cuestión y busquemos posibles causas. El animal que transmite a los humanos el coronavirus es un murciélago. En condiciones normales, los coronavirus viven en circunstancias naturales con huéspedes a los que a veces ni siquiera perjudica. Los murciélagos, por otra parte, son muy resistentes a los agentes patógenos, pero las deforestaciones provocan que tengan que salir de su cobijo; esto les crea una situación de estrés crónica, ya que deben estar volando constantemente para solucionar su supervivencia e ir bordeando los imprevisibles peligros que aparecen, siendo mucho más vulnerables a las infecciones. En el nuevo milenio se ha dado un salto cualitativo en la deforestación de selvas tropicales para la obtención de productos básicos. Hoy sabemos, además, que

a menor diversidad más peligro de transmisión zoonótica (transmisión de coronavirus a murciélagos).⁵ Al mismo tiempo también sabemos que China, seguido por EEUU, es el segundo mayor mercado ilegal de tráfico de animales salvajes. Esto respecto al origen; vayamos a la difusión. Tenemos una forma de multiplicación de las infecciones sin parangón hasta el presente, porque los medios de transporte actuales forman una superautopista aérea en la que los virus se multiplican de manera increíblemente acelerada en el espacio y en el tiempo. Podemos hablar metafóricamente de una especie de autopista viral.

La aparición de la pandemia, pasado el primer mecanismo de defensa de negación del problema ("es como una gripe") hace que los gobernantes perciban el auténtico problema social y político, que es que el rápido contagio puede conducir a un colapso del sistema sanitario. Comparemos esta pandemia, con una anterior, la del SIDA, que pasó hace unos cuarenta años. Fijémosnos que la conocemos como SIDA, no como pandemia ni como el nombre del virus (VIH) a diferencia de la actual. La diferencia más importante, en relación con lo que tratamos, fue que en las sociedades liberales centrales o semiperiféricas, en ningún momento amenazó con colapsar. Esto quiere decir que entonces el miedo lo tuvo la población más que los gobernantes, que no tuvieron miedo a perder el control de la situación ni a que se pusiera de manifiesto que el sistema sanitario no estaba preparado para una eventualidad inesperada. No se la jugaban, en definitiva. Ciertamente que el SIDA no fue tan devastador en las sociedades de las que hablamos como la pandemia de la CO-

VID-19, pero hubo millones de infectados y de muertos. Pero se sabía que, tomando medidas de prevención, las decisiones de los posibles afectados podían evitar contagios. Entre el SIDA y la COVID-19 aparecieron otros contagios importantes, cuyo origen era también el contacto de los humanos con el mundo animal. Primero fue el virus Nipah, detectado en Malasia en 1998; luego, el virus del Nilo Occidental que llegó a Nueva York en 1999. Pero todos se controlaron, hasta el primer aviso serio a nivel mundial, que fue el coronavirus responsable del SARS en el 2002. Al cabo de diez años el coronavirus responsable del MERS, que recorrió el Oriente Próximo; y, más tarde, el ébola, con devastadoras consecuencias en África Occidental en 2014. Luego, un año más tarde, el zika, que se extendió por América Latina y el Caribe. Al mismo tiempo reaparecían nuevas enfermedades infecciosas y gripes con nuevas cepas⁶. Pero no llegaron a ser pandemias y afectaban sobre todo a sociedades periféricas.

El gobierno español, en ocasiones anteriores, utilizó las medidas propias de la gubernamentalidad y del poder pastoral, y no tuvo que recurrir, como ha sucedido ahora, al poder disciplinario. El poder pastoral, como nos enseñó Michel Foucault, es una herencia del poder de la Iglesia, que conduciendo las almas conducía al rebaño de cara a su salvación. Ahora es el gobierno el que administra la vida de los ciudadanos y les orienta para salvar su seguridad. Prevención, estadísticas, estas son las medidas de la sociedad de control y las que se utilizaron y se siguen utilizando. Pero, con la pandemia de la COVID-19, los gobiernos se asustaron, y esto llevó, como en España, a

adoptar medidas disciplinarias. Es decir, a actuar sobre los cuerpos confinándolos en sus casas, obligándoles a llevar mascarilla, a mantener las distancias, aplicando toques de queda.

Los gobiernos, ya nos lo avisó el mismo Foucault, tienden siempre a excederse en su poder y a convertirlo en dominio. En este caso se deslegitimó cualquier cuestionamiento de sus medidas. No hubo debate público. El recurso a “los expertos” es una falacia, ya que no están de acuerdo y cada cual utiliza el punto de vista del que le interesa. Es importante recalcar como se ha bombardeado el imaginario social. Por una parte, con imágenes muy catastrofistas; por otra con un imperativo a la obediencia y a la aceptación de medidas disciplinarias en una sociedad liberal como si fueran inevitables; en tercer lugar, con una especie de apología del personal sanitario; en cuarto lugar, con una formulación del problema en unos términos estadísticos. Todo ello ocultaba una serie de cuestiones: en primer lugar, que los gobiernos y sus expertos no supieron prever el problema; en segundo que no tenemos un sistema público de salud preparado para garantizar la salud de la población; la tercera, la necesidad de un debate público sobre este tipo de medidas en una sociedad democrática. Las consecuencias de estas medidas son muy negativas: a nivel psicológico, económico y escolar.

Los efectos en el imaginario social no son sólo los del acontecimiento como tal. Lo son también de la manera cómo los poderes establecidos presentan este acontecimiento. Pero también lo son de los efectos de las medidas que adoptan los gobiernos. Los efectos económicos han sido graves. Esto

ha hecho que al miedo, provocado por la enfermedad, muerte o dolor por el virus, le añadamos el miedo al paro, al cierre de pequeños negocios. Los trabajadores y los pequeños negociantes son los que lo han pagado. Las élites económicas lo han soportado bien. El miedo nos vuelve más obedientes y desconfiados, más normativos. El futuro se ve muy incierto. Todo esto afecta al imaginario social.

Una mala metáfora utilizada es la de la guerra.⁷ Porque lo que ocurre entonces es que el lenguaje militar invade nuestro imaginario: armas, enemigos, ejércitos, héroes, víctimas. Pero se puede plantear de otra manera: imaginar que es la acción capitalista en la Naturaleza la que ha causado una alteración en el equilibrio ecológico, cuyo síntoma es una infección zoonótica, que la autopista viral ha diseminado por todo el mundo. Frente a ello, a nivel inmediato, lo que hemos de hacer es protegernos del virus, no eliminarlo (es un objetivo imposible). Hemos de poner en marcha los recursos necesarios y las medidas razonables. Podemos entonces planear acciones a medio y largo plazo para recuperar este equilibrio perdido. Son efectos diferentes en el imaginario social.

Otro elemento que me parece interesante resaltar, también en cuanto a sus efectos en el imaginario, es el de la imagen del otro. Si, como decía Lacan, un cuerpo es un organismo más una imagen, lo que está quedando es la imagen. En el contexto de la influencia cada vez más grande del dispositivo electrónico y de la importancia cada vez mayor de las pantallas y la relación con la imagen en nuestras vidas, uno de los efectos de la pandemia ha sido multiplicar este fenóme-

no. Esto por una doble razón. Por una parte, porque el encierro ha llevado a cambios de hábitos en el trabajo, en la escuela y en la sociedad: se ha tenido que sustituir la relación entre cuerpos por relación entre imágenes. Por otra parte, porque el cuerpo del otro aparece como amenazador.

Cierto que este acontecimiento cuestiona las imágenes que nos había vendido (con éxito) el neoliberalismo: individuo autosuficiente, confianza en la empresa y el mercado. Cierto que se ha visto como los seres humanos somos frágiles, vulnerables y dependientes. Cierto que se ha comprobado que sólo un sistema público de salud puede solucionar pandemias (que contrariamente a la imagen de que eran algo superado son un peligro real).

Si hacemos una lectura desde una perspectiva progresista, entendiéndolo por ello lo que supone un progreso global de la vida humana, estos cambios en el imaginario pueden predisponer hacia algo peor, o, quizás, a algo mejor. Como se suele decir, esta crisis puede ser un peligro o una oportunidad. El peligro es, ciertamente, empujarnos aún más hacia un capitalismo digital y financiero parasitario, con unos ciudadanos pasivos, desconfiados, obedientes y descorporizados, que irían hacia un desastre planetario. La oportunidad sería que los ciudadanos tomáramos conciencia que la pandemia es un síntoma más de un problema estructural sostenido por una ideología que lo legitima en favor de las élites. Es decir que deberíamos cambiar nuestra imagen de lo que es una pandemia y de lo que es el cambio climático. Entender varias cosas. La primera es que uno y otro están vinculados, ya que el primero es un síntoma del segun-

do. La segunda es que el cambio climático no es una amenaza futura sino una amenaza real. No sólo por las pandemias que aparecieron, aparecen y aparecerán. Porque ya en muchos lugares de los países periféricos lo están padeciendo en forma actual y dramática, como por ejemplo las plagas de langostas. Por lo tanto, deberíamos imaginar esta pandemia como un aviso que debe conducir a transformaciones éticas y políticas. Es importante entender que hay que eliminar nuestro dualismo sociedad/naturaleza. No entender la sociedad como algo separado de la naturaleza, sino como algo que existe en la Naturaleza, en la trama de la vida⁸. En este sentido deberíamos ir más allá del término Antropoceno para describir la etapa en que el ser humano ha intervenido directamente en la Naturaleza, sino de Capitaloceno. Esta es la tercera idea, la que afirma que el problema radical es, sin duda, el capitalismo y su lógica parasitaria y devastadora, sobre todo en la actual fase del neoliberalismo. Hay que imaginar que el capitalismo puede superarse. O, mejor dicho, que es una estructura social que ha durado siglos y que, como todas las estructuras, tienen un principio y un fin. Que el capitalismo está agotando sus propios recursos y que se abrirán diversas opciones. La apuesta progresista es la del socialismo democrático, que hemos de entender como un camino posible.⁹ Una alternativa donde se combinen lo común, lo social y lo público en contra de la privatización y la mercantilización a la que estamos cada vez más sometidos. Lo común en la manera de abordar los problemas colectivos y compartir lo natural. Social en una economía sostenible con fines útiles basado

en cooperativas o cogestionada. Públicas las leyes que regulan la economía y los servicios básicos.

Hemos de imaginar, por tanto, no solamente cómo estamos mejor preparados para la próxima pandemia. Ciertamente hay que fortalecer la sanidad pública, pero no solo esto. Hay que imaginar y pensar cuales son

las causas y cuáles son las soluciones. Cambiar nuestras conductas, por supuesto, pero también cambiar el sistema. Se trata, por tanto, de la necesidad de un cambio a la vez ético y político. Pero esto no solo debe ser un discurso intelectual, sino algo más profundo, que nos transforma el imaginario social y personal.

NOTAS

¹ Para profundizar en el análisis FOUCAULT, Michel *Seguridad, territorio, población* Akal, Madrid, 2008.

² Para una visión sintética WALLERSTEIN, Immanuel *El capitalismo histórico Siglo XXI*, Madrid, 2012.

³ Para entrar en el tema CASTORIADIS, Cornelius *La institución imaginaria de la sociedad* Tusquets, Barcelona, 1989.

⁴ Para ver diferentes concepciones de ideología, incluida la de Althusser ZIZEK, Slavoj (comp.) *Ideología. Un mapa de la cuestión* FCE, Buenos Aires, 2004.

⁵ Todo este proceso está explicado de manera precisa y rigurosa en MALM, Andreas *El murciélago y el capital. Coronavirus, cambio climático y guerra social* Errata naturae, Madrid, 2020.

⁶ Importante consultar QUAMMEN, David *Contagio. La evolución de las pandemias* Debate, 2020, Barcelona.

⁷ Una certera crítica la de ARROYO, Nantu “Ceci n'est pas une guerre. Alternativas al uso de una metáfora bélica” en TOMÁS CÁMARA, Dulcinea (comp.) en *Covidosophía. Reflexiones filosóficas para el mundo de la pospandemia* Paidós, Madrid, 2020.

⁸ Imprescindible la lectura de MOORE, Jason W. *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*. Traficantes de sueños, Madrid, 2020.

⁹ Interesante en cuanto a análisis y propuestas WRIGTH, Erik Olin *Cómo ser anticapitalista en el siglo XXI*. Akal, 2020, Madrid.

BIBLIOGRAFÍA

CASTORIADIS, Cornelius. *La institución imaginaria de la sociedad*. Tusquets, Barcelona, 1989.

FOUCAULT, Michel. *Seguridad, territorio, población*. Akal, Madrid, 2008.

MALM, Andreas. *El murciélago y el capital. Coronavirus, cambio climático y guerra social*. Errata naturae, Madrid, 2020.

MOORE, Jason W. *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*. Traficantes de sueños, Madrid, 2020.

QUAMMEN, David. *Contagio. La evolución de las pandemias*. Debate, 2020, Barcelona.

SOARES DE MOURA COSTA MATOS, Andiyas y GARCÍA COLLADO, Francis. *El virus como filosofía. La filosofía como virus*. Bellaterra, Barcelona, 2020.

TOMÁS CAMARA, Dulcinea (comp.). *Covidósófia. Reflexiones para el mundo pospandemia*. Paidós, Madrid, 2020.

WRIGHT, Erik Olin. *Cómo ser anticapitalista en el siglo XXI*. Akal, Madrid, 2020.

WALLERSTEIN, Immanuel. *El capitalismo histórico*. Siglo XXI, 2012, Madrid.

ZIZEK, Slavoj. *Pandémia. La COVID-19 estremece el mundo*. Anagrama, Barcelona, 2020.

ZIZEK, Slavoj (comp.). *Ideología. Un mapa de la cuestión*. FCE, Buenos Aires, 2004.



NAIEL IBRAHIM 2021

EL GRAN CHOQUE DE TRENES: DONALD TRUMP, COVID Y LA CRISIS DE LA ATENCIÓN MÉDICA ESTADOUNIDENSE

ROANE CAREY

THE GREAT TRAIN WRECK: DONALD TRUMP, COVID, AND THE CRISIS OF AMERICAN HEALTH CARE

ROANE CAREY

Antes, mucho antes de enero del 2020, cuando el virus SARS-CoV-2 golpeó por primera vez a los Estados Unidos, el presidente Donald Trump había demostrado su carácter, como hombre y como político: un ser vanidoso, egoísta, corrupto, racista, ciertamente misógino y, muy posiblemente, violador, xenófobo y desconfiado con la democracia y el procedimiento democrático. Y esa es sólo una breve lista de sus defectos. Aun así, su respuesta a la crisis planteada por la pandemia (la peor que ha azotado a los Estados Unidos en un siglo y, por lo tanto, requiere un liderazgo concentrado y fuerte en Washington), fue desastrosa, y ha provocado la muerte innecesaria de muchas decenas de miles de personas. Americanos. Como dijo el epidemiólogo de Yale Gregg Gonsalves, debido a la mala gestión del gobierno de los Estados Unidos, la pandemia ha sido “un desastre económico y social, no uno epidemiológico”.

Long before January 2020, when the SARS-CoV-2 virus first struck the United States, President Donald Trump had demonstrated his character, both as a man and as a politician: vain, selfish, corrupt, racist, certainly misogynistic and possibly a rapist, xenophobic, and contemptuous of democracy and democratic procedure –and that’s only a short list of his flaws. Still, his response to the crisis posed by the pandemic– the worst to hit the United States in a century, and thus one requiring focused, dedicated leadership in Washington –was disastrous, and has led to the needless death of many tens of thousands of Americans. As *Yale epidemiologist Gregg Gonsalves put it*, because of US government mismanagement, the pandemic has been “an economic and social disaster– not an epidemiological one”.

No es exagerado, entonces, decir que Donald Trump tiene las manos manchadas de sangre. Pero, aunque Trump y sus facilitadores republicanos son criminalmente culpables, no son los únicos culpables de ineptitud y corrupción. Esta crisis ha dejado al descubierto profundas debilidades estructurales en la infraestructura de salud pública de Estados Unidos. Si se quieren prevenir tales desastres en el futuro, el público estadounidense tendrá que aceptar las tendencias destructivas que precedieron durante mucho tiempo a la presidencia de Trump, a las que han contribuido ambos partidos políticos.

Cuando el virus, y la enfermedad COVID-19 que causa, golpeó por primera vez a los Estados Unidos, Trump se mostró despectivo, y afirmó que “lo tenemos totalmente bajo control”. Irónicamente, dada su posterior demonización de China, inicialmente elogió el manejo de la crisis por parte de Beijing y dijo en enero: “China ha estado trabajando muy duro para contener el coronavirus. Estados Unidos aprecia mucho sus esfuerzos y transparencia...., en nombre del pueblo estadounidense, quiero agradecer al presidente Xi”.

El error más importante de Trump, uno que explicaría muchas de sus otras terribles decisiones, fue ignorar, incluso atacando directamente, los consejos de los expertos en salud pública. Todos estuvieron de acuerdo en que se debían tomar ciertas medidas para detener la propagación del virus mortal transmitido por el aire: las personas deben mantener la distancia social y usar máscaras para evitar el contagio, mientras que las autoridades de salud deben seguir una estrategia agresiva de pruebas y rastreo de contactos, con el aislamiento de individuos infectados. Y si parece que la infección se está saliendo de control, las autoridades deberían imponer

It is no exaggeration, then, to say that Donald Trump has blood on his hands. But while Trump and his Republican enablers are criminally culpable, they are not the only ones guilty of ineptitude and corruption. This crisis has exposed deep structural weaknesses in America’s public health infrastructure. If such disasters are to be prevented in the future, the American public will have to come to terms with destructive trends that long preceded the Trump presidency, to which both political parties have contributed.

When the virus, and the Covid-19 illness it causes, first hit the United States, Trump was dismissive, claiming that “we have it totally under control”. Ironically, given his later demonization of China, he initially praised Beijing’s handling of the crisis, saying in January, “China has been working very hard to contain the Coronavirus. The United States greatly appreciates their efforts and transparency... on behalf of the American People, I want to thank President Xi!”.

Trump’s key failing, one that would inform many of his other terrible decisions, was to ignore –when he was not directly attacking– the advice of public health experts. All of them agreed that certain steps had to be taken to stop the spread of the deadly airborne virus: People must practice social-distancing and wear masks to prevent contagion, while health authorities must pursue an aggressive strategy of testing and contact-tracing, followed by isolation of infected individuals. And if it looks like infection is spiraling out of control, authorities should impose a public lockdown. But, since a lockdown necessarily

un cierre público. Pero, dado que un bloqueo necesariamente implica una profunda crisis económica, el gobierno está obligado a brindar ayuda al público, una ayuda dirigida en gran medida hacia los más necesitados.

Trump no siguió ninguna de estas pautas. En público, descartó la amenaza del virus durante enero y febrero de 2020. Pero en privado, en una entrevista el 7 de febrero con el periodista Bob Woodward, reconoció: "También es más mortal que incluso su agotadora gripe... Esto es algo mortal". Esta confesión, sin embargo, no se publicó hasta septiembre, después de que murieran casi 200.000 estadounidenses. El presidente, buscando desesperadamente una excusa para no ordenar un cierre, porque sabía que la crisis económica resultante podría dañar sus posibilidades de reelección, engañó deliberadamente al público minimizando la amenaza.

En una pandemia, cuando el público está comprensiblemente confundido y asustado, el liderazgo es fundamental. Los ciudadanos deben saber que sus líderes están haciendo caso a los consejos de los expertos y que, además, están transmitiendo esa información al público lo más rápido posible. En cambio Trump, mostrando un desprecio por la ciencia que para entonces se había vuelto común entre los políticos republicanos (por ejemplo, al negarse a reconocer la realidad del cambio climático), ridiculizó repetidamente el uso de máscaras; mintió sobre la cantidad de pruebas que se estaban haciendo y la cantidad necesaria; celebró grandes mítines políticos, despreciando el consejo de todos los expertos y causando directamente enfermedad y muerte entre sus propios partidarios acérrimos. Preconizaba remedios dignos de un vendedor de "crepepelos", como la hidroxiclороquina, el plasma de convalecencia e incluso la inyección de desin-

entails deep economic crisis, government is then obligated to provide relief to the public-relief that is weighted heavily toward those most in need.

Trump followed none of these guidelines. Publicly, he dismissed the threat of the virus throughout January and February of 2020. But privately, in a February 7 interview with journalist Bob Woodward, he acknowledged, "It's also more deadly than even your strenuous flus... This is deadly stuff". This admission, however, was not publicized until September, after nearly 200,000 Americans had died. The president, desperately looking for an excuse not to order a lockdown because he knew the ensuing economic crisis could damage his reelection chances, purposefully deceived the public by downplaying the threat.

In a pandemic, when the public is understandably confused and frightened, leadership is crucial. Citizens need to know that their leaders are listening to the advice of experts and conveying that information to the public as quickly as possible. Instead, Trump, displaying a contempt for science that had by then become common among Republican politicians (by, for example, refusing to acknowledge the reality of climate change), repeatedly ridiculed mask-wearing; lied about how much testing was being done and how much was needed; held large political rallies against the advice of all experts, directly causing sickness and death among his own die-hard supporters; advocated remedies worthy of a snake-oil salesman, such as hydroxychloroquine, convalescent plasma, and even injection of disinfectants; and repeatedly undermined his own experts, such as Dr. Anthony Fauci,

fectantes. Ridiculizó y socavó repetidamente la autoridad de sus propios expertos, como el Dr. Anthony Fauci, director del Instituto Nacional de Alergias y Enfermedades Infecciosas.

En abril de 2020, después de una breve y poco entusiasta recomendación de bloqueo parcial, acompañada de afirmaciones de que el virus desaparecería mágicamente en Semana Santa, Trump comenzó a presionar por una apertura total, mientras que al mismo tiempo se negó a coordinar una estrategia nacional para atacar el coronavirus en los Estados Unidos. Hizo poco para facilitar la producción y distribución de equipos de protección personal y ventiladores, de los cuales había una gran escasez. Peor aún, Trump cuestionó y atacó a los gobernadores demócratas que no siguieron su imprudente demanda de reabrir por completo. Llegó a aplaudir a una banda de matones armados que habían llegado al Capitolio del estado de Michigan para exigir una reapertura total. El presidente amenazó con retener la ayuda a los estados demócratas, a menos que sus gobernadores le suplicaran y luego le dieran las gracias públicamente. Después de sus primeros elogios exagerados a China, Trump cayó en la demonización racista, culpando a ese país de lo que en repetidas ocasiones llamó el "virus de China" y la "gripe Kung". Estos insultos racistas inspiraron una serie de ataques violentos contra asiático-estadounidenses, que continuaron hasta 2021. Y, en un momento de desesperada necesidad de cooperación global para combatir el coronavirus, Trump retiró a Estados Unidos de la Organización Mundial de la Salud (el presidente Biden ha decidido reincorporarse de nuevo).

A pesar de estos terribles errores, la administración Trump, como si estuviera decidida a probar el viejo adagio de que incluso un reloj roto indica la hora correcta dos veces al día,

director of the National Institute of Allergy and Infectious Diseases.

In April of 2020, after a brief and half-hearted recommendation of partial lockdown accompanied by claims that the virus would magically disappear by Easter, Trump began pushing for a full opening, while at the same time refusing to coordinate a national strategy to attack the coronavirus. He did little to facilitate production and distribution of personal protective equipment and ventilators, of which there were vast shortages. Even worse, Trump attacked Democratic governors who did not follow his reckless demand to fully reopen, at one point applauding a band of gun-toting thugs who had descended on the Michigan state Capitol to demand a full reopening. The president threatened to withhold aid to Democratic states unless their governors begged him and then thanked him publicly. After his early fulsome praise of China, Trump fell into racist demonization, blaming that country for what he repeatedly called the "China virus" and the "Kung flu". These racist slurs inspired a spate of violent attacks on Asian-Americans, which have continued into 2021. And, at a time of desperate need for global cooperation to fight the coronavirus, Trump withdrew the United States from the World Health Organization (President Biden has since rejoined it).

Despite these appalling misdeeds, the Trump administration, as if determined to prove the old adage that even a broken clock tells the correct time twice a day, did get some things right. In March of 2020, Congress passed and Trump signed into law the CARES Act, a \$2.2 trillion economic sti-

hizo algunas cosas bien. En marzo de 2020, el Congreso aprobó, y Trump promulgó la Ley CARES, un proyecto de ley de estímulo económico de 2,2 billones de dólares para ayudar al país a superar el terrible colapso económico ocasionado por la pandemia. Fue el mayor estímulo en la historia de Estados Unidos (más de dos veces y media mayor que el proyecto de ley de estímulo de 2009 de Barack Obama en respuesta a la crisis financiera). La ley otorgó pagos directos en efectivo por única vez a individuos, aumentó los beneficios de desempleo, ofreció préstamos a pequeñas empresas, así como a gobiernos estatales y locales, y otorgó 500 mil millones de dólares a grandes corporaciones. La donación a las corporaciones fue innecesaria, pero, a pesar de ese defecto, la Ley CARES fue crucial para ayudar a los estadounidenses a sobrevivir durante los desesperados días de primavera y verano, y fue crucial para revertir el vertiginoso colapso del PIB.

Además, en mayo, la Administración había iniciado la Operación *Warp Speed*, una campaña masiva que animaba a las empresas farmacéuticas a desarrollar una vacuna lo más rápido posible. En este caso, una de las peores corrupciones del sistema de atención médica estadounidense, el subsidio de los contribuyentes a las grandes farmacéuticas, fue beneficiosa: los miles de millones que Trump derramó sobre Moderna, Pfizer, Johnson & Johnson, AstraZeneca y otras empresas no llevaron al desarrollo de una vacuna, pero sí varias buenas vacunas en tan solo seis meses, un éxito asombroso que pocos epidemiólogos habían considerado posible en tan poco tiempo. Sin embargo, la Administración no hizo nada para limitar la obscena acumulación de ganancias de estas empresas y, además, les garantizó la propiedad intelectual global y los derechos de distribución. ¿Las consecuencias?

mulus bill to help the country through the terrifying economic collapse occasioned by the pandemic. It was the largest stimulus in US history (more than two and a half times bigger than Barack Obama's 2009 stimulus bill in response to the financial crisis). The act gave one-time direct cash payments to individuals, increased unemployment benefits, offered loans to small businesses as well as state and local governments, and gave \$500 billion to large corporations. The handout to corporations, already flush with cash, was unnecessary, but despite that flaw, the CARES Act was crucial in helping Americans survive during the desperate days of spring and summer, and it was crucial in reversing the vertiginous collapse in GDP.

In addition, by May the administration had initiated Operation Warp Speed, a massive campaign encouraging pharmaceutical companies to develop a vaccine as quickly as possible. In this case, one of the worst corruptions of the American health care system, taxpayer subsidy of Big Pharma, was beneficial: The billions Trump showered on Moderna, Pfizer, Johnson & Johnson, AstraZeneca, and other companies led to the development of not one but several good vaccines within a mere six months—a stunning success that few epidemiologists had considered possible in so short a time. However, the administration did nothing to limit the obscene profit-taking of these companies, and furthermore guaranteed them global intellectual property and distribution rights. The consequences? As vaccinations in the United States surged in spring 2021, developing countries were left out in the cold and

A medida que aumentaron las vacunas en los Estados Unidos en la primavera de 2021, los países en vías de desarrollo se quedaron al margen y se les negó la información para producir los medicamentos en sus propios países, a un costo mucho más barato.

Tanto Trump como el Senado controlado por el Partido Republicano, continuaron causando daños incluso después de la derrota del presidente en las elecciones de noviembre, cuando Trump se negó a reconocerla ante Biden. Este ataque sin precedentes al procedimiento democrático no sólo provocó una crisis constitucional y política de dos meses, que culminó con la violenta insurrección del seis de enero en el Capitolio. La administración saliente también se negó a cooperar con el equipo de transición de Biden, impidiendo innecesariamente la respuesta de la nueva administración a la crisis. Y luego estaba la respuesta tardía a las continuas consecuencias económicas: ya a principios de otoño, se había hecho evidente que el dinero de la Ley CARES se estaba agotando y que el país necesitaba otro gran estímulo de Washington, especialmente porque el virus seguía arrasando sin control. Pero mientras Trump se mantenía al margen, el líder de la mayoría republicana en el Senado, Mitch McConnell, bloqueó otro gran proyecto de ley de estímulo durante meses, y solo cedió a fines de diciembre.

Una consecuencia fatal del negacionismo de Trump y los ataques partidistas contra los demócratas fue que los aduladores republicanos del presidente a nivel estatal se hicieron eco de su rechazo del virus y reabrieron sus economías mucho antes de que fuera seguro hacerlo. Esto condujo a una serie casi continua de olas de infección, de modo que, en el momento de su derrota electoral en noviembre, más de 230.000 personas habían muerto.

were denied the information to produce the drugs in their own countries, at much cheaper cost.

Both Trump and the GOP-controlled Senate continued to wreak damage even after the president's defeat in the November election, when Trump refused to concede his loss to Biden. This unprecedented attack on democratic procedure not only provoked a two-month constitutional and political crisis, culminating in the violent January 6 insurrection at the Capitol. The outgoing administration also refused to cooperate with Biden's transition team, needlessly impeding the new administration's response to the crisis. And then there was the delayed response to the continuing economic fallout: Already by early autumn, it had become apparent that money from the CARES Act was running out and that the country needed another large stimulus from Washington, especially since the virus was still raging unchecked. But as Trump stood by, GOP Senate majority leader Mitch McConnell blocked another big stimulus bill for months, only relenting in late December.

One fatal consequence of Trump's denialism and partisan attacks on Democrats was that the president's Republican sycophants at the state level echoed his dismissal of the virus and reopened their economies long before it was safe to do so. This led to a near continuous series of infection waves, such that by the time of his election defeat in November, more than 230,000 had died. By the time Joe Biden took over the White House, on January 20, 2021, 400,000 were dead. Thus the world's most powerful and wealthiest na-

Cuando Joe Biden se hizo cargo de la Casa Blanca, el 20 de enero de 2021, 400.000 habían muerto. Por lo tanto, la nación más poderosa y rica del mundo ahora también podría reclamar razonablemente una de las respuestas más torpes del mundo a la pandemia.

En la mayoría de los casos, los líderes demócratas a nivel estatal han actuado de manera mucho más responsable que Trump y los republicanos. Especialmente digno de mención es la gobernadora de Nuevo México, Michelle Lujan Grisham. Impuso con éxito un bloqueo que mantuvo a la baja la tasa de infección en uno de los estados más pobres del país y luego trabajó con éxito codo a codo con los líderes locales para convertir a su estado en un bastión nacional en la distribución de vacunas. Pero otros líderes demócratas se han equivocado: el gobernador de Nueva York, Andrew Cuomo, fue ampliamente elogiado por sus conferencias de prensa televisadas diarias en el punto álgido de la pandemia, que generalmente eran explicaciones claras y llenas de hechos sobre la crisis y lo que estaba haciendo para combatirla. Más tarde, sin embargo, se supo que su Administración había ocultado deliberadamente el número de pacientes que habían muerto en hogares de ancianos. Y, en noviembre pasado, justo después de instar a los californianos a no reunirse para la fiesta de Acción de Gracias, debido a un aumento alarmante en la tasa de infección en ese estado, el gobernador demócrata Gavin Newsom asistió a una cena en un elegante restaurante del Valle de Napa con varias otras familias, contraviniendo directamente su propio consejo. Esto, comprensiblemente, enfureció al público y ayudó a impulsar el apoyo para su destitución, que tendrá lugar a finales de este año.

¿Por qué fue tan terrible la respuesta de Estados Unidos a la pandemia? Trump tiene

tion could now also reasonably claim one of the world's most bungled responses to the pandemic.

In most cases, Democratic leaders at the state level have acted far more responsibly than Trump and the Republicans. Especially noteworthy is *New Mexico Governor Michelle Lujan Grisham*, who successfully imposed a lockdown that kept the infection rate down in one of the country's poorest states, and who then worked successfully with local leaders to make her state a national leader in vaccine distribution. But other Democratic leaders have fumbled: New York Governor Andrew Cuomo was widely praised for his daily televised press briefings at the height of the pandemic, which were generally fact-filled, clear explanations of the crisis and what he was doing to combat it. Later, though, it emerged that his administration had deliberately obscured the number of patients who had died in nursing homes. And last November, right after urging Californians not to gather for the Thanksgiving holiday because of an alarming spike in that state's infection rate, Democratic Governor Gavin Newsom attended a dinner at a fancy Napa Valley restaurant with several other families, directly contradicting his own advice. This understandably enraged the public and helped fuel support for his recall election, to be held later this year.

Why was the US response to the pandemic so awful? Trump deserves much of the blame, of course, but we can't lay it all on him. As *epidemiologist Gonsalves points out*, for two decades, both Republican and Democratic politicians have systematically underfunded the country's public health in-

gran parte de la culpa, por supuesto, pero no podemos culparlo todo. Como señala el epidemiólogo Gonsalves, durante dos décadas, tanto los políticos republicanos como los demócratas han subvencionado sistemáticamente la infraestructura de salud pública del país. Gonsalves pide un enfoque renovado en la salud de la comunidad y “un New Deal para la Salud Pública, uno que eleve el bienestar social como clave para el futuro pos-pandémico de nuestra nación”.

Pero como señala el politólogo Adolph Reed Jr., no seremos capaces de perseguir ese *New Deal* hasta que aceptemos y rechacemos, de una vez por todas, cuatro décadas de una ideología neoliberal destructiva que ha socavado sistemáticamente el sentido de nuestra nación y del bien público, “lo que refuerza una sospecha más amplia hacia el Gobierno”. Con sus ambiciosas y trascendentales propuestas de inversión pública masiva en infraestructura y bienestar social, el presidente Biden invoca una era anterior y más esperanzadora, cuando, desde Franklin Roosevelt hasta Lyndon Johnson, el gobierno de los Estados Unidos no temía invertir en el bien público. Si no prestamos atención a las directrices de Biden, los trumpistas estarán felices de llevar al país en una dirección más autoritaria.

fraestructura. Gonsalves calls for a renewed focus on community health and “a New Deal for Public Health—one that lifts up social welfare as key to our nation’s post-pandemic future”.

But as *political scientist Adolph Reed Jr. points out*, we will not be able to pursue such a New Deal until we come to terms with, and reject once and for all, four decades of a destructive neoliberal ideology that has systematically destroyed our nation’s sense of the public good, “which reinforces a broader suspicion of government”. With his ambitious and far-reaching proposals for massive public investment in infrastructure and social welfare, President Biden is invoking an earlier, more hopeful era, when, from Franklin Roosevelt to Lyndon Johnson, the US government was not afraid to invest in the public good. If we don’t heed Biden’s call, the Trumpists will be happy to take the country in a more authoritarian direction.

LIDERAZGO EN TIEMPO DE CRISIS

ROBERTO RAMÍREZ BASTERRETxea

Prólogo

En la actualidad la humanidad se enfrenta a retos transformacionales y globales que están acelerando la implementación de la digitalización; ello ha puesto en evidencia la obsolescencia que presentan los modelos de liderazgo actuales. Lo que era entendido como liderazgo ya no parece ser adecuado para enfrentar los retos actuales y mucho menos los venideros. Este artículo se centra en la importancia que representa el crecimiento exponencial de la digitalización en las ciudades y el reto que ello plantea en la transformación de personas más resilientes y propensas a la interacción digital transdisciplinaria, a fin de construir una ruta de análisis interpretativa y clarificadora de los cambios o crisis como la COVID-19 que están afectando la humanidad.

Una mirada hacia el futuro del liderazgo en tiempos de crisis: Posliderazgo

El liderazgo posterior a la crisis no será representado por una función de jerarquía que promueve el *homo faber*, sino que será el *homo digitalis* el que definirá el liderazgo actual.

Este nuevo sentido que hoy adquiere el liderazgo no es producto de la lógica interpretativa de una situación actual. Desde este punto de vista, lo antes señalado obedece en gran medida al influjo de las últimas transformaciones sociales a una sociedad digital, obligando al estudio del liderazgo en función a la digitalización como un posliderazgo. La pandemia del Corona Virus o COVID-19 acelera el inicio de la quinta revolución industrial, con ella la necesidad de un liderazgo completamente distinto que lo denominó "posliderazgo".

Ya no podemos ver al liderazgo solamente cómo lo definió Joseph S. Nye "la facultad de orientar y movilizar a otros para lograr un fin". El concepto de posliderazgo se fundamenta en un sentido de propósito creativo-digital en todos los niveles de una sociedad o en la política, y vuelve la vista hacia el liderazgo como fusionador de ideas, más que hacia la mera gestión o propiedades y rasgos específicos de un líder individual. Es decir, el posliderazgo garantiza la innovación a través de la acción digital distribuida en redes, más que la reflexión a largo plazo con políticas estratégicas.

Byung-Chul Han claramente señala la situación actual como "la época digital de lo no muerto", donde la política y la metafísica se transforman dando paso a la pospolítica y a la posme-

tafísica. A este respecto, el liderazgo en la quinta revolución industrial se configura en una nueva interpretación denominada "Posliderazgo", en cuya interacción digital intervienen la cocreación, la comunicación, la interacción y los valores compartidos por un grupo virtual donde subyace un sin número de nuevas ideas tendentes a la satisfacción de necesidades colectivas.

Byung-Chul Han, entiende que lo digital es un transformador de todo lo que hacemos, y lo caracteriza como "hombre sin manos que teclea". Lo relevante, en este punto, es lo tangible o lo intangible, donde los líderes y ciudadanos interactúan en un posliderazgo, sin verse, sin tocarse y sin interactuar físicamente. Solo el teclado y el monitor representan lo físico en la acción y en la gestión. Esta interacción digital en la sociedad puede generar más presión y estrés que la interacción cara a cara; ello tiende a subestimar los trabajos realizados desde casa, al igual que el tiempo invertido en ello.

Los trabajos tradicionales "fueron diseñados para la eficiencia". Los trabajos digitales "están diseñados para gestionar información, desarrollo de soluciones cognitivas y la creación de tormentas de ideas que mejoren la calidad de vida". Es irónico; por un lado, construimos calidad de vida y por el otro, la vida se nos va participando en todo tipo de trabajos digitales (teletrabajo o trabajos a distancia) o en redes sociales, que cuestionan el "no clic" de nuestra intervención, sometiéndonos a una vida digital con líderes virtuales sin rostro, pero con un control desmedido y panóptico sobre todos por igual.

El impacto de la COVID-19 en el mercado laboral nos pone a prueba, pero además pone a prueba la capacidad de los gobernantes para enfrentar los cambios que están por venir. La pandemia de la COVID-19 es considerada por la Organización Internacional del Trabajo (OIT) como "la peor crisis global desde la Segunda Guerra Mundial". El crecimiento de los trabajos digitales es exponencial y pone en evidencia las debilidades del liderazgo para enfrentar los retos laborales. Según la OIT, más de 1.250 millones de trabajadores están empleados en los sectores identificados como de alto riesgo, 195 millones de trabajadores pueden perder sus empleos. Cuatro de cada cinco personas, están actualmente afectadas por el cierre total o parcial del lugar de trabajo, es decir el 81 por ciento de la fuerza laboral global que son aproximadamente 3.300 millones de trabajadores.

En efecto, la Segunda Guerra Mundial está siendo superada por los retos de la pandemia de la COVID-19 y, de forma concreta, se están estableciendo nuevos y diversos cambios en el contexto político y social nunca antes vistos. Se deberá evaluar la conformación de una cultura política y social singular con la digitalización, con su funcionamiento y su consolidación, así como con la gobernabilidad, con el desempeño gubernamental y, por ende, con la satisfacción social, por ser de enorme importancia en la legitimidad política.

Las implicaciones políticas y sociales que trae la actual crisis humanitaria nos invitan a la reflexión sobre la importancia de un posliderazgo afectado por el exceso de *fake news*. Para definir sociedad en red debemos clarificar cuál es el impacto que la información genera en ella. En la actualidad, el uso desmedido de las redes sociales se ha convertido en el canal preferido de las noticias falsas. Como bien lo señala Javier Echevarría, Internet no solo es un nuevo medio de información y comunicación, sino que, configura un nuevo espacio social, electrónico, telemático, digital, reticular e informacional, además, en plena pandemia se ha convertido aún

más en un medio de desinformación. La ONU lo ha descrito claramente “No sólo luchamos contra una epidemia, sino también contra una infodemia”.

El posliderazgo formará parte de la naturaleza sencilla y multicauce del desarrollo social, por ello, el líder en el posliderazgo deberá establecer estrategias innovadoras de gobernanza digital que promueva el empoderamiento ciudadano, que, en definitiva, es una concepción innovadora y diferencial de otras teorías de gobernanza. En referencia Yuval Noah Harari señala que “la claridad es poder, en un mundo inundado de información irrelevante”. En sí, la gobernanza digital tiene un importante componente social y requiere de un flujo de información veraz que se entrelazada en el tejido social de las comunidades.

La COVID-19 ha puesto en evidencia las debilidades que presenta la actual y lenta gobernanza. Claudia Baez Camargo, investigadora de ese campo, señala que, para enfrentar situaciones de crisis, como la actual pandemia debemos “mover la gobernanza más allá del Estado y hacia el empoderamiento de los ciudadanos”; por ende, es necesario que la gobernanza incluya programas de ciudadanización que superen el ámbito de lo público.

Desafíos globales en tiempos de esclavitud del liderazgo con pensamiento binario: Posliderazgo

Los síntomas de la esclavitud del liderazgo tienen su aparición con los grilletes digitales que limitan el pensamiento amplio y mutila la libertad del ser. La esclavitud ya no se representa por el dominio de una persona sobre las otras, sino por la polarización de la información con pensamientos binarios.

En la actualidad, la humanidad se enfrenta a tres amenazas existenciales. Según Yuval Noah Harari son: la guerra nuclear, el cambio climático y la desorganización tecnológica. Lo más notable de estas amenazas son la poca claridad que se tiene sobre el tipo de liderazgo a seguir. Las amenazas no provienen del arma en sí, sino del que la porta. El líder puede o no accionar el gatillo contra estas amenazas, ello puede significar o una solución o la extinción de la humanidad. El posliderazgo evalúa los riesgos de su acción con un propósito global. Debe asumir algunos riesgos inteligentes, concentrando las habilidades digitales en la cooperación y avanzando hacia nuevos desafíos globales.

Harari en una entrevista señala que la única solución es la Cooperación Global para enfrentar desafíos como el auge de la Inteligencia Artificial y la Bioingeniería. Está claro que enfrentar ambos desafíos no será algo fácil y pone en evidencia el estado de fragilidad en que se encuentra la humanidad, siempre susceptible de romperse. Por tanto, el posliderazgo no se basa en el imperativo “sé líder” ni en aceptar el liderar, sino que precisa fabricarlo a través de la cooperación global, de poner en riesgo el liderato para explorar ideas en un entorno digital y desconocido. Esto suponen un costo para el líder que se calcula en términos de distribución del liderazgo: se trata de determinar el grado de asertividad que el posliderazgo presupone de hecho para el bienestar de las comunidades.

Actualmente, la humanidad se plantea conectar las partes individuales al todo para dar protección ante las amenazas híbridas y dar salida a los desafíos como la COVID-19. Estamos

en presencia de una colaboración emergente que crea y exige conexión abierta y global para salvar vidas humanas. Ello se ha representado como nunca antes en el desarrollo de proyecto de investigación científica como los iniciados en contra de la COVID-19. En referencia, al día de hoy, se han escrito de forma colaborativa 10.249 papers, y cada 7 días se presentan aproximadamente 2.200 papers nuevos. Este volumen de publicaciones y trabajos científicos adquieren relevancia en el actual contexto del posliderazgo, donde las fronteras de la jerarquización tienden a ser menos importantes.

El conocimiento en la cooperación versa sobre el tema COVID-19, de entre temas como cambio climático. La difusión de la información sobre la pandemia es significativamente superior a cualquier otro tema, ya que está inmerso en los axiomas de la vida, aunque con diversos valores sociales que se transforman a raíz de las amenazas latentes.

El comportamiento social se está redefiniendo en función al miedo, a la falta de información, a la especulación y a las restricciones impuestas por los gobiernos para controlar la pandemia. La importancia al respecto se corresponde al distanciamiento social, lo que se puede convertir en un ritual de comportamiento de exclusión social y ello no es tangible como son las leyes por lo que no se pueden modificar fácilmente.

El posliderazgo muestra su capacidad adaptativa a las situaciones cambiantes tanto intrínsecamente, como por su relación con otros. Esta adaptación requiere de un "Cambio de Comportamiento". A este respecto, el World Economic Forum señala que "el Cambio de Comportamiento juega un papel importante en la preparación del camino que debe seguir la sociedad en medio del cambio drástico y la convergencia tecnológica que trae la Quinta Revolución Industrial". Si usamos éticamente la inteligencia artificial, puede ayudarnos a predecir *in silico* las posibles decisiones sobre eventualidades futuras a fin de garantizar un cambio de comportamiento social y un liderazgo más resiliente.

Para establecer las características de un modelo claro de resiliencia en la sociedad se requiere entender los factores que intervienen en la dimensión axiológica predominante de cada persona, así como su acceso a Internet. Según un informe presentado por la Consultora Deloitte, el liderazgo resiliente tiene las siguientes características: debe "energizar, empoderar, conectar y prosperar", además, debe idear, integrar y crear. Sin dudar de estas características señaladas por la Consultora Deloitte, hoy nos encontramos en una nueva crisis, y se representa en la transición radical que representa la transformación a lo digital en la humanidad, creando repercusiones sociales potencialmente significativas y amplias en las personas. El brillo engecedor de la digitalización oculta la creciente brecha social binaria del conectado y del no conectado. Aproximadamente la mitad de la población mundial ahora está conectada mediante algún tipo de dispositivo con acceso a Internet. Según la OCDE, el 95% de los estudiantes de Suiza, Noruega y Austria tienen un ordenador para realizar sus tareas escolares, en Indonesia sólo el 34% lo tienen.

La Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT) indicó que, a finales de 2019, el 53,6% de la población mundial, o 4.100 millones de personas, está utilizando Internet. Ello muestra lo exponencial; ello muestra la brecha digital y separa no sólo al que tiene acceso a Internet, sino además a los que tienen posibilidades de lograr un conocimiento digital y los que no.

La inteligencia artificial y las biotecnologías aumentarán la brecha social binaria que pueden secuestrar la atención de las personas, exponiéndolas ante una tecnología controladora que opera ininterrumpidamente las 24 horas durante todo el año. Es necesario configurar políticas públicas que aborden las violentas transformaciones digitales y den protección a la humanidad. La obsolescencia de las políticas públicas muestra las limitaciones de adaptación de los gobiernos a la actual crisis; ello ha requerido girar la mirada hacia un ciudadano más resiliente, a fin de plantear soluciones rápidas que resguarden lo más importante: “la vida”.

El primer obstáculo en la creación de Políticas Públicas es desconfigurar lo existente para establecer los beneficios y riesgos de lo intangible en lo tangible. Para Michel Foucault, en este contexto, lo tangible o cuerpo social se regula a través de la biopolítica que ejerce un biopoder para controlar y vigilar al ser. Por otro lado, en lo intangible no existe un cuerpo capaz de ser regulado, ni controlado o vigilado. Byung-Chul Han plantea la psicopolítica como un enfoque muy interesante para definir tal situación. Han señala que la psicopolítica digital plantea un psicopoder con la capacidad de intervenir psicológicamente en los internautas. Aunque, cabe preguntarse ¿Quién o qué interviene psicológicamente? No lo sabemos, lo cierto es que la psicología digital controla la conducta social y configura un totalitarismo muy peligroso y deja pequeño a cualquier dictador del pasado, es así como la COVID-19 muestra destellos de viejos enemigos del sistema democrático.

Věra Jourová, vicepresidenta de la Comisión Europea para los Valores y la Transparencia, en una entrevista, señaló que el juego ha cambiado y se deben crear estrategias nuevas especialmente con la digitalización. No será fácil, en parte por la dificultad en la determinación de los líderes en romper esquemas tradicionales de gestión y en parte, por la inclusión de la sociedad en un tema aún muy innovador e inaccesible para muchas personas. Jourová señala que “debemos esforzarnos más en mantener la democracia, el estado de derecho y los derechos fundamentales”.

La dictadura se encubre con una sombra pandemia que se aferra a su víctima sin avisar y con la confusión como estrategia para capturar la psique colectiva de una ciudadanía que es vista como presa y no como persona. Debemos configurar un posliderazgo que erija claramente arquetipos democráticos fuertes y adaptados a las transformaciones que el futuro emplace.

En efecto, será un gran reto que debemos asumir y las alternativas para lograrlo estará en las capacidades que desarrollemos para enfrentar los cambios con un pensamiento más amplio y menos binario. El posliderazgo en la psicopolítica debe poseer algo parecido a una visión bifocal porque tienen que gestionar el cambio a la transición digital visualizando un futuro con tecnología en pro de la humanidad.

Madurez digital, cualidades inherentes del liderazgo con rasgos ubicuos: Posliderazgo

La madurez digital no tiene una edad que asegure su logro, sin embargo hace referencia al hecho de que una persona muestra su presteza adaptativa inherente a la transformación digital. La transformación digital requiere de un posliderazgo que esté en el sitio, en el momento preciso, que se muestre con rasgo ubicuo.

La disrupción digital se trata de personas no de maquinas. En el libro *The Technology Fallacy*, Gerald C. Kane y varios autores señalan que: el no entender la naturaleza subyacente de la transformación digital no facilita la formulación de la respuesta a la pregunta ¿por qué es necesario cambiar a lo digital?, o desde este enfoque ¿por qué es necesario madurar digitalmente? Para los autores se corresponde en la capacidad de dar respuesta, aunque cuando hablamos de volumen la capacidad se cuestiona. Presumiblemente, un posliderazgo con una gran madurez digital será más eficiente que uno con poca.

Anhelamos la madurez digital, cómo jóvenes que anhelan la madurez de la experiencia. La realidad es que la madurez digital nos enfrenta a un escenario actual donde los violentos cambios de la tecnología definen la necesidad. La COVID-19 ha acelerado la necesidad de incorporar la tecnología a nuestras vidas. De hecho, de la noche a la mañana hemos tenido que asumir un Posliderazgo tecnológico resiliente, donde muchos estudiantes y profesores se vieron obligados a continuar las clases por Internet, al igual que muchos profesionales y empleados, tanto del sector público como privado. Para Gerald C. Kane y varios autores, el reto está en lograr la madurez tecnológica o la adopción tecnológica requeridas para disminuir la brecha que enfrentan los individuos, las empresas y las políticas públicas frente a la tecnología.

En mis investigaciones etnográficas *in silico* sobre la tecnología en la participación ciudadana he podido concluir los aspectos que intervienen entre la sociedad y la tecnología. En este trabajo de investigación se generaron modelos motivacionales y conductuales que permitieron realizar simulaciones por computadora de una Red Líquida de Cooperación (RLC), imitando las reacciones de una sociedad del conocimiento que interactúan en redes virtuales de participación ciudadana. Estas simulaciones brindaron oportunidades únicas para investigar sobre: la relación, la influencia, la interacción y la pervivencia entre las personas, la política y la tecnología. En parte se concluyó que la madurez digital se configura a través de tres capacidades: capacidad del conocimiento distribuido digital, capacidad de las infraestructuras digitales y capacidad motivación.

Capacidades digitales del individuo: Cuando incluimos la palabra individuo y no sociedad, nos referimos a los individuos que se involucran directa o indirectamente en la digitalización. La idea principal no establece un manual del comportamiento, ni, mucho menos, un modelo estandarizado de sociedad, de lo que se trata sin lugar a duda es del ser y sus cualidades inherentes, es entender sus necesidades y establecer estrategias basadas en el desarrollo de capacidades digitales.

Capacidad de la infraestructura digital: La infraestructura digital garantizan la distribución del conocimiento para la madurez digital. Los individuos necesitan un feedback rápido, oportuno y fiable sobre los procesos que se acaban de producir en cualquier parte del mundo. Establecer la infraestructura digital necesaria para el Network Society facilita la inclusión de las personas a las nuevas plataformas de digitalización de una ciudad.

Capacidad motivacional: La motivación del individuo se centra en satisfacer las necesidades básicas para una mayor calidad de vida, la digitalización debe perseguir tal fin. La motivación se pone de manifiesto cuando se empodera al individuo de una mayor madurez digital. Es esencial saber desde dónde comenzamos a medir el nivel actual de nuestra "Madurez Digital" y cuál es el uso que queremos darle a la tecnología.

Según una encuesta realizada por Statista sobre el uso de la tecnología durante la COVID-19, concluyó que en Estados Unidos las plataformas de videoconferencia se hicieron más populares después del brote de coronavirus con un aumento de un 23% para finales de mayo. Los cursos de formación, por su parte, se han incrementado en un 11% para la misma fecha, y como información relevante es el aumento de un 45% en el uso de las plataformas de videoconferencia. Para el Banco Mundial, la COVID-19 representa una amenaza para el avance de la educación en todo el mundo.

Según el Banco Mundial, la pandemia nos está dejando dos impactos principales: uno, el cierre de los centros escolares en casi todo el mundo; y dos, la recesión económica. Por un lado, tenemos el cierre parcial o completo de los centros educativos. En la primera fase de la pandemia el 85% de los estudiantes de todo el mundo no estaban asistiendo a la escuela, aproximadamente 1.200 millones de niños. Y, por otro lado, tenemos la economía, los datos no son alentadores, según La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) el PIB mundial disminuyó en un -4.2% en 2020, aunque en la zona euro el PIB disminuyó en -7.5%.

El costo que tendremos que asumir a largo plazo sobre el capital humano es muy alto, así como también la brecha social que se erige como un muro que divide no solo a pobres y ricos o a un país u otro, sino a los que tienen madurez digital y los que no, a quienes tienen acceso a la tecnología y los que no. Es evidente que dicha crisis no ha concluido, sus efectos colaterales aflorarán durante los próximos años.

Los cambios que ha causado el coronavirus podrían estar aquí para quedarse. La poca infraestructura tecnológica y las limitaciones económicas de muchos hogares presentan estos desafíos aún por evaluar. Cuando pensamos fuera de la actual crisis de la COVID-19, recibimos imágenes poco claras del futuro. Según el instituto Zukunftsinstitut de Alemania, serán 4 los posibles escenarios después de la pandemia: escenario 1, aislamiento total; escenario 2: caída del sistema; escenario 3, neo-comunidades; y escenario 4, adaptación.

Estos posibles escenarios muestran los rasgos de un comportamiento social atípico, donde la germofobia se apodera del contacto social y la psicología de las personas; la infodemia condiciona un estado psicológico sobre lo desconocido y la incertidumbre; el análisis predictivo mantiene segura a la sociedad a través de los datos. La pérdida de la privacidad de los datos, los cuales pasan a ser seguridad de estado, traerá como consecuencia la exposición al cibercrimen facilitado por el uso excesivo de la tecnología, sin contar con medidas de ciberseguridad más sólidas. La desturistificación o turismo seguro evitará los lugares turísticos que no cumplan con medidas de seguridad; tendrán menos valoración turística. La agricultura urbana reemplaza patrones de consumo y plantea una economía circular autónoma y local. La flexiguridad configura la oficina en casa, un modelo de trabajo cada vez más implementado por las empresas. En definitiva, resiliencia global creada por un aprendizaje continuo de unos y otros a través de las divisas redes.

El posliderazgo en un escenario pospandemia permite una mayor apertura al conocimiento, genera cambios significativos de adaptación en la sociedad y sus instituciones. Lo cierto es que la pandemia terminará en algún momento, pero la vida no será igual; y ¡sí! tenemos que madurar digitalmente, aunque falte mucho.



ESTE
MENDEBALDEA

ETA: CONEXIÓN COSTA RICA. LA OPERACIÓN PASTORA¹

DAVID MOTA ZURDO

La fuente y el hecho

En septiembre de 1983, *Terrorism Review*, el boletín que periódicamente publicaba el Departamento de Estado y en el que recogía las principales informaciones obtenidas por las agencias de Inteligencia estadounidenses (CIA y NSA, fundamentalmente), informó de que un miembro de ETA había sido arrestado a principios de ese mismo mes en San José (Costa Rica). Según la embajada de EEUU en el país centroamericano, se trataba de Gregorio Jiménez Morales (*el Pistolas*), uno de los expertos y facilitadores de armamento y explosivos de la organización terrorista vasca, que junto a otros etarras se había encargado de vigilar los movimientos de Edén Pastora, el líder antisandinista, con el objetivo de asesinarle.

Tal y como queda recogido en los documentos norteamericanos, a los que se ha tenido acceso a través del sistema CREST (CIA Records Search Tool), Jiménez Morales fue incomunicado e interrogado durante días por la Dirección de Inteligencia y Seguridad (DIS) de Costa Rica. Semanas después a su detención, la coalición política de izquierda *abertzale* Herri Batasuna (HB) envió una delegación a San José para conocer lo ocurrido y tratar de mediar para que *el Pistolas* fuera liberado.

El Gobierno de España, por su parte, envió una representación de la Brigada Antiterrorista con el objetivo de colaborar con la policía costarricense. Según se infiere de la documentación, después de un duro interrogatorio, Jiménez Morales confesó que su misión era seguir de cerca a Pastora para atentar contra su vida y reveló datos sobre el Comando *Andatza*, al que pertenecía².

Con su detención, fracasó el plan trazado por el citado comando de ETA para acabar con Pastora y abrió diferentes debates sobre quién estaba tras el atentado. ¿Por qué la organización terrorista vasca había decidido realizar operaciones en un país que habitualmente había utilizado como refugio? ¿Por qué ETA había planificado un atentado contra el líder antisandinista?

ETA y Pastora: armas y dinero

Según las autoridades norteamericanas, una hipótesis plausible era que el gobierno del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) había contratado a los terroristas vascos para asesinar a Pastora: un líder crítico con la deriva comunista de la revolución nicaragüense que durante su exilio en Panamá y Costa Rica había creado una fuerza opositora con el objetivo de realizar acciones contra el gobierno centroamericano.

Sin embargo, más allá de que los nicaragüenses solicitaran ex profeso los servicios de la organización terrorista vasca, cabe poner en perspectiva las conexiones entre ambos. Según se desprende del citado boletín, las relaciones entre ETA y el gobierno sandinista venían de lejos: la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional nicaragüense había dado cobertura a los terroristas vascos y los había apoyado cediéndoles terrenos al norte de Managua y armas para que éstos se entrenaran en técnicas y estrategias de guerrilla paramilitar.

En los documentos norteamericanos se insinúa que, a cambio del préstamo de las tierras, es decir como contraprestación, los nicaragüenses solicitaron a la organización terrorista vasca que asesinara a Pastora: en su opinión, los vascos podían pasar desapercibidos con mayor facilidad ante las fuerzas de seguridad costarricenses.

Los agentes de la Brigada Antiterrorista que ayudaron a la policía costarricense en su investigación determinaron que los conspiradores vascos habían alquilado al menos seis casas y dos apartamentos utilizando cuatro de ellas como puestos de vigilancia. La disposición de estos enclaves formaba parte de una logística y estrategia muy concreta: los etarras planeaban atacar con granadas y armas automáticas el convoy que transportaba diariamente a Pastora y ello conllevaba un seguimiento muy cercano.

El Gobierno de España solicitó la extradición del detenido, pero tuvo que esperar a que fuera procesado en Costa Rica, donde fue acusado de falsificación documental y conspiración terrorista. De este modo, *el Pistolas* no fue deportado a España hasta 1986, en opinión de la *agencia* por “los temores de Costa Rica a represalias por parte de ETA y la tradición del gobierno [de Costa Rica] de otorgar asilo”³.

Un desplante, falta de liquidez y otras teorías de la CIA

El caso de Jiménez Morales dañó las relaciones de Nicaragua con el Gobierno de España, debido a las sospechas sobre la implicación del gobierno sandinista en el frustrado intento de asesinato. La embajada de EEUU en Madrid subrayó que el caso atrajo la atención pública y que se convirtió en “una vergüenza política para el presidente socialista Felipe González, partidario del gobierno sandinista”⁴.

Pero lo cierto es que la investigación policial determinó que no había suficientes evidencias que permitieran establecer un vínculo claro entre los nicaragüenses y el intento de asesinato de Pastora. Y eso que la CIA confirmó los vínculos entre ETA y el FSLN, cuando señaló sin ambages en uno de los informes: “se puede establecer el apoyo nicaragüense a las operaciones de ETA”⁵.

Por otro lado, tensionó las relaciones entre Managua y San José: Costa Rica retiró su embajador de la capital nicaragüense tras las sospechas de que el gobierno centroamericano podía estar detrás del complot, como había corroborado *el Pistolas*.

La publicidad de esta operación, aparejada a los consecuentes riesgos, generó confusión a los analistas de la CIA que se preguntaron por qué ETA se había involucrado en un asunto tan espinoso. Incluso los llevó a plantear escenarios de todo tipo de los que sobresalen la supuesta falta de liquidez económica de la organización armada vasca y la búsqueda de nuevos mercados para la obtención de armamento específico:

Estamos francamente desconcertados sobre por qué ETA se involucraría en una operación que corre el riesgo inherente, si se desvela, de llamar la atención sobre su presencia en la región, particularmente de las fuerzas de seguridad latinoamericanas, incluidas las de los países que han sido santuario tradicional de los miembros de ETA y en los que han tenido un entorno operativo permisivo. Un posible motivo según los funcionarios españoles es que, aunque ETA puede obtener armas pequeñas en el mercado europeo, no ha sido capaz de asegurar el armamento pesado; creen que Nicaragua pudo haber acordado proporcionar armas como *quid pro quo* para la operación Pastora. Otros incentivos posibles, especulamos, podrían haber incluido dinero, capacitación y un refugio seguro en Nicaragua⁶.

La implicación de ETA en el frustrado intento de asesinato de Pastora fue una contraprestación exigida por el gobierno de Nicaragua a cambio de la cesión de lugares y armas para el entrenamiento de miembros de ETA. Pero aun valorando las dificultades que en aquellos momentos podía estar atravesando la organización vasca en Europa, sorprende que ésta se expusiera con tanta facilidad en Centroamérica, provocando que sus actividades y sus relaciones con las comunidades vascas en América Latina fueran “objeto de una mayor vigilancia”⁷. Por tanto, el por qué ETA se involucró en esta operación sigue siendo una incógnita⁸.

NOTAS

¹ Este artículo se ha realizado en el marco del proyecto “US 19/02 ETA en los archivos de Estados Unidos. Fuentes documentales para el estudio del terrorismo y de sus víctimas”, impulsado por el Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo, la UPV-EHU y el grupo de investigación “El nacionalismo vasco en perspectiva comparada” de esta misma universidad.

² ÁLVAREZ-SOLAR, María C. (2013): “Costa Rica y el atentado de la Penca (1984)”, *Diálogos: Revista Electrónica de Historia*, vol. 13, nº 2, p. 80.

³ Terrorism review, 27-X-1983, GI TR 83-022, CIA-RDP84-00893R000100280001-0.

⁴ *Ibid.*

⁵ Terrorism review, 29-IX-1983, GI TR 83-020, CIA-RDP84-00893R000100260001-2. Intelligence Daily, 20-IX-1983, CPAS NID 83-221JX, CIA-RDP85T01094R000400010170-4.

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*

⁸ Sobre las conexiones de ETA en Latinoamérica véase DOMINGUEZ, Florencio (2010): *Las conexiones de ETA en América*, Barcelona: RBA.

GEORGE ORWELL: NAZIONALISMOARI BURUZ

IÑAKI VÁZQUEZ LARREA

Eric Arthur Blair (George Orwell) 1903 jaio zen Indian. Lau urte geroago familia Ingalaterrara etorri zen bizitzera. Indiako Polizia Inpeliarararen partaide bezala itzuli zen Indiara 1921, baina, Inperialismoari benetako gorrotoa hartu zionez, ez zuen bere postuan luze iraun. Ingalaterrara itzuli eta bertan bizi izan zen handik aurrera.

Orwelen zenbait obra oso ezagunak dira gure artean, hala nola *Abereen Etxaldea*, *Mila bederatzirehun eta laurogeita lau* eta askorentzat bere obrarik haundiena- *Homage to Catalonia*, Espainiako Gerra Zibilean errepublikazaleekin borrokatu eta zauritua izan ondoren idatzia. Zenbait egunkarietarako ere lan egin zuen komentaria literario eta politiko bezala. Hemen aurkezten ditugun nazionalismoari buruzko gogoetak *Decline of the English murder and other essays* liburuan argitaratu zen:

Nazionalismoaren inguruan, lehenik eta behin, ohitura baten berri eman nahi dut. Ohitura hori dela-eta gizakiak intsektuak bezala sailka daitezkeela onartzen da, eta milioka edo hamarka milioka lagunez osatutako multzoak *on* edo *txar* bezala etiketa daitezkeela. Baina bigarrenik-eta hau askoz

garrantzitsuagoa da- nork bere burua nazio batekin edo bestelako unitate batekin identifikatzeko ohitura ere adierazi nahi dut, unitate hori zuzenaren eta okerraren mugetatik at kokatuz haren interesen defentsan ikusiz ahaleginbide bakarra.

Nazionalismoa ez da abertzaletasunarekin nahastu behar. Bi hitzak normalean hain erabiltzen dira modu zehazgabean non erraza baita edozein definizioari akatsa aurkitzea, baina bereizi egin behar dira, zeren bi ideia jasotzen baitituzte, desberdinak ezezik aurkakoak ere badirenak, *Abertzaletasun* hitzaz adierazi nahi dut toki jakin eta bizimodu jakin batekiko debozioa, munduko onena dela pentsatuz baina inori inposatu nahi gabe. *Abertzaletasuna* defentsiboa da berez, bai militarri eta bai kulturalki. Nazionalismoa, aldiz, ez dago bereizterik boterea lortzeko desiotik. Nazionalista guztien helburu betierekoa botere eta prestigio haundiagoa ziurtatzea da, ez norberarentzat, baizik eta norberaren indibidualtasuna murgiltzeko aukeratu den nazio edo bestelako unitatearentzat.

Nazionalista da prestigio lehiaren terminotan pentsatzen duena edo batipat. Nazionalista positibo ala negatiboa izan

daiteke-hau da, buruaren kemen guztia laudorioka ala gaizkiesaka jarduteko erabil dezake- baina edozein kasutan bere gogoetak garaipen eta derrota, triunfo eta umiliazioaren inguruan mugitzen dira beti. Historia, bereziki bere garaiko Historia, botere unitate haundien igo eta jaitsi etengabea bezala ikusten du, eta iruditzen zaio gertatzen den guztiak bere alderdia goiko mailan dagoela eta arerio gorrotatua beheko mailan dagoela frogatzea besterik ez duela egiten.

Baina, azkenik, garrantzitsua da ez nahastea nazionalismoa arrakastaren ado-

razio hutsarekin. Nazionalistak ez du printzipioz alderdirik indartsuenarekin bat egiten. Aitzitik, behin bere alderdia aukeratu ondoren, bere buruari sinistarazten dio indartsuena dela, eta gai da bere uste horri eusteko gertaerak argi eta garbi aurka dauzkanean ere. Nazionalismoa auto-engainuak eztitutako botere grina da. Nazionalista kapaz da desoneskeriarik agiriena burutzeko, baina aldi berean-jakinik bere burua baino haundiagoko zerbaiten zerbitzuan ari delaterabat ziur dago bere jokabidearen zuzentasunaz.



ESTE
EKIALDEA

CÍRCULO

PABLO MARTÍN - LABORDA

Del alba limpia a la noche cerrada
se esconden las rosaledas
brillan los ácidos fatales.
La Muerte escala fronteras
con pies alados de Aquiles
siembra la hecatombe
en campos mares ciudades.
A su paso brotan sepulturas y despedidas
para siempre
palabra encadenada al eje del destino.
La Parca penetró en España
sin sol tibio de luz tenue ni canto de ruiseñores
de luto completo se afinca en los puntos cardinales
estragos de amores llantos angustias
de abuelos padres hijos
de insomnio escarcha soledades.

Calles desiertas llenas de penas
la Corona ausente
refugiada en su búnker de palacio y diamantes
lee discursos flojos con voz campanuda
a un auditorio cada vez más distante
la Iglesia católica encerrada en sus aposentos de oro

sin piedad para los pobres
España en la UCI
entubada y trémula
enredada sin solvencia en decisiones vitales.

Parca voraz
pandemia tentacular de guadañas
ciclón urgente envenenado de Wuham con variantes
de tu bica vuelan
las llamas a los cinco continentes.
Tinieblas de ganglios y azogues de temblores
mecen las sábanas de los difuntos
con brisas de cenizas
siguen la ruta sombría de los cipreses.

Las enfermeras hormigas generosas del drama
hacen batas con bolsas de basura pálidas de temores
en hospitales públicos como muralla defensiva
la incompetencia de los gobernantes sube
a la órbita de don Nadie.

Hospitales sin camas UCI suficientes
las vacunas españolas son quimeras
no existen medicamentos eficaces
mascarillas geles guantes respiradores
praxis
previsión investigación soluciones
sobran los relatores habituales inútiles.

Desaparecen
risas fruta fresca
flores abiertas violines
rayos de sol

un virus invisible asuela la Tierra
pone patas arriba el mapamundi
nadie conoce la precisa maquinaria de su ADN.

Parca
robas el bien común del tiempo
recortas fechas cierras calendarios
acumulas perversas Furias
eliminás en tu ataque frontal
millones de nombres
creas caos en tu dominio de la Tierra
a la espera de cerrar el último parpadeo
de cada historia sin escuchar súplicas
ni detener la barca de Caronte
con eficientes puñales
castras de una tacada a las tres generaciones.

¿Para qué sirve el despilfarro
en tanques balas
17 burocracias
misiles corbetas aviones
de quién nos defienden?
devastador gasto en balde.

La próxima pandemia a vida o muerte
atacará el universo
desaparecerán geografías
animales nardos mares
la infancia los aromas la belleza
la poesía la vida
por no escuchar las advertencias de la naturaleza
¿agonizante futuro del ser o victoria de la nada?

Algunos huirán a otros planetas
en espacios continentales cabalgarán idus y virus
formarán una coral de colores cenicientos
y enigmas con cimientos insondables.

Reconozco que no entiendo muchas cosas
tampoco el mal completo que hemos hecho
para sumar tantas heridas en perfiles tan estrechos
entre tubos desbordados por el profundo miedo
solitarios en la soledad del anciano
con la Parca corriendo con su látigo de fuego
por pulmones intestinos corazón y cerebro.
Anoche me rozó sentí en la sangre su intenso hielo
desde entonces mi piel pierde volumen
va a parar a la cima del mar abierto
esperando a mis ojos naufragantes
cerrados en el lecho del farallón que atravieso.

Es cierto pero no le doy importancia
deliro
pido a una estrella fugaz
lienzos del Véneto del Cinquecento
incunables de la biblioteca del cardenal Mazarino
pero las Perseidas se agotaron
las compraron en subastas
adinerados para huir de personas dormidas
confinadas en el mismo sueño.

Angustia atormentada pura
palpitante luminosa galopante
desnudas las marcas
de tus pasos errantes
medita en los duros tejados del invierno

donde el halcón armado devasta
a la culebra con delicado esmero.

Es una mañana de débiles latidos
suspiro entre lamentos
pero estoy vivo
en cama de porcelana celeste
atado a una piedra más grande que un siglo
miro por el balcón en el instante
que el día se desploma por el precipicio.
Ahora veo más claro
presiento un final pánico
ignoro la fecha
si será hoy
en los próximos años o en decenios.
Será cuando la siguiente pandemia
Más canalla de horizontes+
Asesine a los niños.
Ayer el Coronavirus
se quedó dormido un rato
con los bolsillos llenos.

Sin refugio
a pecho descubierto
pregunto
a catedrales escaleras océanos
a pasillos interminables plagados de esqueletos
a políticos cretinos con mando
a virólogos desorientados altaneros
a orillas con olas tiernas
a madres de luto riguroso
a lágrimas intensas varadas en el pensamiento:
¿qué hicimos los ancianos

para merecer en España
más que nadie
el castigo del beso eterno de la Muerte?

Con certeza clara
únicamente responden
las huellas del silencio...

PALABRAS DE AGRADECIMIENTO

JUAN LUIS IBARRA

1

Gracias a la Fundación Mario Onaindia en la persona de su presidenta, Esozi Leturiondo y de su secretario Alberto Agirrezabal; gracias a Adela Asua, Begoña Basarrate, María Jesús San José, Miguel Ángel García Herrera, Alberto López Basaguren, Diego Íñiguez y Felipe Juaristi que han tratado mi biografía con tanto cariño como estupenda exageración; gracias a las amigas y amigos que me acompañáis en este día y este acto, por tantas razones único e inolvidable.

Muchas gracias a la vida que me ha deparado el volcán de emociones que me embargan, hoy, al recibir la distinción que otorga anualmente la Fundación zarauztarra.

Una distinción que lleva el nombre de Mario Onaindia, excelente y entrañable amigo que alcanzó la sabiduría en el desempeño honrado y brillante de la política; una persona en cuya ejecutoria se resumen los anhelos y esperanzas, errores y aciertos, éxitos y fracasos de una generación, ambos nacimos en 1948, que abrimos los ojos a la política y al compromiso con la *res publica*, en el País Vasco, en la década de los años sesenta.

La distinción de la Fundación Mario Onaindia me dirige una poderosa invitación para echar la vista atrás y expresar en público la versión más amable de esas huellas que han dotado de sentido a mi vida y que me siguen impulsando a hacer camino al andar.

La huella más indeleble ha sido y sigue siendo mi familia, con un futuro genialmente garantizado por las conversaciones con mi nieto Leo. También la amistad me ha dejado y sigue tejiendo sendas profundas en mi condición de mamífero con sentimientos. No quiero olvidarme de ese andar golpe a golpe que me permite reconocermelo como ciudadano de izquierdas comprometido en la defensa de la democracia constitucional y de las libertades conquistadas en 1978.

Pero entiendo que hoy, en este foro, debo dar razón sobre las huellas que puedan dotar de una cierta coherencia a mi peregrinaje por el derecho y por el ejercicio de la jurisdicción.

2

Soy y me siento cómodo en la identidad de jurista, o, al menos, de artesano del derecho.

Comparto con los estructuralistas la apreciación de que el derecho es un lenguaje, un sistema codificado de signos para la comunicación humana. Pero ni la lengua ni el habla del derecho se explican desde los meros *juegos del lenguaje*. El derecho es, sobre todo, un instrumento imperativo de regulación de las relaciones sociales y de garantía de la dignidad y la autonomía de las personas. Un lenguaje y un medio portador de poder. Ambos enderezados a la convivencia pacífica, de conformidad con el principio de paz jurídica.

Durante casi medio siglo he convivido estrechamente con el derecho en esa doble dimensión de fenómeno social ligado al lenguaje, a la lengua y al habla del derecho, así como también, como realidad institucional vinculada a la jurisdicción y a la pretensión de la realización pública y privada del imperio de la ley.

3

Mi primer acercamiento al derecho se produjo en la Universidad de Deusto en la segunda mitad de los años sesenta. En un contexto social en el que una parte significativa de mi generación despertamos a un compromiso político difusamente definido como *antifranquismo*.

Tuvo algo de estallido iniciático. Aquellas vivencias enmarcadas en una confusa contradicción respecto de la dictadura, determinaron, como las palabras de Thomas Mann en la *Montaña mágica*, "el comienzo de muchas cosas que, en el fondo, no han dejado de comenzar".

Lo vemos reflejado en las reflexiones autobiográficas de mis coetáneos, como Mario Onaindia en *El precio de la libertad*, Teo Uriarte en *Mirando atrás*, Jon Juaristi en *Sacra némesis...* o en las de nuestras hermanas y hermanos mayores, como Idoia Estornés, en *Cómo pudo pasar nos esto*. Quizá Idoia ha sintetizado de forma más exacta aquella memoria juvenil compartida por mi generación: "... en molde dictatorial, sobre magma católico-marxista, échese un mucho de juventud, otro tanto de transporte lírico, mézclese con optimismo positivista y ruido de subversión cercana. Cuando el soufflé se lance al galope tendremos la superación de todas las contradicciones. Servir flambeante...".

Mi rebeldía juvenil encaja en este molde sin más precisiones que las referidas al lugar, el entorno de la parroquia de San José Obrero de Romo en Getxo y con las peculiaridades de mi personalidad, más inclinada a la duda que al espasmo.

Transité en esos años al antifranquismo provisto muy livianas alforjas: la enseñanza de vida del sacerdote Lucio Azkoaga, el entusiasmo por el Concilio Vaticano II explicado desde el manual que José María González Ruiz tituló *Crear es comprometerse* y una errática formación política conectada con la tarea de vendedor-propagandista de los libros de la editorial Zero-ZYX registrada por nuestros luego íntimos amigos Pedro Ibarra y Carmen Oriol.

4

Para no apartarme del guión debo decir que no llego a identificar ninguna traza de mi identidad de jurista en la facultad de derecho de la Universidad de Deusto.

En el segundo curso, 1967/68, participé como delegado de clase en las protestas contra el sindicato universitario vertical y contra el allanamiento del campus por los grises y los guerrilleros de Cristo Rey. Me recuerdo muy vívidamente en el encierro en el paraninfo universitario y coreando la actuación de Raimon en el del campus. Pero lo que luego entendí como el derecho no se había cruzado aún en mi vida.

Para animarme del tedio de las asignaturas jurídicas los dos siguientes cursos me matriculé en las clases de la tarde del Instituto de Sociología de la Universidad de Deusto.

Me reconcilé, por fin, con la vida universitaria en aquel ambiente que recuerdo sazonado por jóvenes militantes de los centros fabriles de la margen izquierda, curas obreros y activistas de los incipientes movimientos de barrio.

Concluida la licenciatura la relación con Pedro Ibarra me abrió el acceso a un despacho de abogados realmente singular, situado en la calle Máximo Aguirre, 5 de Bilbao.

En el último curso de carrera había tenido una pequeña colaboración de pasantía con el despacho. Gracias a esta relación, el 3 de diciembre de 1970 asistía atónito en las dependencias del Gobierno Militar de Burgos, a la primera sesión del Consejo de Guerra sumarísimo 31/69 en el que Pedro Ibarra y Francisco Letamendia, abogados del despacho de Aguirre 5, defendían a dos de los dieciséis procesados, entre ellos Mario Onaindia y Teo Uriarte.

Resulta imposible de olvidar la zozobra que inundó nuestros barrios y pueblos aquel mes de diciembre de 1970, atravesado por el impacto de las nueve condenas a muerte y por las protestas internas e internacionales contra una justicia militar inicua y, por extensión, contra un régimen que exhibió su incapacidad para apartarse de la clave dictatorial represiva.

El resultado personal fue que el comportamiento de aquellos abogados, muy singularmente la actuación exquisitamente jurídica e implacable de Juan Mari Bandrés, me permitió dar una respuesta inequívoca desde el ejercicio de la abogacía a la exigencia del *hay que hacer algo* que me había interpelado desde el ingreso en la universidad.

5

Me colegié como abogado a principios de 1972 y mantuve el ejercicio profesional hasta que obtuve el doctorado en derecho por la Universidad del País Vasco a principios del año 1982.

En el ejercicio de la abogacía sí que encuentro esa espuma de las olas en la que se forja mi identidad como jurista.

El lema del despacho, definido como un *instrumento al servicio de las organizaciones de masas* (ISOM, en abreviatura clandestina), expresaba una neta relación instrumental con el

derecho. Una concepción que resultaba concomitante con las lecturas, me temo que no muy atentas, de la corriente italiana del *uso alternativo del derecho*.

Me recuerdo buscando grietas y contradicciones legales para su empleo en el apoyo jurídico a las reclamaciones sociales y al avance de prácticas democráticas. Luego entendí que, más allá de los ecos jurídicos del *otoño caliente* en Italia, la huella por la que transitábamos había sido ya bautizada por Von Ihering, a finales del siglo XIX como *La lucha por el derecho*: "...resistir a la injusticia es un deber de la persona para consigo misma, porque es un presupuesto de la existencia moral; y es un deber para con la sociedad porque esta resistencia no puede ser coronada con el triunfo, más que cuando es (una resistencia) general".

Esta dimensión alternativa de empleo del derecho para destilar chispas de justicia me la descubrió el ejercicio de la abogacía primero en el ámbito del derecho laboral y, a partir del año 1974, en el terreno del asesoramiento y defensa de las reclamaciones urbanas de las asociaciones de vecinos desde el instrumento del derecho administrativo.

Todavía hoy reconozco las huellas de aquellas luchas por el derecho en mi particular cartografía de paseante: Veo la bella ladera del parque de La Benedicta, en Portugalete y me recuerdo litigando con éxito en nombre de la asociación de vecinos contra la corrupción urbanística municipal tardofranquista; paseo por los jardines del parque Marisabel en Neguri Langille y me sigo preguntando como pudimos ganar el pleito frente al poderoso Real Club Jolaseta; el palacete de la única mujer alcaldesa de Bilbao me trae a la memoria las impugnaciones jurídicas contra su decisión de imponer contribuciones especiales para cargar sobre los vecinos el incumplimiento de los deberes urbanísticos por parte de los promotores en los nuevos barrios de Bilbao.

6

Rocé el derecho penal en la defensa ante el Tribunal de Orden Público de procesados por asociación ilícita, propaganda ilegal. En algún caso por colaboración con banda armada y depósito de armas por parte de personas acusadas de pertenencia a ETA.

He recapacitado muchas veces sobre el embotamiento moral que durante años me impidió reconocer como víctimas a quienes sufrían la violencia terrorista y como victimarios a esa parte de nuestra clientela. Se que la deontología de los abogados habilita como honorable la defensa de personas que ejecutan actos execrables.

Pero se, también, por experiencia propia, que en el País Vasco de aquellos años esa mirada acrítica al terrorismo, disimulada en la toga del abogado, contribuyó al desarrollo de una subcultura de la violencia política que operó como contexto social facilitador de la pervivencia de ETA.

Rompí públicamente con ese aroma mórbido el día 8 de junio de 1980 en una carta abierta publicada en el diario *Egin* en la que denuncié el asesinato por ETA de Tomás Sulibarria, ex-militante de la organización a quien había defendido el año anterior ante la Sección Primera de la Audiencia Nacional.

7

Accedí a la docencia universitaria como profesor asociado, de la mano de los profesores Javier Corcuera y Miguel Ángel García Herrera, en el curso 1979/80.

En la década de los ochenta se produce un auténtico vuelco reconfigurador de mi vida profesional: primero con el ingreso en 1984 en el cuerpo de profesores titulares de derecho administrativo y, tres años después, con el acceso a la judicatura por el turno de juristas de reconocido prestigio.

Manteniéndome en el hilo conductor de la huella del derecho, la clave de estos años va a ser el descubrimiento del Estado constitucional de Derecho y de la potencialidad del sistema de garantías de los derechos humanos. Proyecté ambos factores en el campo de la jurisdicción, en el que transité en la compañía de las compañeras y compañeros de Jueces para la Democracia, y en el terreno de la resistencia civil activa frente al terrorismo etarra.

En este segundo ámbito me dejó una profunda marca la militancia en la Asociación Pro Derechos Humanos del País Vasco de la que tuve el honor de ser cofundador en el año 1984 y presidente en el periodo de noviembre de 1986 a junio de 1993. Con la asociación y en colaboración con otras organizaciones sociales resistentes, participé en cinco memorables campañas: “Contra el silencio-Ixilik ez” en 1987; “Ya no me callo-Orain ez gara ixilduko”, en 1992, “Yo también opino-Nik ere neure iritzia” y la campaña del lazo azul en 1993 y “Espacios sin pena de muerte” en 1997.

Recuerdo muy vivamente la campaña “Contra el silencio”. Las pegadas a plena luz del impactante cartel diseñado por Oteiza sobre una idea de José Luis Zalbide y la fuerza del manifiesto, afinado por Luciano Rincón: “...Una cruz gamada se está formando entre nosotros y va entrando en la vida cotidiana de los ciudadanos vascos...¿Por qué no dirigirnos ahora unos a otros con un gesto, con un signo que indique claramente que rechazamos esto...?. Y entonces ya no tendremos miedo de levantar la voz y los que creen en la violencia ya no tendrán sitio para moverse ni para quedarse con sus armas y su odio”.

8

Unos años después, en julio de 1993, entré a formar parte del equipo de Juan Alberto Belloch, nombrado Ministro de Justicia en el cuarto gobierno de Felipe González. Fui Secretario General Técnico en este ministerio y Director General de Codificación y Cooperación Jurídica Internacional cuando se integraron en un mismo Ministerio las carteras de Justicia e Interior.

Esta etapa trepidante me supuso un curso acelerado tanto de política española y europea como de hiper-realismo jurídico. Una experiencia que compartí muy estrechamente, entre otros, con José Luis Zalbide y con Diego Iñiguez que hoy me acompañan. La participación en la gestión de cuarenta y dos anteproyectos de ley, algunos de ellos convertidos después en leyes orgánicas tan importantes como el Código Penal o la Ley del Tribunal del Jurado, me ofreció una oportunidad inigualable de conocer como se produce la base normativa del ordenamiento jurídico.

Pero donde realmente encuentro la huella de mi relación con el derecho es en el ejercicio durante algo más de tres años de la función de Autoridad Central española en relación con el Comité Europeo para la prevención de la tortura. Este órgano del Consejo de Europa, constituido en 1989 para examinar el trato dado a las personas privadas de libertad a fin de prevenir y reforzar su protección frente a la tortura realizó en aquella legislatura dos visitas a España: una de carácter periódico, es decir por turno ordinario, en abril de 1994 y otra visita *ad hoc* en junio de 1994.

Esta última se produjo de forma extraordinaria con un aviso previo de veinticuatro horas y vino motivada por las denuncias de malos tratos graves causados por la Guardia Civil en la comisaría de El Antiguo de Donostia-San Sebastián a ocho personas detenidas entre el 2 y el 7 de junio de 1994 y puestas a disposición judicial como presuntos participantes en actividades relacionadas con el terrorismo.

En abierta contradicción con la decisión de la autoridad judicial que archivó las denuncias de torturas formuladas por los detenidos, el Comité de Prevención de la Tortura recomendó una investigación general de naturaleza profunda e independiente sobre los métodos policiales utilizados tanto en los centros de detención como en el transporte de las personas detenidas y sobre la actuación de los médicos forenses en los supuestos de prórroga de la detención más allá de las setenta y dos horas.

En cumplimiento de estos requerimientos, tuve el honor de presidir un Grupo de trabajo con la participación de funcionarios del más alto nivel operativo de la Guardia Civil, la Policía Nacional e Instituciones Penitenciarias y con la colaboración estrecha del director de la Clínica Médico Forense de Bilbao y de altos funcionarios de la Ertzaintza. Fruto de este trabajo que continuó durante el resto de la legislatura, se aprobó un protocolo modelo de reconocimiento médico al comienzo y a la conclusión del periodo de detención, se clausuraron las dependencias de detenidos en el cuartel del barrio El Antiguo en Donostia-San Sebastián y la Secretaria de Estado de Interior, Margarita Robles, aprobó las Instrucciones para la llevanza obligatoria del Libro-Registro de Detenidos y el Libro de Custodia de Detenidos que, por recomendación del Consejo de Europa, debían operar como soporte documental de las vicisitudes durante el periodo de detención.

9

Concluido el paréntesis ministerial, en junio de 1996 reingresé en la Sala de lo Contencioso-administrativos del Tribunal Superior de Justicia.

La Comenzaba entonces a recaer sobre judicatura ejerciente en el País Vasco la estrategia de *socialización del sufrimiento* dictada en el año anterior en los documentos del *Movimiento de Liberación Nacional Vasco* (MLNV). Se nos aplicó el ritual de estigmatización social como *enemigos de Euskal Herria* que ya sufrían los miembros de la policía, los cargos políticos y representantes municipales del PP y del PSE, el empresariado vinculado a determinadas obras públicas y determinados periodistas y profesores universitarios.

En septiembre de 1998 los partidos nacionalistas suscribían con HB el *Pacto de Lizarra*; y, en mayo de 1999, se alcanzaba en el Parlamento Vasco un acuerdo de legislatura entre los grupos parlamentarios del PNV, EA y HB.

Entramos de lleno en los *años de plomo*, en la dura realidad de los veinticinco atentados con explosivo contra los palacios de justicia, de las inacabables campañas de intimidación, señalamientos y amenazas, así como en el ejercicio de un calculado *distraimiento institucional* en materia de prevención y de protección por parte de los gobiernos del Lehendakari Ibarretxe.

Esta espiral alcanzó su cénit con el asesinato, en la mañana del 7 de noviembre de 2001, de José María Lidón, magistrado de la Audiencia Provincial de Bizkaia y veterano profesor de Derecho Penal en la Universidad de Deusto. Hasta aquel día la violencia de intimidación y de persecución sufrida por el conjunto de la judicatura no llegó a contar con ningún programa de prevención ni de protección general por parte del Departamento de Interior del Gobierno Vasco. En los dos meses siguientes se dispuso un intenso programa de seguridad de jueces y fiscales que se mantuvo plenamente vigente hasta el anuncio por ETA del cese definitivo de su actividad armada, el 20 de octubre de 2011.

10

La respuesta institucional y policial frente al asesinato de José María Lidón marcó, así, el cambio de fase. A partir de entonces, muy lentamente, se fue abriendo camino el principio de legitimidad a través de la legalidad del que se nutre la cultura jurídica en las sociedades democráticas constituidas bajo la forma de gobierno que llamamos Estado constitucional de Derecho. En esa misma medida, ETA y las organizaciones del *Movimiento de Liberación Nacional Vasco* (MLNV) perdieron la batalla de la deslegitimación social y del menosprecio institucional dirigida durante más de una década contra la judicatura en el País Vasco.

Quiero pensar que a ello contribuimos con un ejercicio jurisdiccional inequívocamente situado en la órbita ética de la garantía de los derechos humanos y de la lucha por el buen derecho.

Pero, sobre todo, tuvimos que librar una dura batalla contra la incidencia en el completo mundo del nacionalismo vasco de los tres tópicos producidos desde el MNLV con los que se construyó el discurso deslegitimador de los jueces y fiscales ejercientes en el País Vasco:

- a. En primer lugar, el tópico de que *estos jueces* no son nuestros jueces. De donde se llega a la conclusión de que la construcción nacional de Euskal Herria requiere de un Poder Judicial propio en un espacio judicial vasco.
- b. El segundo tópico dirá que la legalidad la conceden los pueblos y no los Estados. Y que, por tanto, las leyes que aplican los jueces españoles nos son ajenas.
- c. Y el tercero se refiere al euskera para sostener que no podemos defendernos ante jueces que no emplean o no conocen nuestra lengua. De donde se concluye que los jueces españoles no están capacitados para escucharnos.

11

En los diez años en los que he desempeñado el cargo de presidente del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco he comprobado como perdían fuelle hasta resultar residual estos tres tópicos emanados de la subcultura de la violencia.

Tengo una deuda de agradecimiento especial con el Lehendakari Patxi López. Fue el primer Lehendakari que de manera pública, expresa y subrayada nos dijo: “Vosotros sois nuestros jueces”. Fue el 3 de octubre de 2011 en la recepción celebrada en el palacio de justicia de Bilbao con ocasión de la apertura del año judicial. Una celebración a la que asistía por primera vez el Lehendakari, la Presidenta del Parlamento Vasco, la Mesa del Parlamento Vasco y los presidentes de las Juntas Generales de Álava y Gipuzkoa. Se inició, así, una costumbre institucional que desde entonces solo ha sido interrumpida este año por causa de la pandemia.

También se ha eclipsado en la agenda política la invocación decisionista que busca enfrenar la voluntad de los pueblo al principio democrático del imperio de la ley. Y con ello, en estos años, tampoco ha encontrado amparo en las instituciones autonómicas la reclamación de un poder judicial vasco.

Tenemos un importante indicio de todo ello en el documento de bases consensuadas entregado el 2 de diciembre de 2019 por la Ponencia para la actualización del autogobierno de Euskadi nombrada por el Parlamento Vasco.

Mi forma de entender el derecho y la jurisdicción no se ha modificado durante el ejercicio de la representación ordinaria del poder judicial en el País Vasco.

El desarrollo de esta función me ha permitido enhebrar un discurso institucional dirigido a dar cuenta de las claves de situación de la Administración de Justicia y a facilitar la comprensión por la ciudadanía de la misión constitucional de la judicatura y del servicio público de la Justicia.

En modo alguno se ha tratado de un empeño individual. En la Europa del Derecho y en el Espacio Europeo de Justicia del siglo XXI, la potestad jurisdiccional no puede desempeñarse de forma desnuda por los miembros del Poder Judicial. Tampoco resulta suficiente el concurso del abigarrado conjunto de profesionales, organizaciones, infraestructuras y recursos al que genéricamente la Comisión de la Unión Europea en sus informes anuales denomina como sistema de justicia.

La mejora de la calidad, eficiencia y efectividad de los sistemas de justicia exige, además, de una gestión de gobierno asentada en la práctica de la inteligencia cooperativa hacia el interior de la Administración de Justicia y en relación con el poder ejecutivo que opera como Administración prestacional.

En mi experiencia, el gobierno de la justicia en el País Vasco ha discurrido de acuerdo con el principio de legitimidad por la legalidad, expresado en la sola sujeción al imperio de la ley.

Pero, sin duda, ha necesitado, también, de una actuación con *sentido de Estado*. Porque, en el ámbito de la Comunidad Autónoma, la realidad de la separación de los poderes legis-

lativo, ejecutivo y judicial se obtiene desde un equilibrio de límites y contrapesos entre todos los poderes públicos en presencia que incluye a la representación del poder judicial en el territorio.

12

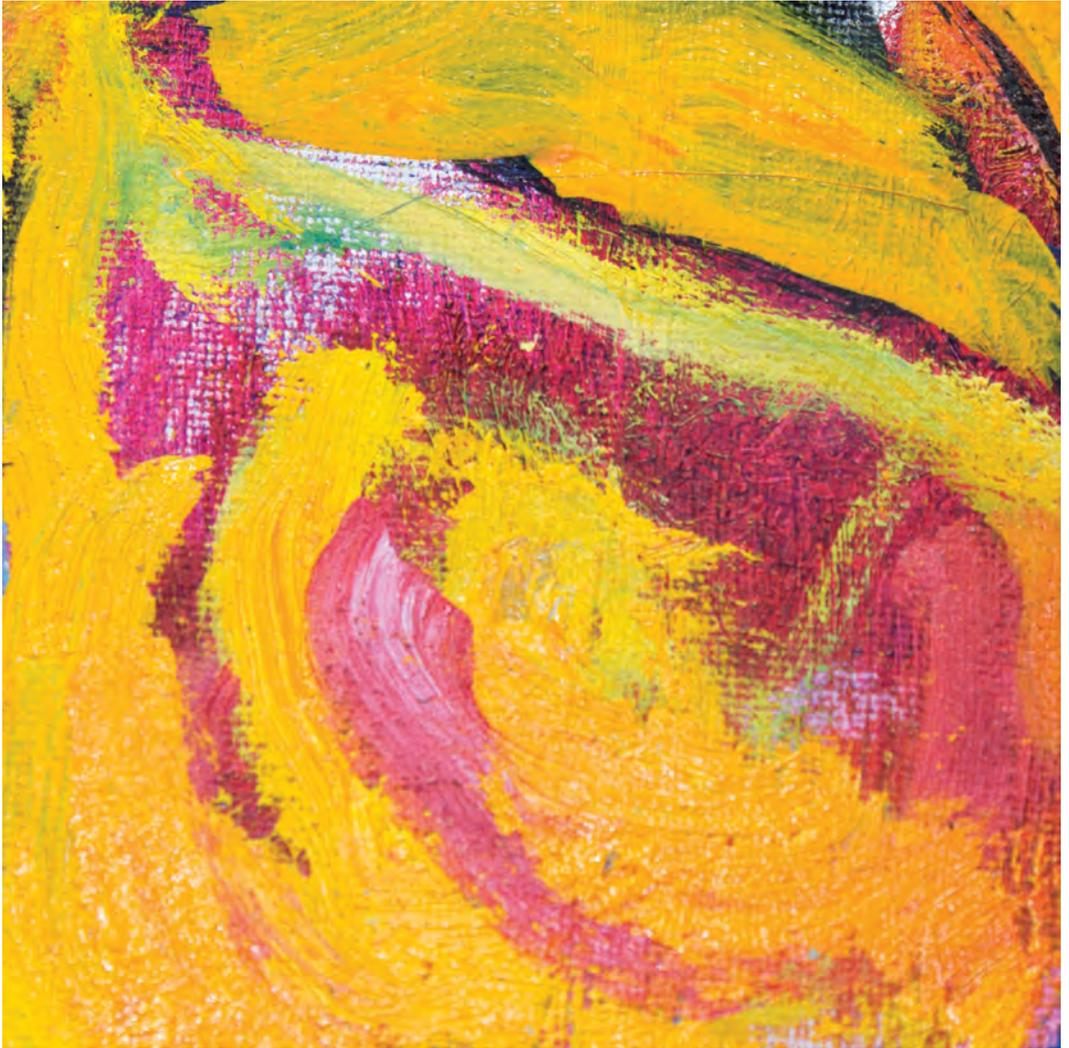
Recibo el premio de la Fundación Mario Onaindia con la emoción del recuerdo de la ejecutoria de Mario y de las ejecutorias de aquella juventud militante de la primera Euskadiko Ezkerra que no nos conformamos con el inconformismo ni tampoco con la utopía como mero ideal de humanidad. De aquellas compañeras y amigos con quienes desde la sociedad, la política y las instituciones he compartido afanes en el inacabado proceso de la construcción de la democracia y del Estado constitucional de Derecho.

Confieso, sin ambages, remedando al personaje de “Los justos” de Albert Camus, que mi papel en estos años no ha sido transformar el mundo. He debido conformarme con el papel de servir a determinados valores, desde la lucha por el derecho y desde el garantismo jurisdiccional. Valores sin los cuales un mundo, aún cuando se transformara, no vale la pena ser vivido.

A esos valores, sintetizados en la divisa revolucionaria de la libertad, la igualdad y la solidaridad, confío en poder seguir sirviendo en los próximos lustros.

Muchas gracias por escucharme

Zarautz, 10 de octubre de 2020.



SUR
HEGOA

AÑO CLAVE

LUIS ROCA JUSMET

FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka y JIMÉNEZ RAMOS, María: *“1980. El terrorismo contra la transición”*. Fundación Centro para la Memoria de las Víctimas del Terrorismo Madrid, Editorial Tecnos (Grupo Anaya, S.A), 2020, Prólogo de Luisa Etxenike.

Esta publicación recoge el ambicioso proyecto de hacer un riguroso y completo trabajo coral que, tomando como referencia el año clave de 1980, ponga de manifiesto el peligro que supuso para la Transición la violencia terrorista durante el período que va de 1976 a 1982. El año 1980 fue la cresta de esta ola, que estuvo a punto de hacer peligrar el proceso que transformó la dictadura franquista en un estado democrático. Todo ello enfocado bajo el buen criterio, de que hay que observar la Transición española con un ojo crítico que evite tanto su idealización como su criminalización.

El trabajo es multidisciplinar y cuenta con un grupo de expertos muy bien seleccionado. Los textos pueden dividirse en varios registros. En primer lugar, está el que podríamos considerar más teórico, escrito por Juan Avilés Farré, que cuestiona el mito de la transición sangrienta del caso español y que lo sitúa en el contexto internacional de la tercera ola democrática, por un lado, y de la tercera ola terrorista, por otra. Lo peculiar del caso que analizamos es que los dos procesos se cruzan. Tenemos después el

que analiza el marco político, el artículo de Pablo Pérez López, “1980. El año en que la Transición pudo naufragar”. Nos centramos entonces, con el artículo de Gaizka Fernández Soldevila, en la dramática cuestión, como muy bien plantea en el texto que titula “¿Al borde del abismo? La violencia política (y sus víctimas) durante la Transición”.

A partir de aquí vamos entrando en el tema. Hablamos de tres tipos de terrorismo. El más importante, el nacionalista radical, que buscaba la independencia de Euzkadi para crear un Estado propio. Era, sobre todo, el de ETA militar, muy bien analizado por Florencio Domínguez Ibarren, en su descripción de la guerra de desgaste contra el Estado. Pero, como nos recuerda Gaizka Fernández Soldevilla en otro texto, el terrorismo de Eta militar estuvo bien secundado, en aquellos momentos, por el de ETA político-militar y los llamados “Comandos autónomos anticapitalistas”. Hablamos aquí de la situación específica que se da en el País Vasco, que por una parte tiene un apoyo social importante que le dará alas, y por otra también provocará una respuesta social en

estos terribles “años de plomo” que se vivieron en el territorio. Respuesta social minoritaria, analizada por Irene Moreno Bibiloni, que deberá combatir el imaginario colectivo del “Como siempre, ellos”, la imagen creada del enemigo, muy similar a la que se dio en Irlanda del Norte, potenciada por el IRA. Esto último lo tratará Bárbara van del Leeuw.

Tenemos después la reflexión sobre el terrorismo de unos sectores minoritarios de la extrema izquierda, cuyo objetivo último era instaurar la Dictadura del Proletariado. Este análisis, a cargo de Matteo Re, se centra sobre todo en el GRAPO. Finalmente, no por ello menos importante, el terrorismo parapolicial y de ultraderecha. El autor, Xavier Casals, analiza el cruce de la vía del Batallón Vasco Español, similar al OAS en Argelia, el de la Triple A, similar al de la extrema derecha argentina, y el del neofascismo italiano, con sus conexiones con el frente de Juventudes. Todo ello con la inquietante trama de conexiones con el aparato policial y militar y su relativa impunidad.

Importante el artículo que hará referencia a la respuesta del nuevo Estado democrático frente al desafío terrorista, que desarrollará de manera muy precisa Roberto Muñoz Bolaños. El papel de la prensa no podía obviarse, ya que como sabemos, es un formador de la opinión de la pública. Por una parte, tenemos el texto de Carmen Lacarra

Martín y Javier Morrodán Ciordia, que tratará sobre la manera en que diferentes publicaciones tratan los hechos a través de sus interpretaciones, fotos y ausencias (aquí se refieren a las víctimas, que casi no aparecen de manera explícita). Por otro lado, lo que hará Laura González Piote es señalar como los diarios El Alcázar y Reconquista se dedicaron entre 1977 y 1981 a incitar a una intervención militar contra el terrorismo.

Quedan, finalmente, las cifras y el mapa del terror de 1980, que analizarán respectivamente Rafael Leonisio e Inés Gaviña Sastre. Completado con los anexos de las víctimas mortales del terrorismo y de los secuestros de 1980. Y, como no podía ser menos, la aproximación al rostro humano de las víctimas, que no son estadísticas sino los relatos personales de la tragedia. De ello se encarga María Jiménez Ramos.

Todo ello precedido por un denso y profundamente prólogo de Luisa Etxenike: (“Demasiada realidad” para soportar...). Y una introducción muy oportuna de los coordinadores, Gaizka Fernández Soldevilla (Centro para la Memoria de las Víctimas del Terrorismo) y María Jiménez Ramos (Universidad de Navarra). Un buen trabajo para un libro altamente recomendable, imprescindible casi diría, para entender uno de los aspectos más importantes y más terribles de la Transición política española.

BIOGRAFÍAS

GAIZKA FERNÁNDEZ SOLDEVILLA

ADLER, Laure:

Hannah Arendt. Una biografía.
Ariel, Barcelona, 2020, 592 págs.

MOSER, Benjamin:

Sontag. Vida y obra.
Anagrama, Barcelona, 2020, 832 págs.

JIMÉNEZ, María:

Ana María Vidal-Abarca. El coraje frente al terror.
Los Libros de la Catarata, Madrid, 2020, 240 págs.

RIVERA, Antonio y MATEO, Eduardo:

Fernando Buesa, una biografía política. No vale la pena matar ni morir
Los Libros de la Catarata, Madrid, 2020, 216 págs.

La pandemia ha tenido un impacto negativo en las editoriales y las librerías y, por consiguiente, ha terminado por afectar a todos los letraheridos. No sólo fue difícil adquirir libros durante una larga temporada, sino que además la mayoría de las publicaciones anunciadas para el primer semestre de 2020 tuvieron que retrasar su aparición. Inevitablemente, pues la dinámica editorial continua, estos títulos se han sumado a los que estaban previstos para el segundo semestre, con lo que, tras el verano, se ha producido una avalancha de novedades que duran poco tiempo en el escaparate de las librerías, visto y no visto, antes de ser sustituidas por otras igual de efímeras.

Por todo ello, pese a la calidad de no pocas de estas obras, me temo que van a pasar relativamente desapercibidas. En esta breve reseña pretendo rescatar algunas lecturas recientes que me han marcado tanto por su contenido como por compartir un género, el biográfico, que actualmente goza de muy buena salud. Todas están dedicadas a individuos únicos en nuestra historia reciente, que han sobresalido por su obra intelectual, su coraje cívico o su carrera política, aunque en los dos últimos casos también tenga un peso específico el terrorismo de ETA. Tres de estas historias personales versan sobre mujeres (Hannah Arendt, Susan Sontag y Ana María Vidal-Abarca); la última, acerca de un hombre (Fernando Buesa). Las cuatro obras están bien escritas, aunque con estilos muy diferentes. De igual manera, todas ellas están exhaustivamente documentadas, destacando el uso de las fuentes orales por parte de los biógrafos, entre los que hay escritores, periodistas e historiadores.

Hannah Arendt. Una biografía es una nueva edición, actualizada, de la ya clásica obra (2005) de la periodista, escritora, editora y productora Laure Adler. Sin duda, se trata del mejor trabajo sobre la trayectoria de esta brillante filósofa judía de origen alemán, con justicia considerada una de las pioneras en el estudio sobre el totalitarismo y el Holocausto nazi. La obra ha sido ampliada al hilo de la aparición de nuevas investigaciones y fuentes sobre Arendt, pero el cuerpo del libro no ha sido sometido a una reescritura, lo que quizá hubiera sido necesario. De igual manera, el lector hubiera agradecido que las páginas dedicadas a los grandes debates filosóficos de la época hubiesen sido simplificados. No obstante, si uno se salta esa parte, podrá comprender mejor el papel de Hannah Arendt como mujer, judía, exiliada, autora, polemista y modelo, entre otras, de Susan Sontag.

A esta última le dedica una biografía publicada por el sello Anagrama, toda una garantía, el escritor, editor y traductor Benjamin Moser. Pese a que a que su tamaño es a todas luces excesivo, se trata de una obra excelente, como acredita que haya sido merecedora del Premio Pulitzer 2020. Aunque en origen se tratase de un encargo editorial del entorno de Sontag, el autor ha sabido ser riguroso y ahondar también en las sombras y contradicciones de una de las grandes intelectuales estadounidenses del siglo XX, ciudadana comprometida, renovadora de la crítica literaria, inteligente ensayista, no tan buena novelista como a ella le hubiera gustado y a veces pésima conocedora de la realidad política del momento. Al hilo de su trayectoria personal y sus publicaciones, asistimos a los grandes acontecimientos que marcaron a la intelectualidad de aquellas décadas, como la oposición a la Guerra del Vietnam, la seducción de las dictaduras de corte comunista, los avances del feminismo, los derechos de gays y lesbianas, especialmente en lo referente al sida, la persecución a Salman Rushdie o la guerra de Yugoslavia.

El libro de la periodista María Jiménez, profesora de la Universidad de Navarra, se centra en otra mujer con mayúsculas. Marcada por la tragedia, Ana María Vidal-Abarca le supo hacer frente por medio del valor y el compromiso cívico. Su marido, el comandante del Ejército Jesús Velasco, fue asesinado por ETA militar en 1980, el año con más víctimas mortales del terrorismo hasta el 11-M: 132. En aquellos "años de plomo" las víctimas no solo sufrían la indiferencia de la sociedad vasca, sino que también quedaban desamparadas por las instituciones. Para remediarlo, a finales de 1980 Vidal-Abarca, Sonsoles Álvarez de Toledo e Isabel O'Shea fundaron la Hermandad de Familiares de Víctimas del Terrorismo. Rebautizada como AVT en 1987, ha sido clave para dar visibilidad a los damnificados y para que se reconozcan sus derechos. Impulsada por la Fundación Víctimas del Terrorismo, Ana María Vidal-Abarca. El coraje frente al terror es una obra magnífica que merece darse a conocer no solo por la trascendencia de la biografiada, sino también por la forma divulgativa que le ha dado la autora al texto, más atractiva de lo que es usual en el género.

El historiador Antonio Rivera, catedrático de la UPV/EHU, y Eduardo Mateo, gerente de la Fundación Fernando Buesa firman la biografía de este político socialista asesinado por ETA el 22 de febrero de 2000 junto a su escolta, el ertzaina Jorge Díez Elorza. Nacido en Bilbao el 29 de mayo de 1946, Fernando Buesa había pasado su infancia en Guernica. Cursó Derecho

en Madrid y Barcelona, para luego ejercer de abogado en Vitoria. Compaginó su profesión con una carrera política excepcional. Siempre ligado al socialismo vasco, fue diputado foral de Álava (1979-1983), concejal del Ayuntamiento de Vitoria (1983-1987), secretario de Organización del PSE-PSOE (1985-1988) y diputado general (1987-1991). Desde 1984 era parlamentario autonómico y en septiembre de 1991, además de asumir la Consejería de Educación, fue nombrado vicelehendakari del Gobierno Vasco de coalición PNV-PSE presidido por José Antonio Ardanza. Pese a su trayectoria política, su figura hubiera caído en el olvido, como tantas otras, de no ser por la dinámica actividad de la Fundación Fernando Buesa, de la que este libro es una clara muestra. De calidad y factura impecables, se trata de una biografía indispensable para conocer nuestra historia reciente.

UNA BRÚJULA MORAL PARA LA IZQUIERDA

LUIS ROCA JUSMET

OLIN WRIGHT Erik (traducido por Cristina Piña Aldao: *Como ser anticapitalista en el siglo XXI*. Madrid, Ediciones Akal, 2020.

El libro que nos ocupa está perfectamente organizado en seis capítulos. El primero expone de manera sintética por qué hay que ser anticapitalista. Lo hace desde la defensa de unos valores básicos que son los que recoge la tradición emancipadora en que se sitúa el autor: igualdad/equidad, democracia/libertad, comunidad/solidaridad. Desde la perspectiva de estos valores podemos diagnosticar que vivimos en una sociedad enferma y que el origen de esta patología social está en el capitalismo, con un sistema clasista basado en la explotación que va profundizando en la desigualdad; con unas relaciones nefastas establecidas desde un individualismo competitivo y consumista; con un crecimiento económico sin límites y totalmente devastador.

Pero el problema es que, aceptando lo anterior, hay que saber si existen alternativas. Las únicas que históricamente se han presentado como tales (URSS, República Popular China, Europa del Este...) han fracasado como proyecto emancipador. Pero el autor lleva años defendiendo la "construcción de utopías reales" y considera que hay que mantener el término "socialista democrático" para pensar una sociedad que supere las miserias del capitalismo. No hay otro término mejor, igual que el de "utopía", a pesar de todas las reservas que podemos ponerles. A partir de aquí, E.O. Wright entra de manera directa en la configuración de una alternativa al capitalismo, que implica señalar una estrategia para llegar al socialismo democrático. Conocemos cinco propuestas posibles a analizar: "aplantar al capitalismo", "desmantelar al capitalismo", "domesticar al capitalismo" y "huir del capitalismo". Lo que hace es añadir una propuesta nueva: "erosionar al capitalismo", la cual excluye la primera opción e integra de manera complementaria las otras cuatro. La opción de "aplantar al capitalismo" es la de la ruptura violenta, la de una revolución en el sentido clásico, de cuya experiencia histórica podemos concluir que no se ha podido construir nada nuevo sobre las cenizas de lo viejo. El resultado fue siempre la aparición de un estatismo que, aunque mejoró las condiciones de vida materiales de mucha gente, no tuvo nada que ver con las expectativas de una opción emancipatoria. Aunque la opción dos, que era la de reformar el capitalismo

para llegar a través de una serie de reformas al socialismo, fue también un fracaso histórico porque nunca fue posible, para Wright es una opción que hay que recoger combinándolas con otras. En primer lugar, con la “domesticación del capitalismo” que, aunque no sea, por definición, una superación del capitalismo es la que no ha proporcionado las mejores conquistas dentro del sistema. En este nivel, que opera a nivel institucional hay que apoyarse en los partidos de izquierda, que son los que pueden actuar desde el Estado para transformar las Instituciones y la legalidad en una línea que sea capaz de potenciar políticas que, aunque puedan existir en el capitalismo, son por su naturaleza anticapitalistas porque no se inscriben en su lógica. Una tarea es, por tanto, trabajar desde los partidos (sean los tradicionales o creando nuevos, según el contexto). Pero esto no es ni suficiente ni lo más importante, ya que el camino al socialismo debe basarse fundamentalmente en lo que Wright llama el “poder social”. Es decir, en los propios ciudadanos organizados desde la base, que son los que “resisten al capitalismo” empujando a estos partidos a que sean consecuentes con un proyecto transformador y oponiéndose a la lógica del propio sistema. Pero no únicamente esto, sino creando además formas alternativas, que es lo que el autor llama de una manera quizás confusa “huir del capitalismo” (a mi modo de ver una expresión poco afortunado): creando cooperativas, espacios de economía social... Es, por tanto, la combinación de prácticas, institucionales y no institucionales, desde arriba y desde abajo, las que van planteando las transformaciones silenciosas que, finalmente, darían lugar a este socialismo democrático, que ciertamente, deberá ir superando muchas tensiones internas y muchos obstáculos que irán poniendo las élites capitalistas.

El autor tiene claro, como lo tuvo Marx, que no se trata de diseñar lo que será esta sociedad socialista, ya que es la propia práctica y la experiencia la que debe señalar el camino. Pero sí de dar unas líneas maestras que orienten el trayecto: renta básica universal, economía de mercado cooperativa, economía social y solidaria, democratización de las empresas capitalistas, conversión de la banca en un servicio público. Un conjunto de medidas, en definitiva, que, junto a una organización económica no mercantilizada (provisión estatal de bienes y servicios, producción colaborativa entre iguales, procomún de conocimientos) darían lugar a una dimensión del socialismo como democracia económica, no solo política. Este último aspecto también implicaría reformas en las reglas del juego, para hacerlo más democrático: hacer las reglas del juego más democráticas, el sorteo para elegir representantes institucionales, formas directas de participación pública de los ciudadanos.

El último aspecto, muy importante, es el de definir quienes serán los sujetos de estas transformaciones. ¿Quiénes serán sus agentes, los actores colectivos para llevarlo a cabo? Wright plantea la cuestión en todos sus matices y en toda su complejidad. No solamente porque la clase obrera ya no es el grupo dominante y homogéneo que fue, sino también porque si queremos construir un mundo mejor no podemos basarnos únicamente en la defensa de los propios intereses. Se trata de resaltar la dimensión moral del movimiento a través de valores emancipadores compartidos. Para ello es importante la cuestión de cohesionar estos movimientos sociales desde unos principios que no sean puramente corporativos, de ir construyendo

identidades compartidas en torno a ellos. Porque de lo contrario, podemos encontrarnos con que los movimientos fundamentalistas, nacionalistas o populistas de extrema derecha pueden crear identidades opuestas tanto a los intereses propios de los oprimidos que pueden identificarse con ellas, como a los valores progresistas. La política real, en conclusión, supone que se formen actores colectivos políticamente organizados y eficaces para erosionar el capitalismo. Una acción combinada desde dentro y desde fuera de las Instituciones, creando una agencia creativa que se pueda desarrollar un potencial desde una amplia base social que permita dar una salida al desastre al que nos lleva el capitalismo.

Desgraciadamente, Erik Olin Wright murió todavía joven, el año 2019, a los 72 años, poco después de acabar este libro. Completan el libro dos textos de Michel Burawoy, y Vivek Chibber (que titula con el nombre que he dado a esta reseña) que son, en ambos casos, un emotivo e interesante homenaje al autor. Es, en definitiva, un libro, claro, riguroso, absolutamente lúcido. ¿Un libro necesario? Más que esto, un libro imprescindible.

AMOR Y SEXUALIDAD EN EL CAPITALISMO ESCÓPICO

LUIS ROCA JUSMET

El fin del amor. Una sociología de las relaciones negativas

Eva Illouz (Trad. Lilia Mosconi)

Madrid : Katz, 2020

Eva Illouz es una socióloga muy interesante, a la que conocí a través de la lectura de un ensayo que me pareció revelador: "La salvación del alma moderna. Terapias, emociones y cultura de la autoayuda". Continué leyéndola con "Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo" y hace poco con otro libro imprescindible, escrito con Edgard Cabanas y titulado "Happycracia. Como la ciencia y la industria controlan nuestras vidas". Sus trabajos forman parte de un conglomerado de estudios mucho más amplio, del que tampoco puede faltar "La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y del trabajo" de Arlie Russell Hochschild. Se trata de ensayos sociológicos muy críticos, pero también muy rigurosos metodológicamente, que pretenden describir, entre otras cosas, cómo funciona la mercantilización de las emociones en la fase actual del capitalismo. Planteamientos que tienen que ver, por supuesto, con la conceptualización de Zygmund Baumann de que vivimos en una sociedad líquida. Pero también con los trabajos de Richard Sennett, del que diría que uno de sus primeros libros, "El declive del hombre público", es un innegable referente para este ensayo.

El libro de Eva Illouz está inscrito en un trabajo de largo recorrido, que la autora empezó hace ya dos décadas (y en el que se sitúan los libros anteriormente citados) sobre la manera como la cultura del tardocapitalismo en el que estamos inmersos ha transformado nuestra subjetividad y nuestras prácticas e ideas relacionadas con nuestra vida emocional, sexual y romántica. Lo que llama el capitalismo escópico, entendido como centrado en la pantalla y en la imagen. Su idea de relación negativa es la de una relación que empieza con fecha de caducidad, sea porque tiene desde el inicio la marca de lo efímero o la de lo incierto. La autora va analizando y ejemplificando con fragmentos de entrevistas, lo que son las dinámicas de unas relaciones amorosas sin cortejo ni ritual, de la sexualidad causal, de la presencia del fantasma del desamor acompañando siempre ala del amor. Temas muy complejos, que llevan finalmente a la problemática de libertad y, más específicamente, a la de la libertad sexual. Idea liberal de libertad, entendida de manera unilateral como capacidad de elegir y, en el marco de una sociedad capitalista, condicionada por el mercado y por sus medios de formación y de manipulación de los deseos. Lo que se plantea Eva Illouz, radicalmente, es el precio que estamos pagando por esta idea de libertad sexual, lo que estamos dejando en el camino. Y

sobre todo hay en ella una reivindicación de la dignidad de lo humano que me parece muy interesante. Las relaciones, la sexualidad, el amor parecen haber traspasado una medida, haber caído en lo que los griegos antiguos llamaban la Hybris. La falta de normas reguladoras de las relaciones da lugar, no a una mayor espontaneidad en las relaciones, sino a un aumento de la incertidumbre. Las relaciones están marcadas por la confusión, no hay rituales ni de inicio ni de final, el compromiso y la fidelidad se consideran obstáculos a la libertad. Pero la alternativa es que la libertad sea menos individualista y más social (“la libertad social” que reivindica Axel Honneth), y quizás este tipo de libertad líquida, inconsistente, conduzca, como decía Richard Sennett, a la “corrosión del carácter”. Podemos pensar una manera interna de entender la libertad, vinculada al compromiso y a los vínculos, y que justamente necesita un carácter sólido y consistente, no “un hombre sin gravedad” según la expresión del psicoanalista Charles Telman.

Estoy completamente de acuerdo con el planteamiento de Eva Illouz: no se trata de defender un retorno a los valores conservadores sobre la sexualidad, el matrimonio y la familia, pero sí a una reflexión crítica sobre la deriva a la que conduce la creencia y las prácticas asociadas a considerar que la libertad (sobre todo la sexual) no es simplemente capacidad de elegir. Porque este planteamiento supuestamente abstracto, lo que hace es eludir el contexto en el que se inserta, que es el capitalismo y las fuerzas que lo mueven, totalmente devastadoras. Hay que pensar también si es una buena opción entender todas las relaciones humanas, en sus variados registros, como relaciones contractuales. El libro de Eva Illouz, como ella misma dice, no es un libro normativo. No es esta la función del sociólogo. Aunque tampoco lo es mantener una aséptica “objetividad” basada en las estadísticas y que pasa por “imparcial” cuando es una aceptación de las premisas ideológicas hegemónicas, es decir del statu quo. Porque el científico social debe mantener siempre, como hace la autora del libro, la tensión entre la parcialidad de una actitud crítica que problematiza y el ideal de objetividad de quién quiere describir y explicar los procesos sociales. La autora apuesta por una sociología cualitativa y comprometida que cuestione lo que se nos quiere hacer pasar por normal cuando es totalmente contingente y sometido a intereses que no se quieren mostrar. Cierto es que las entrevistas seleccionan un grupo social muy específico, el de la clase media de las sociedades liberal. Pero seguramente es el colectivo donde todo lo que plantea el libro resulta más evidente.

Un ensayo, en definitiva, muy interesante. Que abre un horizonte muy sugerente que vale la pena profundizar con los libros anteriores de la autora y con otros que resultan complementarios. Me parece importante entrar en temas por los que Eva Illouz pasa de puntillas como el de la crisis del patriarcado y de la figura del padre y las reacciones defensivas que provoca en los hombres. También sería importante entrar en el tema, bien trabajado por el psicoanálisis de orientación lacaniana, sobre la manera de abordar la temática del libro desde la diferencia entre placer y goce; entre lo simbólico, lo imaginario y lo real; desde el narcisismo y la diferencia entre necesidad, demanda. En todo caso este libro nos ofrece un buen material para lo que Michel Foucault llamaba una ontología de la actualidad.

EL HOMBRE QUE NO MIRÓ HACIA OTRO LADO

GAIZKA FERNÁNDEZ SOLDEVILLA

Este texto es un extracto de la obra

Rodríguez Aizpeolea, Luis (coord.) (2020): *Compañero del metal. Miradas a la figura de José María Calleja*.

Madrid: Los libros de la Catarata.

A lo largo de la historia extremistas de toda índole han recurrido a las armas. Han matado en nombre de Dios, la revolución, la reacción, la raza o la patria. Por muchas diferencias que haya entre ellos, a los victimarios les guía un principio único: el fin justifica los medios sangrientos (y el consiguiente coste humano). En palabras de Reyes Mate, las víctimas “eran invisibles porque se las consideraba el precio obligado de la marcha de la historia”.

Tampoco quienes se acercaban al fenómeno a posteriori eran capaces de percibir a los damnificados. Daba igual la formación o la profesión del que miraba: todos padecían la misma miopía. De ahí que solo los perpetradores protagonizaran las noticias, los trabajos de investigación, las novelas y las películas. Resultaban tan fascinantes que se obviaban sus secuelas.

ETA no fue una excepción: acaparaba la atención de políticos, periodistas, historiadores, politólogos, novelistas, cineastas... Al colocar el foco sobre los terroristas, quedaban ocultos los asesinados, heridos, secuestrados, extorsionados, exiliados y amenazados, así como sus familias. En la hemeroteca podemos comprobar cómo los nombres y apellidos de las víctimas solo aparecían en los periódicos al día siguiente del atentado, para luego ser rápidamente olvidados. En cambio, los de los etarras se repetían hasta la saciedad. No cabe utilizar este hecho como excusa: lo cierto es que los ciudadanos mirábamos hacia otro lado. No queríamos ver ni saber. Tomemos un caso concreto pero significativo. En 2017 el Euskobarómetro preguntó quién fue la primera víctima mortal de ETA. Solo el 1,2% de las 600 personas encuestadas dio la respuesta correcta: José Antonio Pardines. Pero ¿quién no conoce a su asesino, Txabi Echebarrieta?

Como ha analizado María Jiménez en su tesis doctoral, la abundante bibliografía sobre la banda asignaba un papel secundario a las víctimas del terrorismo. No es casualidad que uno de los primeros libros, escrito por el periodista José María Portell, asesinado cuatro años después, llevase por título *Los hombres de ETA* (1974). De igual manera, las obras que inauguraron los estudios académicos acerca de la organización terrorista, como las de José María Garmendia (1979-1980) y Gurutz Jáuregui (1981), apenas dedicaban espacio a los damnificados por la violencia. Esta sería la tónica general en el ámbito universitario durante años. Los investigadores nos centrábamos en los terroristas, sus biografías, su evolución, sus debates teóricos, su ideología, sus vínculos, sus escisiones, su estrategia, sus atentados, sus brazos

políticos, sus memorias... Las víctimas solo se mostraban en el momento justo de convertirse en tales, ni antes ni después.

No se trataba de un problema local, sino universal. También lo fue el remedio. Debido al peso del Holocausto, en los años setenta y ochenta se registró un punto de inflexión en algunos países de Europa occidental. No sin encontrar dificultades y resistencias, el testimonio de los supervivientes y la labor de historiadores, escritores y creadores fueron dando visibilidad a quienes el III Reich había pretendido borrar del mapa.

En 1997, casi tres décadas después del asesinato de Pardines, José María Fernández Calleja trasladó aquella tendencia a España con un libro de 300 páginas: *Contra la barbarie*. Un alegato a favor de las víctimas de ETA. Se trataba de una obra impactante, rompedora y excepcional. Por un lado, fue la primera que incluyó un listado de personas asesinadas por la banda, que serviría de base para todas las investigaciones ulteriores. Por otro, fue la primera que adoptaba la perspectiva de los damnificados y sus familias, obligándonos no solo a dejar de mirar hacia otro lado, sino a verlos a ellos como a seres humanos: individuos con vidas, allegados, amigos, trabajo, compromisos y sueños. Calleja había sacado a las víctimas de las sombras para colocarlas en el centro del relato: era un cambio de paradigma.

Las amenazas de ETA le obligaron a llevar escolta. EITB le dejó sin su trabajo como presentador de informativos. Lejos de rendirse, Calleja siguió publicando. Ahí quedan títulos como *La diáspora vasca. Historia de los condenados a irse de Euskadi por culpa del terrorismo de ETA* (1999), *¡Arriba Euskadi! La vida diaria en el País Vasco* (2001), *Héroes a su pesar: crónica de los que luchan por la libertad* (2003), *Algo habrá hecho: odio, muerte y miedo en Euskadi* (2006) y *La derrota de ETA. De la primera a la última víctima* (2006), firmado con Ignacio Sánchez Cuenca. Se trata, según Gorka Angulo, de "una serie de trabajos escritos por él de lectura obligada. Calleja quería saber cómo había sido la vida de las familias después de cada funeral o cada exilio".

Otros autores siguieron sus pasos. Cabe mencionar *Contra el olvido. Testimonios de víctimas del terrorismo* (2000) de Cristina Cuesta; *Vidas rotas. Historia de los hombres, mujeres y niños víctimas de ETA* (2010) de Rogelio Alonso, Florencio Domínguez y Marcos García Rey; *Relatos de plomo. Historia del terrorismo en Navarra* (2013-2014), coordinado por Javier Marrodán; y el *Informe Foronda: los efectos del terrorismo en la sociedad vasca* (2015) de Raúl López Romo. Asimismo, el Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo tiene en marcha varios proyectos inspirados en el trabajo de Calleja y sus continuadores.

La recuperación de la memoria de las víctimas de ETA que inició este periodista ha beneficiado a la ciudadanía en su conjunto. Por una parte, siguiendo a Martín Alonso, como cualquier otro proceso de estas características, cumple una función reparadora y terapéutica para los damnificados y sus seres queridos. De algún modo, devuelve fugazmente a la vida a quienes hemos perdido. Además, dota de sentido a la existencia de los supervivientes. Por otra parte, la divulgación de sus historias tiene un papel proactivo y profiláctico: es una vacuna contra el fanatismo, la radicalización y la violencia. Por eso, cuando rescató del olvido a las víctimas de ETA, Calleja nos hizo un regalo de valor incalculable: una herramienta que nos ayudará a construir una sociedad más cívica, democrática y tolerante. Vamos a utilizarla.

NOSOTROS QUE VIVIMOS PELIGROSAMENTE

LUIS ROCA JUSMET

Cal Juan: *Generación del 1974*. Ed. Milenio, Lleida, 2020

Vaya de entrada la aclaración de que, aunque se trate de una novela, no voy a analizarla desde un punto de vista literario. Solo diré, en este sentido, que es un libro bien escrito.

Lo que me interesa del libro es su interés sociológico y ético-político. Estoy, además, personalmente implicado en la cuestión. La generación 1974 no se refiere al año de nacimiento o a la quinta de la mili. Se refiere a aquellos jóvenes españoles, nacidos a mediados de los 50, que empezaron la Universidad con el llamado "Calendario juliano". Se trataba de un experimento, impulsado por el ministro franquista de Educación, Julio Rodríguez, de hacer coincidir el curso escolar con el año natural. Intento fallido, que no duró más de un curso. El resultado fue que el curso apenas duró medio año., aunque en realidad estuvo interrumpido por movilizaciones y huelgas contra la condena a Puig Antich. Pero no fue un año cualquiera. Se iniciaba después de que diez días antes hubo el atentado mortal contra Carrero Blanco por parte de ETA. El mismo día, justamente, se iniciaba el "proceso 1001" contra dirigentes sindicales de comisiones obreras, liderados por Marcelino Camacho, que sufrieron condenas de cárcel entre 12 y 20 años. El 2 de marzo ejecutaron a Salvador Puig Antich. Y en setiembre hubo una explosión por bomba en la cafetería Rolando, junto a la sede central de la Policía. Murieron 12 personas y 80 fueron heridos. Pero, extrañamente, no había ni un policía. ETA no reivindicó el atentado y acusó a la extrema derecha. Sigue siendo un enigma.

En este contexto, el periodista y escritor Juan Cal construye una historia, con elementos autobiográficos y de ficción, pero que es en conjunto una historia veraz. Historia no sobre los jóvenes que iniciaron sus estudios este año, sino sobre aquellos que formaban parte del ambiente de la que podríamos llamar "extrema izquierda". Porque si bien es cierto que la lucha antifranquista fue básicamente organizada por el PCE también lo es que a partir de los años empezó a sufrir escisiones o nacimiento de grupos a su izquierda. Juan Cal nos muestra este mundo con sus luces y sus sombras, ciertamente, pero del que podríamos decir, siguiendo a Lenin, que eran "la enfermedad infantil del comunismo". Juan Cal se aproxima con ironía, pero también con respeto a los personajes.

Pero paralelamente a esta historia hay otra, mucho más dura, sobre una exmilitante de ETA. Aquí Juan Cal es implacable. Nos muestra lo que puede dar de sí una ex militar, por mucho que se cubra con una retórica de izquierda: autoritarismo, jerarquía, mística de la violencia, sectarismo, intransigencia, machismo. Hay que agradecerle que sea tan claro y tan duro, sobre todo porque muchos de esta generación fuimos demasiado condescendientes en la valoración del fenómeno ETA. Está bien que alguien sea capaz de mostrar con toda su crudeza lo que realmente significaron.

Como decía al principio hay una buena narrativa, la historia te engancha, está llena de referencias interesantes y presenta además una posición ética: hay que cambiar las actitudes, los compartimientos y las relaciones si queremos cambiar el mundo. Quizás en algunos momentos cuesta seguir bien el hilo narrativo, pero también es verdad que ello obliga al lector a leerlo con la máxima atención. Juan Cal, por otra parte, ha elegido una estructura novelesca. Y a veces pienso, como decía Agustín García Calvo, que el problema de las novelas es que se separan de la vida real, en la que no hay desenlace.

Se trata, en resumen, de una novela, casi diría que histórica, muy interesante de leer y que es testimonio de una generación que tiene mucho que ver con esto que llamamos "el régimen del 78". Porque, como bien indica el autor, muchos de estos jóvenes izquierdistas reciclaron su capital político como asesores o cuadros de lo que fue resultado de la Transición política.

IMPACTO DE LA PANDEMIA Y DE LAS RESPUESTAS A ELLA EN LOS CUIDADOS, LA VIDA COMUNITARIA Y LOS SERVICIOS SOCIALES

Diálogo entre Sara Buesa, directora de Políticas Sociales del Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz
y Fernando Fantova, consultor independiente.

Fernando Fantova:

¿Cómo describirías a grandes rasgos la situación de los Servicios Sociales antes y después de la pandemia?

Sara Buesa:

Los Servicios Sociales, antes de la pandemia, estábamos en proceso de reposicionarnos, para ofrecer atención, protección y cuidados a las personas en situación de mayor vulnerabilidad, y también para constituirnos como servicios cercanos, accesibles y referentes para toda la ciudadanía. Estábamos preparándonos para ofrecer apoyos a las personas que no podían desenvolverse con autonomía en su vida cotidiana, para promover servicios que permitan a las personas cuidarse y cuidar a otros que lo necesitan, y, también, ofrecer acompañamiento, para que las personas puedan relacionarse a nivel familiar y social, y puedan integrarse y participar en sus respectivas comunidades.

La crisis de cuidados, las situaciones de soledad no deseada, las crecientes necesidades sociales de acompañamiento y apoyos para adquirir autonomía eran cuestiones que nos preocupaban antes de la pandemia. Pero, de alguna manera, durante la pandemia se han puesto de relieve con mucha más crudeza, y se han agravado las necesidades. Por ejemplo, la sobrecarga que puedan tener las personas cuidadoras se ha agravado en la situación de confinamiento, debido al cierre temporal de muchos servicios de apoyo; o la situación de personas solas, sin apoyo social ni familiar, en el contexto de aislamiento en el domicilio y, muchas veces, de enfermedad se ha evidenciado de forma más cruda.

Diría que la pandemia nos ha hecho tomar conciencia de la importancia central de cuidarnos en comunidad y, también, ha revelado la fragilidad del sistema actual de cuidados. Y en esto, apuntaría tres retos: en primer lugar, la necesidad de repensar el modelo de Servicios Sociales de apoyo a las personas en su entorno domiciliario y comunitario, esto es, todo lo que tiene que ver con la ayuda domiciliaria, atención diurna, y otros servicios que puedan apoyar a las personas para que puedan permanecer en su entorno. Por otro lado, está la necesidad de repensar el modelo de servicios sociales de alojamiento alternativo, para cuando las personas mayores no puedan permanecer en su domicilio. Y también la necesidad de activar y desarrollar el tejido comunitario, generar ecosistemas locales de atención y apoyo, en colaboración con la administración pública y a nivel privado, vecinal, asociativo, contando con la participación de las personas y tendiendo a su empoderamiento.



Cuando te escucho, tengo la percepción de que probablemente los Servicios Sociales de Vitoria-Gasteiz son un modelo dentro de los Servicios Sociales en el País Vasco, que los Servicios Sociales, en realidad, no han dejado de ser aquel camión-escoba, la última solución, para la mentalidad que tenemos la mayoría de la gente. Se dice: "yo sólo voy a los Servicios Sociales cuando no me queda más remedio, voy a los Servicios Sociales siempre y cuando yo demuestre que no tengo otro modo de solucionar el problema o la necesidad". Ese modelo "residual", por llamarlo de alguna manera, en Vitoria-Gasteiz habéis conseguido superarlo hasta cierto punto, siendo modelo preventivo y llegando a capas más amplias de la sociedad, para que

las gentes, de alguna forma, vean como una opción natural el ser atendidas por los Servicios Sociales. Habéis logrado mantener esa conexión con la sociedad, a partir de la sinergia que habéis tenido con los movimientos y redes sociales de ayuda en la pandemia.



Es verdad que entendemos los Servicios Sociales desde esa clave preventiva. Vivimos un proceso de reposicionamiento, para dirigirnos a un público universal y comunitario. En el confinamiento, teníamos claro que, como servicios de proximidad, teníamos que incidir en la cercanía con la comunidad y la ciudadanía. Eso nos podía permitir recoger necesidades que emergían y contribuir, así, a generar redes de apoyo y acompañamiento. Volcamos muchos esfuerzos en ello, y también nos dimos cuenta de que no estaba sola la Administración en este camino: desde el tercer sector también se estaba haciendo, se estaba movilizando la propia comunidad, se había organizado la ciudadanía, surgieron redes vecinales de apoyo mutuo y solidario. Nos fuimos conectando en algunas acciones, se establecieron sinergias de colaboración, pero éstas podían haber sido mayores. Por eso, vimos la necesidad, por un lado, de visibilizar todas las iniciativas; por otro, de aprender el modo de generar más sinergias.

De ahí surgió la iniciativa de hacer un mapa, que identificara y recogiera todas las iniciativas comunitarias de cuidado que se dieron en los barrios durante el confinamiento. Cartografiarlas, mapearlas físicamente y, luego, generar un espacio donde pudiéramos conocernos mutuamente, para analizar todas las iniciativas surgidas y poder hacer conjuntamente un diagnóstico de cómo se había funcionado y detectar necesidades no cubiertas. Con todo ese diagnóstico luego abrimos un espacio de laboratorio ciudadano para, sobre esa base, definir líneas de trabajo.

Tú, has participado, como vecino del barrio de san Francisco, durante la pandemia, ¿cuál es tu opinión?

Estaba escuchándote y me daba la impresión de que, sin haberlo pretendido o haberlo previsto, podíamos figurar tú y yo como dos extremos de la situación, en el sentido de que el barrio de san Francisco, en el que vivo, es el barrio del País Vasco donde hay un mayor grado de exclusión social, por ser una zona donde más personas sobreviven con la RGI, donde hay menor esperanza de vida y mayor porcentaje de personas en situación de irregularidad administrativa, y con tensión en las calles.

En cambio, en Vitoria-Gasteiz tenemos un Ayuntamiento que, desde el punto de vista objetivo, se ha molestado incluso en mapear, reconocer y visibilizar las iniciativas comunitarias. Recuerdo una conversación que mantuve contigo en plena pandemia, confirmando que estabais intentando flexibilizar muchas normativas, procedimientos y protocolos para posibilitar una acción más eficaz y eficiente, mucho más motivadora para ti misma, para tu gente. Fíjate que, por poner una típica comparación, una persona ingresa por urgencias en un hospital y la decisión de ingresarla en una UCI, que puede generar un gasto público considerable, está en manos de una persona profesional, en el marco de un sistema universal de salud.

En los Servicios Sociales, hasta gastos muy pequeños están sujetos a un protocolo, a un procedimiento, a una burocracia excesiva y, tú, de pronto, me cuentas que, en la pandemia, puedes experimentar una mayor conexión, una mayor flexibilidad y una mayor agilidad, lo cual es de agradecer.

Desde mi experiencia en San Francisco, en Bilbao, puedo decir que hay casos particulares de profesionales de los Servicios

Sociales que demostraron ser colaboradores. Pero en la estructura no fue así. Nosotros en el barrio, nada más empezar la pandemia, nos juntamos gente de diferentes asociaciones de vecinos y movimientos sociales. Lo primero que sentimos por parte de las instituciones fue una sospecha, un rechazo, como si no tuviéramos la capacidad de hacerlo, como si las redes “buenas” fueran las oficiales y las “malas” las vecinales, cuando, realmente, aportábamos un valor añadido de proximidad, de conocimiento, de capilaridad tremendo.

Recuerdo, por ejemplo, una de las primeras llamadas que tuvimos. Una persona tenía la obligación de ponerse un parche que su médica le había prescrito. Por sus limitaciones físicas, no se lo podía poner. Entonces teníamos una persona con grado de enfermera en la red vecinal que, con todas las precauciones y cumpliendo los protocolos, en el marco de ayuda vecinal, lo hizo y ayudó. Luego, esas dos personas se hicieron amigas y siguieron ayudándose durante toda la pandemia.

Hemos tenido una experiencia positiva de autoorganización vecinal, pero entiendo que, si no se da esa sinergia, si no hay esa conexión entre los servicios públicos, sanitarios, laborales, de vivienda y sociales, por un lado, y las redes vecinales, por otro, tampoco se van a estabilizar las dinámicas de protección y ayuda. Bien es verdad que pasábamos reunidos dos o tres horas a la semana, sin hacer otra cosa. Ya en mayo, o en julio, cuando la gente comenzó a tener una actividad normalizada, no pudimos mantener esa dinámica de colaboración. Ha bajado el nivel, es verdad, la red se mantiene latente, y en otras situaciones que se pudieran dar hay ya una práctica, unas conexiones y unas relaciones que se pueden reactivar.

Eso que estás diciendo es muy cierto. No hubiéramos sido capaces de ninguna manera de soportar y cubrir solamente desde la Administración todo el trabajo, ni las necesidades. Ha habido mucha gente moviéndose solidaria y voluntariamente en barrios y eso ha sido muy importante. En el diagnóstico que hemos hecho ha salido eso que has comentado, un porcentaje importante de las personas que han participado en esas iniciativas reconocen que es difícil continuar con ellas. Y que sería conveniente tener mayor conocimiento y mayor colaboración entre lo público y lo asociativo. Es una línea de trabajo a continuar porque es muy importante.

Cambiando de tema, tú también te has manifestado y has hablado mucho sobre todo lo que ha sucedido en las residencias con las personas mayores.

Es tan sorprendente que casi no te lo crees. En el decreto sobre el estado de alarma del 14 de marzo de 2020 por la pandemia se declara el confinamiento de la gente en su domicilio. Ese decreto no menciona las residencias de mayores, no menciona ningún servicio social. Se debatió si tenían que aparecer las peluquerías y las tiendas de alimentación de animales, por poner un ejemplo, pero no se mencionan las residencias de mayores ni, en general, los servicios sociales, ni para decir que son esenciales ni para decir que no lo son. Cuando, muy poco después, unos días después, me remito a las hemerotecas, las residencias se habían convertido en la gran zona cero, el foco de enfermedad y muerte en el país.

Recordemos las imágenes de militares entrando a fumigar, a limpiar o a desinfectar las residencias, y los miles de personas que han muerto en ellas. A mí me sorprende todavía, a día de hoy, que no tengamos un relato canónico, un relato de consenso de lo que ha sucedido ahí. Es decir, hay personas, por ejemplo, que dicen que la proporción de personas que han muerto en las residencias es intolerable, y hacen referencia a la causa de que sean privadas. Son negocios y se ha racaneado en los recursos y, por eso, ha pasado lo que ha pasado. Hay personas que hacen referencia a sus estructuras arquitectónicas, el hecho de que haya muchas personas muy próximas y muy cercanas entre sí, y a eso achacan la razón. Y hay personas que achacan el problema a la falta de personal sanitario, médicas y enfermeros. Y, al final, no nos aclaramos sobre lo que ha sucedido.

A mí la reflexión que más me importa, con independencia de que esos artefactos llamados residencias de mayores pudieran haberse gestionado mejor o peor, es que ya antes de la pandemia había unos datos, un 85% o más de personas que no deseaban usar este tipo de servicios. Igual que en su día, dejó de haber manicomios, incluso; dejó de haber sanatorios, tenemos que llegar, creo yo, a que las residencias sean parte del pasado.

Se trataría de que hubiera variedad de alternativas habitacionales, de formas de vida y convivencia, de infraestructu-

ras de vivienda, de tecnologías disponibles, de modo que las personas puedan vivir en esos entornos diferentes, manteniendo su capacidad de decisión sobre su propia vida y su convivencia. Lo veo como un reto a medio plazo, para diversificar y, de hecho, creo que también, de nuevo, sois un modelo, porque habéis optado por alternativas comunitarias de alojamiento para personas mayores con limitaciones en su domicilio. Es decir, si ya podemos visualizar un poco el futuro, en parte lo podemos hacer a través de vuestros servicios municipales de carácter comunitario, alternativas a una institucionalización de las personas.

Creo que, en ese ámbito de las residencias, probablemente, todos los elementos que has enunciado han jugado su papel. Por otra parte, en la primera parte de la pandemia no había medios, no había equipos de protección. Ha habido muchos factores que han jugado en contra.

Pero a mí lo que me preocupa es la reflexión sobre el modelo de atención que estamos manejando en Servicios Sociales. En la gestión de la emergencia sanitaria se ha primado la seguridad sobre otros valores, y yo tengo dudas éticas sobre ciertas medidas que se han adoptado. Las personas mayores han sido consideradas objetos de protección, más que como personas que pudieran decidir sobre su propia vida.

Nosotras hace tiempo que venimos haciendo un esfuerzo por adecuar nuestros servicios a un modelo de atención centrado en la persona. Se habla mucho de ello, pero implementarlo en la práctica conlleva no sólo desarrollar planes de atención individualizados, sino también analizar cómo diseñamos los espacios, los recursos y los procesos de atención. Hace años que tenemos una amplia red de apartamentos tutelados y en los últimos años hemos estado diseñando con mucho cariño el modelo de viviendas comunitarias, un recurso nuevo que hasta ahora no teníamos. Planteadas desde ese modelo de atención, como pequeños espacios de convivencia, donde las propias personas mayores diseñan y definen en gran medida cómo usar esos espacios, y cómo se lleva a cabo la organización del día a día, porque es su casa. Las viviendas comunitarias han resistido muy bien durante la pandemia, comparando con los espacios residenciales más tradicionales. El modelo ha salido reforzado.

Siempre vamos a tener que diseñar y habilitar alternativas habitacionales para personas mayores que ya no pueden permanecer en sus domicilios. Los apartamentos tutelados o las viviendas comunitarias son un ejemplo. Pero podemos definir y diversificar recursos, crear distintos modelos de alojamientos que permitan responder a las necesidades de otra manera. Incorporar otras variables, como por ejemplo la clave intergeneracional.

Tú me estás planteando que vamos a un modelo de cuidados de larga duración, a un modelo de servicios sociales como parte de un modelo más amplio de cuidados.

Sí. El modelo de cuidados debe definirse desde una mirada amplia y desde distintos ámbitos, aunque sin duda los servicios sociales tenemos un papel fundamental. Estábamos hablando de las alternativas de alojamientos. Pero otro reto importante es toda la atención y prestación a personas con limitaciones funcionales que viven en sus domicilios. Ahí hay mucho que pensar. Por un lado, es necesario repensar cómo está configurado el servicio de ayuda a domicilio. Es un servicio que tenemos que reorientar de alguna manera, para que pueda responder con flexibilidad a las necesidades que existen, diversificando programas y tareas de apoyo, con más intensidad y más peso de la atención personal y el acompañamiento, incorporando quizás el uso de tecnologías...

Además, creo que ese apoyo a las personas en su ámbito domiciliario y comunitario no debe limitarse a la ayuda a domicilio, sino incorporar otros servicios. Están los servicios de atención diurna y otros muchos servicios que pueden servir de apoyo en lo comunitario, que pueden ser complementarios al apoyo domiciliario. Por ejemplo, tenemos una red de comedores de mayores muy potente, donde ofrecemos más de seiscientas comidas al día, que está muy bien valorada por la ciudadanía. Tenemos recursos destinados al envejecimiento activo y a la participación comunitaria, una red de centros socioculturales de mayores, en los que tenemos múltiples servicios y actividades y se posibilita la autogestión de las propias personas mayores.

¿Cuáles son para ti las claves?

Estaba pensando que esto se va a titular “Un señor mayor en proceso de envejecimiento del barrio de san Francisco va de excursión a Vitoria-Gasteiz a un futuro deseable”.

En estos momentos en muchas conversaciones que se dan en las familias, la gente está intentando abordar el problema de los cuidados de las criaturas y, sobre todo, de la gente que se va haciendo mayor, como si fuera un problema individual, particular, que tienen que resolver con sus propias piezas, con su dinero, con su pensión, con su patrimonio inmobiliario y, en el peor de los casos, si no hay más remedio, yendo a los Servicios Sociales, pero Dios quiera que no sea necesario. Es la mentalidad. En ese contexto, decía el otro día en una charla que es como jugar con la suerte, a ver si la tengo y no necesito muchos cuidados. Me muero mayor, pero sin haber necesitado cuidados, me muero de un infarto rápido, a los noventa y nueve, y ya está. La suerte.

Ante esto diría, primero, que en cada proyecto de vida será diferente lo que se pueda considerar suerte o no; y segundo, te pueden tocar diez o quince años de cuidados muy intensos, muy onerosos, para quien te pueda cuidar. Eso hay que organizarlo colectivamente. Estamos tocando el contrato social intergeneracional. Tenemos un gran reto y la gente no sabe a qué atenerse. Toca a fiscalidad, y toca a organización urbanística, toca a sistema sanitario, también a los Servicios Sociales. Por tanto, hay disyuntivas muy potentes y no tienen forma de resolverse, si no es haciendo pruebas y apostando.

Por eso te decía que sois como un laboratorio, ese abanico de alternativas intermedias, del domicilio particular de toda la vida a la residencia de mayores al uso. Si esa gama intermedia de alternativas va viéndose cómo se posibilita, la gente se irá apuntando. Tenemos que ver que las iniciativas interesantes serán apoyadas y pueden ser trasladadas a una escala mayor.

Vamos a hablar de la soledad. Si soy un apersona que tengo noventa y cinco años, una pensión muy escueta, vivo en un quinto piso sin ascensor, y tengo enfermedades crónicas, mi problema no es de soledad. Es un problema mucho más general. ¿Cómo enfocas tú la soledad como tema más específico y qué se está haciendo para paliarla? ¿A qué te suena la nueva moda de hablar de la soledad?

Hay una parte que excede a lo que es soledad, necesidades que requieren de servicios de apoyo. Pero creo que la soledad no deseada es una cuestión estructural importante. No es una moda. Viendo nuestra sociedad actual, tal y cómo está configurada y cómo van evolucionando las cosas, hay una situación de crisis de cuidados y también de vínculos. Se dan cada vez más situaciones de desarraigo o de soledad, situaciones de personas sin ningún tipo de apoyo social o familiar que no participan en la vida comunitaria, ni conocen muchas veces los servicios sociales que se les ofrecen. El cuidarnos mutuamente se ha ido perdiendo a lo largo de los años, y quizás ahora sea el momento para recuperarlo. Nosotras la soledad no deseada intentamos abordarla desde la misma vertiente que estamos comentando todo el rato: en clave de desarrollo comunitario y participativo. Por ejemplo, tenemos un programa muy potente llamado "Activa tu barrio". Se trata de un programa colaborativo para mejorar la vida de los vecinos de los barrios y que implica un compromiso de todos los agentes, entidades, comercios, que se quieran sumar. Las propias personas mayores del barrio son quienes constituyen el grupo motor que lo impulsa y van contactando con otras personas que viven situaciones de soledad. Se desarrolla también en forma de paseos: se crean itinerarios seguros por el barrio, donde las gentes mayores quedan para pasear e ir conociendo los distintos recursos del barrio. Por otra parte, estamos desarrollando un proyecto de "ciudad compasiva", acompañamiento en situaciones de soledad y final de la vida.

COLABORADORES / PARTE HARTU DUTE

Jesús María Fernández Díaz. Director y Fundador de Hiris Care, y antes fue Director y Fundador de B&F Gestión y Salud. Ha sido Diputado al Congreso, Especialista Senior de Salud del Banco Mundial y Director Ejecutivo Internacional de la Unidad de Salud de Oracle Corporación.

Hiris Care-ko zuzendari eta sortzaile, eta aurretik B & F Gestión y Salud erakundeko zuzendari eta sortzailea izan zen. Kongresuan diputatu, Munduko batzordeko Osasuneko senior espezialista eta Oracle Korporazioko Osasun Unitateko Nazioarteko Zuzendari exekutiboa izan da.

Ramón Jáuregui Atondo. Fue Vicelendakari, ha sido Ministro de la Presidencia del Gobierno de España, Presidente y Secretario General del Partido Socialista de Euskadi-EE y más recientemente Europarlamentario hasta 2019.

Lehendakariorde izan zen, Espainiako Gobernuko Presidentetzako ministro, Euskadiko Alderdi Sozialista-EEko lehendakari eta idazkari nagusi, eta, berriki, Europarlamentari, 2019ra arte.

José M. Mato. Fundador y director general del Centro de Investigación Cooperativa en Biociencias, CIC bioGUNE, en Derio, Bizkaia. Es también director general del Centro de Investigación Cooperativa en Biomateriales, CIC biomaGUNE, en San Sebastián, Gipuzkoa.

Biozientzien Ikerketa Kooperatiboko Zentroaren (CIC bioGUNE) sortzaile eta zuzendari nagusia da, Derion (Bizkaia). Halaber, Biomaterialen Ikerketa Kooperatiboko Zentroko (CIC biomaGUNE) zuzendari nagusia da Donostian, Gipuzkoan.

José Juan Díaz Trillo. Profesor de Literatura y escritor, ha sido Diputado en el Congreso, parlamentario andaluz y Consejero de Medio Ambiente, entre otras responsabilidades públicas.

Literatura irakasle eta idazle, Kongresuan diputatu, Andaluziako legebiltzarkide eta Ingurumen sailburu izan da, besteak beste.

José Martínez Olmos. Médico especialista en Medicina Preventiva y Salud Pública y profesor de la EASP. Fue Director General de Farmacia (2004-2005) y Secretario General del Ministerio de Sanidad (2005-2011). Diputado al Congreso (2011-2015) y Senador por Granada (2015-2019).

Prebentzio Medikuntzako eta Osasun Publikoko mediku espezialista eta EASPko irakasle. Farmaziako zuzendari nagusi (2004-2005) eta Osasun Ministerioko idazkari nagusi (2005-2011) izan zen. Kongresuan diputatu (2011-2015) eta Granadako senatari (2015-2019).

José Ramón Repullo Labrador. Es Médico, Máster en Planificación y Financiación Sanitaria por la Universidad de Londres, y Doctor en Medicina por la Univ. Autónoma de Madrid. Científico Titular de Organismos Públicos de Investigación, y Profesor - Jefe del Departamento de Planificación y Economía de la Salud de la Escuela Nacional de Sanidad (ENS) del Instituto de Salud Carlos III).

Medikua da, Osasun Plangintza eta Finantzaketan Masterra Londresko Unibertsitatean, eta Medikuntzan Dokorea Madrilgo Unibertsitate Autonomoan. Ikerketako Erakunde Publikoetako zientzialari titularra eta Carlos III. Osasun Institutuko (ENS) Osasun Plangintza eta Ekonomia Saileko buru.

Xabier Garmendia Martínez. Ingeniero Industrial, Especialidad en Técnicas Energéticas por la ETSII de Bilbao, fue Viceconsejero de Industria y Energía del Gobierno Vasco (2009-2013) y Viceconsejero de Medio Ambiente del Gobierno Vasco (1991-1995).

Industria-ingeniarria da, Energia Tekniketan espezializatua (ETSII, Bilabo). Eusko Jaurlaritzako Industria eta Energia sailburorde (2009-2013) eta Eusko Jaurlaritzako Ingurumen sailburorde (1991-1995) izan zen.

Alfonso Gurpegui. Actualmente desempeña el cargo de Viceconsejero de Empleo e Inclusión Social en el Gobierno Vasco. Ha ejercido funciones como Director y Viceconsejero de Servicios Sociales del Gobierno Vasco y ha sido concejal en el Ayuntamiento de Donostia/San Sebastián.

Gaur egun, Enplegu eta Gizarteratze sailburordea da Eusko Jaurlaritzan. Eusko Jaurlaritzako Gizarte Zerbitzuetako zuzendari eta sailburorde izan da, eta Donostiako Udalean zinegotzi.

Ricardo García Mira. Catedrático de Psicología Social, especializado en Psicología Ambiental. Ha dirigido el Grupo de Investigación Persona-Medio Ambiente de la Universidad de Coruña desde 1995. habiendo ocupado el cargo de Portavoz del Cambio Climático del Grupo Parlamentario Socialista en la Comisión para la Transición Ecológica.

Gizarte Psikologiako katedraduna da, Ingurumen Psikologian espezializatua. Coruñaeko Unibertsitateko Pertsona-Ingurumena Ikerketa Taldea zuzendu du 1995etik, eta Talde Sozialista parlamentarioaren Klima Aldaketaren bozeramailearen kargua hartu du Trantsizio Ekologiko-rako Batzordean.

Artemi Rallo Lombarte. Es Catedrático de Derecho Constitucional en la Universidad Jaime I de Castellón y portavoz socialista en la Comisión Constitucional del Senado. Ha sido Diputado nacional. Director de la Agencia Española de Protección de Datos.

Zuzenbide Konstituzionaleko katedraduna da Castellóko Jaime I Unibertsitatean eta bozeramaile sozialista Senatuko Batzorde Konstituzionalean. Diputatu nazionala izan da. Datuak Babesteko Espainiako Bulegoko zuzendaria.

Luis Roca Jusmet. Filósofo y escritor. Ha publicado dos libros: *Redes y obstáculos* (Editorial Club Universitario, 2010) y *Ejercicios espirituales para materialistas. El diálogo imposible entre Pierre Hadot y Michel Foucault* (Terra Ignota, 2017). Es colaborador habitual, aparte de con *Grand Place*, de las revistas *El Viejo Topo*, *Paideia*, *Enrahonar* y el sitio web *Rebelión*.

Filosofo eta idazle. *Grand Place*, *El Viejo Topo*, *Paideia*, *Enrahonar* eta *Rebellion* aldizkarietako ohiko kolaboratzaile da.

Roane Carey. Roane Carey was for many years managing editor of *The Nation* magazine in New York.

Roane Carey urte askoan izan zen *The Nation* aldizkariako editorea New Yorken.

Roane Carey fue durante muchos años editor de la revista *The Nation* en Nueva York.

Roberto Ramírez Basterrechea . Director y Profesor de la Especialización en Digital City and Smart Governance con AIES-Austria. Jefe de Operaciones de CivesSolutions. En los últimos 16 años se ha focalizado en investigación sobre Gobernanza, Participación Ciudadana, Liderazgo Ciudadano y Smart City.

Digital City and Smart Governance-n AIES-Austriarekin espezializatzeko zuzendari eta irakasle. CivesSolutions operazioburu. Azken 16 urteetan, gobernantzari, herritarren parte-hartzeari, herritarren lidergoari eta Smart Cityri buruzko ikerketak egin dira.

Pablo Martín-Laborda. Ha sido corresponsal de TVE en Bruselas. Pionero de la información sobre Europa. Poeta, unido a la ciudad de Donostia-San Sebastián, a la que ha dedicado doce poemas de amor, con traducción al euskera de Felipe Juaristi. Autor asimismo de los siguientes libros: *Poemas puros, impuros y vitriólicos*, *Versos atados y sueltos*, *107 poemas a la muerte* (Ediciones Vitruvio).

TVEko korrespontsala izan da Bruselan. Europari buruzko informazioaren aitzindari. Poeta, Donostia hiriaren zale, hamabi poema eskaini dizkio. Felipe Juaristik poema horiek euskaratu ditu.

Juan Luis Ibarra. Juez vizcaíno, presidente del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco desde mayo de 2010. Estudió Derecho en la Universidad de Deusto. Comenzó su carrera en 1987, siendo juez de Primera Instancia en Bilbao. El año pasado, concretamente en 2020, dejó el cargo. Ese mismo año se le concedió el premio Mario Onaindia.

Bizkaitar epailea izan da, 2010eko maiatzetik aurrera Euskal Autonomia Erkidegoko Auzitegi Nagusiaren presidente. Deustuko Unibertsitatean zuzenbidea ikasi zuen. Karreran 1987an hasi zen, Bilbon Lehen Auzialdiko epailea izanik. Iaz, 2020an hain zuzen, kargua utzi zuen. Urte berean eman zitzaion Mario Onaindia saria.

David Mota Zurdo. Doctor por la Universidad del País Vasco y profesor de Historia y Geografía en la Universidad Isabel I. Es autor de *Un sueño americano. El Gobierno Vasco en el exilio y Estados Unidos (1937-1979)*; *Los 40 Radikales. La música contestataria vasca y otras escenas musicales: origen, estabilización y dificultades (1980-2015)*; y *Testigo de cargo: La historia de ETA y sus víctimas en televisión (2019)* (con S. de Pablo y V. López de Maturana).

Euskal Herriko Unibertsitatean doktorea eta Isabel I Unibertsitatean historia eta Geografia irsakasle. *Un sueño americano* lanaren egilea da.

Iñaki Vázquez Larrea. Doctor en Antropología Social y Filosofía por la UPV/EHU. Profesor de Historia en el IES EGUZKITZA de Irún.

Antropologia Sozial eta Filosofiako Doktore. Historia irakasle Irungo IES EGUZKITZAn.

Gaizka Fernández Soldevilla. Licenciado en Historia por la Universidad de Deusto (2003) y doctor en Historia Contemporánea por la Universidad del País Vasco (2012), trabaja como responsable del área de Archivo, Investigación y Documentación del Centro para la Memoria de las Víctimas del Terrorismo. Ha publicado, entre otros: *Héroes, heterodoxos y traidores. La historia de Euskadiko Ezkerra (1974-1994)*. Es coautor, junto a Raúl López Romo, de *Sangre, votos, manifestaciones. ETA y el nacionalismo radical (1958-2011)*. Ha coordinado, junto a Florencio Domínguez, *Pardines. Cuando ETA empezó a matar*.

Historian lizentziatua Deustuko Unibertsitatean (2003) eta Historia Garaikidean doktorea Euskal Herriko Unibertsitatean (2012), Terrorismoaren Biktimen Oroimenerako Zentroko Artxibo, Ikerketa eta Dokumentazio arloko arduradun gisa lan egiten du. Bere ikerketa-ildoak indarkeria terroristaren eta euskal nazionalismoaren historiaren azterketan oinarritzen dira.

Fernando Fantova Azcoaga. Consultor independiente en materia de políticas sociales y activista comunitario en España y Latinoamérica. Doctor en Ciencias Políticas y Sociología. Fue Viceconsejero de Asuntos Sociales del Gobierno Vasco en la IX Legislatura.

Aholkulari independentea gizarte-politiken arloan, eta aktibista komunitarioa Espainian eta Latinoamerikan. Zientzia Politikoetan eta Soziologian doktorea. Eusko Jaurlaritzako Gizarte Gaietako sailburuordea izan zen IX. legegintzaldian.

Sara Buesa Rodríguez. Directora del Departamento de Políticas Sociales, Personas Mayores e Infancia del Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz. Doctora en Psicología por la Universidad de Deusto.

Gasteizko Udaleko Gizarte Politika, Adineko Pertsona eta Haurtzaro Saileko zuzendaria da. Psikologian doktorea Deustuko Unibertsitatean.

